

Las auténticas
VIKINGAS
no llevan
CASCO

**HELEN
RUSSELL**



HELEN RUSSELL

Las auténticas vikingas no llevan casco

Traducción de
Ana Isabel Sánchez

Grijalbo **narrativa**

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Nota de la autora

Esto es una obra de ficción.

Puristas: he manipulado la herencia vikinga —desde el cariño— para transmitir la «esencia» de la cultura vikinga en la Escandinavia actual. Asumidlo y poned vuestra mejor «cara de orgullo».

Para todos los demás: venga, meteos, el agua está buenísima (si está fría, véase: «Escandinavia»), y preparaos para convertirlos en un auténtico guerrero.

Prólogo

Las hojas crujen bajo mis pies a medida que aparto las ramas a golpes y corro. Corro de verdad. El corazón me late con tanta fuerza que amenaza con escapárseme del pecho y dejarme atrás en cualquier momento. La lluvia es implacable y estoy empapada. Empapada hasta un punto que por lo general me fastidiaría, pero tengo tanto frío que no siento nada por debajo de la cintura. De lo que sí soy consciente es de que el cerebro me traquetea en el cráneo cada vez que uno de mis pies descalzos choca contra los helechos y de que me he enredado en las ramas de tantos árboles que llevo leña suficiente en el pelo para encender una fogata.

Cae la niebla y oigo un ruido espeluznante mientras avanzo a toda prisa envuelta en la penumbra. Los cuervos graznan y los truenos retumban. Este no es uno de esos bosques habitados por princesas y criaturas parlantes deseosas de echar una mano. Menos *Blancanieves* y más *El Proyecto de la bruja de Blair*, diría yo.

Entonces me resbalo con algo marrón y viscoso.

«Que sea una babosa, que sea una babosa, por favor, que sea una babosa —suplico, pero no me paro a analizarlo—. Tengo que llegar al claro», pienso, y noto que me palpitan las extremidades. Alcanzo el pico máximo de adrenalina y me siento como si estuviera volando, o casi. A continuación me tropiezo con la raíz de un árbol que ha quedado al descubierto y me estampo contra el suelo con un golpe sordo.

«O sea que así es como voy a morir —me digo, con la cara llena de barro—. Hasta luego, mundo, ha sido toda una aventura.»

Espero un poco, pero no sucede nada.

«¡Mierda, no estoy muerta! Eso significa que tendré que seguir corriendo...»

Una especie de instinto de supervivencia ancestral se activa en mi interior y hago acopio de fuerzas para volver a moverme. No parece que me haya roto nada (aparte de, tal vez, la nariz...), así que me las apañó para ponerme en pie. Me toco el labio y me doy cuenta de que me sale sangre, de un rojo intenso. Pero ahora mismo no importa, y sigo avanzando hacia la luz parpadeante.

—¡Aaah!

Oigo una voz a lo lejos y redoblo mis esfuerzos antes de que me llegue otro berrido.

—¡Aaah!

Continúo tambaleándome hasta que el dosel de ramas verdes comienza a perder densidad y la luz motea la alfombra de hojas. Agradezco el calor que emiten las antorchas y mi ropa empieza a desprender vaho.

—¿Hola? —Llevo doce horas sin hablar y no tengo del todo claro si recordaré cómo se hace. Lo intento de nuevo, con la voz espesa como una papilla—. ¿Hay alguien ahí?

Estiro los brazos para expandir el pecho y grito.

—¡Aaah!

Dos mujeres embarazadas y de aspecto salvaje emergen de detrás del follaje y me devuelven el chillido.

—¡Aaah!

Una es baja, fornida y tiene el pelo oscuro. La otra es alta, ofensivamente joven y con pinta de modelo; luce una melena brillante de color caramelo que parece resplandecer, a pesar del barro.

Nos miramos a los ojos y lo entendemos de inmediato: pase lo que pase a continuación, la vida nunca será la misma. Tras unos segundos de gritos guturales, una tercera figura aparece cojeando en escena. Es una mujer rubia, mayor que nosotras, con el pelo cardado por los arbustos y la piel de color caoba.

Emite un gruñido tenue antes de dejarse caer de culo en el suelo y aferrarse las rodillas para calmarse.

—Ay, Dios, un calambre... —Se agarra una pantorrilla y resuella para que le llegue más aire a los pulmones—. Necesito...

Temo que esté a punto de decir «atención médica» y que recurran a mí para que haga algo, pero luego balbucea «ginebra» y oímos un aplauso lento.

Un hombre con el torso ancho y fuerte, vestido con tan solo unos pantalones afganos, desciende con habilidad de un árbol. Se balancea por las ramas con gracia simiesca y luego cruza el claro a grandes zancadas. Lleva el pelo recogido en un moño y se recoloca un desacertado colgante en forma de anzuelo.

«Gilipollas.»

Hace mucho que desconfío de los hombres con moño, los meto en la misma categoría que las mujeres que llevan bandana y se quejan mucho.

—Buena carrera, vikingas —dice Don Moño con un leve acento—. Vale, ¿quién se siente fenomenal?

Me tiemblan las piernas como a un perro al cagar, estoy casi segura de que me está dando un ataque al corazón, y un hormigueo extraño se me extiende por todo el cuerpo desde el cuero cabelludo.

Decido no responder.

—¡Uy, tienes insectos en el pelo! —me suelta la más joven con pinta de modelo muy amablemente—. ¡Uf, una araña! ¡Cree que tu pelo es una telaraña!

—Genial. Gracias.

—¡Quiero oíros rugir! —exige el hombre semidesnudo.

Tres de nosotras lo miramos como si estuviéramos a punto de meterle una paliza, pero la delatora-de-arañas con pinta de modelo obedece.

—¡Aaah! —vocifera llena de júbilo.

—¡Venga, las demás! —Don Moño se acerca tanto a mí que casi me toca la cara y grita—: ¡Aaah!

Me limpio las babas de la mejilla.

—¡Saboread la libertad!

«¿Se supone que la “libertad” sabe a barro y a caballa en escabeche?»

—¡Entrad en contacto con el bosque ancestral!

«Con lo único que quiero entrar en contacto ahora mismo es con una ducha caliente... —pienso cuando bajo la vista y me veo la ropa manchada, los miembros magullados y las rodillas ensangrentadas—. ¿Cómo he terminado aquí? Antes la vida era tan... limpia. Tan ordenada. Tan... libre de insectos —reflexiono mientras me rasco la cabeza—. Y sin embargo...»

Desvío la mirada hacia la mujer más baja, la del pelo castaño rastrillado hacia atrás, la que conozco de toda la vida. Se encamina hacia mí con los ojos entornados; los hoyuelos que se le marcan delatan lo que está disfrutando con esto. Con las mejillas sonrojadas y los puños cerrados, abre la boca y emite un bramido primitivo. Un bramido primitivo contenido durante treinta y cinco años. Un bramido tan intenso que incluso retrocedo un poco y dedico unos segundos a recuperar la calma antes de reunir la fuerza necesaria para devolverle el grito. Pero la reúno. Toda. Y expulso de mis pulmones hasta el menor resquicio de tensión, miedo y dolor de los últimos días, y de los últimos años, en un largo grito de guerra.

—¡AAAHH!

Don Moño parece impresionado.

—Eso es, ¡desquiciaos, entregaos al *berserking*! [1]

Seguimos hasta que nos convertimos en las dos últimas personas que continúan gritando.

«Puede que no tenga su capacidad pulmonar, pero yo he dado a luz. Dos veces. Ni de coña pienso dejar que me gane a berrear...»

Su rugido se transforma en un gruñido y luego en un balbuceo; los hombros se le mueven arriba y abajo mientras sacude los brazos, exhausta.

Pero yo sigo.

Con más rugidos dentro de mí de lo que jamás habría creído posible, con casi cuatro décadas de desquiciamiento a las que dar rienda suelta, aúllo:

—¡AAAHH!

Mientras grito hacia el bosque vacío, mi visión periférica comienza a nublarse.

—¡AAAHH!

Noto que empieza a darme vueltas la cabeza y de pronto tengo la sensación de que me han arrancado la parte superior del cráneo como si fuera la cáscara de un huevo cocido.

—¡AAAHH!

Y entonces floto. Asciendo, subo cada vez más, me elevo sin parar hasta que veo a nuestro grupo desde lo alto. Los árboles se convierten en manchas. Las personas, en hormigas. Y al final... se me doblan las rodillas y mi cabeza impacta contra el suelo con un golpe seco.

Todo está negro.

Y pierdo el conocimiento.

Tres semanas antes...

—Se escribe R-A-Y. «Ray.»

Una mujer estrepitosamente aburrida se rasca la parte superior de la cabeza con un bolígrafo mientras expongo mi caso y los tubos fluorescentes de la luz emiten un zumbido. Los «zapatos elegantes» me hacen daño y noto que me vibra el móvil en el bolsillo (cosa nada desagradable); cada nuevo temblor me recuerda que es posible que me esté perdiendo mensajes importantes mientras desperdicio nada más y nada menos que segundos en esta conversación.

—¿Me lo repite? —La mujer suspira.

Así que le explico el problema de nuevo y me fijo en que, cuanto más hablo, más vidriosos se le van poniendo los ojos.

—Aquí pone «Rayo». —Agito el rectángulo plastificado para ilustrar mis palabras—. Y yo me llamo Alice Ray.

—¿No es «Rayo»?

—No.

—Ah... —Se rasca otra vez y luego inspecciona la punta del bolígrafo para ver si ha desenterrado algún tesoro—. ¿Y no podría dejarlo estar?

—¿Quiere que me pase dos días dando vueltas por ahí con una acreditación donde pone «Alice Rayo»?

—¿Sí?

—¿En un congreso que se llama «Cómo lograr una sonrisa radiante»?

—¿No?

—No.

La mujer cambia de postura en la silla de plástico y acto seguido, sin mirarme, tiende un brazo hacia mí.

—Gracias. —Le entrego la tarjeta y suavizo el tono—. No quiero causar problemas, pero estas personas son mis colegas, mis compañeros de profesión, y participo en una charla...

Se me va apagando la voz cuando la veo sacar un rotulador permanente de un táper. Le quita el capuchón con los dientes y tacha la letra «o». A continuación agrega un :)

«¿En serio? ¿Así es como vamos a solucionar esto?»

—¿No podría darme una nueva?

Me lanza una mirada tan cargada de odio que me siento como repelida por un campo de fuerza. Me aparto a regañadientes, pero no sin antes contraatacar con una expresión mortífera que espero que transmita «estás en mi lista mental de “Gilipollas integrales” que merecen pisar charcos y que les cierren las puertas en las narices». Se rasca la cabeza otra vez. «Y coger liendres.»

—¡Siguiente! —ladra, y así me despacha.

Tenemos un rato libre antes de la mesa redonda, y me he jurado que haría un esfuerzo y me relacionaría con los demás en lugar de quedarme mirando con ansia la mesa de las galletas sin azúcar mientras me chuto palitos de zanahoria y carísimas barritas proteicas recomendadas por la dieta paleo, como he hecho todos los años.

«Debería hacer contactos —me digo—; debería sonreír a la gente y parecer “accesible”.» No es que tenga miedo de interactuar con otros seres humanos... es solo que...

—Uy, hola.

«Uf, mierda.»

—¿Alice?

Un hombre con gafas bizquea hacia la acreditación, que ahora me roza los pechos, y recuerdo la razón n.º 142 de que odie los congresos: algún bromista se encarga de que la tarjeta con el nombre quede siempre oportunamente colgada a la altura de las mamas. Esto proporciona a los PSC («pervertidos sexuales de congreso», razón n.º 141) la excusa perfecta para quedarse mirando como las vacas al tren y, de vez en cuando, para manosearte (razón n.º 143[2]). Ahora Don Gafas lleva a cabo una especie de sentadilla extraña y dobla las rodillas para que sus ojos queden a la altura de mis copas A antes de levantar la cabeza con expresión inquisitiva—. Alice... ¿Rayo?

—Es «Ray».

—¡Eso! ¡Sí! ¡Nos conocimos la última vez! —Tiende una mano para que se la estreche.

—¡Ah, sí, ya me acuerdo! —No me acuerdo.

Tras uno de esos apretones de manos que duran unos cinco minutos, empieza a hablarme del nuevo hilo dental que está promocionando su empresa («¡La NASA ha desarrollado nuestra “Seda Espacial”! ¡Es el futuro de los filamentos higiénicos!»). Asiento de forma educada justo antes de notar que me tiembla el teléfono en el bolsillo y de interpretarlo como mi señal para escapar.

—Lo siento mucho, ¿me disculpas? Tengo que cogerlo, y está a punto de empezar mi sesión.

En realidad, «¿Cómo resolver un problema como la cirugía del conducto radicular mayor?» no comienza hasta dentro de media hora, pero hay un número limitado de galletas ricas en aspartamo que una mujer puede no comerse. Además, soy una apastada social atrapada en el cuerpo de una dentista.

—¿Te quedarás después? Corrían rumores de que habían traído a Malala para el discurso inaugural, pero acabo de ver al mago que tuvimos el año pasado, así que es posible que nos toque Hay-un-agujero-en-mi-sombrero 2.0...

El tubo fluorescente situado justo encima de mi cabeza parpadea, y la mera idea de pasar otras veinticuatro horas en un lugar desprovisto por completo de luz natural y donde los delegados sobreviven a base de alimentos procesados y chistes de odontología me agota. Prometo intentar asistir a su charla «El retorno de la placa» y me voy. He perdido la llamada, pero no pasa nada. Hablar por teléfono me gusta tan poco como el palique en la vida real.

No siempre he sido así. Pero desde hace un tiempo estoy exhausta. Es como si hubiera invertido toda mi «agradabilidad» en la clínica y en la educación de mis hijos, hasta agotar todas las reservas. Ese es el efecto que pueden tener casi ocho años de crianza y quince luchando contra el sarro desde el frente de la odontología. «Por no hablar de la cadena perpetua del matrimonio...»

—Perdone —digo al hombre grueso con un bigote ya sudoroso que vigila la entrada al santuario que hay detrás del escenario, donde, según me han asegurado, se encuentran la intimidad, la conexión wifi y «el café bueno»—, ¿puedo entrar?

—Esto es solo para los que tienen pases VIP, señora —me contesta.

«Ay, madre, ahora soy una “señora”, ¿no? Le ha faltado decirme que se me ha “pasado el arroz”...»

—Tengo una acreditación azul especial... —La agito ante él, esperanzada.

—¿Rayo? —Frunce el ceño y luego se concentra en un iPad que toquetea con los dedos rechonchos—. No tengo ninguna «Rayo» en la lista...

—Es «Ray».

—Pone «Rayo».

—Lo sé, lo sé. Pero es «Ray».

—¿Está segura?

—Estoy bastante segura.

Lanza una mirada larga e intensa a mi pecho, supongo que para verificarlo, y a continuación se hace a un lado para dejarme pasar al sanctasanctórum. Capto un fuerte olor a sándwiches y a las feromonas de otros «expertos» que están llevando a cabo diversos rituales para superar los próximos noventa minutos.

Una mujer pasa a mi lado taconeando, maquillada de arriba abajo con gran precisión y vestida con unos pantalones tan ajustados que lo más probable es que acaben necesitando un gotero de zumo de arándano.

—¿Tú eres...? —pregunta, e intenta arrugar el entrecejo relleno con bótox, pero termina por señalar mi acreditación.

—Es un error tipográfico. Soy Alice Ray. ¡Hola!

—¡Ah! Estupendo. Estás en la mesa redonda que modero. —Aplaude, aunque sus dedos no se tocan.

«Qué tía más rara...»

—Oh, genial.

«Di algo más —me animo—, di algo. Rápido. “Charla” como la gente normal...»

—Esto... —Intento que se me ocurra algo—. ¿Eso de ahí son pastitas?

«¡Y he vuelto a conseguirlo! Cómo cautivo a la gente con mi encanto natural y mi conversación...»

—Eh, sí, creo. ¡Sírvete!

—Gracias.

No lo haré. Preferiría comerme el plato en el que las sirven, antes que meterme una pastita en la boca.

Verás, al menos de manera oficial, no como azúcar. Ni pan. Ni patatas. Ni pasta. Ni arroz. Ni lácteos. Ni grasas trans. Ni grasas saturadas. Ni carne. Puede que nuestros caninos fueran diseñados para arrancar la carne de los huesos de los animales, pero yo me he enfrentado a suficientes cavidades orales para que el hedor de la carne podrida atrapada entre los dientes me repela de por vida. Sin embargo, no paro de leer que eso podría estar volviendo mi intestino perezoso, y no tengo tiempo de ser perezosa. En ningún sentido. Por supuesto, cometo alguna que otra irregularidad esporádica. Como el mes pasado, con la hamburguesa de queso... pero fue al amparo de la oscuridad, y los niños no estaban conmigo. «Y si te lo comes en el coche, sin que nadie te vea, no cuenta. Eso lo sabe todo el mundo.» Así es como me gustan mis menús: con guarnición de remordimientos.

—De nada. Bueno, ha sido estupendo conocerte —dice Pantalones Ajustados sacándome de mi ensueño.

—Estupendo —respondo con un asentimiento.

La mujer inclina la cabeza hacia un lado, frunce los labios y me mira como si fuera un gato callejero que acaba de arrastrar algo muerto hasta su casa.

—Y buena suerte, ¿vale? Todavía nos quedan quince minutos de «El irrigador dental es un estilo de vida», y luego habrá un descanso para ir al baño antes de tu sesión. —Me da unas palmaditas en el brazo y se aleja con andares de tijera.

—Estupendo... —repito mientras busco con la mirada el rincón más tranquilo y oscuro, donde no tenga que interactuar con nadie.

Me embuto entre una cortina negra y una pared, y veo al editor de *Dentistry Magazine* cortando el aire como un karateca para concentrarse mientras una higienista famosa a la que he visto en *This Morning*, el programa de actualidad de la mañana, da saltos en un trampolín elástico. Los conferenciantes de «Nuevas tendencias en cuidados sinusales» abandonan el escenario adyacente, y un «terapeuta oral alternativo» abre la boca y echa la cabeza hacia atrás como un pajarillo para que su minúscula ayudante (¿una niña?, ¿su esposa?, ¿una niña-esposa?) le administre con una pipeta algún potingue mágico.

«Un día cualquiera en el trabajo», pienso con la cabeza gacha, deseando que mis compañeros mantengan las distancias. Pero en realidad es un honor. «Un privilegio —me recuerdo—. Represento a la clínica, además de hablar en nombre de los odontólogos de base que están al pie del cañón del cuidado bucal.» Que me invitaran supuso un triunfo. A esto iban encaminados todos mis esfuerzos: tantas horas extras y tanto presentarme voluntaria para asistir a formaciones y asumir más responsabilidades. «Por fin están tomándome en serio en mi campo», me digo.

Entonces empieza a sonar el tema musical de *Frozen*.

No reacciono de inmediato, ya que el juego de mi hija «ponerle un tono de llamada distinto cada día a mamá» implica que no tenga claro si soy yo quien tiene a Elsa cantando a todo volumen (la semana pasada fue Little Mix, la última banda juvenil de moda). Pero entonces el editor deja de luchar contra el aire y el hombre pajarillo de la pipeta se me queda mirando y me doy cuenta de que la única persona de la que puede provenir el sonido es... de mí.

«Joder...»

Busco el móvil y le despego una pasa aplastada antes de contestar.

—¿Hola?

—Hola —repite una voz que me recuerda a la de Ígor, el burro triste de *Winnie the Pooh*, al otro lado de la línea—. Soy solo yo.

Siempre es «solo yo».

—Hola. Mi sesión está a punto de empezar; la verdad es que ahora no puedo hablar. ¿Va todo bien?

—Sí. Solo quería saber cuándo vuelves...

—Volveré mañana, en cuanto pueda. Tal como estaba previsto...

—Es que los trenes...

—He reservado billete... —«Por increíble que parezca, soy capaz de organizarme la vida...»

—... se han cancelado.

—Ah.

—Han puesto autobuses para sustituirlos. Lo he visto en las noticias locales, después de un reportaje sobre las restricciones de aparcamiento en Brent. —No vivimos ni por asomo cerca de Brent, pero a mi marido le gusta tener el televisor encendido A TODAS HORAS, no vaya a ser que se pierda algo «importante de verdad». Seguro que relacionado con el aparcamiento—. Así que, bueno —continúa—, es mejor que te traiga alguien...

—Me las arreglaré. Gracias.

—Siempre puedes llamar a...

—Sí, sé que podría llamarla. Pero preferiría no hacerlo.

Se refiere a Melissa. Una mujer que por lo general no tiene una gran influencia en mi vida, pero que vive, cosas de la ley de Murphy, en esta ciudad. No tengo ninguna intención de llamar a Melissa. Hace meses que apenas hablamos y lo último que me apetecerá después de dos días en un congreso de odontología es un análisis en profundidad de las razones a las que podría deberse. O peor aún, tener que fingir interés en su última obsesión. O teoría de la conspiración. O adquisición animal.

Greg suspira con fuerza y después se ofrece a regañadientes.

—A ver, también podría ir yo...

—No, no, no hace falta.

—De acuerdo, si lo tienes claro... —responde demasiado rápido y con tono aliviado.

—Sí. Oye, tengo que dejarte. Aquí hay gente en camas elásticas; creo que yo también debería estar preparándome de alguna manera.

—Vale...

—Sí, vale. Bueno... adiós.

—¿No quieres saber cómo están los ni...?

Pantalones Ajustados viene hacia mí con una pelota antiestrés en la mano y una sonrisa forzada en la cara. Da unos golpecitos a su reloj para meterme prisa.

—Tengo que dejarte...

Estoy a punto de presionar el icono rojo del teléfono para «Finalizar llamada» con «Greg Móvil» cuando oigo un apresurado «Los niños están bien, gracias por preguntar». Y luego cuelga.

«Mierda... Soy UNA PERSONA HORRIBLE.»

Los quiero. Claro que LOS quiero. «Aunque no me hayan dejado dormir hasta más tarde de las cinco y media de la mañana desde 2009...»

Añado mi propio nombre a la lista «Gilipollas integrales» y siento unas ansias abrumadoras de rascarme la cabeza. «Como la señora Me Pica Todo me haya pegado los piojos... —pienso—. Bueno, es el karma.» Pero Pantalones Ajustados ya me está enseñando todos sus enormes dientes, intenta levantar las cejas en una expresión de «¿vamos?» y me arrastra hacia fuera. Y empezamos.

Debe señalarse, para que conste, que una mesa redonda sobre la cirugía del conducto radicular es tan divertida como parece.

Cuando termina, cuesta decidir quién se siente más aliviado: si el público o los participantes.

—Estupendo... —Pantalones Ajustados parece tensa ahora que está intentando salvar a la higienista famosa del editor de *Dentistry Magazine* y caminar de una manera que no la parta por la mitad—. ¿Qué, comemos?

Algo sudorosa, hace un gesto en dirección a varios platos llenos de pasteles y sándwiches muy bien ordenados. La zona posterior del escenario está mal ventilada y, a pesar de la falta de ventanas, una alarmante cantidad de moscas se concentra ahora encima de un plato de magdalenas marcados como «¡Respetuosos con tus dientes! ». La higienista aparta un insecto a manotazos al mismo tiempo que una camarera del catering aplasta varios más con una cuchara y los quita del plato antes de que nadie se dé cuenta, o eso cree ella.

Yo me he dado cuenta.

Aquí no hay nada que pueda comer. O más bien que vaya a permitirme comer. Así que no como. Y es un error. Porque lo que hago entonces es beber. Y no tardo en descubrir que, tras un par de copas, el vino blanco tibio que nos están sirviendo no sabe tan mal. Una mujer con demasiada laca me entrega un vaso rosa con la leyenda «¡Los dentistas molan!» colgado de un cordón que puedo ponerme alrededor del cuello. Las jarras de cerveza, más grandes y con una cinta masculina, están reservadas, supongo, para los participantes varones, no vaya a ser que a mí me rompan la frágil boca femenina. Pero me da igual. «¡Porque ahora tengo VINO a mano en todo momento! Ni siquiera “a mano” —pienso, encantada con la novedad—, ¡manos libres!»

Esto consigue que el seminario «Adiós, sarro cruel» sea mucho más interesante, y ni siquiera el mago de Hay-un-agujero-en-mi-sombrero me parece tan cutre estando parcialmente borracha («En serio, ¿cómo hace eso con las palomas?»). La ceremonia de entrega de premios («¡la cúspide del año odontológico!») también me resulta menos dolorosa de lo habitual y comienzo a jugar al bingo de los clichés bebiendo cada vez que alguien dice «subir el listón», «reconocer la excelencia» o «dar un ciento diez por ciento...». «Es igual que ese programa *The Apprentice* —me maravillo—, aunque aquí todo el mundo tiene el pelo ligerísimamente apagado.»

Poco después, un reconfortante manto de niebla desciende sobre mí y me envuelve de tal manera que mis sentidos se atenúan y me noto más lenta —más suave, incluso— de lo normal.

«Aaah, alcohol —pienso con cariño—. Hola, viejo amigo...»

Soy mucho más sociable cuando estoy borracha. Pero tras unos cuantos intercambios agradables (para mi sorpresa) con la higienista famosa y una mujer que dirige una clínica en Peckham, me topo con un hombre que parece que ha pasado muchas vacaciones en un camping y otro que sin duda lleva maquillaje (y es posible que rímel). Don Rímel procede a ponerme una mano en el codo y me dice que es coach de vida.

—Estoy especializado en visualización prequirúrgica —insiste entusiasmado el cantante de Duran Duran moderno y derretido—. ¡Cierra los ojos y te lo enseño!

Como soy demasiado complaciente y socialmente torpe, y además estoy borracha, lo hago.

«Cuando los abra —rezo para mis adentros—, por favor, que no te hayas sacado el pene.» Después de unas cuantas sandeces acerca de la «respiración pélvica», entrebro los ojos y, por suerte, veo que todavía tiene el miembro escondido bajo unos pantalones que parecen de algún material inflamable, pero me asusto al ver la marca de una alianza de boda. Esto sucede mucho en los eventos empresariales: en cuanto se ponen la acreditación, se quitan la alianza.

Con educación, rechazo la propuesta del cantante de Duran Duran de irnos por ahí a tomar unos cócteles, pero entonces farfulla algo sobre que las dentistas son «muy sexies».

«Santo Dios...»

Esto es: a) asqueroso; b) una afrenta condescendiente a mis principios feministas; y c)

asqueroso. Porque nadie que supere los veinticinco años debería usar nunca la palabra «sexy». Jamás.

Repaso mi inventario mental de excusas para largarme a la velocidad del cabezal de un cepillo eléctrico, pero mi mente no es capaz de funcionar tan rápido tras cinco copas de vino manos libres, así que cuando un hombre alto y guapo con unos dientes magníficos interviene y sugiere que pasemos todos a la sala de al lado, «a la discoteca», obedezco.

—Ufff, gracias —susurro tambaleándome un pelín a pesar de mis arduos esfuerzos por caminar en línea recta—. Me has librado de otra demostración de sus habilidades como hipnotista. Y de que me haga de coach de vida. Y de su truco para hacer desaparecer alianzas de boda...

Míster Dientes hace una broma acerca de «tener que estar atentos al lobby de los swingers» en estos eventos y yo me río, siempre impresionada cuando los guapos además son divertidos, como si ellos no tuvieran que serlo. «Ya tienen muchas ventajas de las que los demás carecemos. Y unos. Dientes. Preciosos...»

Bajo la influencia del alcohol, lo veo borroso, luego se multiplica por dos y se entrecruza consigo mismo antes de volver a convertirse en una extraña especie de ilusión óptica inducida por el syrah. Esto convierte lo de caminar en un desafío aún mayor, pero, de alguna manera, lo conseguimos.

En la «sala de fiestas» está sonando Roxy Music (no en vivo, que conste; el presupuesto en odontología no da para tanto...), y es más o menos a estas alturas de los acontecimientos cuando mi copa de syrah comienza a susurrarme en tono conspiratorio.

Syrah: «Eh, ¡oye, tú! ¿No estaría bien lanzarse y darlo todo en la pista de baile? ¿Mover un rato el esqueleto?»

Yo: «No. Lárgate. Estás borracha...»

Syrah, interrumpiendo: «No, ¡TÚ estás borracha! Confía en mí: bailas muy bien...»

Yo: «No. Debo mantener el control. En todo momento. Es lo que se me da bien. Junto con esconderme en el baño en las reuniones sociales.»

Syrah: «¡Bah! Esa era la antigua tú. ¡La aburrida que trabaja a todas horas, está estresada y hace semanas que no sonríe! ¡Esta es la versión nueva y DIVERTIDA!»

Yo: «NO pienso bailar...»

Syrah: «¡Y una mierda que no!» (Menuda boca tiene mi copa de syrah.)

Me siento amodorrada y confusa, y la música está alta. Así que, en realidad, todo lo que sucede a partir de este momento es culpa de Bryan Ferry (y del vino. ¿He mencionado el vino?). Pero lo que **creo** que ocurre es esto:

- 1) Míster Dientes me coge de la mano y nos trasladamos al lado de la pista.
- 2) Me rellenan el vaso manos libres que llevo colgado del cuello y Míster Dientes incluso me procura una pajita con el fin de que lo único que tenga que hacer para darle al syrah sea bajar la barbilla y chupar (por decirlo de alguna manera...). Por supuesto, esto significa que me bebo todo el vino hasta que Míster Dientes se ofrece a volver a llenarme la copa. Acepto, agradecida, y sigo bebiendo. Esto continúa, en modo repetición, hasta que me siento anestesiada. «¿Aún tengo dedos en los pies? —me pregunto de una manera un tanto

abstracta—. Hace al menos media hora que no los siento...»

- 3) Un montón de odontólogos más inunda la sala hasta que todos quedamos aplastados unos contra otros.
- 4) Y luego... Y luego...

Estoy mirando desde arriba a una mujer que lleva el mismo traje de chaqueta y falda de Zara de hace diez años que yo y el mismo peinado de hace diez años que yo, y tiene la misma risa nerviosa con la que yo me he pasado la última década experimentando (alerta de spoiler: soy yo) y le estoy gritando: ¡ESTÁS A PUNTO DE BESAR A UN HOMBRE QUE DEFINITIVAMENTE NO ES TU MARIDO! ¡PARA! ¡PARA AHORA MISMO! ¡ES UNA VERDAD ABSOLUTA, INCONTROVERTIBLE, QUE ESE NO ES EL PADRE DE TUS HIJOS! ¡CESA Y DESISTE!

Pero no lo hace.

Durante unos veinte segundos, no sé cómo me siento al respecto. «¿Cómo debería sentirme? ¿Horrorizada? ¿Culpable? Debería sentirme culpable alrededor de ya mismo. ¿No? ¿No debería estar apartándome de él y alejándome a la carrera hecha un mar de lágrimas? Eso es lo que pasaría en una comedia romántica de Richard Curtis, ¿no? ¡Rápido! Que alguien lo compruebe...»

Pero estoy cansada. Muy cansada. Y es tan impropio de mí... Porque, a ver, ¿quién quiere que le toque ese papel, el de la mujer casada y madre de dos hijos que besuquea a extraños mientras escucha a Bryan Ferry en un congreso de odontología justo al lado de la M42?

Entonces recuerdo todas las broncas acumulativas que Greg y yo hemos tenido a lo largo de la última década: broncas sobre quién hace más (yo...) y si el otro miembro de la pareja lo agradece o no (Greg no lo agradece...). Y pienso: «¿Eso es todo?». ¿Es así como serán las cosas? ¿Durante los próximos dieciocho años... o más? Con los precios de la vivienda, la incertidumbre financiera y los niños viviendo en casa la tira de años... («¡Yo te maldigo, economía!»). Después de lo cual podemos esperar con ilusión un futuro mirándonos con fijeza en silencio, preguntándonos de qué hablar y contando las horas que quedan para irnos a dormir. Le prometí que estaría con él hasta que la muerte nos separase. Pero es que hoy en día la gente vive una eternidad, ¿no?

Casi estoy viendo a un enviado sobre cada uno de mis hombros intentando convencerme:

Ángel bueno (una rubia en miniatura con un vestido metálico. Para que nos entendamos, Kylie): «No puedes separarte... ¡acabas de reformar el baño! Tienes contratada una ampliación para la próxima primavera; tienes dos hijos maravillosos... ¡y no quieres ser “la mujer que puso fin a su matrimonio en un congreso de odontología”!»

Ángel menos bueno (alias Syrah): «Greg-puej... De lo que de verdad tienes ganas es de que alguien te suba la falda y te folle hasta hacerte perder el sentido. Y hace bastante tiempo que eso no pasa. Por lo menos desde antes del Brexit...»

Y luego... nada.

Me despierto en el Premier Inn del centro de convenciones, desnuda salvo por la acreditación de «Alice Rayo», encima de un edredón de hotel con manchas de origen sospechoso. Parece que estoy sola. Y los artículos de aseo dispuestos por colores y en perfecta simetría sobre la mesita de noche confirman que estoy en mi habitación. Aun así... la cosa no pinta bien.

Me siento dolorida y hecha un trapo, y apenas puedo levantar la cabeza de lo que me pesa. Por eso tengo que apoyarme en los codos y luego ejecutar una especie de voltereta para llegar al borde de la cama y sentarme. La habitación da una vuelta de 360 grados, así que decido que es mejor que me tome las cosas con calma y me deslizo desde el canapé hasta el suelo. Noto un regusto acre en la boca y un ligero tufo a autodesprecio rancio que emana de hasta el último de mis poros. Me arrastro hasta el baño, me echo agua en la cara y alzo la vista hacia una mujer cuya boca se ha convertido en una línea recta y fina, que tiene el cutis igual que la sopa de guisantes y el pelo seco y desgredado como una fregona. Está delgada de puro agotamiento —se le marcan claramente las costillas—, pero flácida a la altura de la cintura debido a que lleva desde 2009 sin tener tiempo para hacer ejercicio. Y puede que también por los atracones nocturnos de azúcar y hamburguesas. Sus ojos son dos pequeñas rendijas rojas, y tiene lo que las revistas llaman «cara de vino».

—No quiero tener nunca esa cara de cansada —digo en voz alta, y la bruja del espejo me devuelve las palabras.

«Aaah...»

No reconozco este nuevo reflejo. O, mejor dicho, no quiero reconocerlo. Pero tengo la sensación de que mi mente está deshilachada. Hecha jirones, incluso. Me obligo a respirar despacio y a tratar de contener las arcadas cuando el aire se estanca a mi alrededor. Abro el grifo de la ducha y doy a tope el agua caliente, hasta que el vapor empaña el cristal reflectante y me salva de mí misma. Luego me quito la acreditación, ahora adherida a mi pecho pegajoso, maldigo la progresiva celulitis de mis muslos y me froto, fuerte, con una manopla de hotel que ha visto épocas mejores.

«Lavarse sienta bien —pienso—. Muy bien. Debería lavarme más...» Ojalá pudiera limpiarme también por dentro, pero al menos me aseguro de dar un repaso minucioso a todas las superficies disponibles, y después me froto con ganas la boca de besucona infiel que tanto me traicionó anoche con un cepillo de dientes de cortesía, recién sacado de la caja y de cerdas firmes. Esto me provoca una ligera náusea, pero llego a la conclusión de que vale la pena con tal de tener una boca (más) limpia.

Y entonces llega la culpa.

Me cae encima a plomo: primero me aplasta el pecho y a continuación desciende hacia el estómago, hasta que pienso que tal vez no sería mala idea dejar que se me doblen las rodillas y tumbarme de nuevo en el frío suelo de baldosas del baño del hotel.

Charlotte y Thomas.

Siete y cinco.

Se ríen. Tienen los ojos hinchados por el sueño de primera hora de la mañana. Bajan las escaleras en tropel, con las batas aleteando tras ellos. Desayunan huevos pasados por agua y tostadas. Se frotan la cara con una toalla hasta que les queda rosada y resplandeciente. O, calculo, si todo va según el horario previsto, a estas alturas deben de oler un poquito a menta tras dos minutos lavándose los dientes con el cepillo eléctrico que les regalaron en Navidad. Los echo de menos. Y la idea de que tal vez haya hecho algo que podría causarles algún daño se me clava como una espina. Porque, por muchos problemas que tengamos Greg y yo, él es su padre. Así que voy a tener que llevarme bien con él. De alguna manera. Mejor.

Era más fácil cuando Greg trabajaba. Tenía algo por lo que levantarse por las mañanas. Se

esforzaba, se afeitaba y de vez en cuando se planchaba las camisas. Se suponía que lo de quedarse en casa iba a ser solo temporal. «Hasta que encuentre otra cosa», dijo. Así que asumí más responsabilidades en la clínica y empecé a trabajar más horas. Me ascendieron, y mi nuevo puesto conllevaba el «honor» de hablar alguna que otra vez en eventos como este. Greg dijo que él se encargaría de los niños y aprovecharía la oportunidad para empezar su *Guía seminal de Stonehenge*, un proyecto que al parecer había iniciado cuando estudiaba pero que tuvo que posponer debido a, bueno, la vida. Así que la habitación de invitados se convirtió en un santuario de templos druidas, fotos de formaciones rocosas y revistas académicas. Pero de la parte de «encargarse de los niños» no hizo mucho. Y yo seguí cocinando, limpiando y llevándolos al colegio. Y apenas se acordaba de recogerlos en casa de la canguro antes de volver a la nuestra para desplomarse en el sofá o quedarse dormido en su «estudio», en su «cama de día». Cama que, cada vez con más frecuencia, se estaba convirtiendo también en su cama de noche.

Hace meses que no busca empleo. Y cuando me ofrecí a leer el libro (o al menos los capítulos que hubiera escrito hasta ese momento), de repente se puso tímido. Me dijo algo así como que era mejor «leerlo todo en contexto». Y nada más.

De modo que, aunque es verdad que técnicamente soy una persona horrible, voy a alegar circunstancias atenuantes. Y me estoy convenciendo a marchas forzadas de que la resaca monumental de esta mañana es El castigo: Parte I.

Lo revuelvo todo buscando analgésicos, encuentro unos en mi bolso, me tomo dos y luego me acuerdo de que son de los especiales del trabajo, de los que en la caja tienen unas letras mayúsculas enormes que dicen: «Uno al día. NO SUPERAR LA DOSIS RECOMENDADA».

Intento regurgitar uno. O los dos. Cosa que, claro está, no funciona y hace que me sienta más angustiada y mareada.

«Qué inteligente por tu parte. Mucho...», me regaña antes de decidir que quizá debería intentar comer algo. Por lo general, no desayuno, pero me digo que este podría ser uno de esos días que requieren una excepción. «¿Fruta, tal vez? ¿Medio pomelo?»

El «restaurante», otra sala sin ventanas, está repleto de niños con sus padres, todos con destino al cercano parque temático. Huele a toallitas húmedas y a desesperación, y el nivel de decibelios es ensordecedor.

—Araminta, ¿hoy quieres leche de vaca con los cereales? ¿Mamá te la da semidesnatada o entera? Prueba esto y dime si te sabe normal... —dice un hombre que lleva un blazer y unos gemelos en el bufet del desayuno de un Premier Inn a su hija de dos años.

Otra mujer embute todos los bollos de pan que puede en su bolso mientras una tercera disecciona cinco huevos duros para sacarles la yema y tirar el resto.

«La gente es ridícula.»

Varias decenas de cucharas golpean los cuencos con el mismo ímpetu que si estuvieran compitiendo por hacer un brindis y varios preescolares reciben felicitaciones a voz en grito por su ingesta de cereales integrales («¿Cuatro, Felix? ¡Un chico listo!»[3]).

«Me va a estallar la cabeza —pienso—. Aquí y ahora. Eso o se me astilla por dentro y me desangro de algún modo —decido mientras me froto el cráneo—. Pero, al menos por ahora, mantengo las náuseas a raya. Bien hecho, yo...»

Ya estoy cerca de la «zona de cereales y fruta» cuando experimento la primera sacudida: un anzuelo en el estómago que amenaza con arrancarme de las entrañas la única barrita de cereales

que encontré en mi bolso y los únicos sólidos que han traspasado mis labios desde las once de la mañana de ayer. La cabeza no deja de palpitarme mientras contemplo las pequeñas esferas de fruta blanda que flotan en un líquido turbio. Decido que me encantaría sacarme el cerebro con una cuchara vaciadora, aun así cojo un cuenco y me autoconvenzo: «¡Tú puedes!».

Pero resulta que no puedo.

Se eleva, tan deprisa que no puedo detenerlo y con una fuerza que no sabía que tenía dentro de mí. El cristal protector de la barra de ensaladas no es un rival digno y ofrece poca resistencia. Grandes fragmentos de paleopapilla, revestimiento gástrico y syrah («yo te maldigo, syrah...») surgen de mí y rocían la fruta, los cereales y a los espectadores. Con generosidad.

Ya veo el titular:

Madre de dos hijos borracha vomita en el bufet del desayuno ante decenas de comensales sorprendidos. «Soy una deshonra», admite Alice Rayo, dentista de Streatham...

—Ay, Dios, lo siento muchísimo.

Busco por todas partes cosas con las que fregar y asumo personalmente la responsabilidad de limpiar las salpicaduras de vómito que se coagulan a buen ritmo sobre los mocasines de gamuza del hombre de los gemelos. «Apuesto a que desearía no haberse apartado de los cereales — pienso—. Seguro que lamenta el día en que ofreció a Araminta un *parfait* de frutas...»

—Soy un ser humano horrible —murmuro sin dirigirme a nadie, y después me llevo una mano a la boca y me doy cuenta de que el calvario no ha terminado.

«¿Aún queda? —Y a continuación confirmo sin dejar lugar a dudas—: Aún queda.»

—Creo que lo mejor sería que se marchara, señora —sugiere un hombre que lleva un traje demasiado grande y una chapa en la que se lee «¡A su disposición!».

Asiento, de todo corazón, y luego huyo hacia los ascensores con la esperanza de llegar a mi habitación antes de que el siguiente maratón de bilis haga constar su presencia.

Ya estoy de vuelta en la intimidad de mi propio baño, sujetándome el pelo para ejecutar sobre porcelana la que espero que sea la última vomitona, cuando oigo una voz conocida:

—Vaya, qué agradable es todo esto.

«No. Dios mío. Tiene que ser una broma...»

Tras limpiarme la boca con la parte interna de la manga, me doy la vuelta.

Apoyada en el marco de la puerta hay una mujer morena y rechoncha con katiuskas; tiene los brazos cruzados, huele mucho a aire libre y me está juzgando.

—¿Qué haces tú aquí? —pregunto con voz áspera mientras me echo el pelo hacia atrás e intento estar presentable.

Tenía tanta prisa por vomitar que, ahora que me doy cuenta, puede que me haya olvidado un poquito de cerrar la puerta de la habitación. O, mejor dicho, que me haya olvidado de que había la posibilidad de que se quedara abierta gracias a la copia de cortesía del *Daily Mail* que había metida en una bolsa de plástico transparente y atada a la manija de la puerta («¡yo os maldigo, amenazas terroristas y nuevas fotos de Helen Mirren de vacaciones!»).

—¡Tienes la voz ronca! —anuncia a bombo y platillo la mujer bajita de cabello oscuro.

—Y tú tienes la voz alta. —Noto una punzada en la cabeza y esbozo una mueca de dolor.

—Me ha llamado Greg.

Me pongo de pie, de manera inestable, e intento con todas mis fuerzas no exhalar alcohol y bilis sobre ella mientras me envuelve en un abrazo de oso no consensuado y demasiado potente, antes de propinarme un puñetazo en el brazo, un gesto que seguro que en su mundo pasa por un saludo apropiado, pero que en el mío duele un montón. Mide menos de uno sesenta, pero tiene brazos de carnicero y músculos de acero. Para alimentarse a base de pastel de carne y patatas y de bizcochos, está en tan buena forma que sorprende. Su combinación de abrazo y gancho izquierdo me deja sin respiración, y el embriagador aroma a «caballo» que suele llevar consigo me manda directa de vuelta al inodoro.

—Yo también me alegro de verte —dice mientras vomito otra vez.

No me gusta que la gente me vea así. Nunca. Ni siquiera ella. Ella lo sabe y sospecho que, en parte, está disfrutando.

—Lo siento —murmuro—, ¿cómo estás?

Tuerce la boca al oírme.

—Mejor que tú. Venga, vamos a adecentarte.

Avergonzada, dejo que me ponga de pie y me lance una toalla para que «me limpie».

«Esto no está bien... Yo soy la adulta. Yo soy la que se encarga de que todo el mundo haya ido al baño antes de salir de casa. Llevo cuatro bolsas reutilizables del súper en el coche. ¡Siempre! La persona a cargo soy yo. No ella...»

Una vez que ambas estamos convencidas de que es poco probable que vuelva a vomitar —o, en realidad, de que me quede algo que vomitar, aparte de un riñón, quizá—, me dice que prepare las maletas para que podamos «tirar millas».

—¡No puedo irme! —contesto—. Me queda un día de congreso. Estoy apuntada a «Combate la cultura del pastel» y «Déjame sin aliento: dar pasaporte a la halitosis»... —Me oigo decirlo en voz alta y cobro consciencia de que ni de coña voy a pasar la mañana en una sala sin ventilar rodeada de odontólogos—. Vale, puede que eso me lo salte. Pero no necesito que me lleven, gracias. Voy a coger el tren.

—No, hasta mañana no puedes: los han cancelado.

«Me cago en la leche.» Me había olvidado, con todo el rollo del vino manos libres y Mister Dientes y las náuseas... «Ay, madre, Mister Dientes...»

—Bueno, tienes la suerte —continúa— de que hoy voy al sur.

Me fastidia que siempre diga «el sur» como si yo hubiera abandonado nuestras raíces norteañas. No lo he hecho: somos de Leamington Spa.

Y esta es Melissa, mi hermana.

—He quedado con un hombre por un perro —prosigue. No dudo ni por un instante de que sus palabras son literales—. Bueno, ¿qué pasó anoche? ¿Te emborrachaste tú sola?

—No —contesto demasiado rápido—. Con un amigo.

—¿Tu «amigo» se llamaba tequila?

—¡No! —replico de nuevo, y después añado con una vocecilla minúscula—: Syrah...

Esboza una sonrisa que muestra sus hoyuelos.

—¿Qué?

—«¿Qué?» —Se burla de mí con un aspecto tan inocente como el de un querubín de Botticelli

—. Por cierto —señala—, llevas la camisa al revés y tienes trozos de zanahoria donde debería estar tu escote.

Hace un gesto hacia su impresionante zona pectoral para subrayar mis defectos en esa área.

—¡Ay, joder! —Empiezo a quitarme trozos de... No lo veo muy claro—. Tengo una ligera resaca, eso es todo.

—¿En serio? Porque el chico de recepción me ha dicho que «me agradecerían que me llevara a la loca de la habitación 204» y esas ojeras me indican que esto no es cosa de una sola noche. Me dicen —y aquí adopta una voz aguda—: «¡Eh, hola! Me llamo Alice, no paro de trabajar y puede que esté perdiendo la cabeza...».

—¿Eso es lo que dicen mis ojos?

—Eso es lo que dicen.

Hace un gesto de asentimiento como si no fuera culpa suya que mis ojos delaten mi actual estado de salud mental. «Si fuera una foto, Melissa se pondría a dibujarme un bigote y un monóculo ahora mismo...» Me pellizco el puente de la nariz, sin saber muy bien si voy a vomitar o a echarme a llorar.

—Oye —continúa—, ¿y si te vistes como es debido y tienes tu crisis existencial por el camino? Aparcar aquí dentro cuesta un riñón...

Me siento demasiado hecha polvo para protestar, así que me quito la ropa manchada de vómito y me pongo la única alternativa que tengo: el traje de chaqueta y falda de hace diez años que llevaba anoche. Luego me aplico todo el maquillaje/camuflaje que me parece decoroso y, en un acceso de locura, le pregunto a Melissa si estoy bien.

—Pareces alguien que quiere compartir «Tú también puedes ganar dinero en el sector inmobiliario...» —responde con voz de anuncio norteamericano.

—Gracias. Ahora ya me siento mucho más segura de mí misma para volver a bajar y enfrentarme al mundo —farfullo a modo de respuesta. «Y todo porque yo no he empezado a comprar prendas con la cintura elástica y chalecos de plumas en la tienda de ropa “Me he rendido”. ¿Quién se ha muerto y la ha nombrado alcaldesa de la ciudad de la moda?»

Recojo mis artículos de aseo dispuestos en ángulo recto y meto hasta la última prenda manchada de vómito en uno de los gorros de ducha de cortesía que encuentro en el baño para evitar la contaminación cruzada en mi maleta de fin de semana. Luego, tras envolver con un par de pañuelos de papel extras cada fardo de la deshonra, solo por si acaso, cierro la cremallera y nos vamos.

Evito el contacto visual, con todo el mundo, hasta completar mi paseo de la vergüenza y encontrarme a salvo en el aparcamiento subterráneo. Me dejo guiar hacia una camioneta que una vez fue blanca y que, por lo que se ve, va a ser mi carroza salvadora. Quito del asiento del pasajero envoltorios de dulces, periódicos viejos («a los perros les gusta ir delante...») y una empanada a medio comer.

—Madre mía, esto apesta. —Retrocedo asqueada.

—¡A gloria, querrás decir! —es su respuesta.

—A diabetes tipo dos —murmuro.

—Ya me la como yo, gracias. Si no malgastas, nada te faltará... —Se mete la empanada en la boca—. ¿Qué?

—Nada. Te veo... bueno...

—Gracias. Es mi cuerpo de venganza posruptura —dice con la boca llena de masa de hojaldre y entre ligeros chasquidos provocados por la sequedad de la lengua—. Me ha dado por comer en plan Elvis después del Ramadán.

Asiento como si eso lo explicara todo. Ya no suelo preguntarle sobre su vida amorosa. He llegado a la conclusión de que, si hay alguien importante, ya me lo contará ella. «Si hay alguien importante, se lo contará a todo el mundo», pienso. Así que supongo que la «venganza» es por una aventura menor con alguien que sin duda no trataba a los perros con la adoración que merecen o que era alérgico al caballo. O a los «conejitos domésticos». Me estremezco al pensarlo. («¿Sabes que los conejos se comen su propia caca?», le dije una vez después de leer un artículo sobre ellos en internet.[4] «¿Y?», fue su contestación.)

Melissa pasa un brazo por detrás del reposacabezas del asiento del pasajero para dar marcha atrás y retrocedemos traqueteando. En la cola para salir del aparcamiento, me doy cuenta de que me está mirando. De que no para de mirarme.

—¿Qué? ¿Por qué no me quitas ojo?

—¿Estás bien?

—¡Sí! —chillo en un tono más agudo de lo que pretendía—. ¡Estoy bien! ¡Más que bien!

Mi respuesta pone fin a la conversación, así que salimos del aparcamiento y parpadeamos bajo la luz del sol. Hurgo a tientas en mi bolso hasta que doy con mis gafas de sol, que son enormes y tienen unos cristales XXL que por suerte me tapan la mitad de la cara, pero también hacen que parezca que me están sacando a hurtadillas de un encuentro ilícito para evitar a los paparazzi. No podría estar más fuera de lugar en una camioneta blanca llena de barro ni aunque quisiera.

—Demasiada luz, ¿verdad, Jackie O? —pregunta Melissa. A voz en grito.

Me limito a contestar con un gemido.

El zumbido grave entremezclado con un gorjeo, un ruido que había atribuido a la antigüedad del motor, se amplifica una vez que nos alejamos del aparcamiento subterráneo de varias plantas y resulta ser nada más y nada menos que Celine Dion.

Melissa me asegura que no es elección suya. «La radio local», aclara señalando el estéreo con la cabeza. Paramos y arrancamos, nos abrimos paso a trompicones por las congestionadas calles de la ciudad, atestadas de tráfico y bullendo de pitidos de coches que no contribuyen a aliviar mi resaca. Cuando caigo en que no he mirado el móvil desde que estoy lo bastante sobria para recordar que tengo móvil, lo saco del bolso.

Está apagado. «¡Apagado!» En circunstancias normales, nunca apago el teléfono. «Nunca.» Me estremezco, aprieto el diminuto botón tamaño dedo de muñeca para encenderlo de nuevo y espero a que aparezca el icono de la manzana negra recortada contra un fondo blanco brillante. Introduzco mi contraseña con torpeza, y con cada notificación de llamada perdida, el alma se me cae un poco más a los pies.

¡Ping!

¡Ping!

¡Ping-ping-ping-ping-ping-ping!

Me llega un torrente de nuevas alertas que me avisan de que tengo mensajes de voz.

«Tienes... DOCE... mensajes... nuevos... Primer mensaje, enviado ayer a las cuatro y dieciséis de la tarde...»

«Nooo...»

Es lo que tiene convertirte en el tipo de persona que siempre lo tiene todo bajo control, en el tipo de persona de la que los demás pueden depender: te vuelves sumamente necesaria. Indispensable, incluso. La gente confía en ti, o al menos eso es lo que me digo. Y entonces, en las (muy) raras ocasiones en las que las cosas no van del todo según lo previsto o en las que, solo por poner un ejemplo, desapareces sin avisar durante un congreso de odontología, la gente lo nota. Si me hubiera casado con un hombre capaz de encontrar el aspirador y de orientarse en el cajón de los tápers, dudo mucho que tuviera tres llamadas perdidas de casa en lo que va de mañana. Si hubiera delegado más en el trabajo, estoy bastante convencida de que mis compañeros podrían haberse ocupado de los nueve informes de la clínica (aunque a un nivel inferior...). Pero, tal como están las cosas, me han caído a mí. Todos...

Pulso el botón rojo para colgar, incapaz de hacer frente al ataque todavía. Lo más habitual es que tenga uno o dos días para desconectar de las numerosas «charlas» que por lo que se ve son necesarias cuando eres una profesional activa en el campo de la odontología. Por lo general, paso al menos veinticuatro horas casi en absoluto silencio mientras devuelvo el orden a mi casa después de la semana laboral, ignorando a mi marido y sin apenas conversar con unos niños monosilábicos que parecen adolescentes. Eso significa que, para cuando llega el lunes, he acumulado las reservas de energía que requiere embarcarse en una semana más de interacciones humanas. Pero solo es sábado. Ayer cumplí más que con creces con mi cupo de «charlas» y no me queda nada en el depósito, por así decirlo, aparte de un revoloteo ansioso y asfixiante. En resumen: no puedo afrontarlo.

«Si quieren que haga un turno extra hoy, lo llevan crudo —pienso, con la cabeza apoyada entre las manos—. Si a Mark vuelve a dolerle la espalda, con su pan se lo coma; no puedo cubrirlo. Hoy no estoy en condiciones de exhalar syrah a escasa distancia de los pacientes...»

Si es importante, pueden enviarme un mensaje. O un correo electrónico. O mandarme un zepelín. En realidad, cualquier cosa menos una «charla»...

Compruebo el correo electrónico y envío respuestas rápidas a todos los informes de trabajo que puedo con la intención de sentirme mínimamente más útil y con mi vida bajo control... de encargarme de las tareas administrativas durante el «tiempo muerto» como una máquina productiva. Pero eso desemboca en la desagradable sensación de tener el estómago revuelto de nuevo.

«Mmm, ¿ahora me mareo en el coche además de tener resaca? Qué suerte la mía.»

Bajo la ventanilla de manivela para inspirar algo de aire ni-por-asomo-fresco de ciudad mientras Celine canta «Think Twice» a pleno pulmón. A todo volumen...

—¿Te importa? —Señalo el dial de la radio—. No me encuentro muy bien.

—No jodas...

—Me refiero a que si podríamos escuchar algo menos gritón.

—Podemos escuchar a Celine, a UB40 o a Ronan Keating.

—¿O «nada»?

—No. —Niega con la cabeza y le da al viejo estéreo un golpetazo firme con la base de la mano, momento en que empieza a sonar UB40—. Falta el botón de apagado y solo capta emisoras locales.

—¿Y cómo sabes lo que van a poner?

Me mira como si fuera tonta.

—Siempre son Celine, UB40 o Ronan Keating.

—Ah.

—No todos nos hemos pasado a lo digital...

Respondo con un ataque de estornudos espontáneo patrocinado por la cantidad de pelo de animal que hay en el coche. Empiezan a llorarme los ojos y se me entrecorta la respiración, no tengo nada claro si estoy a punto de asfixiarme o de arder por combustión espontánea. «O ambas cosas.» Agradezco que las gafas de sol me oculten los ojos enrojecidos y entonces comienza a sonarme el teléfono de nuevo.

«¡Vete a cagar, Elsa!»

El identificador de llamadas anuncia que me está llamando la «Clínica», así que lo pongo en modo silencio.

Ya me siento culpable por no haber llamado después de la mesa redonda de ayer para ver cómo iba todo, tal como prometí. «Pero ¿en serio? ¿Un sábado? Seguro que es Steve, el gerente de la clínica. Búscate una vida, Steve...»

Me entra una tercera llamada, desde un número de móvil que no conozco.

Al principio me preocupa que sea él. No Steve, sino él. Mister Dientes.

«No le di mi número, ¿verdad? ¿Cuántos años tengo? ¿Dieciséis?» Aunque cuando tenía dieciséis años acababan de inventar los móviles, así que habrían sido Melissa o mi padre quienes hubieran contestado al fijo. Me estremezco al recordarlo, tanto lo de anoche como lo de los años de torpeza social cuando «se suponía» que empezaba a interesarme por los chicos. No es de extrañar que me mantuviera tan casta hasta que me fui de casa.

La persona que me está llamando se rinde tras unos destellos verdes y me permito soltar el aire que estaba conteniendo.

«Era Steve, ¿verdad? Seguro que me estaba llamando desde el teléfono de su mujer. O desde ese número personal que se supone que ninguno de nosotros debe conocer por todo el rollo del Tinder, que “por supuesto él no usa”, a pesar de que Beverley la de recepción lo pilló deslizando la pantalla hacia la derecha por lo menos dos veces la semana pasada...»

Pero entonces el número parpadea de nuevo. Presiono «Finalizar llamada» y un pánico helado me recorre de arriba abajo: pánico a no haber cometido solo un error de juicio tan garrafal como el de anoche, sino a que todavía pueda prolongarse. A que pueda seguirme... Hasta casa.

«Que no me envíe un mensaje de texto, que no me envíe un mensaje de texto», le suplico... a quienquiera que sea en quien creo desde que dejé de creer en... bueno, en lo que fuera... en algún momento a mediados de la década de 1990.

Reviso los mensajes y me alarmo aún más al ver los famosos tres puntos que indican que alguien está redactando un mensaje.

«Está escribiendo algo...»

«¿Estás bien?» es lo único que dice. Levanto la vista hacia el horizonte para calmar la creciente sensación de mareo antes de volver a bajarla hacia el teléfono y estudiar el número misterioso.

«¿Quién eres?», contesto.

Nada.

Entonces los tres puntos atacan de nuevo, y no se detienen, palpitan con aire siniestro. Me tomo otra pausa de horizonte para impedir que la bilis me vuelva a la boca antes de mirar de nuevo el móvil.

«¿Sigue escribiendo? Eso no puede ser bueno», pienso. Pero entonces para.

Se ha callado. Y me ha dejado en paz. O lo más cerca de algo parecido a la «paz» que tal vez pueda llegar a estarlo una mujer casada madre de dos hijos que acaba de hacer algo estúpido a más no poder y que ahora se arrepiente.

En el siguiente semáforo, Melissa, al ver que por fin he dejado el teléfono, me da otro puñetazo en el brazo a modo de agradecimiento y me dice que me sirva un pastelillo de la guantera. Esto, para ella, es amor.

—No, gracias.

—Puede que también haya un huevo a la escocesa, si lo prefieres.

—No me apetece nada. Gracias.

—Tú te lo pierdes —murmura—. Por cierto, todavía tienes algo de vómito en el cuello.

«Vaya, genial...»

—Bueno, tú tienes carne picada de la empanada en la mejilla —respondo.

Pero es una victoria trivial. «Lo más probable es que a Melissa le dé igual andar por ahí rebozada en carne. Seguro que piensa que le da un toque de chica extravagante y excéntrica en su enorme camioneta. Yo, por el contrario, soy odontóloga. Una odontóloga cubierta de vómito...» Me llevo una mano a la clavícula y ejerzo presión para aliviar la sensación de incomodidad.

—¿Qué pasa?

—No es nada —consigo articular con un hilo de voz—. Es solo que... noto una ligera presión en el pecho.

—¿Te has abrochado el sujetador en el corchete que no toca? Uf, te entiendo.

—No. El sujetador está bien abrochado.

No le cuento lo de los cuatro sustos cardíacos en los dos últimos años. Al parecer no es normal en una mujer que no llega a los cuarenta. Eso me dijo el especialista masculino de más de cincuenta. «Me gustaría verlo a él sacando a dos niños de casa, a tiempo y con los zapatos puestos, después de haber dormido cinco horas, para tragarse un turno de dieciséis antes de desmayarse en la cama junto a un hombre al que Stonehenge le pone más que ella. Ya veríamos entonces quién es el que somete el corazón a demasiada presión...»

Otra salva de estornudos se apodera de mí y me convengo de que estoy a punto de echar las tripas. Otra vez. Eso o estoy a punto de sufrir otro de esos ataques de pánico durante los que me da la sensación de que me ahogo y me caigo al mismo tiempo.

«No tengo tiempo para esto...»

No hay ni una sola entrada en mi agenda —una hoja de cálculo dinámica con códigos de colores que cubre todas las áreas imaginables de la vida moderna— que diga: «Autosabotearte emborrachándote y terminar a merced de tu hermana pequeña». Tengo cosas que hacer. Los niños tienen clase de natación. «Cosa que apuesto a que Greg ha olvidado...» Luego clase de piano. Y es posible que los hayan invitado a jugar en casa de un amigo. «No recuerdo si es hoy o mañana... mierda...» Empiezo a buscar en el móvil para comprobarlo justo cuando el número desconocido llama otra vez. Presiono «Finalizar llamada». Otra vez. Pero entonces entra otra llamada de la «Clínica».

«Seguro que no ha sido más que el idiota de Steve —me digo—. Seguro que las llamadas desconocidas eran solo del idiota de Steve. ¿A que sí?»

Aun así, no respondo. Entonces es Esme, la gran jefa, quien empieza a llamar.

«Esta sí que deberías cogerla: es tu jefa, es tu jefa, es tu jefa...» Y sin embargo...

«No pueden despedirme: soy la única que sabe cómo funciona la pulidora nueva. Y dónde guardamos las placas de rayos X de repuesto. Y el café... En resumen, que no pueden despedirme. ¿No?»

Pulso «Finalizar llamada» otra vez. Y otra. Y otra. Hasta que, poco después, empiezo a presionar todos los botones como una loca para que el teléfono se calle, como si fuera una partida tensísima —de las que te forman un nudo en el estómago— de «golpea al topo». «Hoy. Soy. Incapaz. De. Charlar...»

—¿No puedes dejar el teléfono ni cinco minutos? —se queja Melissa—. Para que podamos charlar, como la gente normal... como hacíamos antes.

A Melissa, de ser sincera, le gustaría que todo fuera como antes. Tengo la ligera sospecha de que piensa que incluso la luz eléctrica está sobrevalorada, así que se pasa la vida intentando arrastrarme de nuevo a conversaciones sobre cosas que sucedieron cuando éramos crías. Que es justo lo que está haciendo ahora...

—¿Te acuerdas de cuando encontramos ranas en el jardín delantero y les construimos todo un complejo de piscinas con cuencos de porcelana? —empieza—. ¿O de aquella vez que jugamos al escondite en bicicleta por el bosque...

Me estremezco. Odio el bosque. «Demasiadas esporas. Y sombras. Y bichos...»

—... y te perdiste, y luego te asustaste porque yo no te «encontraba» y empezaste a hacer ruidos de búho para pedir socorro?

La miro con perplejidad. «No me acuerdo, pero toda la expedición suena espantosa en general...»

—¡Ya sabes! Fue el verano que el vecino de al lado se ofreció a enseñarnos el pene y le dijimos «no, gracias» porque por la tele estaban echando *Rentaghost*, aquella serie infantil de fantasmas.

«No. Nada.» Parece que he borrado vastas extensiones de nuestro pasado en común. Desde las travesuras de la infancia hasta verme forzada a crecer antes de estar lista para hacerlo, hay cosas que no conseguiría recordar aunque quisiera. Y no quiero, en la mayor parte de los casos. No estoy segura de que la infancia fuera una etapa que encajara del todo bien conmigo. «Además, no tiene sentido andar dando siempre la brasa con lo mismo, ¿no?» Prefiero mirar hacia delante. Como ahora...

Se me desboca el corazón y agarro el volante.

—¡Cuidado!

—¿Qué?

—¡Mira por dónde vas!

El coche esquiva un bolardo, se sube al bordillo antes de que pueda enderezarlo y baja de nuevo con un crujido de tapacubos.

—Muy bien, no pierdas los estribos. No ha pasado nada. ¡Estamos bien!

—Por poco... —murmuro al tiempo que una paloma esquiva el parabrisas con un arrullo.

Después de eso, viajamos en silencio. Bueno, con Celine, Ali Campbell y Ronan Keating como «entretenimiento». Así es mejor para todos.

Melissa y yo no podríamos ser más distintas. Yo he llenado mi vida de trampas cazabobos con personas que me necesitan, a todas horas, mientras que ella se ha asegurado de no tener a su alrededor seres (humanos) dependientes y es libre de hacer lo que le venga en gana. Vive a grandes rasgos como un personaje de Enid Blyton o uno de los guardabosques de D. H. Lawrence (imagínate a Sean Bean, el de la versión de Lady Chatterley de la BBC, pero con los pechos más grandes) y lleva una vida sencilla; algunos podrían pensar que incluso demasiado sencilla. La última vez que fui a visitarla a su casa tuve que esperar ¡ocho minutos! hasta que su tetera rompió a hervir, y luego encima insistió en usar hojas de té. «¡Ni una sola bolsita a la vista!» Le pedí la contraseña del wifi, porque la cobertura era malísima, y me contestó que «no creía en el wifi». Había leído algo acerca de un hombre de Leicester que era alérgico y que tenía que llevar un traje de papel de aluminio de una sola pieza para «repeler las ondas». Hace un par de años le compré un microondas por Navidad, pero solo lo utiliza para guardar cosas («No quiero radiaciones en las patatas asadas, ¡muchas gracias!»). Rechaza «lo nuevo», adora cualquier cosa «vieja» («¿También el raquitismo? ¿Y qué me dices de la horca?», le pregunté una vez en un momento de frustración) y ocasionalmente le gusta «desvincularse» del «sistema de los peces gordos» cerrando su cuenta de la sociedad de préstamo inmobiliario para que «El Hombre» no pueda rastrearla. Todo esto, bajo el paraguas de la ambición de ser «libre».

Pero a mí siempre me ha parecido que la libertad está sobrevalorada. Prefiero el orden. Y estar bajo un techo. «Y las superficies limpias y desinfectadas», pienso cuando, a los pies del asiento del pasajero, rozo un bulto inquietante que deseo con todas mis fuerzas que sea una piel de plátano (y no algo más siniestro).

De hecho, lo único que mi hermana y yo tenemos en común es que compartimos unos cuantos genes. «Y tampoco muchos, la verdad», reflexiono mientras observo a mi compañera de viaje.

Cabe apuntar que yo no habría elegido a Melissa como hermana ni en plena lluvia radiactiva. Ni ella a mí, a decir verdad. Pero, al parecer, «está muy claro que no se produjo ninguna confusión en la unidad de neonatos» y ninguna fue «adoptada en secreto» (ella lo comprobó, a los doce años). Así que Melissa y yo tenemos que aguantarnos la una a la otra. Por lo general, tampoco resulta demasiado problemático. Por lo general, yo puedo seguir con mi vida y con lo de «cuidar a la gente» y limitarme a añadir a Melissa al final de mi «lista» durante nuestros encuentros semestrales o llamadas telefónicas trimestrales. Es llevadero, metódico, abarcable. Justo como a mí me gusta. Pero todo esto está a punto de cambiar.

Los niños, soldados a un iPad, apenas levantan la vista cuando entro. La divertida tía Melissa despierta más entusiasmo. La tiran al suelo en cinco segundos clavados y poco después, por lo que alcanzo a distinguir, ya está luchando con ellos en la entrada. Greg aparece mirando un teléfono inteligente con el ceño fruncido y se apresura a guardarlo en cuanto nos ve.

—Ah, hola... —dice con la más igoresca de las voces de Ígor.

—¿Tienes marcas de almohada en la cara?

—Es... es posible que me haya quedado dormido. —Se le sonrojan las mejillas.

«El premio al Papá del Año está en camino», pienso.

—A mí me encanta la siesta —interviene Melissa con generosidad—. Es como vivir dos días en uno.

—Eh... Sí. ¿Un té?

—Gracias. Verde —le digo a Greg cuando se aleja arrastrando los pies para encender la tetera.

No hay indicio alguno de las mochilas de natación, y la bolsa que contiene los ejercicios de piano de Charlotte tampoco se ha movido del punto exacto del vestíbulo donde la dejé ayer. «Está claro que a Greg se le han olvidado ambas actividades con las “prisas” de zamparse los paquetes de cereales variados que compré ayer a los niños...»

Con cuidado, me siento en una silla de la cocina, aún consciente de las oleadas de náuseas que corren el riesgo de volver a adquirir las proporciones de un tsunami en cualquier momento. «Lo único que quiero es esconderme bajo el edredón con una bebida energética sin azúcar —gimoteo para mis adentros—. Pero soy madre de dos hijos; tengo responsabilidades. Y es posible que algún resto de vómito alojado en el sostén...»

Después de respirar lentamente varias veces y de tragar con fuerza para devolver a su sitio cualquier posible traza de bilis, miro a mi alrededor y veo un surtido de recipientes de comida para llevar medio vacíos y envoltorios de sándwiches esparcidos por todas las superficies de la cocina como si fueran una instalación de arte moderno.

—Veo que has clavado lo de las cinco raciones al día...

—¿Eh?

—¿Has mirado siquiera una sartén en mi ausencia?

Greg se coloca su habitual máscara de agotamiento resignado al tiempo que yo adopto una expresión inalterable de tolerancia ensayada. Es una combinación embriagadora que nos ha ayudado a superar los últimos años. «No tiene sentido agitar las aguas ahora —pienso cuando me levanto en busca de un paracetamol. O de una lobotomía. O de un lavado de estómago. Ahora mismo me valdría cualquiera de esas opciones.»

Es entonces cuando me fijo en el rastro de barro (¿tierra?, ¿estiércol?) que serpentea por todo el suelo de azulejos blancos de la cocina persiguiendo sin tregua a... mi hermana.

—¡Tú! ¡Zapatos! ¡Fuera!

A regañadientes, renuncia a sus botas y, al mismo tiempo, abre de golpe el baúl de los recuerdos.

—Madre mía, todavía te apestan los pies. —Me tapo la boca con una mano, temerosa de que se desate un nuevo acceso de vómito.

—¿Qué? ¡Son mis calcetines de la suerte!

—¿Lavas alguna vez tus calcetines de la suerte?

Me mira, horrorizada.

—¡Eso les quitaría la suerte!

—¡Me da igual! Vuelve a ponerte las botas. —Señalo el felpudo—. Te traeré unos calcetines limpios.

—No están sucios; están sin lavar —protesta Melissa.

—¿Es que es distinto? —pregunto con incredulidad y, a estas alturas, con unas ganas locas de vomitar. Mi hermana me mira como si yo fuera tonta—. No importa. Tú quédate ahí. Te prestaré unos míos. De todas maneras, tengo que cambiarme.

Subo la escalera tan rápido como me lo permite la resaca, dejo atrás edredones tirados sobre montones de ropa sucia y un estudio con olor a moho y las persianas aún bajadas. El miedo me destella detrás de los ojos y noto una rigidez ya conocida en la garganta. Por instinto, me llevo la mano al bolsillo en busca del móvil, necesito una píldora calmante de... algo. «Mierda, me lo he dejado en el bolso...» Me siento desolada. Mientras me pongo unos vaqueros y una camisa limpia, empieza a preocuparme que el número misterioso haya vuelto a llamar o a enviar mensajes de texto. O peor aún, que Greg haya contestado. Me doy cuenta de que no tengo más remedio que coger los calcetines y volver abajo. «A mi vida...»

—¿Qué hay para comer? —es el saludo de Greg cuando entrego los calcetines limpios y vuelvo a la cocina.

Saco el móvil del bolso y lo miro: dos llamadas perdidas más, una de ellas de la clínica, y un mensaje.

«Soy yo»

Se me revuelve el estómago.

«El de anoche», dice el mensaje siguiente.

Pues está claro que no es Steve el de la clínica. «Míster Dientes...» No quiero saber su verdadero nombre. No quiero saber nada de él. Lo que quiero es vomitar otra vez y luego esconderme debajo de la mesa y taparme los oídos con los dedos hasta que todo y todos desaparezcan. Pero no puedo. «Porque aquí yo soy la adulta...»

«No vuelvas a ponerte en contacto conmigo», contesto a toda prisa antes de añadir un «por favor».

«Ser educada no cuesta nada.»

Me embuto el teléfono en el bolsillo para mantenerlo cerca de mí de ahora en adelante y ensayo mi mejor «cara imperturbable». La tetera ya ha hervido y hay tazas en el escurrerplatos. Esto es, sin duda, lo máximo a lo que Greg va a llegar hoy en el proceso de preparar el té.

—Te he preguntado que qué hay para comer —repite.

—No lo sé —le espeto—. ¿En qué plato sano y nutritivo has estado trabajando como un esclavo?

—Eh...

—Pues muy bien. —Abro la nevera con fuerza y analizo lo que contiene—. Entonces ya lo hago yo, ¿no? —Empiezo a sacar paquetes de varias formas y tamaños, y los dispongo en un orden que

espero que pueda constituir una comida completa—. ¡Niños, la comida! Melissa, quédate... si quieres.

Espero que diga que no.

—No me iría mal comer... —escudriña el envase— un poco de «ragú de tofu»...

En cuanto apuñalo con un tenedor el film transparente que cubre la bandeja de plástico y la meto en el microondas, advierto que ya se está arrepintiéndome.

—No te preocupes —le aseguro—. Un par de «micro-ondas» no van a matarte. Y hay una versión con carne para quien la quiera.

Veo que los hombros se le relajan de alivio. Greg se escabulle a hacer lo que sea que hace Greg, y Melissa, de mala gana, añade sus «calcetines de la suerte» a la pila de la colada. Mientras espero a que la comida haga ding, ataco una cabeza de brócoli —mi única concesión a la cocina casera— y la preparo al vapor sobre una cacerola de espaguetis.

—Listo. A comer. ¡Todos!

No obtengo respuesta.

—¡La comida! —pruebo de nuevo.

—¡No! —se oye el grito de un niño, seguido de una risita.

—¡Sí!

—¡No!

—Vale...

Respiro hondo varias veces y me aprieto las sienes con los dedos para tratar de calmar el martilleo mientras la cacerola hierve.

—¡Estamos viendo un vídeo de Taylor Swift! —dice la mayor en tono lastimero.

—¿Taylor qué?

A mi hermana no se le dan muy bien las referencias a la cultura pop.

—Swift. Piernas largas. Rupturas lucrativas —la pongo al día mientras escurro la pasta y me escaldo con el vapor—. A los niños les gusta ver sus vídeos en YouTube.

—Todavía son un poco pequeños, ¿no? En nuestros tiempos, a esta edad todavía andábamos con una casa de muñecas y una granja desmontable.

—Ah, ¿sí? —digo, distraída por el dolor que ahora parece estar acomodándoseme tanto en las órbitas de los ojos como en la muñeca recién quemada.

«Me cago en... Esto no es resaca, es tortura...»

—Aunque, claro, nosotras no disponíamos de toda esta tecnología...

Melissa pronuncia la última palabra como si fuera un término nuevo y sofisticado para referirse a algo de lo que se niega a formar parte.

—¡Vamos! —Lo intento de nuevo—. ¿Quién quiere brócoli? —Silencio—. ¡Mmm! Brócoli... ¡Me encanta el brócoli!

—... dijo ningún niño jamás... —bromea Melissa. Le lanzo una mirada que viene a decir: «No te atrevas a venir a mi casa y a criticar mis verduras crucíferas»—. Lo siento. Lo siento. Muy bien, cuenta conmigo.

Y eso hago. Incluso al colocar los cuchillos, los tenedores, las servilletas y los condimentos sobre la mesa con la esperanza de recuperar el control de un día que ya se ha salido mucho de madre. «Podemos sentarnos y compartir una comida todos juntos. Como en las películas. Como

me dicen las revistas que deberíamos hacer. Charlaremos. Y comeremos. Y todos disfrutaremos de un tiempo de convivencia», decido.

Greg aparece en la puerta y esboza una ligera sonrisa de desdén.

—¿Por qué has puesto la mesa?

—¿Perdona?

—¿Por qué no comemos delante de la tele con una bandeja en la falda, como la gente normal?

—Porque es la hora de comer de un sábado, por una vez estamos todos en casa y... —se me entrecorta la voz y, cuando consigo recuperarla, me sale más afilada— se me había ocurrido que podríamos comer juntos. Que sería agradable. Pero ahí tienes la comida. Haz lo que quieras con ella.

Y eso hace. Se llena un plato y lo traslada hasta el sofá, donde puede engullirlo con el televisor como única compañía. Siguiendo el ejemplo de «papá», Charlotte y Thomas entran soltando risitas y hacen lo mismo: cogen los cuencos que les había servido y vuelven balanceándose a su guarida con banda sonora de Taylor Swift. Melissa es la única que se sienta a la mesa conmigo, y se atiborra agradecida.

—¿Sabes cuál es el ingrediente más importante de la comida? —pregunta con la boca llena.

Miro su plato, perpleja.

—¿La ternera?

—¡No! —Levanta un tenedor en señal de gratitud y entrechoca su vaso de agua con el mío—. ¡La buena compañía!

—Ah.

Soy consciente de que está intentando que me sienta mejor, pero no está funcionando.

«Tiene restos de comida entre los dientes —observo—, y no parece ragú... ni empanada... Apuesto a que no usa el multipack de hilo dental que le envié...»

Como sin placer ni apetito. Brócoli con una pizca de salsa de tofu: porque es lo que tengo que hacer. Porque es lo que haría una madre de dos hijos responsable y consciente de la importancia de la salud que no tuviera un resacón desternillante. Me exige una deglución más agresiva que de costumbre y un duelo de voluntades con mi esófago respecto a qué debe bajar y qué continúa intentando subir. Pero gano yo. Suelo hacerlo. O al menos, solía hacerlo. Luego persigo a los niños por toda la casa con una sartén llena de brócoli (lo habitual) antes de rendirme.

A falta de una comida en familia, me doy el gustazo de sacar los platos limpios del lavavajillas (Greg piensa que esto lo hace un duendecillo...) y sustituirlos por los que acabamos de manchar, sumados a un excedente de vajilla que se ha acumulado en el alféizar de la ventana.

Por fin, una vez que se han restaurado el orden y la simetría, llega el momento de pasar a la planta de arriba. Melissa me sigue.

—¿Esto es lo normal, entonces? ¿Que Greg se limite a comer y ver la tele y los niños estén con el iPad?

—Bueno... Normal del todo no es... —titubeo.

—No parece que se hayan alegrado mucho de verte.

—Vaya, gracias por señalarlo —replico mientras subo los peldaños.

«Mi hermana: la granada humana de la verdad.»

Al final de la escalera, siento una extraña sensación de vértigo al contemplar la escabechina. «Tú puedes —me automotivo—. Solo tienes que recoger, lavar la ropa, trabajar un rato, preparar

la cena, bañar a los niños y acostarlos; luego ya puedes irte a la cama.» De esta forma, razono, lograré que el día acabe antes. Me noto perezosa y fatigada, así que me pellizco el pulpejo de la mano izquierda para recuperar la concentración. «Lo único que tienes que hacer es seguir adelante, pavimentar el camino baldosa a baldosa, siempre hacia delante...»

«¿Y qué si me paso la vida cargando y descargando un lavavajillas? O poniendo la lavadora y luego vaciándola y tendiéndola (la peor parte). Me encargo de la casa, continúo con mi carrera profesional y cuido de mi familia hasta que, en el futuro, llegue un momento mágico en el que las cosas sean más fáciles. Como la jubilación. O la muerte...»

Estoy lidiando con una funda nórdica doble al tiempo que trato de revisar el correo electrónico (Esme quiere saber por qué no he dado señales de vida; podría, si quisiera, agrandarme el pene a un «precio bajo, muy bajo»;^[5] y se nos ha pasado la fecha de devolución de los libros de la biblioteca; pero el lado bueno es que ¡tengo dos recomendaciones nuevas en LinkedIn!), cuando Melissa abre la boca.

—¿Te has planteado alguna vez que quizá la vida moderna sea demasiado cómoda?

En el interior de mi tienda de campaña de algodón egipcio (regalo de bodas), con los brazos extendidos en cruz en mitad de la complicada maniobra de aferrarte a la parte interna de las esquinas de la funda del edredón como si te fuera la vida en ello, antes de cometer el enfundado propiamente dicho, me hierve la sangre.

—No. —Espero que mi vasto sudario de algodón amortigüe el dejo de irritación de mi voz—. Nunca me he planteado que mi vida sea «demasiado cómoda».

Ejecuto con todas mis fuerzas y envergadura femenina un movimiento de volteo y sacudida destinado a someter al edredón a la funda hasta que, al fin, quedo libre... con una melena recién cargada de electricidad estática que me confiere una apariencia atractiva y chispeante. Melissa se pierde mi triunfo, puesto que está ocupada hojeando las fotografías viejas que lleva en la cartera, como si estuviéramos en la década de los noventa.

—Bueno, entonces explícame esto —comienza, y yo me preparo para lo que pueda venir—. Mira esta foto de la abuela, sonriente, feliz.

Melissa agita un cuadrado amarillento y abarquillado que contiene una imagen en tonos sepia de una mujer a la que ninguna de las dos llegó a conocer mucho. Luce un peinado de ondas típico de los años cuarenta y un vestido sin mangas. Posa en un muelle de a saber dónde, de pie, muy erguida.

—A ella no le importa cuántos «me gusta» reciban sus publicaciones de Facebook ni cómo esté su bandeja de entrada —prosigue Melissa—. Está contenta porque la guerra ha terminado y está a punto de reunirse con el abuelo y de tener gemelos.

«Apuesto a que una vez que nacieron ya no sonreía así; en aquella época no había pañales desechables», no puedo evitar pensar.

—¡Su vida era más sencilla!

—Sí, bueno, qué suerte la de la abuela... Algunos tenemos que pagar una hipoteca.

Puedo decir esto porque Melissa vive en un cobertizo en una finca por la que paga una miseria al año. Por lo que sé, su «trabajo» consiste sobre todo en merodear por ahí rodeada de animales como una doctora Dolittle moderna, para ganar el dinero que necesita para «cosas básicas», como empanadillas y el mantenimiento de una camioneta blanca de los ochenta.

—Además, yo soy feliz —protesto—. Nos vamos de vacaciones... —La verdad es que no

recuerdo cuándo nos fuimos de vacaciones por última vez. Siempre me han parecido una especie de capricho devora-tiempo, algo que te distrae de seguir trabajando/siendo adulto—. Y dentro de poco abren un Starbucks aquí cerca —agrego.

Melissa no parece impresionada, y me fastidia que esté siendo testigo del momento en que soy consciente de que hasta la fecha mi vida ha sido decepcionante.

—¿Sales mucho con la gente del trabajo? —Niego con la cabeza—. ¿Y con antiguos compañeros de clase?

—¿Qué antiguos compañeros de clase?

Melissa se cruza de brazos y me dedica esa expresión suya de se-te-está-viendo-el-plumero, como si dijera: «Nada que añadir, señoría».

Las tripas se me remueven de una forma incómoda y, durante un instante, me pregunto si voy a volver a vomitar. Pero entonces identifico esa sensación: «No son náuseas, es tristeza...».

No me acuerdo de la última vez que pasé una noche con mis amigas. Ni siquiera de cuándo fui a tomar un café con ellas. O recibí una llamada de teléfono. «¿Es cosa mía? —pienso—. ¿Las he dejado de lado? ¿Es cosa suya? ¿O habremos sido todas un poco gilipollas?»

—¿Y Greg y tú salís mucho? A cenar y esas cosas.

—¡Madre mía, qué va! —contesto con sorna, y acto seguido me siento avergonzada por haber admitido mi fracaso matrimonial—. Es solo que estamos ocupados. Yo estoy ocupada. Y siempre hay... cosas mejores que hacer. —En cuanto lo digo, me doy cuenta de que es más munición para la campaña de odio contra mi vida iniciada por Melissa—. Muy bien, no somos felices y comemos perdices —concluyo.

No he oído a Greg reírse en meses. No hace más que ver el canal de noticias de la BBC y comer basura. Un tipo de comida que hace que huela un poco a vaca lechera en descomposición. Y la calidad de lo que se mete en esa boca de Ígor sin sonrisa no es lo único que me saca de mis casillas, también está el tema de la cantidad. Me casé con un hombre hambriento. Me estremezco al pensar en el montón de cajas de pizza que encontré detrás de los contenedores la semana pasada. O en los envoltorios de chokolatinas enterrados en los bolsillos de los pantalones y abandonados allí para que fermenten, pegajosos, hasta que algún pringado (yo) se ocupe de sacarlos antes de hacer la colada. Daba por sentado que esto era lo normal, los habituales restos del naufragio de un matrimonio corriente.

«Pero ¿y si me equivocaba?»

No soy ninguna adolescente ingenua en su primer arrebató de amor: no soy tan tonta como para pensar que puedes pasarte la vida entera deseando a una sola persona. Llevamos caminos separados desde que llegaron los niños... pero así es la vida. ¿No? Y encuentro maneras de sobrellevarlo. Maneras de evitar que se me forme un nudo de estrés en el estómago cada vez que se le tuerce una nueva idea para un libro o que se involucra demasiado en una noticia sobre la lucha política de un país que yo no sabría ni señalar en el mapa. Como en la cama la otra noche: me había depilado las piernas y ni siquiera me había puesto aún la férula dental (cuando tienes dos niños, esas cosas se consideran preliminares...), y me contó que la República Checa tiene una tasa de desempleo de solo el tres por ciento. Le pregunté si estaba de broma y me dijo: «Es una economía con tendencia al alza». Así que escuché un podcast sobre mujeres que matan a sus maridos, me puse a dormir dándole la espalda y, en el desayuno, quemé a propósito sus tostadas antipaleo de pan blanco y desprovistas de nutrientes. La noche siguiente la pasó en su estudio.

«Quizá haya tiempo para el romanticismo cuando se calmen las cosas —me digo—. Cuando Greg consiga un trabajo o vuelva a ponerse en forma o cuando empecemos a gustarnos de nuevo...»

Lo nuestro nunca ha sido *Casablanca* precisamente. Nunca he tenido tiempo para largos solos de piano ni para primeros planos con cámaras untadas en vaselina. Se suponía que Greg iba a ser el compañero de vida sensato, capaz de conservar un trabajo, al que yo le gustaba lo suficiente para soportarme y que estaba preparado para que construyéramos una vida juntos y ser un buen padre. Lo sé, es justo de lo que hablan las canciones de Coldplay. Greg vino después de ese novio, el que todas hemos tenido. El que conocí nada más llegar a la universidad, el que tocaba la guitarra, llevaba un montón de gomina en el pelo y me dejaba al final de cada trimestre para poder estar soltero durante las vacaciones. Ya sabes de qué tipo de chico hablo. Así que cuando conocí a Greg, el prudente y predecible Greg, que olía a desodorante y gel de ducha, estaba lista. Me pareció aceptable. Y cuando empecé a albergar dudas al respecto, sentí que ya era demasiado tarde. Como si me hubiera convertido en una de esas personas que ven problemas donde no los hay. Pero desde hace un tiempo tengo la sensación de que todo esto requiere una reevaluación. Últimamente he empezado a preguntarme qué pasará si no volvemos a gustarnos nunca.

«¿Y si no hay nada más?» Un puño me oprime las entrañas solo de pensarlo... pero lo que resulta aún más aterrador es que no consigo imaginar una alternativa. Yo fui hija, luego esposa y luego madre. Y dentista. Es lo único que he sido en la vida.

Estaba destinada a ser dentista desde los cinco años. Había algo que me atraía en lo de sentarme en una habitación blanca y limpia, en silencio salvo por el ocasional zumbido de las persianas eléctricas que se cerraban con solo tocar un botón. Ni siquiera de adolescente, cuando me pusieron la ortodoncia, me molestaban las citas bimensuales para apretar los tornillos de aquellas vías de tren. Dolía, por supuesto, pero en el buen sentido. Y en cierto modo constituía una distracción del dolor inmenso y vacío que empezaba a engullirme en casa. Mi rumbo quedó fijado muy temprano: me ganaría la vida llevando zuecos blancos y manejando una silla hidráulica reclinable. Así que me hice dentista. Y a eso me dedico ahora, además de a gestionar una casa/guardería. Como una máquina de precisión. Trabajo mucho y sigo trabajando hasta que tacho uno por uno todos los elementos de mi lista de tareas. Hasta hace poco. Cuando las actividades diarias comenzaron a solaparse, como las escamas de un pez.

De repente me siento agotada de ser dentista. Y esposa...

—Deberías hacer algo diferente —sugiere el labrador humano que tengo por hermana—. Necesitas tomarte un descanso.

—Esto no es *Dos vidas en un instante* —le digo—. ¡Es mi vida! Yo la elegí. Tengo dos hijos que no me hacen ni caso y facturas que pagar. No puedo cortarme el pelo a lo pixie y abrir un bar de tapas...

Melissa me mira como un cachorrito herido y vuelven a entrarme ganas de llorar. Pero no lloro. Porque yo nunca lloro. Destaco en el arte de «tener cuidado de no montar un numerito». Puede que algunos lo llamen «autorrepresión». Yo prefiero «despreocupación». «No todos podemos desmoronarnos...» No importan las ganas de gritar, llorar y chillar que tenga, siempre hago todo lo posible por mantener la compostura y no sucumbir nunca a la ira. Es una política que me ha ayudado a superar la tragedia (la muerte de nuestra madre), la humillación (la vomitona en el bufet del desayuno; estar casada con alguien que prefiere un debate político por la tele al sexo...) y lo

imposible (una endodoncia en una encía excepcionalmente difícil; conseguir que los niños coman verduras al menos una vez al mes, antes de que pillen el escorbuto...). Mi única forma de sobrellevar la vida es mantener la compostura. No puedo perderla. Porque... bueno, entonces todo el mundo la habrá perdido.

«Y yo soy la que lleva las cuatro bolsas reutilizables en el coche...»

Después de que mi madre muriera, todo el mundo me dijo: «Date tiempo para llorar»; «Concédete espacio para el duelo». Pero no lo hice. Porque Melissa lo hizo por las dos. No podía competir con sus extravagantes muestras de angustia. Así que no me quedó más remedio que seguir adelante con la vida. Aquello era lo mejor para todos, decidí. Y, en general, estoy bien. Si alguna surge hay cualquier atisbo de duda al respecto, me lo recuerdo en bucle. «Estoy bien, estoy bien, estoy bien...» Por eso, cuando, muy de uvas a peras, todo esto me supera, implosiono. El corazón se me rompe hacia dentro, sin líos. Sin aspavientos. Soy así de considerada.

Hay muchas cosas que se me dan bien: puedo revisarte la cavidad oral; puedo examinarte con sumo cuidado las partes blandas y carnosas en una posición y un contexto en los que la mayoría de la gente se siente de lo más expuesta y vulnerable. Puedo planificar la agenda familiar con dos años de antelación; preparar una comida completa para cuatro en cinco minutos de reloj y extraer astillas con una tasa de éxito del cien por cien. Lo sé, llámame Peggy Lee.^[6] Puedo arreglar los desastres de otras personas e infligir dolor cuando es necesario, cuando es lo que debe hacerse. Pero si quieres a alguien con quien recordar los viejos tiempos durante horas mientras comes helado y ves *Eternamente amigas*, te has equivocado de mujer. Estoy ocupada. Tengo cosas que hacer. De hecho, lo siguiente de la lista...

—¿Niños? —llamo con voz ronca desde lo alto de la escalera—. Subid a poner las fundas de las almohadas, por favor.

—Caray, tu casa es la bomba... ¡Brócoli y ropa de cama!

—Se ha demostrado que el éxito profesional en la edad adulta está ligado a haber realizado tareas domésticas durante la infancia —le digo a Melissa haciendo caso omiso de su tono sarcástico—. Y hay que empezar lo antes posible.

—¡Uaaah! —Se estira de forma exagerada y finge que se ha quedado dormida.

Decido que tal vez no sea el momento más oportuno para mencionar los veinte minutos que dedicamos a las matemáticas todas las noches ni mi mantra de que «hasta el último instante del día representa una oportunidad de aprendizaje». Así que comparto mi otro adagio favorito.

—El esfuerzo es como la pasta de dientes, siempre puedes sacar un poco más.

Imita el gesto de ahorcarse de desesperación.

—¡Greg no sabía ni poner una lavadora cuando nos conocimos! —insisto, ya a la defensiva—. ¿De verdad quieres que otras personas sufran lo mismo?

—No —admite, y a continuación murmura—: aunque tampoco estoy segura de querer que nadie sufra a Greg...

—¿Eso que haces de hablar torciendo la boca? Sabes que sigo oyéndote, ¿verdad? No hablas más bajo por hacer esa tontería —la informo antes de soltar otro grito—: ¡NIÑOS!

El esfuerzo me deja algo descolocada, mareada. Así que guardo silencio y sigo doblando los montones de (espero) ropa limpia. Por un momento me angustio dándole vueltas a si un par de bragas azules son mías o de mi hija. Me las acerco a la cara para inspeccionarlas con más detalle.

—¿Qué estás haciendo? —Melissa me mira como si estuviera loca, así que se lo explico:

—Estas bragas... me las puse la semana pasada, pero ahora estoy pensando que puede que sean de Charlotte.

—Son de talla infantil... —Deja la elipsis en el aire.

—Me apretaban un poco... —admito. «La cosa escocía bastante...»

Melissa sigue mirándome como si estuviera loca.

—Vale, eso es asqueroso.

—¡No, no lo es!

—Sí, lo es.

—¿No...?

—Sí.

—Ah.

—Nunca debería haber dudas —aclara— en cuanto a si unas bragas pertenecen a una niña de seis años...

—En realidad tiene siete. Casi ocho —la interrumpo, pero Melissa continúa.

—... O a una mujer adulta. Significa que a) tienes el culo demasiado pequeño; y b) tienes que comer más. Apenas has tocado la comida. ¿Con qué funcionas? ¿Con vapor? ¿Te enchufas a la pared por las noches y luego te apagas como si fueras uno de esos aparatos electrónicos tuyos?

Le digo que ahora mismo su idea resulta tentadora, con lo que me pone muy mala cara e infla las mejillas.

—Aquí hay mucha leña que cortar...

Le explico que no estoy familiarizada con sus ancestrales metáforas de leñadora de cuento de hadas, así que parafrasea.

—Bueno, es que en este momento tu vida parece un poco una mierda. Y te lo digo desde el cariño...

—¡Me cago en la leche! ¿Y cómo habría sonado sin cariño?

Levanta las manos como para decir «no mates al mensajero» y me entran ganas de protestar. Pero cada vez albergo más sospechas de que es posible que tenga razón. Trabajo. A todas horas. A menudo estoy tan agotada que me dan ganas de vomitar. Incluso cuando no me he bañado en un tanque de syrah. Se me notan los huesos de las caderas, y eso, que había sido una fuente de orgullo tras el parto y que despertaba la admiración de las madres que luchaban por perder los kilos de más del embarazo, ahora es exagerado y hace que me duelan muchísimo cada vez que me choco con algo por accidente. Y me choco. Con una frecuencia cada vez mayor (véase «agotada»). Y últimamente ha habido momentos en los que la mera visión de Greg en su cama de día, viendo las noticias en el News 24 o con la mirada clavada en la sandwichera, me ha dado ganas de estamparme de cabeza contra la pared, tal es la intensidad con la que lo aborrezco.

—¿Que te lo diga con amabilidad? —continúa Melissa—. Vale, no puedo: tu marido es idiota.

Melissa nunca ha tenido a Greg en alta estima, de modo que tampoco es algo que me pille del todo por sorpresa, pero me siento obligada a defender mis elecciones vitales de alguna manera.

—Creo... creo que podría estar deprimido.

—Pues yo creo que podría ser idiota.

—Vale, tal vez. Pero es mi idiota. Al menos desde el punto de vista contractual.

Como un autómatas, cojo el siguiente par de calzoncillos para doblarlos y enseguida me percató de que son de Greg y de que, ahora resulta de lo más evidente, no acaban de salir de la lavadora.

—Uf, ¿eso son marcas de un frenazo?

—Ajá —digo sin inmutarme.

Misterio: tu nombre no es el del hombre con el que llevas años casada.

—¡Qué asco!

«¿Esto? ¿Y lo dice la mujer que ha dejado huellas de excrementos por toda mi casa y que come restos de empanadillas? Cielo santo...»

—Tú no lo entiendes; estas cosas forman parte de la vida familiar. —Los tiro al montón de la ropa sucia mientras trato de autoconvencerme antes de intentar convocar a mi descendencia por última vez—: ¡NIÑOS!

—Claro, lo siento, solo porque tú te acordaste de tener hijos.

—¡No! No, no quería decir eso, no... —Se me va apagando la voz.

Dedico gran parte del poco tiempo que paso con mi hermana a tratar de no restregarle por las narices que yo tengo familia y ella no. Todavía. Siempre ha sostenido que no quiere tener hijos, pero, bueno, ¿cómo lo sabe?, pienso con benevolencia. Así que trato de evitar el tema de los críos.

Se produce un silencio incómodo. De forma que, cuando al final Melissa vuelve a hablar, me pillas desprevenida.

—Bueno, oye, mujer robot, ¿por qué no te escapabas unos días? Tómate un respiro del trabajo, los niños y Greg Sin Frenos. ¡Te irá bien!

Resulta que agradezco tanto esta tregua en la incomodidad que respondo en afirmativo.

—Mmm, tal vez, algún día.

Planeo hacer muchas cosas «algún día», puesto que sé muy bien que no hay ni un espacio asignado a la «autoindulgencia» en la agenda familiar de los próximos dos años.

—Genial. —Melissa aprovecha la oportunidad—. Podríamos hacer algo juntas. ¡Será como un campamento de girl scouts!

—Ah, ¿primero nos acosarán los monitores y luego comeremos judías de lata quemadas?

Parece molesta.

—¡A lo mejor hasta te divertías! —replica.

«Bueno, eso no va a pasar —pienso—. No disfrutar de las cosas es mi fuerte...»

—¿No quieres venirte a pasar una semana por ahí conmigo? —pregunta en tono lastimero.

«¿Una semana? ¿Tanto tiempo...?», es lo que quiero decir. Pero pruebo otra táctica.

—Me iré contigo cuando te saques la muela del juicio.

Ambas sabemos que eso es poco probable.

Melissa tiene una fobia a los profesionales de la medicina que atribuye a que nuestra madre la envió a un dietista durante un breve período de tiempo cuando éramos pequeñas.

—Si te hubieran pesado todos los meses como a una vaquilla de competición, tampoco te gustarían los especialistas —rechista.

—¡No es lo mismo!

Retomo entonces un trillado camino de defensa de las acusaciones contra los muertos, de las que ninguna de las dos tiene pruebas en ningún sentido y que yo apenas recuerdo.

—Si te la extraen, ¡no volverá a dolerte!

—No me duele —me corrige Melissa—, me molesta de vez en cuando. Y me da pinchazos. —

Se lleva una mano a la mandíbula—. No me gustan los médicos, eso es todo; no pretendo ofenderte.

—Pues me ofendes mucho.

—Además, estoy como un roble.

Por exasperante que resulte, si omitimos lo de la muela del juicio, es probable que tenga razón.

—Una pena. A lo mejor te daban una pegatina o un dinosaurio de juguete en la consulta.

Melissa se anima.

—¿De verdad?

—No, no tienes cinco años.

—Entonces seguro que no voy.

—Vale. Tú te quedas con esa muela que se va pudriendo poco a poco y que te está hinchando las encías e inflamando los tejidos blandos, y yo me quedo con mi rutina habitual.

«Acabo de esquivar una bala», pienso.

—¿No te sientes sola saliéndote siempre con la tuya? —me espeta.

—La verdad es que no sabría decirte.

Reflexiona sobre esto durante un rato que yo aprovecho para poner las sábanas de dos camas individuales, hacer montones para tres tipos de lavadoras (prendas blancas, de color y delicadas) y pasar el aspirador dando tumbos a causa del agotamiento. Al final, Melissa parpadea muy despacio. «Es como irse de vacaciones a la mente de un Teletubby», pienso.

Entonces habla.

—Está bien. Lo haré.

—¿Qué? —Tengo una mano metida en una funda nórdica individual y parte del edredón de plumas en el puño de la otra.

—Pediré cita. Para la semana que viene. Y un viaje. Para las dos.

«Mierda.»

—Hay que solucionar lo tuyo.

Estoy a punto de argumentar que no necesito «solucionar lo mío», cuando recuerdo varios indicadores claros de que puede que en los últimos tiempos esté perdiendo un poco el norte. Entre ellos se cuentan, aunque en ningún caso se limitan a:

—Buscar en Google «Lo mejor de Bublé» la otra noche.^[7]

—Errores administrativos y/o erratas. Como despedirme en un correo electrónico destinado a un representante farmacéutico con un beso y decirle al nuevo ortodoncista que estaba «muy salida». No lo estoy. Quise decir «liada».

—No enfadarme, ni sorprenderme siquiera, cuando Greg se comió los sándwiches que había preparado para la fiesta de cumpleaños de Thomas porque pensó que iban a sobrar».

—Ducharme sentada.

—Míster Dientes...

Se me empieza a revolver el estómago de nuevo al recordarlo. Así que hago lo que hago siempre: lo entierro. Ya no está. «¡Listo! ¡Tachán!» Tengo muchas emociones negativas enterradas

en el jardín trasero. Pero mi desenmarañamiento de emociones privado me lleva a pensar que quizá, solo quizá, podría estar perdiendo un poco los nervios. Como una rana en una cacerola llena de agua que va acercándose poco a poco al punto de ebullición. «¿Y si estoy sufriendo una crisis nerviosa sin que nadie se dé cuenta? Sería algo muy típico de mí.» Aterrorizada, me quedo callada unos instantes antes de volver a la realidad y oír a Melissa.

—... también se encuentra mucha ayuda hoy día...

—¿«Ayuda»? ¡No necesito terapia!

—¿Quién ha dicho nada de terapia?

—Ah... —Ahora tengo la voz un poco más tensa—. No. Nadie...

—Me refería a ayuda para reservar algo. Uuuh, ¡podríamos ir a hacer paintball extremo!

—No.

—¿Y un circuito de aventura?

—No.

—¿A pintar ponis?

—¿A pintar? ¿Un poni? —«¿Esnifa pegamento?»

—¡Sí! Al parecer no les importa. Les resulta relajante, como un masaje.

—Ah. ¿Y qué me dices de un spa? —«Lo del spa podría soportarlo. Habría silencio. Y albornoces. Y no tendría que hablar con nadie.»

Después de esta última intervención, estoy presente en el plano físico, pero mi mente se encuentra en un lugar indeterminado, envuelta en una bata blanca y esponjosa, escuchando música de ballenas. Sola.

—De acuerdo —digo, lo que me sorprende incluso a mí misma—. Me iré unos días contigo. —«¿Qué es lo peor que puede pasar?» Puede que un spa sea justo lo que necesito, razono.

—¡Genial! Yo me encargo de todo —dice.

—¿Estás segura? Puedo organizarlo yo. —Ya estoy sacando el teléfono para a) comprobar que no tengo ningún mensaje del trabajo ni de Mister Dientes; b) añadir esto a mi lista de tareas, y c) planificar cómo reducir la escapada a un fin de semana. Pero Melissa me interrumpe.

—¿No confías en mí?

«¿Estás loca? ¡No confío en nadie! Después de lo de anoche, ¡apenas confío en mí misma!»

La mano me vibra para avisarme de que he recibido un mensaje nuevo y advierto que se me han tensado todos los tendones. «Que no sea él, que no sea él...» Activo mi mantra interno más reciente, seguido del habitual consejo de mi cardiólogo: «... y acuérdate de respirar...».

—¡Por supuesto que confío en ti! —miento a Melissa.

—Pues muy bien. Yo me encargo.

—Un spa, ¿verdad?

—Claro. —Se encoge de hombros.

—De acuerdo. Trato hecho.

Echo un vistazo al teléfono: es alguien que me pregunta si me han vendido un seguro de protección de pagos por error. Se me desinflan los pulmones y mi corazón va retomando su ritmo normal.

—¡Decidido, entonces! —Melissa esboza una sonrisa enorme, y yo hago cuanto está en mi mano por devolverle el gesto.

«Y respira.»

Una vez que le cedo las riendas, me invade una oleada de algo que no me resulta familiar. «¿Alivio? ¿Podría ser?» Después del espectáculo de anoche, soy cada vez más consciente de que las cosas tienen que salir por algún lado. «¿Y si lo único que necesito para volver al buen camino —me refiero a TENERLO TODO BAJO CONTROL EN TODO MOMENTO— es un respiro en un spa con mi hermana? Bueno, entonces puede que sea un precio que merezca la pena pagar.» Cierto, acabo de confiarle un fin de semana de mi vida a una persona que piensa que los fideos de lata son un manjar y que se divierte cargando paladas de mierda de animales. Aun así experimento una sensación cálida y temblorosa en la garganta, como si...

—¿Estás a punto de echarte a llorar! —Melissa se pone de pie, con cara de susto. La última vez que lloré en presencia de otro ser humano fue en 1992, y solo porque me fracturé una extremidad por cuatro sitios—. ¿Es eso una... lágrima?

—Pues claro que no. —Me seco un ojo. Estoy mintiendo. Ahora incluso noto que exudo syrah por las axilas debido al esfuerzo que me supone no llorar—. ¿Te importaría irte?

—Vaaale, me voy —dice, y cuando se levanta me mete un buen gancho de derecha en el brazo, por si no había tenido suficiente—. Bueno, nos vemos pronto. Intentaré que sea en algún momento de las próximas dos semanas.

—¿Las próximas dos semanas? —Me acaricio el brazo. Al menos el puñetazo ha conseguido que me olvide de las ganas de llorar—. No tengo claro que pueda ser en las próximas dos semanas. Tendré que consultar la agenda. No puedo dejarlo todo sin más...

No me está escuchando. Dice que sí con la cabeza, como si hablara con una niña pequeña.

—Te preocupas demasiado, será como en los viejos tiempos.

—¡Ja! ¡Genial!

«Eso es lo que me da miedo», pienso con inquietud.

Dos semanas más tarde...

«He encontrado una ganga», dijo.

«Sale más a cuenta ir una semana», dijo.

«Tráete el pasaporte», dijo.

Di por hecho que eso significaba que nos alojaríamos en un sitio pijo. En algún lugar donde el conserje contara con seguridad extra, disfrutara tomando nota de tus datos personales y pasara una tarjeta de crédito por el datáfono antes del inicio de tu estancia por si te daba por atacar el minibar en busca de unos frutos secos de quinientas libras o por robar las toallas. Tenía la esperanza de que significara «cinco estrellas», «lujo» y papel repujado de cortesía con la palabra *Bespoke* repartida con generosidad por los panfletos de la habitación. Trabajé bajo esa hipótesis equivocada y seguí soñando con piscinas infinitas y camillas de masaje hasta el día de nuestra partida, cuando la camioneta blanca llena de barro se detuvo en el cruce de la terminal cinco de Heathrow.

—¿Un avión? ¿Vamos a ir en avión? —pregunté con voz lastimera.

—Ajá —respondió Melissa con una sonrisa que acentuó sus hoyuelos y que vislumbré de perfil desde el asiento del pasajero.

—No me habías dicho...

—No me lo preguntaste —contestó ella con esa exasperante sonrisa aún en la cara, y luego me aseguró que se lo había contado a Greg y que—: Escandinavia es maravillosa en esta época del año.

—¿Escandinavia? ¿Qué...? ¿Por qué?

—No te preocupes, ¡te encantará Dinamarca!

—¿Dinamarca? —grité—. Espera, ¿tú ya has estado? —No me había enterado.

—Uy, sí, ¡un montón de veces! ¡Copenhague es maravillosa!, como dice la canción de Danny Kaye —contestó Melissa entusiasmada.

—Vale. Pues bueno. —Intenté mantenerme animada y resignarme a la idea de tomarme un descanso en la ciudad—. Así podrás hacer de guía turística...

—No, qué va, no vamos a Copenhague —me corrigió.

—Ah, ¿no?

—No —respondió—. No exactamente...

Ya habíamos facturado las maletas cuando me reveló nuestro destino final. Para entonces ya era demasiado tarde.

—¿QUÉ?

Intenté contener la ira al enterarme de que íbamos al punto más alejado de la estilosa capital danesa al que era posible viajar. Melissa trató de apaciguarme con el café más grande que vendían

en Costa antes de soltarme la noticia de que no solo era improbable que hubiera toallas esponjosas a la vista, sino que había más personas implicadas.

—¿Un viaje organizado? ¿«Pasar penuria»? ¡Eso no fue lo que tú y yo acordamos! —susurré, intentando no montar una escena.

—Ah, ¿no? —Melissa adoptó su mejor expresión «inocente»—. Debí de recordarlo mal. Eso o todavía estabas borracha... —añadió en tono cortante. Y después, con intención de aplacarme—: Toma, te he traído un regalo.

Tras hurgar en su mochila, sacó lo que parecía un disfraz para una despedida de soltera: una cúpula de plástico plateado, con tachuelas y dos cuernos tan grandes que resultaban hasta graciosos.

Despacio y con los dientes apretados, le pregunté:

—¿Qué cojones es eso?

—¡Es un casco vikingo! —Sonrió de oreja a oreja y me lo colocó en la cabeza con tanta fuerza que el molde de plástico basto me raspó la frente y el borde tachonado me rebasó los ojos hasta impedirme la visión—. ¡Vaya! Te queda un poco grande. ¡Siempre has tenido cabeza de alfiler!

—Por lo menos yo no tengo cabeza de chorlito —repliqué cuando volví a ver y atisbé un casco igual que el mío sobre su cráneo.

Melissa, imperturbable, continuó:

—¡Vamos a un retiro vikingo! ¡Y esto es lo que llevan ellos!

Aquellas palabras contenían tantos errores que no sabía ni por dónde empezar.

—Vale, en primer lugar: los vikingos nunca llevaron cascos con cuernos...

—¡Sí los llevaban! ¡He leído *Astérix el galo*!

Al parecer no se trataba de una broma.

—¡Eso era un cómic! ¡Dibujado por un francés! —medio balbuceé—. ¡Los cascos con cuernos de los vikingos son un mito! —Melissa dio la impresión de enfurruñarse al oírlo—. Y sabes que los vikingos ya no existen, ¿verdad? ¡Llevan mil años fuera de combate!

—¿Estás segura? —contraatacó mi hermana.

—¡Sí!

Había visto suficientes documentales del History Channel con Greg para sentirme bastante segura al respecto.

—¿No será lo que ellos quieren que pienses?

—¿Qué?

—De lo contrario, ¡todo el mundo querría mudarse a Escandinavia!

—Ah, ¿sí? ¿De verdad querrían?

Exasperada, me quité aquel casco, que hacía que me picara la cabeza, pero Melissa volvió a ponérmelo. Siguió un forcejeo muy inapropiado entre dos mujeres adultas a causa de un artículo de disfraz, hasta que anunciaron nuestro vuelo por megafonía. Pasamos todo el viaje en silencio.

Ya me había costado bastante explicarle a Greg que iba a estar a cargo de sí mismo y de dos niños (básicamente tres niños) durante una semana entera con un arsenal de folletos de comida para llevar como único respaldo.

—Pero si tú nunca vas a ninguna parte —había sido su respuesta.

—¡Tú lo has dicho! —le contesté—. Por eso me voy ahora. Me lo he ganado.

Compré toda la comida precocinada que cabía en el congelador y luego di instrucciones a

Charlotte y a Thomas sobre cómo descongelarla si era necesario. Informé a la niñera de que tal vez necesitaríamos horas extras en caso de que Greg «se olvidara» de recoger a los niños (otra vez) y le pedí que me llamara si surgía alguna emergencia.

—Porque estaré a solo una hora de distancia, más o menos —le había explicado—. Puedo volver a casa sin problema.

«¡Ja!»

Con lo que no contaba era con recorrer mil kilómetros para pasar una semana rodeada de extraños.

Crucé los dedos por que los niños estuvieran bien.

Crucé los dedos por que Greg fuera capaz de alimentarlos e hidratarlos y, en general, mantenerlos vivos y de una pieza.

«Durante siete días enteros...»

Ahora, estoy acucillada en un campo con el trasero mojado y las rodillas a punto de ceder en cualquier momento. Está lloviendo. Otra vez. Ese tipo de llovizna persistente que hace que el mundo huela a baño portátil. Y nos están gritando. Otra vez.

—¡Agachaos, más abajo! ¡Canalizad vuestro primate interior! —nos ladra Don Moño, el hípster de los pantalones afganos, mientras se pasea arriba y abajo supervisando nuestros intentos de «caminar como un chimpancé»—. Este es el movimiento natural —dice al tiempo que se rasca el vello facial de tal manera que cualquiera lo confundiría con un mono—. ¡Estáis reaprendiendo destrezas de movilidad básica!

Puede que sea así, pero yo me siento como una idiota. Además tengo frío, estoy harta y desconfío por naturaleza de las personas que sustituyen su personalidad por una barba. Ya estoy bastante convencida de que este viaje es una Mala Idea.

—¿Ves? Nada de cascos con cuernos —susurro a Melissa.

—A lo mejor solamente se los ponen en ocasiones especiales —responde medio en cuclillas, evitando mirarme a los ojos.

—Claro. Sí. Eso será —mascullo, y suelto unos cuantos tacos de primer nivel entre dientes.

Don Moño nos dice que lo llamemos «Magnus» y que va a ser nuestro «guía físico y espiritual» durante los próximos siete días.

«Vaya, suena a demanda en potencia...», pienso.

—Ahora, ¡os quiero a cuatro patas! —exige, lo cual provoca risitas y una mirada de reojo por parte de la rubia pechugona y más mayor que tengo al lado—. ¡Quiero que abráis bien las piernas y bajéis el culo! —Esto da pie a una carcajada—. Os quiero reptando, con el pecho en el suelo —dice.

Y por «suelo» se refiere a «barro».

En mitad de una tierra de nadie empapada por la lluvia en una isla de algún punto del mar del Norte, por fin me despido de la poca dignidad que me queda. Y teniendo en cuenta que soy una persona que ya lleva años hundida en las trincheras de las primeras etapas de la crianza, esto supone un nuevo hito.

Quiero levantarme y gritar: «¿Qué estamos haciendo aquí? Estoy segura de que nadie se lo está pasando bien». Pero no lo hago. Porque soy yo. «La misma tonta de siempre.»

—Siguiente: ¡andares de cangrejo!

—Esto ya lo he hecho —murmura la rubia mayor mientras se recoloca el refuerzo de los leggings—. Horrendo.

Magnus hace caso omiso del comentario y lleva a cabo una demostración convirtiéndose en una especie de puente móvil sustentado sobre las manos y los pies, con el torso hacia arriba; se mueve con aparente facilidad, como si «caminar» de ese modo fuera lo más normal del mundo.

—Tenéis que estar preparadas para cualquier situación potencialmente dañina que podáis encontraros —ladra sin abandonar su posición.

Soy incapaz de imaginar qué situación potencialmente dañina podría requerir andar como un cangrejo. «Tal vez un sociópata megalómano[8] con un dedo sobre el botón nuclear que dice que destruirá el planeta a menos que todo el mundo empiece a caminar como un cangrejo. O una versión real de la escena de Catherine Zeta-Jones en *La Trampa* en la que todos tengamos que hacer el limbo bajo rayos láser...»

Magnus continúa.

—¡Mirad hacia arriba, contemplad el cielo! ¡Hay todo un mundo ahí fuera! ¡Miradlo!

Lo intento. Pero está lloviendo, ahora con fuerza. Así que me veo obligada a entrecerrar los ojos.

—Estoy muy muy mojada —me oigo gimotear sin dirigirme a nadie en particular.

—¡No es más que agua! —se burla Melissa—. ¿No te lavas?

—Yo sí me lavo. Tú no...

—No, no te lavas.

«Madre mía, esto es ridículo, no podemos retroceder a los insultos de la infancia el primer día. ¿Qué nos quedará después?»

—No importa. —Me contengo, demasiado cansada para buscar pelea y sin puñeteras ganas de hacerlo en público—. Solo esperaba que termináramos en algún lugar... más cálido.

Melissa inclina la cabeza, aún en la posición del cangrejo.

—¡Soy una mujer a la que le suda la cara en las Midlands de Inglaterra! No puedo ir a un país cálido.

—Es que es tan... inhóspito. —Mi cangrejo se derrumba cuando miro más allá de nuestro campo escarpado, hacia el bosque que hay a nuestra espalda y hacia un mar encrespado por el viento y de un gris cálido y suave. Mi fantasía de albornoces suaves y jardines cuidados me parece ahora muy lejana—. Es como si estuviéramos en una película en blanco y negro —digo sin dejar de contemplar las cincuenta sombras más oscuras que nos rodean—. El mar, el cielo... incluso la ropa, todo es monocromo —susurro.

—No estamos en blanco y negro —me corrige—. Estamos en Escandinavia.

—Ah.

Mi conocimiento de la región previo a nuestra llegada era, en el mejor de los casos, confuso, pero ya he deducido que, en efecto, presume de vikingos modernos, así como de mal tiempo y alergia al color. Hasta el albergue donde nos alojamos anoche era casi monocolor: y el color era el gris. Todo el edificio podría describirse como «funcional». Limpio, ordenado y minimalista, es cierto... pero un spa no era. Ahora estoy helada hasta los huesos y afrontando el duelo por las zapatillas desechables, los tratamientos faciales avalados por dermatólogos y unas minivacaciones llenas de comida pequeña en platos grandes.

—Bien, ¡ahora levantaos y quitaos los zapatos! —grita nuestro líder para que se le oiga por encima del silbido del viento.

«Tiene que estar de coña.»

—¡Pero si hace un frío que pela!

—Me da igual. Tenéis que reconectar con la naturaleza, sentir la tierra bajo vuestros pies.

Miro hacia abajo y veo riachuelos de agua que serpentean entre pegotes de líquen. No es que me apetezca mucho reconectar con eso. «¡Me entrará pie de trinchera! ¿No hay alguna directiva de sanidad y seguridad que prohíba esto?» Magnus, sin embargo, no se compadece.

—Aquí no os encontraréis con los... ¿Cómo los llamáis? «Inspectores de sanidad y seguridad». Somos vikingos. —Continúa—: Nuestro trabajo ha pasado de las vacas a los ordenadores, nos hemos olvidado de cómo vivir. Ya ni siquiera sentimos nuestro cuerpo, a menos que estemos de vacaciones, y entonces nos ponemos enfermos, porque estamos hechos polvo.

Eso es cierto. Hace años que tengo que tomar antibióticos cada vez que hay «vacaciones» escolares.

—¡Tenemos miedo de volver a la tierra! Miedo de ensuciarnos las manos...

—Yo no —murmura Melissa.

Frunzo la nariz y me sorprendo limpiándome las manos en los pantalones y deseando haber metido el desinfectante de manos en la maleta.

—Somos ratas de gimnasio que han olvidado cómo se salta o se corre. ¡Hámsteres de oficina que no se acuerdan de cómo se trepa a un árbol! —Estoy bastante convencida de que no es momento de mencionar que yo nunca he sido capaz de trepar a un árbol. Tampoco me gusta que me comparen con alimañas. Pero Magnus prosigue—: El hombre, incluso la mujer, ha sido domesticado por completo, ¡y por eso somos desdichados!

«¿Incluso la mujer? Qué maleducado», pienso.

—Tú. —Me señala con el dedo, como si percibiera el disentimiento.

«Joder, me va a pedir que haga algo. O aún peor. que diga algo...»

—¿Puedes decirme con sinceridad si eres lo bastante fuerte para cargar con ella —aquí señala a Melissa— y sacarla del bosque cuando se rompa una pierna?

—¿«Cuando»? —Melissa parece alarmada—. ¿Querrás decir «si»?

—¿O si eres capaz de nadar a contracorriente cuando te caigas al mar?

—Una vez más, ¿«cuando»?

—¿O de saltar por la ventana de un segundo piso y aterrizar ilesa?

—No... —Titubeo, aunque estoy casi segura de que esto último no va a ocurrir en los próximos días: los únicos edificios que he visto desde que llegamos son bungalows.

—Estoy seguro de que algunas conocéis de sobra las cintas de correr. —Aquí mira a nuestra participante más joven, la veinteañera con pinta de modelo y el pelo color caramelo—. Pero correr en libertad es la destreza vital más esencial que podemos poseer.

Eso me parece un poco fuerte. «¿Qué hay de la destreza para arrancar el film protector de una comida precocinada mientras envías un correo electrónico, haces los deberes de una niña de siete años y castigas a uno de cinco, todo al mismo tiempo? ¿O la de la odontología, solo por poner un ejemplo?»

—La expresión es «corre por tu vida», no nada ni escala por tu vida. Así que aquí aprenderéis a correr como quiso la naturaleza. Aprenderéis a correr colina arriba, a cargar pedruscos...

«¿Pedruscos? No me jodas...»

—A trepar a los árboles, arrastraros entre los arbustos, mantener el equilibrio sobre los troncos: todas las habilidades que nuestros lejanos ancestros debían poseer para sobrevivir antes de que la telerealidad, las pensiones y el wifi se hicieran con el control. Aprenderéis —continúa ladrando, casi como si fuera un comandante del ejército— el poder transformador de la RESISTENCIA FÍSICA —estas últimas palabras casi las escupe—, así como los patrones instintivos del movimiento, que forman parte de nuestros RECUERDOS PRIMARIOS. Reconectaréis con los elementos, con vosotras mismas y, en última instancia, con el UNIVERSO.

—Caray —le susurro a Melissa—, ¿estamos en una secta?

—¡Chis!

—Pasaréis por las SIETE ETAPAS del entrenamiento vikingo. —Levanta un dedo para ilustrar cada una—. ETAPA UNO: refugio. ETAPA DOS: búsqueda de alimento en la naturaleza. ETAPA TRES: artesanía...

—¿«Artesanía»? —Los labios de Melissa se curvan en una sonrisa.

—Artesanía —repite Magnus, que parece molesto—. La gente siempre habla de los saqueos, pero los trabajos manuales son una parte fundamental de la vida vikinga. Conviene tener el mejor aspecto posible cuando te diriges a la batalla, ¿no? Bueno, pues los vikingos, sobre todo los hombres, se mostraban muy orgullosos de su apariencia y de cómo se engalanaban. —Se acaricia la barba.

«Eso explica muchas cosas», pienso.

—A menudo, los no escandinavos dan por hecho que aquí todos los hombres somos gais; pero no, es solo que sabemos cuidarnos. —Se acaricia el collar con ademán protector y luego se retoca el pelo peinándose hacia atrás.

«El vikingo protesta demasiado, me parece a mí...»

—ETAPA CUATRO: armas...

—¡Eso ya está mejor! —exclama Melissa.

—ETAPA CINCO: construcción de barcos. ETAPA SEIS: navegación. Y, por último, ETAPA SIETE: *berserking*.

Magnus se muestra despectivo cuando la rubia mayor y tetona le pide que desarrolle esto último, y bastante más que desconcertado ante el hecho de que su discurso de «haréis lo que yo os diga» se haya visto interrumpido.

—¡Luego! —se limita a espetar antes de continuar—. Además de dominar las destrezas vitales básicas, aprenderéis a adoptar el código de conducta vikingo... —deseo con todas mis fuerzas que el saqueo y el pillaje no tengan nada que ver con esto y, por suerte, mi deseo se cumple— a priorizar la verdad, el honor, la disciplina, el valor, la hospitalidad, la autosuficiencia, la laboriosidad y la perseverancia. —Un recuento mental rápido me dice que necesito ayuda con al menos dos de esas cosas—. Para cuando termine la semana, ¡ninguna de las cuatro volverá a ser la misma!

«Pues SÍ que estamos en una secta.»

—Lo siento —vuelve a interrumpir la rubia mayor con la mano levantada—. ¿Has dicho que somos solo nosotras cuatro?

—Sí.

—¿Somos las únicas? ¿No hay nadie más?

—Se suponía que iba a venir otra mujer, pero se ha torcido el tobillo en un campamento de entrenamiento militar.

«¿Entrenamiento militar? ¿Qué le pasa a la gente?»

—¿No... hay... eh... hombres?

—¿Esta semana? No. ¡Venga, los zapatos!

La rubia mayor exhala un suspiro profundo a modo de respuesta antes de que él la azuce de nuevo para que se quite los zapatos y los meta en un saco de arpillera.

—¿Los calcetines también? —pregunta de mala gana.

—Los calcetines también.

Magnus hace un gesto de asentimiento antes de «obsequiarnos» a todas con una demostración de la clase de destrezas que va a exigirnos, es decir, echa a correr hacia el bosque. Va cortando el aire con las manos, a lo Usain Bolt.

—Pies debajo de las caderas —dice a voces mientras desaparece en la distancia—. ¡Inclinaos hacia delante! —grita ahora para que se le oiga a través del vacío—. ¡Desde los tobillos! Haced que vuestros talones besen la tierra —es su penúltimo aullido antes de añadir—: ¡ATERRIZAD CON EL PULPEJO! —y empezar a trepar a un árbol contoneándose.

—Me cago en la leche —farfullo entre dientes.

—¿Él se...? ¿Eso ha sido...? —Melissa observa sin dar crédito al hombre que se desvanece entre el follaje. Luego se vuelve hacia las demás—. ¿Por qué?

—Creo que nos está mostrando su técnica —anuncia la veinteañera con pinta de modelo y el pelo de color caramelo, la imbécil que se niega a rendirse.

—Y que lo digas. —La rubia mayor se abanica. Sin apartar la vista de la ágil silueta de Magnus, que ahora está escalando las ramas superiores de un árbol, levanta la mano con la que no se abanica para saludar—. Hola, soy Tricia.

—Alice —respondo.

—¡Y yo soy Melissa! —Mi hermana se acerca dando saltos y tiende una zarpa para estrecharle la mano.

Cuando Magnus desaparece de la vista, Tricia se vuelve y centra su atención en nosotras, todo ello mientras se recoloca el generoso pecho.

—Es un placer conoceros a las dos. Esa es Margot.

Señala a la joven con pinta de modelo, que en estos momentos está perfeccionando sus «andares de cangrejo» con expresión de determinación en el rostro; está empapada, y aun así, por alguna razón, posee una belleza devastadora... pese a este clima del Antiguo Testamento.

—Es como el dibujo que haría un niño de una dama —dice Melissa con admiración.

«Es como un grano en el culo», observo yo.

En equilibrio sobre pies y manos, con el abdomen envidiablemente plano elevado hacia las nubes, la cabeza hacia atrás y las caderas proyectadas sin esfuerzo hacia arriba, da unos cuantos pasos de cangrejo atrás y adelante. Al principio se mueve de forma vacilante, pero luego coge velocidad y al cabo de unos instantes se detiene para mirar a su alrededor. Entonces, cuando recuerda que se supone que es un cangrejo, reanuda la marcha caminando más bien de un lado a otro. Las demás doblamos el cuello e inclinamos la cabeza al unísono para intentar seguir sus movimientos.

—¿Cómo... se dobla de esa manera? —me pregunto en voz alta.

—Es magia —murmura Melissa.

—Es tener veintitrés años —la corrige Tricia. Alzamos la vista para que Tricia nos ofrezca un resumen, como si estuviera dando un parte—. Es su color de pelo natural... Ya lo sé, con eso basta para que te entren náuseas. Y sí, los cazatalentos de modelos se han fijado en ella en más de una ocasión. También practica pilates... Está más que en forma, pertenece a la aristocracia menor y le sale el dinero por las orejas.

Melissa y yo nos quedamos mirándola, perplejas, preguntándonos cómo es posible que Tricia sepa tanto sobre la recién llegada... y si a nosotras va a someternos al mismo nivel de escrutinio.

Por suerte, Tricia nos lo aclara.

—Compartimos taxi desde el aeropuerto. Me fijé en sus maletas. Y en sus tarjetas oro. En plural. Por si fuera poco, la elasticidad de su piel es brutal...

Desvió la mirada hacia Margot y su fantástica piel, así como hacia su maravilloso cabello de color caramelo. «Es justo el tipo de chica segura de sí misma que lleva sombrero en interiores — pienso—. Y falda pantalón.»

—¡Uau! ¿Crees que conoce a la familia real? —pregunta mi hermana.

Además de huir de la tecnología moderna y de la cultura pop posterior a 1997, Melissa tiene los gustos culturales de una mujer del doble de su edad. Entre sus cosas favoritas se cuentan: Julie Andrews (en, bueno, cualquier papel), las galletas de mantequilla y la reina. Algunas veces se refiere a Fergie como «un poco fresca» y todavía no ha superado la muerte de Diana. Nuestro padre la inició en el coleccionismo de vajillas conmemorativas cuando Edward y Sophie pasaron por el altar, así que, para cuando llegaron Kate y Wills, perdió la cabeza con las tazas reales. En resumen, es la monárquica más fervorosa que uno podría tener la desgracia de echarse a la cara.

Tricia se agacha para frotarse un pie descalzo ya incómodo y frío, así que aprovecho la oportunidad para hablar a Melissa entre dientes.

—Deja de ser tan paleta, los pijos te impresionan demasiado.

—No puedo —me susurra Melissa negando con la cabeza—. Me encanta la palabra «fajín».

—¿Y a quién no? —Tricia se incorpora de nuevo; está claro que nos ha oído—. A mí me gusta mucho «lacrosse». Bueno, y vosotras dos ¿sois amigas?

—Hermanas.

—Aaah... —Asiente—. Allá vamos —añade cuando Magnus desciende de un árbol y da una voltereta hacia atrás sin ningún motivo imaginable—. Nadie tiene derecho a ser tan flexible después de los veinticinco —continúa Tricia con aire soñador—. Es como un espagueti...

«Es, “como”, un fanfarrón de campeonato», pienso.

—¡Uf! Así se entra en calor, ¿eh, señoritas?

Magnus está de nuevo a nuestro lado y, antes de que ninguna de nosotras pueda responderle, se quita la camiseta de New Romantics y se pone a hacer abdominales. Porque sí.

Tricia empieza a salivar. De forma visible.

—Míralo, ahí tan estiradito. ¡Es como un banquete!

Magnus la mira y ella se acicala.

—¡Venga ya...! —Esto ya es demasiado, así que mi moral me obliga a romper mi voto de reticencia conversacional con personas ajenas a mi familia inmediata.

—¿Qué? —objeta Tricia cuando el chico se embarca en una serie de saltos estelares—. ¡Está buenísimo! Podría arrancarle esos pantalones afganos con los dientes...

—Estás loca —murmuro—. Se parece a Aladdin...

A Tricia se le escapa una risita y me sonrío, así que le devuelvo el gesto. Entonces Magnus comienza a golpearse el pecho como un gorila espalda plateada escandinavo y anuncia que le gustaría evaluar nuestro «equilibrio inicial» poniendo a prueba nuestros pellejos. Tricia empieza a darse golpecitos bajo la barbilla.

—Es algo contra lo que llevo años luchando —confiesa—. Mi cirujano privado lo llama papada.

—No creo que se refiera a tu cuello —susurro, y señalo con la cabeza la cuerda de equilibrios que Margot está ayudando a Magnus a colgar entre dos pinos gigantes.

—¡Ah! Vale. Bueno, lo probaré todo una vez.

Se recoloca los pechos como para comprobar que estén bien alineados, luego da un paso al frente e inicia su turno. No va bien y se agarra a Magnus en busca de apoyo, con más fuerza de la estrictamente necesaria.

—¿Cuántos años crees que tiene Tricia? —susurra Melissa ahora que la mujer no nos oye.

—¿Qué parte de ella? —contesto, pero Melissa es demasiado buena para entender el doble sentido.

—¿Crees que se ha arreglado los dientes? —continúa.

—¡Y todo lo demás!

Para que mi intención resulte más evidente, imito el gesto de «melones», pero un estruendoso «¡Tú!» me sorprende en mitad del aspaviento.

—¿Yo?

Abandono la farsa de las tetas falsas todo lo rápido que puedo.

—¡Sí, tú! —Magnus me está señalando—. Te toca.

«Mierda...»

Me ordena que «encuentre mi equilibrio» sobre la cuerda floja que han montado a toda prisa. Y que, a pesar de estar a poco más de medio metro del suelo, resulta aterradora.

«¿Y si me caigo? ¿Y si me hago daño? ¿Y si hago el ridículo?» El corazón se me desboca cuando subo... y me caigo. Y me hago daño. Y hago el ridículo.

—¡Sigue intentándolo! —ordena Magnus—. ¡Siempre!

Así que lo intento. Pero el equilibrio sobre una cuerda floja se me da tan mal como el «equilibrio» en cualquier otra área de mi vida. Y empezar la semana como «la última de la clase» junto con Tricia no es que contribuya a que me sienta mucho mejor respecto a nuestra excursión.

Entonces Magnus me quita el móvil. Y eso duele. A nivel físico.

Se suponía que tenía que haberlo entregado al llegar, pero, muy oportunamente, «se me olvidó». Gracias a un práctico bolsillo en los únicos pantalones algo apropiados para el ejercicio que tengo, he conseguido ocultar el teléfono sobre mi persona hasta ahora, cuando una notificación de Facebook Messenger activa un pitido alegre y antinatural, y me sale el tiro por la culata electrónica.

—¡Al saco! —exige Magnus el Despiadado.

Dejar caer mi precioso teléfono blanco/conexión móvil a internet/organizador de vida/entretenimiento/sustento/cordura en un saco de arpillera es como desprenderse de una mascota querida. Si hubiera tenido una mascota querida alguna vez. Incluso podría forzarme a

comparar mi smartphone con un pariente cercano o un niño. Cosa que, por supuesto, nunca haría. Desde luego. Aun así, escuece.

—¡Ahora ha llegado el momento de que seáis bautizadas por esta lluvia vivificante con vuestros nuevos nombres vikingos! —brama Magnus.

«Una secta —pienso—, ya no cabe duda de que es una secta.»

—¡Tú! —Va directo hacia Tricia—. Tú serás «Pecho Orgullosa».

Ella saca su pecho aumentado, encantada.

—Tú... —mira a Margot de arriba abajo— me transmites *Ulf*, que significa «Lobo Nocturno».

Margot asiente con la cabeza, muy seria, como si estuviera adaptándose a ese nuevo personaje.

—¡Aquí tenemos a Piernas Fuertes!

Melissa parece satisfecha y adopta una desafortunada pose de Peter Pan a modo de ejemplo.

Y, por último, se acerca a mí.

—Me transmites... *Aslög*.

Lo miro. «¿Lo dice en serio?»

—¿*Ass Log*? Sabes que eso en inglés significa «zurullo», ¿no?

—*Aslög* —aclara repitiendo justo la misma palabra que antes— significa «Comprometida con Dios» en nórdico antiguo.

—Me da igual lo que significara en nórdico antiguo, no pienso dejar que me llamen... —empiezo a decir, pero él ya se ha echado el saco al hombro y se está alejando.

Pecho Orgullosa y Piernas Fuertes intentan consolarme mientras Lobo Nocturno trata de convencerme de que ser coronada «Zurullo» es un cumplido («¡Vete a la mierda, a ti te han puesto Lobo Nocturno como si fueras una de esas luchadoras cañón del *pressing catch!*»), me entran ganas de espetarle). Le aseguro que no tengo intención de responder al nombre de *Ass Log* durante los próximos cinco días. «Y tampoco de utilizar vuestros estúpidos nombres “vikingos”», añado mentalmente.

—Yo no me preocuparía por eso —interviene Tricia—. Nos espera una semana con la entrepierna irritada, así que tampoco importa mucho si tu nombre recuerda a una muestra de cagarruta.

—¿Qué? ¡Yo no he venido aquí para... para... para... enrollarme con nadie! —No tengo clara la terminología apropiada (¿qué diría Taylor Swift?, me pregunto), pero espero haberme explicado con claridad.

—¿No? No. Desde luego que no. Bien... bien por ti. —Tricia se aturde un poco y eso hace que me sienta mal, así que agradezco que intervenga Melissa.

—¿Has estado en muchos retiros de este tipo?

Tricia asiente con la cabeza.

—En unos cuantos. El último al que fui era todo a base de bayas de chía e irrigaciones de colon. Y antes estuve en uno de respiración transformadora... «meterme mano en la clavícula» e incordiarne en el abdomen. Luego fue el de las «constelaciones familiares», donde grité a una mujer de Watford a la que le tocó hacerse pasar por mi ex. La hice llorar. Me sentí fatal. El año pasado hice cristaloterapia en Croacia. Desintoxicación en Arizona. Yoga en el Himalaya. Y, por supuesto, un campamento de entrenamiento en Ibiza. Y ahora, este.

—Uau. —Melissa parece ligeramente abrumada.

—¿Y qué te ha hecho venir a este lugar? —no puedo evitar preguntar.

—Ah, fue una decisión de última hora. No me he informado mucho. Solo miré qué había disponible en estas fechas e hice una reserva.

—Qué suerte, a mí me costó una barbaridad, entre preparativos y gestiones de una agenda obscena, lograr que Alice se tomara un descanso del trabajo para venir.

Melissa habla demasiado, como siempre, y enseguida me preocupa que ahora Tricia piense que es cierto que tengo una «agenda obscena», como si llevara un diario íntimo con pelos y señales cuando voy al baño, para controlar el estreñimiento. Así que me siento aliviada cuando sigue con la conversación.

—Me quedaban vacaciones... Bueno, me dieron unos días libres —se contradice Tricia—. Así que aquí estoy...

«Qué raro», pienso. La única vez que oí que daban «unos días libres» a alguien en el último momento fue cuando pillaron a Steve el del trabajo en una posición comprometedoramente con Janet, la representante farmacéutica, en su nuevo sillón dental reclinable durante la fiesta de Navidad. Esme le dijo que se fuera de vacaciones con su mujer «sin demora». «Y más te vale llevarla a un lugar elegante», le ordenó. Steve tuvo que suplicar mucho en la clínica para que le permitieran volver, además de pagar una limpieza a fondo del sillón, antes de que se considerara que había agotado sus «vacaciones» (también conocidas como suspensión de empleo y sueldo).

Miro a Tricia con interés. «¿Podría ser que tuviera su propia indiscreción tipo sillón de dentista/congreso profesional que ocultar?»

Siento curiosidad por saber a qué se dedica, pero primero dejo que sea ella quien interroge a Melissa sobre su «situación profesional». Solo por las risas.

—Eh... Me dedico al mantenimiento de fincas y cosas así —es la vaga respuesta que está dando desde hace un tiempo.

La rubia se vuelve entonces hacia mí.

—¿Y tú cómo pagas las facturas? —pregunta Tricia.

Cuando digo que soy dentista, todo el mundo se tira sus diez buenos minutos hablando como un ventrílocuo por miedo a que lo juzguen; luego sigue un relato susurrado de su historial dental y de cualquier problema oral que la persona esté experimentando en ese momento. Tricia no es una excepción, así que hablamos del sarro durante un rato antes de que Melissa pregunte al fin:

—Bueno, ¿y a qué te dedicas tú?

Tricia entorna los ojos como si estuviera evaluando si la pregunta va en serio o no. Entonces, al ver la ingenuidad de la expresión de mi hermana (véase «Teletubby»), responde:

—Ah, a la radio. Últimamente solo trabajo en emisoras locales.

—Qué guay. —Melissa asiente—. Oye, ¿por qué siempre ponéis a Celine Dion, Ronan Keating y UB40?

—¿Qué?

—¡En las emisoras locales! —continúa Melissa—. ¿Es por ley o algo así?

Tricia parece desconcertada, como no podría ser de otra manera, pero la salva un grito procedente de unos cien metros más allá.

—Regla vikinga número uno: ¡no pares de moverte! —ruge Magnus.

—¡Lo siento! —responde Melissa a gritos, y luego pregunta—: ¿Adónde vamos?

—¿Adónde vamos cualquiera de nosotros? —es su respuesta—. ¡Ese es el viaje! ¡Esa es la aventura!

—Ya, pero, en serio, ¿qué se supone que estamos haciendo ahora mismo? —insiste Tricia.

Sospecho que está acostumbrada a retiros un poco más estructurados y echa de menos la seguridad de «manicura a las cuatro, seguida de la hora del cóctel a las cinco y media...»

—Vale —cede Magnus tras darse cuenta de que más que con tipos nórdicos robustos está tratando con un puñado de británicas sosas—. Supongo que muchas de vosotras estaréis cansadas después del viaje. —Es la primera cosa sensata que ha dicho desde que hemos llegado—. Así que empezaremos a construir un refugio para pasar la noche en el bosque.

«¿Vamos a pasar la noche en el bosque? ¿Vamos a pasar LA NOCHE? ¿En EL BOSQUE?»

Esto se está convirtiendo en mi peor pesadilla a una velocidad vertiginosa. Y resulta que no estoy sola.

—¿Quieres que construyamos un refugio nosotras mismas? —pregunta Tricia con incredulidad.

—Sí.

—Pero ¿y si no sabemos cómo hacerlo?

—Yo os orientaré. —No es que eso me dé mucha confianza—. Os sentiréis poderosas usando las manos para construir algo —dice, y me mira antes de añadir—: ¡Recordaréis que hay algo más que hojas de cálculo en la vida! Como el sol, el cielo y la tierra.

«¿Cómo sabe él lo de mi agenda codificada con colores? —pienso enfurecida—. ¿Y cuándo va a dignarse aparecer el sol?» Miro hacia el cielo gris pizarra con un mohín.

—Dormir bajo un techo que tú mismo te has construido —continúa Magnus— proporciona un subidón como ningún otro. Eso no se obtiene de un Excel. Así que ¡vamos! ¡A trabajar!

Se oyen quejas (mías), murmullos acerca de si Magnus habrá utilizado o no una cabina de bronceado (de Tricia a una Melissa desconcertada) y saltitos para seguir el ritmo a nuestro sagrado líder (de Margot, que posee una especie de efervescencia que por alguna razón me molesta. «Va... botando. A todas partes. Demasiada energía», pienso exasperada).

Nos conduce hasta una montaña de troncos apilados y dispuestos con sumo cuidado en una pirámide gigante.

—¡Ahí tenéis! —apunta Magnus.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¡Yo no sé ni montar muebles en kit! —Tricia parece preocupada—. Además, he sido modelo de manos...

—¡Hala! ¿Para quién? —pregunta Melissa.

—Para *Saga Magazine*.

—Ah... —Mi hermana no tiene idea de lo que es eso.

—Oye, ¿y con qué hacemos las camas? —pregunto en tono optimista.

Magnus señala la tierra empapada y trago saliva con dificultad.

—¡Ja! No va en serio. ¡Solo te estoy haciendo una broma divertida! —dice.

«Ay, es que me parto contigo...»

—Esperad aquí. —Saca un montón de mantas grises de aspecto inquietantemente «rústico» de detrás de la pila de madera, además de cuatro rudimentarias colchonetas inflables que, optimista, describe como «camas de aire».

—¿Y si hay bichos? —Las palabras se me escapan con una voccecita minúscula y ahogada.

—No hay insectos peligrosos en Escandinavia —me asegura Melissa—. Ni siquiera que den

miedo.

—Tiene razón —conviene Tricia—. Esto no es uno de esos programas de supervivencia para gente famosa. No hay arañas asesinas, y ningún escroto de canguro sufrirá daños durante la creación de estas vikingas. Lo he comprobado...

Esto Melissa tampoco lo pilla.

Echo un vistazo al entorno boscoso que, al parecer, será mi hogar durante la próxima semana. Salvo por unos cuantos conejos, apenas un destello de trasero blanco cuando salen disparados, estamos completamente solos.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—Pues venga. —Melissa me propina un puñetazo en el brazo. «Ojalá dejara de hacer eso...»—. Pongámonos manos a la obra. —Da unos golpes con los nudillos en el tronco más cercano y dice con autoridad—: Sí, buenos árboles, estos...

A continuación se echa un tronco al hombro y me hace un gesto con la cabeza para que agarre el otro extremo. Me acerco a ella a regañadientes y abrazo la madera fría y húmeda, atestada de insectos.

«Ojalá tuviera conmigo un par guantes de látex de la clínica», pienso, y me maldigo por no haber metido unos cuantos en la maleta como suelo hacer siempre, por si hay alguna emergencia, junto con el gel de manos antibacteriano con aroma a limón.

En lugar de dichos artículos de primera necesidad, utilizo las manos desnudas y sin desinfectar y tiro del tronco. La capa exterior de la madera, húmeda y marrón, se desprende, pero, salvo por eso, el tronco no se mueve. Tiro un poco más. Pero no pasa nada.

—Vamos, échale ganas —me anima Melissa.

—Lo intento —protesto, y noto que se me pone la cara colorada y se me dispara el corazón a causa del esfuerzo.

«Mantén. La. Puta. Calma», me automotivo mientras vuelco todas mis fuerzas en mover el tronco... hacia ninguna parte.

—¡Caramba, estás flojísima! Ya te dije que necesitabas meterte un buen plato de comida entre pecho y espalda —es el útil comentario de mi hermana.

Margot acude en mi ayuda y resulta que posee una fuerza repugnante para ser una chica con un culo tan pequeño. «Tiene... tríceps —pienso boquiabierto cuando se arremanga hasta dejar a la vista unos brazos esculpidos a la perfección—. Pero es un poco “mira qué fuerte soy”, ¿no? En plan “Hola, ¿te han presentado ya a mi acervo génico superior? *Flecha aquí...*»

Tricia también se une, pero, como cabía predecir, es más o menos igual de útil que la escalera de un moquetista. Aun así, entre todas nos las arreglamos para echarnos la maldita cosa al hombro. Lo cual, cuando tienes a cuatro mujeres de diferentes alturas, desde semienana (Melissa) hasta «larguirucha» (así me calificó un ex en una ocasión), es todo un logro.

Ponemos el tronco en su sitio y reina una especie de confianza tácita en que conseguiremos colocar otro. Y otro. Y otro. Hasta que, tal vez, con suerte, hayamos construido algo que nos mantenga secas. O casi. También nos han ordenado encontrar un pedrusco que haga de «puerta» en consonancia con la extraña visión bíblica que Magnus tiene de nuestro refugio inaugural.

Al menos, ese es el plan.

Doce horas más tarde, me despierto y me encuentro a Melissa abrazada a mi espalda en posición cucharita mientras los dedos de los pies de alguien me hacen cosquillas en la nariz.

—Arg... ¿qué...? ¡Largo de aquí! —Doy un manotazo a los pies y otro a la pierna de Melissa, que me rodea el torso—. Estaba soñando que estaba en un spa...

Una cabeza despeinada se levanta al otro extremo de nuestro minúsculo refugio y Margot recobra la conciencia parpadeando.

—¡Buenos días!

—Ah, hola...

—Ay... Dios... ¿qué hora es? —gruñe la voz de Tricia mientras los pies que tengo en la cara se estiran y flexionan.

—No lo sé —respondo tensa, pues acabo de caer en que durante la próxima semana tendré alrededor de cero intimidad.

Además tengo frío, estoy sucia e incómoda, tapada con una manta áspera sobre una cama de aire que va desinflándose poco a poco... «Estoy tocando tierra, está claro», pienso mientras me examino el cuerpo en busca de áreas de dolor agudo y encuentro varias. Tengo piedras del tamaño de una isla pequeña debajo de la columna vertebral, me palpita la cabeza y alguien se ha tirado un pedo.

—Uy, lo siento —se disculpa Melissa, que empieza a agitar la mano para despejar el olor.

«Puaj, qué asco.»

—Qué a gustito, ¿no? —continúa tras incorporarse sobre un codo.

Nunca me ha gustado acampar. Eso siempre fue cosa de Melissa y de mi padre. Mi madre y yo éramos más de tener un techo sobre nuestra cabeza. Y camas. Y sábanas. A papá todavía le gusta ir con Melissa al campo, y por lo que se ve los dos se van por ahí a correr aventuras en la naturaleza. No me invitan, pero tampoco es que me apetezca participar. Veo a mi padre una vez al año, puede que dos, y siempre lo invito a pasar o Navidad o Semana Santa en nuestra casa. Yo nunca voy a la suya. Porque eso significaría ir «a casa», a un hogar lleno de sentimientos y tristeza. A la casa donde murió mi madre. Y yo no me pongo triste, por norma.

Mi padre nunca se ha quejado de este arreglo, pero la verdad es que él nunca se queja de nada. La mitad de las veces ni siquiera te enteras de que está ahí. Es como si una parte de él hubiera desaparecido con mamá. Como si se hubiera puesto enfermo al mismo tiempo que ella, pero de una manera distinta: con un diagnóstico crónico en lugar de terminal. Él exigía menos a la vida y obtenía menos placer de ella. Daba igual qué opciones se le presentaran. Y esta situación continúa hasta el día de hoy. Pero eso también significa que al menos puedo convencerme de que no le importa que las cosas estén como están. De que todo va bien. De que todo el mundo está bien. Yo puedo quedarme en «el sur», bajo techo, inmersa en la vida que me he creado, y Melissa y él pueden jugar a pasar penurias en la naturaleza y regodearse en la nostalgia en una casa llena de recuerdos. Sea como sea, yo no me regodeo y tampoco acampo.

—Hace demasiado que cumplí los treinta y cinco para dormir en el suelo —refunfuño.

—En la tierra, en realidad —aclara Melissa—. Y, si nos ponemos puntillosos, ya estás más bien cerca de los cuarenta...

Le lanzo una mirada que hace que se calle de inmediato.

Margot se ofrece a salir e iniciar la tarea de «avivar el fuego» mientras las demás resurgimos de nuestro semisopor.

—Os será sincera, esto tampoco se parece mucho a lo que yo tenía en mente cuando hice la reserva —admite Tricia—. Me imaginé que habría unos cuantos tíos a lo Mads Mikkelsen por ahí sueltos. O un montón de gente sexy tallando cosas. Algo rollo forja de espadas. Pero esto no. Esto nunca.

Se da unos toquecitos con los dedos en la piel de debajo de los ojos para «descongestionar», como ella misma nos dice, y comienza una serie de extraños ejercicios faciales que hacen que parezca que lleva a cabo un playback malísimo («¿Qué? El enlucido es bueno, pero a todos nos viene bien un poco de apoyo estructural después de cierta edad...»).

—Yo pensé que esto estaría a rebosar de pasteles, pero, bueno —dice Melissa—, aun así es emocionante, ¿no? Lo de intentar vivir como hace cientos de años.

«¿Qué? ¿En colchonetas inflables con la etiqueta “Made in Taiwan”?», me entran ganas de decir, pero he perdido el gusto por los comentarios sarcásticos.

Tricia niega con la cabeza, y la idea de que es posible que cuente con un espíritu afín en la desesperación vikinga me reconforta.

—Echo de menos tener una cama mullida y fundas de almohada de seda —dice—. Y un café externo.

—¿«Externo»?

—Que no sea hecho en casa. En un vaso de papel.

—Ah. —Asiento—. Yo extraño mi móvil —confieso, y agrego a toda prisa—: y a mis hijos. Claro.

—Ay, sí. Y a los perros. —Entonces Tricia también se replantea su lista—: Y a mi hijo.

—Anda, ¿tienes perros? —pregunta Melissa animada.

«¿Eso es lo que saca en claro del resumen de prioridades de Tricia? ¿Los puñeteros perros?» Me intrigan los arreglos parentales y domésticos de Tricia. Pero a Melissa está claro que no.

—¿De qué raza? —continúa mi hermana.

—Tengo cuatro pequeños shih tzu —contesta Tricia con una amplia sonrisa.

—Ah... —Melissa parece decepcionada.

Sospecho que esperaba algo un poco más robusto.

—¿Y tu hijo? —se me escapa.

—¿Ed? Ah, bien. Ya es mayor, pero, bueno, es majo, la verdad.

«No es que yo sea una madre ejemplar, pero me parece una forma un tanto extraña de valorar a su retoño...» Si yo fuera una persona normal, con dotes de conversación, le pediría todo tipo de información adicional sobre qué estudios tiene su hijo o lo que se suponga que debe preguntar la gente en estos casos. Pero no lo soy. Así que no lo hago.

De modo que, aún vestida con la misma ropa con la que llegué, me enrolló en una manta y me retuerzo como una lagartija hasta ponerme de pie entre extremidades descarriadas. Mi aliento se condensa dentro del «refugio» debido a que nos quedamos sin tiempo y sin energía para proveernos de cualquier cosa que se pareciera a una «puerta», así que ni pedrusco de inspiración bíblica ni nada. Solo tengo que pasar por debajo de una viga sostenida en precario equilibrio antes de encontrarme oficialmente «fuera». Tricia y Melissa me siguen y, con la intención de obtener el calor que tanto necesitamos, atizamos las brasas del fuego que Margot ha conseguido reavivar.

Justo cuando Tricia comienza a expectorar unas cuantas flemas viscosas («Dejé de fumar hace

tres meses. Los pulmones están poniéndose al día», explica) aparece Margot, pálida y caminando como John Wayne.

—¿Qué te ha pasado? —consigue articular Tricia, y la joven se sonroja.

—Un nido de hormigas. Pis —es su única respuesta.

—¡Ay!

—Creía que no había insectos peligrosos por aquí. —Miro a Melissa.

—No creo que vayan a matarte, solo te provocarán picores —responde ella.

—Y todas hemos pasado por eso. —A Tricia se le tensa la mandíbula al recordarlo.

A las cinco y media de la mañana, según el reloj de pulsera a la vieja usanza que Melissa se empeña en llevar en lugar de pasarse a mi método de el-móvil-también-da-la-hora, el fuego ha alcanzado su máximo apogeo. Estamos empezando a entrar en calor cuando el amanecer va ganando terreno y una luz azulada se filtra entre los árboles.

Me froto las manos para recuperar la sensación en los dedos hasta que Melissa interviene:

—Ven, deja que te ayude —dice mientras trato de aceptar la idea de que esta semana, además de no tener intimidad alguna, cualquier parecido con el espacio personal también ha resultado ya mermado por completo—. Siempre has tenido una circulación de mierda. Lo sacaste de mamá.

—Estupendo. ¿Qué te tocó a ti?

—El metabolismo lento y los huesos grandes.

—Qué zorra. —Tricia niega con la cabeza—. Yo heredé juanetes.

—Córtate un poco, ¿no? ¡Estás hablando de nuestra difunta madre! —protesto.

—Sí, perdón. Estaba proyectando.

—No te preocupes —dice Melissa—, sí que era un poco hij... —Entonces, al ver mi expresión, se calla—. Bueno, eran otros tiempos...

En este momento, Magnus aparece en nuestro campo de visión caminando tan tranquilo, cosa que pone fin a cualquier posible disputa. A pesar del frío, va sin camisa, otra vez, y tiene los «pezones como balas», como Tricia se siente obligada a anunciar. Esta mañana lleva la barba recogida en una larga trenza que me recuerda a una cadena de eslabones antigua.

Nos dice que espera que «hayamos dormido bien al aire fresco» y que «los rayos infrarrojos del fuego son muy curativos para el cuerpo».

—Ah, ¿sí? —pregunto dubitativa, y luego le informo de que aquí fuera sigue haciendo un frío que pela y de que me siento como si estuviera muerta.

—Toma, bébete esto.

De uno de los enormes y voluminosos pliegues de los pantalones afganos negros que lleva hoy, saca un termo junto con cuatro vasos de plástico que procede a llenar con un líquido del color de la rana Gustavo.

—¿Qué es esto? —pregunta Melissa.

—¡Zumos verdes! —anuncia—. Hecho de ortigas y plantas curativas.

—¿Mezcladas con pis de Shrek? —pregunta Tricia a Magnus y a sus pectorales—. Me encantan las bebidas de pis de Shrek. He probado la vegana, la cavernícola, la detox, la dieta quemagrasas... —Melissa la mira como si hablara ruso—. ¿Qué? Si a Jessica Biel le funciona...

Melissa asiente como si ese fuera un buen argumento, pero sigue pareciendo confusa. Sería incapaz de identificar a una famosa no perteneciente a la realeza y menor de cincuenta años en una rueda de reconocimiento con pies de foto, así que, por una vez, me compadezco de ella.

—Imagínate a una Olivia Newton-John moderna. O tal vez una Elisabeth Shue —le explico, y Melissa emite un «aaah» de reconocimiento.

Nuestro zumo verde es tan asqueroso como parece, así que, como no podría ser de otra manera, me lo bebo todo, convencida de que me está haciendo bien («Para mañana por la mañana seguro que me parezco a Margot...»).

A continuación Magnus nos lleva a un arroyo situado a las afueras del bosque para que nos demos un «baño checo». Sí, así es: este «retiro» tiene tan poco que ver con un spa que es casi un castigo. Pero una vez que salimos del bosque, a pesar de estar desorientadas, aturdidas y más que un poco cansadas, nos deleitamos con la vista de un mar cobalto inmenso, tan bello que duele y me deja sin aliento. Las nubes parecen pintadas con una esponja y una esfera brillante y creciente juguetea con el horizonte; es más brillante y más claro que cualquier amanecer que haya visto.

Surgen bolígrafos y papel de otro de los bolsillos de los suntuosos pantalones de Magnus («¿Qué más lleva ahí dentro?» Tricia abre los ojos como platos dejando volar la imaginación), y nos pide que escribamos una carta a nuestro «yo futuro».

—Mínimo dos caras —nos dice—. Se enviará a vuestro domicilio en un plazo de seis meses.

Todo esto me recuerda mucho a una cápsula del tiempo de las que entierran los niños, pero mis compañeras de retiro aceptan el desafío sin quejarse, así que agacho la cabeza e intento hacer lo mismo.

Sin embargo, a estas alturas ya estoy mareada de hambre, a pesar del pis de Shrek, y el dolor de cabeza que lleva dos días acechándome comienza a abrirse camino a lo largo y ancho de mi cráneo. Me cuesta concentrarme y noto que se me contrae el estómago. «Puede que mi cuerpo se esté autodigiriendo —especulo—. Qué curioso.»

—Pensad en lo que habéis aprendido hasta ahora, en lo que queréis sacar de esta semana y en qué os gustaría que hubiera cambiado en vuestra vida cuando recibáis esta carta —apunta Magnus.

Esto es difícil porque: a) intento no pensar demasiado en mi vida por si me veo arrastrada hacia un vórtice existencial de autorreflexión e indulgencia (¿quién cuidará de todo el mundo entonces?); b) el hambre creciente me distrae, y c) tengo miedo. Miedo de que, dentro de seis meses, la vida sea justo igual que ahora.

De hecho, me da miedo que pueda seguir siendo igual incluso dentro de seis años. Sería soportable si me limitara a continuar dando tumbos y alcanzara esa nebulosa fecha inmersa en la vida cotidiana: en trabajar y mantenerme ocupada. Porque entonces solo sería cuestión de seguir adelante. De sobrellevar la situación. Cosa que se me da, por lo menos, de ocho sobre diez. Aunque sospecho que el método con el que me gusta planificar el futuro (es decir, «microgestionar» y llenar una agenda de códigos de colores) no es del todo lo que nuestro líder vikingo tiene en mente. Nos está pidiendo que reflexionemos sobre las grandes preguntas en un sentido mucho más amplio. «El puñetero segundo día...» Lo cual, me autoconvenzo, es muy injusto. Pero lo intento.

Cuando creo que he terminado (¿cuenta una frase acerca de encargar la compra del supermercado por internet para ahorrar tiempo los fines de semana?), veo que todas las demás siguen concentradas en la tarea. Así que lo intento de nuevo. Y, por algún motivo, mi bolígrafo empieza a moverse, a bailar casi sobre la página. Las palabras fluyen hasta que noto el cerebro vacío y el sol ha adquirido un matiz rosa intenso. Me doy cuenta, encantada, de que por fin he

entrado en calor. Y de que soy la única que sigue escribiendo. El tiempo ha volado y ni siquiera he sido consciente de ello.

Magnus recoge nuestras ofrendas antes de escondérselas en los pantalones («Nunca había tenido tantas ganas de ser una carta...», murmura Tricia). Luego anuncia que es hora de desayunar. Lo cual es una excelente noticia, porque por primera vez desde hace meses (¿años?) tengo apetito (véase «cuerpo que se autodigiere»).

—¡Genial! ¿Dónde está la comida? —pregunta Melissa con cierta urgencia, y entonces oigo que le suenan las tripas.

Magnus no dice nada, sino que levanta un brazo y señala el bosque.

—Yo no he visto nada de camino. —Mi hermana frunce el ceño.

—¡Eso es porque tenéis que encontrarlo! —anuncia nuestro líder—. Buscaréis el alimento como lo hacían los vikingos, en el bosque y los matorrales ancestrales.

«Menuda mierda pinchada en un palo...»

Espero con todas mis fuerzas que el bosque ancestral esté dispuesto a ser generoso. O que haya una hamburguesería secreta ahí dentro. Porque, por una vez, estoy muerta de hambre.

Arrastramos los pies hasta el bosque, hambrientas y amodorradas por la abstinencia de cafeína (al menos en mi caso). También me doy palmaditas por el cuerpo cada pocos minutos como si fuera un guardia de seguridad de aeropuerto, convencida de que noto vibraciones y de que deben de tener un origen físico. Pero, ay de mí, mi smartphone fantasma es justo eso, un fantasma.

—Una pena... —murmuro sin dirigirme a nadie mientras niego con la cabeza.

Estoy grogui a causa del agotamiento y el hambre me ralentiza el cerebro, así que no presto mucha atención cuando Magnus comienza su sesión informativa sobre el maravilloso mundo de las plantas comestibles.

—Lo más fácil para empezar son los rebozuelos —asegura mientras echa un vistazo a su alrededor para comprobar si puede enseñarnos alguno, pero enseguida se da por vencido y agita una mano como diciendo «¡bah, ya os las apañaréis!»—. Os basta con saber que son amarillos y como con volantes. ¡No tienen nada que ver con las setas rojas con manchas blancas que se ven en los libros infantiles! ¡Esas no os las comáis, os matarán! —Suelta una risita—. Pero los rebozuelos no tienen ese aspecto, así que por lo general pueden cogerse.

—¿«Por lo general»? —repito. «Estupendo...»

—Luego está el ajo de oso, que resulta fácil de encontrar —continúa—. Buscad unas hojas largas: gruesas en el centro, estrechas en los extremos.

Esta descripción no me aclara nada, pero Magnus nos asegura que son un «manjar», y que están deliciosas en pesto de ajos de oso.

—¿Para desayunar?

«No es que se parezca mucho a un plato de fruta y un café largo...»

—Nuestros antepasados se alimentaban de cualquier cosa que pudieran encontrar —es su respuesta.

«Puede, pero apuesto a que nuestras antepasadas tenían mejor gusto...»

—Los vikingos consumen comestibles de temporada y, ahora mismo, es la del ajo de oso. Solo tenéis que majarlo —dice Magnus, que ejecuta una imitación poco convincente, a la manera de un hombre que no está en absoluto familiarizado con un mortero y su correspondiente mano—. Lo machacáis con ganas... —No me hace falta mirar a Tricia para saber que esto último la ha hecho sonreír—. Luego sustituís la albahaca por la hierba arrancada, buscáis unas cuantas avellanas que reemplacen los piñones, y os imagináis el parmesano...

«Me cago... Si nos ponemos a “imaginar” comida, prefiero un McMuffin con huevo... O arrasar en el super...»

Dedico unos instantes a visitar mentalmente un supermercado imaginario y a llenar mi carrito imaginario de todo tipo de carbohidratos y productos cárnicos imaginarios.

—La hierba de san Andrés también está buena, es muy fresca y amarga —continúa Magnus—. Y, por supuesto, también hay muchas bayas en temporada.

Por fin un alimento del que he oído hablar.

Para terminar, nos recomienda que busquemos mejillones en las aguas poco profundas, ya que

ahora la marea está baja.

«Mmm, moluscos al amanecer...»

Pero Melissa tiene preocupaciones más prácticas.

—¿Y quieres que hagamos todo esto sin zapatos? —Baja la vista a nuestros pies descalzos.

—Los pies mojados son mejores que los zapatos mojados —dice Magnus.

—Bueno, sí, pero ¿qué me dices de las katiuskas?

—¿Pelanduscas?

Se oye una risa contenida.

—Zapatos de agua. Botas. Hechas de goma...

A Tricia le cuesta mantener la compostura.

«¿En serio? ¿Ahora nos reímos de la palabra “goma”?» El hambre nos ha puesto histéricas.

—Ah, ya entiendo. Bueno, ¿crees que nuestros antepasados llevaban katiuskas?

Melissa adopta una expresión sumisa y niega con la cabeza mientras yo me planteo que nuestras antepasadas las habrían inventado de inmediato si no hubieran estado sometidas a la tiranía patriarcal de parir sin cesar... o si hubieran tenido acceso a una fábrica de moldeado... Me noto más irritable que de costumbre. Seguro que es porque llevo sin comer... Renuncio al cálculo mental antes de empezar siquiera, la anticipación del esfuerzo me agota... «Muchas horas...»

—Así que buscaremos la comida descalzos —continúa Magnus.

—Se supone que hacerte pis en los pies los fortalece —propone Margot con un entusiasmo alarmante—. ¿Y si lo intentamos?

«Si alguien se mea en mis pies, le meto un puñetazo en la cara», me juro al mismo tiempo que comienzo a experimentar un hambre voraz.

—Si todo lo demás falla, ¡solo tenéis que recordar lo que aprendisteis en el colegio! —concluye Magnus—. A los niños pequeños se les da muy bien pasar tiempo en la naturaleza y aprender sobre las plantas. Luego, a medida que va pasando el tiempo, dicen que la vida «nos civiliza» y nos olvidamos de estas habilidades esenciales.

El sistema escandinavo de educación temprana parece un pelín distinto al que había en las Midlands de Inglaterra a principios de los ochenta. Por desgracia, lo único que aprendí yo en preescolar sobre la naturaleza fue la diferencia entre una caca de perro y la plastilina (por las malas) y que las ortigas y los pantalones cortos no hacen buenas migas. Lo mejor que ofrecía la escuela primaria del condado de Saint Mary era una «mesa de naturaleza» roñosa en la que se exhibían berros plantados en cáscaras de huevo y, una vez, un topo muerto que el padre de Jonathan Harris había atropellado de camino al trabajo. Los habitantes de Leamington Spa rara vez salían a cazar la cena más allá de los confines del hipermercado y no poseían —ni mucho menos transmitían— los conocimientos y habilidades necesarios para encontrar comida en plena naturaleza. Aunque una vez Melissa encontró una chocolatina entre los arbustos del parque Newbold Comyn. Mamá le dijo que no se la comiera, argumentando que seguramente era de algún drogadicto («¿Por qué, mamá? ¿Por qué iba un drogadicto a tirar una chocolatina en un humedal protegido?»). Pero Melissa se la zampó de todos modos, a pesar de que nuestra madre acababa de someter a mi hermana, de doce años, a la dieta Hay.

—¡Vosotras explorad! —nos exhorta Magnus—. ¡Probad las cosas! ¡Saboreadlas! Si veis algo interesante, probad un trocito. Si sabe amargo, mejor no os lo comáis. Pero por lo demás, la

mayoría de las cosas no os harán daño. Excepto las setas venenosas. Y las semillas de tejo. Y, por supuesto, intentad no comer mierda...

«Espera, ¿qué? ¿Ha perdido la cabeza?»

Una vez que todas hemos conseguido recomponernos lo suficiente para asegurarle que no teníamos planeado hacerlo, agrega:

—Es que tenemos que mencionarlo, por ley. Por aquí hay una tenia que se alimenta de zorros y perros mapache...

—¿Perros mapache? —pregunta Melissa.

—¿Eso existe? —Tricia parece perpleja.

—Sí —nos asegura Magnus—. Claro que existe. ¿Vosotros no tenéis?

—No, en Lewes no...

Continúa explicando que es poco probable que nos encontremos alguno durante nuestra expedición, y menos durante las horas de sol, pero que si por casualidad los vemos, los reconoceremos porque «parecen un mapache viejo y puede que un poco enfermo».

—Bien, es bueno saberlo.

—Pero el riesgo de contagio es relativamente pequeño y solo puede darse si te metes mierda en la boca. Cosa que, desde luego, debería ser improbable.

—Sería de esperar.

Tricia mira a Magnus como si el lustre de esos músculos engrasados e hinchados empezara a desvanecerse, y no puedo evitar llegar a la conclusión, pensándolo bien, de que mi formación preescolar sobre la naturaleza sí resultó útil.

—Pero en el caso de que se produjera una situación de M-E-L-C...

—¿M-E-L-C? —pregunta Tricia.

—«Mierda en la cara» —aclara Magnus, y Margot se estremece—. Podemos sacarla (la tenia, quiero decir) con una linterna y un poco de azúcar por el trasero. Aunque esperemos no tener que llegar a eso...

—Sí, esperemos —convengo murmurando atónita.

—Y, por supuesto, cuidado con los lobos —añade.

—¿Qué? —vuelve a soltar Tricia.

Magnus suspira, como si hubiera sabido que pronunciar esa palabra iba a causar algún alboroto y ya deseara no haberlo hecho.

—Es solo que algunas personas creen que han visto lobos en busca de comida por esta zona. Pero los avistamientos son muy excepcionales y, en realidad, hay más posibilidades de que te mate un tren fuera de control.

Melissa traga saliva con dificultad.

—Si veo un lobo, me meo encima... —dice Tricia con decisión, como si fuera una advertencia a cualquier depredador que pudiera pasar por aquí.

Cuando termina la clase, nos entrega un morral cruzado de arpillera de color gris-uniforme («Me siento como si estuviera en la rama escandinava del ejército del presidente Mao», observa Tricia. «Más bien en *Los Juegos del Hambre*», murmuro yo) e imparte órdenes.

—Bueno, vamos a ponernos por parejas —anuncia Magnus—. Pecho Orgullosa, tú vas con Piernas Fuertes. —«Mierda»—. Y Aslög, tú con Lobo Nocturno.

«Genial. Excelente.»

Margot sonríe y se acerca a mí, tanto que noto hasta el último de sus impecables poros. Es tan joven y delgada por naturaleza que le veo hasta los músculos de la mismísima cara. Tiene la piel luminosa, incluso después de pasar la noche en una rudimentaria cabaña de troncos. « Y ese pelo!  De cerca!» Es más suave y espeso de lo que esperaba, brilla más que un anuncio de Pantene. «La gente rica tiene muy buen pelo», pienso. Margot rezuma salud y posee una belleza fresca y natural que hace que quiera arrancarme la piel a tiras. O ponerme un pasamontañas y no quit rmelo mientras viva. «O robarle la cara y usarla de máscara...»

Hace poco que la cirugía dental comenzó a trabajar el bótox, siguiendo la lógica de que, ya que te tienen en una silla en un ambiente estéril, bien podrían retocarte toda la cara. Mentir a si dijera que no me he sentido tentada. «Las expresiones faciales est n sobrevaloradas —pienso—, no quiero que nadie sepa si estoy preocupada, enfadada o angustiada. Y la verdad, si lo piensas bien, el bótox es lo último en autorrepresi n... tres o cuatro meses del tirón. Lo cual es bastante... eficaz...»

Pienso en preguntarle a Tricia por sus experiencias, pero entonces recuerdo que la tipa no es capaz de levantar bien las cejas y que, por lo tanto, puede que no sea la mejor referencia. «Tal vez se trate de un caso de “menos es menos”.» Aun así, siento que tengo que hacer algo, lo que sea.

Me miro las manos, con esa piel apergaminada de color azul irlandés, luego desvío la vista hacia las de Margot, que lucen una manicura perfecta y parecen de plástico. « Y vaya brazos! —Continúo mi evaluación—: Esta chica tiene los brazos de Michelle Obama, los hombros cincelados, un abdomen que no ha pasado por los estragos del embarazo y unas piernas largas y delgadas. Ufff...» Me tiro de la camiseta hacia abajo, cohibida.

Hace tiempo me parecía a ella. Solo que me suponía un esfuerzo monumental y me obligaba a pasar tanta hambre que se me interrumpió la regla. Durante diez años. Es la cosa más estúpida que he hecho en mi vida, en teoría, pero una parte de mí nunca ha sido capaz de desprenderse de esa tendencia. Por lo general, me va bien. Soy capaz de ahogar las voces que resuenan en mi cabeza y de no perderla (véase «cuatro bolsas reutilizables en el coche en todo momento»). Pero el coro de autodesprecio sigue ahí. Como en una tragedia griega de pacotilla.

Cuando era adolescente, tenía todo el aspecto de una «huerfanita victoriana», un rollo «física chic» que creo que la gente achacaba a mi palidez natural. Y mientras tanto, Melissa estaba cada día más coloradota, alimentada a base de tazas de t  cargado, huevos fritos y beicon. Si alguna vez mi hermana se fijaba en que mi aspecto era un poco más «niña de la calle» que de costumbre, me decía: « Sabes qué va bien cuando te sientes triste?», y entonces me tendía una bolsa de papel marrón con algún tipo de bollo.

Siempre reinaba la sensación de que, como éramos hermanas, nos parecíamos por naturaleza. De que «funcion bamos» de la misma manera y debíamos hacerlo todo juntas. Eso es lo que ocurre en las películas. Pero en nuestro caso no «funcionaba». Después de que nuestra madre se pusiera enferma, la ignominia de tener que repetirle cada vez más alto «Para la clínica de obesidad, por favor...» a una recepcionista medio sorda en la consulta del médico y de llevar a mi hermana a sus reuniones mensuales recayó sobre mí. Sentía que una sala de espera llena de griposos me juzgaría en los términos más duros imaginables si aumentaba aunque solo fuera un milímetro entre una sesión y otra. Así que me fui por el otro lado. Empecé a comer menos y a hacer más ejercicio.

Al final fue el trabajo lo que me salv , una década después. Se pueden saber muchas cosas de

una persona gracias a sus dientes, y las encías rojas e hinchadas fueron el primer indicio. Mi cuerpo comenzó a restar prioridad a la boca, así como a las funciones reproductivas, en un intento de conservar los nutrientes necesarios para que el resto de mí siguiera en marcha. No tenía suficiente vitamina D en el cuerpo para absorber el calcio de manera adecuada, me dijo mi primer jefe con una mirada de desagrado. El paso siguiente, dijo, serían las encías retrotraídas y después la gingivitis. «Y nadie quiere una dentista con gingivitis.» Si quería trabajar en «la vanguardia de la higiene bucal», tenía que «arreglar mis asuntos». Así que empecé a comer de nuevo. Dentro de lo razonable. Y dejé de parecerme a la puñetera Margot...

—¿Me estás escuchando, Aslög? —me pregunta Magnus.

«Ay, Dios, se refiere a mí...»

—Sí, eh... ¿buscar alimentos?

—Estaba explicando dónde buscar...

—Sí. Entendido. Gracias.

Le aseguro que estoy enteradísima (no lo estoy) y nos envía a nuestra alegre búsqueda.

Se ha levantado viento y ahora silba en torno a nuestros oídos mientras ascendemos hacia un terreno más elevado. Esto, sumado al vacío abismal que tengo en el estómago, da como resultado una entretenida caminata, sin zapatos, entre los matorrales, subiendo una ligera pendiente hacia un área donde Magnus nos ha asegurado un «botín de primera».

Un intenso olor a excrementos de oveja invade el aire a medida que avanzamos, Margot dando zancadas decididas, yo, alternando una mirada nerviosa entre el horizonte y el suelo que piso, lleno de piedras y plantas desconocidas tipo cardo que hacen casi tanto daño como pisar descalza los bloques de Lego de los niños. «Lo cual debería haber supuesto un buen entrenamiento para pasar una semana de penurias al estilo danés...» Melissa y Tricia se desvían hacia la costa, pero Margot parece tan segura de su misión que me limito a seguirla caminando lo más rápido que puedo sin cuestionar su rumbo.

—Bueno, ¿cómo es ser dentista? —me pregunta, y entonces levanto la mirada, con el ceño fruncido, y piso un cardo—. ¡Siempre me ha encantado subir y bajar en la silla! ¡Y los lavabos pequeñitos para escupir el enjuague bucal! —Habla a toda velocidad, ya sea para adaptarse al ritmo de sus pasos o... «¿podría ser... que esté nerviosa?». No lo tengo claro—. ¿Alguna vez se lo tragan?

—¿Perdona?

—¡Me refiero al enjuague rosa! —Mueve la cabeza y su pelo emite un suave frufú.

«Vale, fantástico. Me ha tocado la chica de genética superior, con pinta de modelo, perfecta y tan joven que es casi un embrión, y además da la casualidad de que padece incontinencia verbal...»

—¡Debe de ser un trabajo muy gratificante! —Sigue hablando—. Espero haber afianzado del todo mi carrera profesional cuando supere los cuarenta.

Le lanzo una deslumbrante mirada asesina y me doy cuenta de que se me han tensado todos los músculos, como si estuviera preparada para la lucha o la huida de esta criatura exótica.

—Tengo treinta y siete años —la corrijo.

—¡Ah! ¡Vale! Es que pensaba... —Suelta una risita tintineante—. Como estás tan asentada y tal... Lo siento... —Se le entrecorta la voz, hace un gesto de negación y adopta una expresión que solo puedo suponer que pretende transmitir «¡Qué torpe soy!».

«Tranquila —me digo mientras echo humo por dentro—. Tú mantén la calma.» Recuerdo que a mí también se me daba fatal descifrar la edad de cualquiera que fuera mayor que yo y que daba por hecho que todos debían de ser ancianos. «Soy una mujer adulta emocionalmente estable... Soy una mujer adulta emocionalmente estable... Soy una mujer adulta emocionalmente estable... que va a MATARLA...»

Margot parpadea con muchísima lentitud, gesto que, por supuesto, yo interpreto como una declaración de guerra, y después se da la vuelta y continúa subiendo la colina con agilidad. Ella ya está a pleno rendimiento cuando yo consigo llegar a la cima entre jadeos: va metiendo cosas en su morral a toda velocidad, como si estuviera en la versión nórdica de un escape room de un amante de la naturaleza. Así que yo hago lo mismo, o al menos lo intento. El problema es que ya he olvidado todo lo que Magnus nos ha enseñado.

Porque, la verdad, no me importa.

Aparte de para superar los próximos días, no necesito estas habilidades.

«Soy una mujer ocupada —me digo para justificar mi renuencia—. Ahora mismo podría estar haciendo cosas mejores. Como endodoncias. O extracciones. O dentaduras postizas, empastes, implantes, coronas... Qué coño, preferiría estar haciendo un procedimiento de blanqueamiento dental antes que esto.» Con una media de treinta minutos por revisión dental rutinaria y un mínimo de una hora para la mayoría de las citas en las que se realizan tratamientos, calculo que hoy ya he desatendido a alrededor de doce pacientes, veinticuatro, si tengo en cuenta a los de ayer, por culpa de mi extravío vikingo. Lo habitual es que trabaje seis días a la semana, así que al final de esta debacle habré perdido... «setenta y dos citas», calculo. En resumen: no tengo tiempo para esto.

No tengo intención de vivir ni trabajar nunca a más de cien metros de un supermercado, por lo que las «destrezas de búsqueda de alimentos» no ocupan, ni han ocupado jamás, una posición alta en mi lista de prioridades. Les seguiré el juego, pero solo estoy aquí por Melissa. Estoy aquí porque me ha hecho a venir. Estoy aquí porque, por lo visto, no quedaban «spas disponibles»...

Pero no pueden obligarme a que me importe nada de esto.

Lo que sí puedo hacer —algo que se me da bastante bien después de años de práctica y un milenio (o esa es la sensación que tengo) de matrimonio— es cubrir el expediente. Soy experta en «aguantar las cosas». «Es solo una semana —razono—, ¿qué es lo peor que puede pasar?»

Echo un vistazo a mi alrededor, a lo que «la prodigalidad de la naturaleza» se ha dignado ofrecerme en forma de tentempiés en la zona de matorrales a la que me ha traído Margot.

«Ha dicho algo de una especie de pesto, ¿no? Y no sé qué de las setas venenosas... Pero ¿cuáles?» Estudio unos cuantos especímenes cutres que tengo delante y que, sin duda, son grises. «Como todo en este país.»

Doy una vuelta en busca de inspiración (o, dicho de otro modo, para copiarme de lo que está recogiendo Margot) y, justo cuando estoy intentando no pisar las bolitas negras que parecen decorar el suelo, me encuentro cara a cara con una bestia enorme, aterradora, horripilante y de cien kilos de peso.

No había vuelto a ver una oveja de carne y hueso desde la infancia; es una de las ventajas de vivir en una ciudad y delegar cualquier excursión con olor a estiércol en el colegio de los niños y/o en Greg, en la época en que se tomaba esas molestias. Tengo la vaga idea, derivada de la lectura de cuentos sobre granjas, de que las ovejas no deben dar miedo. Ese galardón está reservado para los elefantes, los tigres, los leones, los rinocerontes, los dinosaurios, etcétera,

algunos de los cuales, al parecer, ya ni siquiera son una amenaza. Por el contrario, las ovejas, me han asegurado, son buenas y tienen fama de seguir al rebaño. «Entonces ¿por qué se ha descarriado esta? ¿Por qué se ha separado de las demás, como una especie de Mad Max de la comunidad ovina?»

La criatura me mira directamente a los ojos como si me estuviera diciendo: «No tienes ni idea, ¿verdad? Todos lo sabemos...». A continuación emite un sonido estruendoso, grave, seguro que para alertar a los demás de mis defectos.

«¡Beeeeeeeeee!», berrea con cierta agresividad. Luego avanza una pezuña vacilante hacia mí sin dejar de masticar algo con decisión y, según parece, en absoluto molesta por las bolitas tipo Maltesers que en estos momentos caen con soltura de su trasero.

«No comas mierda, no comas mierda, no comas mierda.» Mi desconcertado cerebro repite el único dato del tutorial de Magnus que por lo visto he retenido.

«¡Beeeeeeeeee!», bala de nuevo la criatura, y Margot se da la vuelta con los puños llenos de follaje fresco.

—¿Estás bien? ¿Necesitas ayuda?

—¡Estoy bien!

Esbozo una sonrisa tensa, avergonzada de que me hayan sorprendido teniendo un rifirrafe con una oveja. Sigo sonriendo hasta que me convengo de que Margot ya no está mirándome. «Dios, echo de menos la ciudad —pienso—: las luces y el ruido continuos, y las frecuentes oportunidades de tomar café en un vaso de papel... Le da mil vueltas a la puñetera naturaleza...»

A la oveja no podrían importarle menos mis anhelos metropolitanos, así que continúa expeliendo bolas redondas de materia vegetal apenas digerida allá por donde la espalda pierde su casto nombre. Estoy empezando a plantearme la retirada, cuando advierto que detrás de mi adversaria hay un arbusto cargado de bulbos y bayas carmesíes.

«¡Comida! ¡Comida de verdad! ¡Eso sí que podría comérmelo!»

La boca se me llena de saliva solo de pensarlo. Es lo único con un parecido remoto a un alimento que he visto hasta ahora, y ya tengo tal hambre que haría casi cualquier cosa para ponerles las manos encima. Solo me queda una opción.

—¡Aquí, oveja! ¡Aquí, oveja, oveja, oveja!

Intento persuadirla para que se aparte ofreciéndole un puñado de hierba que, lo reconozco, no tiene un aspecto muy tentador, pero no se mueve. «¿Voy a tener que llegar a las manos? ¿Dentista contra oveja? ¿A esto hemos llegado?»

Los racimos de polvorientos frutos rojos se parecen un montón a las «frambuesas» de verdad, las «oficiales» que estoy acostumbrada a ver en los estantes de los supermercados. Tras llegar a la conclusión de que lo más probable es que una oveja no me mate («podría dejarme lisiada —me digo—, y eso tal vez implicara pasar unas cuantas semanas recuperándome en un hospital. Podría valer la pena para tomarme un respiro. Al menos allí habría comida...»), decido ir a por ellas.

Si nunca has cargado contra una oveja, te lo recomiendo. Me preparo para el impacto echando el cuerpo hacia atrás sin separar los pies del suelo y, tras dejar que el viento se lleve consigo la prudencia y el hecho de que estoy descalza, me inclino hacia delante hasta que la inercia se apodera de mí y estoy tan inclinada que voy a tener que arrancar a correr o desplomarme. Me noto algo enfadada y bastante eufórica, así que doy una zancada, luego otra, y otra, salvo la distancia casi sin darme cuenta, hasta que la oveja aparece cada vez más grande en mi visor mental. Hay un

momento en el que no estoy segura de que vaya a inmutarse y, de pronto, sus cuernos compactos me parecen afiladísimos y muy traicioneros. Pero para entonces ya es demasiado tarde. Me muevo impulsada por mi propia velocidad y ya no hay quien me pare. En el juego de la gallina más extraño de la historia, la oveja cede en el último instante... ¡y las bayas son mías!

«¡Todas mías!»

Con sumo cuidado, libero un par de esferas suaves y aterciopeladas y las examino, aunque no tengo ni idea de lo que estoy buscando. Pero, envalentonada por mi rifirrafe de granja y, la verdad, muerta de hambre, me las meto en la boca... ¡y qué placer descubrir que su sabor también es muy parecido al de las frambuesas!

Me meto un puñado en la boca. Y otro. Y otro. «¡Lo he conseguido! —pienso—. ¡He encontrado mi propio alimento...!» Ojalá hubiera alguien aquí cerca para presenciar y, por lo tanto, validar esta pequeña victoria, pero Margot está ocupada, medio encaramada a un árbol, arrancando algún tipo de nuez.

Una vez que me he comido una cantidad decente de bayas, equivalente a las que vienen en una bandeja del súper, y que he recogido una segunda y una tercera tanda, que he colocado con esmero en el morral, para las demás, miro a mi alrededor y me encuentro a Margot, cargada de productos agrícolas, observándome.

—¿Qué tal te ha ido? —me pregunta con alegría.

—Bien, gracias —contesto yo con toda la confianza de la que soy capaz.

—Bien... —repite su boca, pero no puedo evitar pensar que sus ojos dicen: «Maldita sea...».

—¿Y a ti? —le pregunto yo también.

Porque, bueno, hay que preguntarlo, ¿no?

—Genial —dice con énfasis antes de añadir—: gracias.

—Genial... —Trato de dar con el tono de ambigüedad sarcástica justo para que, si alguien me llamara la atención, no pudiera tener claro si había una intención poco caritativa en mi intervención.

Melissa y Tricia ya están de vuelta en el campamento base cuando regresamos, sentadas cada una en un tronco y removiendo una cuba de algo. Tricia se ha envuelto en varias mantas de color gris escandinavo y ejecuta una impresionante postura de yoga para intentar proporcionar a sus pies lo que en nuestra familia siempre se ha conocido como una «patata caliente», es decir, soplándoselos y frotádoselos a intervalos.

—Hemos ido a por mejillones —explica—. Con éxito moderado, al menos por parte de Melissa, pero también con un frío extremo. —Cambia de pie y dirige el aire caliente hacia el otro para intentar recuperar la circulación.

Melissa, por el contrario, parece encontrarse en su elemento: lleva los pantalones enrollados por encima de los tobillos y sus pies de Hobbit desproporcionadamente grandes han salido del todo indemnes de las temperaturas bajo cero del mar Báltico, de manera que se parece mucho a un Bilbo Bolsón moderno.

—¡Coged una silla! —ladra Magnus, y miro a mi alrededor, esperanzada.

—¿Hay sillas? —Echo de menos las sillas.

—¡Claro que sí! —Señala la pila de troncos—. ¡Allí!

—Ah, ya lo pillo... ¡ja! —digo, e intento esbozar una sonrisa aunque por dentro se me caiga el alma a los pies. Pero Margot ya se ha puesto manos a la obra: hace rodar un tronco hasta la

hoguera y regresa para ir a buscar otro para mí—. No te preocupes, puedo hacerlo sola. —Sonrío sin ganas.

—No pasa nada, ya está aquí. —Margot coloca «mi tronco» en su sitio y le quita un poco de musgo con la manga antes de ofrecérmelo—. ¡Ahí tienes!

Incluso me tiende un brazo para ayudarme a sentarme, como si fuera una especie de tía anciana.

«Si llevara zapatos, le tiraría uno a la cara...»

—Gracias —consigo decirle con toda la amabilidad que puedo.

Pero por dentro estoy furiosa. Y sintiendo el peso de todos y cada uno de mis treinta y siete años.

Entonces comemos.

El menú consiste en setas estofadas servidas con unas hojas misteriosas que ahora tienen un aspecto y un sabor muy marrón. Después viene un festín de nada más y nada menos que cuatro mejillones para cada una. La expresión de mi cara debe de delatar mi sorpresa, porque Tricia se pone a la defensiva.

—¡Hemos pasado una eternidad ahí fuera! ¡Acabo de recuperar la sensación en las extremidades!

En último lugar, el grupo recibe un puñado de avellanas y varias docenas de bayas.

Podría decirse que la comida que hemos obtenido de la naturaleza es un éxito. O que todas tenemos tanta hambre que a estas alturas nos comeríamos cualquier cosa, así que los tazones quedan vacíos en cuestión de minutos.

—Pues esto apenas va a mantener el lobo a raya. —Tricia se frota el estómago y luego añade —: ¡Y no pretendía hacer un juego de palabras!

Para mi sorpresa, resulta muy satisfactorio (aunque por desgracia no en un sentido físico que sacie el hambre) haber creado toda una «comida» gratis, sin disponer de nada más que nuestro ingenio.

«¿Te enteras, mundo? ¡Ahora tengo «ingenio»! ¡Para sobrevivir! ¡En la naturaleza! ¡Sin un supermercado en KILÓMETROS!»

Pillo a mi cerebro privado de cafeína en este modo de pensamiento y tengo que recordarme que nada de esto me importa.

«¿O sí...?»

—Lo has hecho muy bien, Lobo Nocturno. —Magnus apoya una mano en el hombro de Margot.

«Lameculos —pienso—. No, está claro que no me importa. Clarísimo.»

Cuando ya estamos mínimamente «menos muertas de hambre» que antes, Magnus nos propone que vayamos de nuevo a la playa.

Tricia se arrebujó aún más en la manta y pone cara de consternación.

—¡Si acabo de empezar a descongelarme!

—Esta vez no nos meteremos en el agua —la tranquiliza él—. Buscaremos en la orilla. Podemos empezar a recoger cosas para la próxima etapa de vuestra educación vikinga: ¡la sesión de artesanía de mañana!

«Esto es un no parar de emociones...»

—Donde el mar Báltico se encuentra con el mar del Norte, a menudo se ven piedras perforadas o *hulsten*, piedras de playa con un agujero. Esto sucede cuando una ola grande —aquí extiende los

brazos por encima de la cabeza y hace una imitación admirable del aspecto que podría tener una ola si tuviera forma de humano con moño— rompe sobre las piedras.

Magnus se vuelve hacia Tricia de tal manera que la cara de la rubia queda a la altura de su axila. La veo acercar la cabeza para captar una feromona.

«Arg...»

—La ola lleva muchos guijarros pequeños en su interior, y cuando se desploma sobre las piedras... —Magnus rodea con los brazos a una Tricia ahora resplandeciente, y luego añade con una embestida de lo más inapropiada—: penetran en su interior —«Oye, tranquilo...»— hasta que uno de los guijarros pequeños atraviesa otra piedra por desgaste.

—Eh... ¿y cuando hayamos recogido las piedras?

—Bueno —Magnus libera de su abrazo a una Tricia embelesada y se endereza flexionando primero un músculo pectoral y luego el otro—, podríais poneros una para atraer la buena suerte.

Señala con el dedo su última pieza de joyería masculina para llamar nuestra atención hacia la nueva monstruosidad que le cuelga del cuello, justo por debajo del pequeño tatuaje con varios triángulos entrelazados que tiene a la altura del nacimiento del vello («un símbolo nórdico», según me informa Tricia más tarde).

—El tacto de la piedra lisa resulta muy tranquilizador, y además es una forma de conectar con la naturaleza... estéis donde estéis.

Si no me preocupara tanto conservar las limitadas reservas de alimento que poseo, lo más probable es que este momento me hubiera provocado el vómito. «La naturaleza puede irse a freír espárragos.» Pero nuestra falta de sustento parece estar provocando un aumento de los niveles de irritabilidad relacionada con el hambre y una ligera desorientación en todas nosotras, así que no voy a arriesgarme. Resulta que las mujeres no son capaces de sobrevivir solo a base de frambuesas silvestres. Ni siquiera a base de frambuesas silvestres con un aperitivo de cuatro mejillones.

—Y luego, por supuesto, podemos usarlas mañana para tejer, para sujetar la urdimbre y que así podáis hacer unos adornos vikingos muy especiales.

—Es como si todas las Navidades de mi vida hubieran llegado a la vez —le susurro a Melissa.

—Pues este año va a costarte cambiar el regalo que te haga —me replica.

Después peinamos la playa y lo único que encontramos son dos cangrejos muertos y un bolígrafo arrastrado por la marea («muy útil...»). Así que al final tomamos posiciones en el muelle para intentar «pescar» algo que constituya nuestra próxima porquería de comida.

Allí ya hay unas cuantas redes con las que se nos anima a «probar», pero, al cabo de veinte minutos infructuosos, Magnus se apiada de nosotras y saca varias cañas de aspecto frágil y un frasco con algo, de una pequeña cueva alejada de la orilla. Dos de las «cañas de pescar» son poco más que palos con un sedal atado, igual que las que podrían hacerse los niños para una obra de teatro en el colegio. El otro par, reconozco, tienen el «chisme especial de rebobinar», como he decidido llamarlo, y parecen hechas por alguien que al menos ha visto alguna caña de pescar en su vida.

«Y una mierda voy a pasarme yo aquí sentada el resto de la mañana con una caña que, en realidad, es un accesorio de gnomo de jardín», pienso, y enseguida me agencia una de las «auténticas» cañas de metal. Tricia hace lo mismo, así que a Margot y a Melissa les toca aguantarse con la versión de «jara y sedal».

—Ahora solo tenéis que encontrar cebo y lanzar el sedal al agua —dice Magnus.

—¿Dónde encontramos ce...? —empieza a preguntar Margot, pero Magnus le pone un dedo en la boca, aplastándole los labios.

«Demasiadas confianzas», pienso.

—¡Tengo un regalo para todas vosotras! —responde Magnus, que nos tiende un frasco lleno de gusanos que se retuercen y que a mí me obligan a llevarme una mano a la boca y a Tricia a contener una arcada espectacular.

—¿Un regalo? —Tricia está a punto de vomitar—. ¿No podrías habernos regalado un libro? —murmura—. ¿O incluso un Toblerone gigante?

Por suerte, Melissa es más dura y se ofrece como voluntaria para ser la primera en intentar atravesar el cuerpo aún convulso de un gusano con su anzuelo.

«Qué asco...»

Margot la imita, pero como Tricia y yo no hacemos ni el menor ademán de acercarnos al tarro de reptantes, Magnus se ofrece a «meternos el gusano».

—Yo... —Tricia titubea—. No, no puedo... —Ni siquiera ella es capaz de sacar el doble sentido a las larvas.

Lanzamos nuestras cañas a la de tres. Y luego esperamos. Una eternidad.

—Bienvenidas a la pesca —dice Melissa, aún parcialmente contenta, aunque soy consciente de que a estas alturas debe de estar famélica—. En la finca hacen esto todos los fines de semana. La espera es parte de la experiencia...

Cuando queda claro como el agua que no vamos a pescar nada y que el sedal de las cañas de madera ni siquiera puede lanzarse más allá de la base del muelle, Melissa se hace cargo de una caña «de verdad» y las otras dos mujeres deciden ir a buscar comida tierra adentro, o mejor dicho, Margot lo decide y mi compañera de escepticismo vikingo, Tricia, la sigue tras susurrarme que va a intentar escabullirse para echarse una siesta reparadora.

Cuando se van, permanecemos sentadas en silencio varios minutos hasta que advierto que Magnus está dando golpecitos con la pierna en el muelle desvencijado y a mí me rechinan los dientes. «Tengo que acordarme de ponerme la férula unas horas extra esta noche...»

—Aquí deberíais ser capaces de pescar buenas piezas —insiste Magnus, como si tratara de justificar el ejercicio—. Otro buen sitio es justo al lado de la punta, allí. —Señala hacia un afloramiento rocoso—. De hecho, puede que me acerque e intente pescar algún arenque. ¡O caballa! Es muy rica en ácidos grasos, buena para la piel y el cabello, ¿eh, señoritas? —Alarga la última palabra hasta que parece un DJ de los setenta («señori-taaaaaas»), para luego ponerse de pie y alejarse dando saltos.

Cuando ya no puede oírnos, dejo escapar un «arggg» que ha estado fermentando en mi interior durante los diez últimos minutos.

—¿De qué te quejas ahora?

—¿Cómo que de qué me quejo? Tenemos hambre, frío y llevamos aquí sentadas más de una hora, a kilómetros de la civilización...

—Uf, tú y tu civilización —resopla Melissa.

—¿Qué?

—Está sobrevalorada, eso es todo.

—Vale... —Ya es oficial: mi hermana es ludita—. Solo digo que hemos hecho un viaje muy

largo para disfrutar de un poco de sexismo informal y arenques.

—Me gustan los arenques... —contesta Melissa a la defensiva.

—¿Te gusta que te los sirva un hombre con un ego monstruosamente grande?

—No me importa. —Se queda callada un instante antes de añadir—: ¿Sabes cuál es tu problema?

—No, pero tengo la sensación de que estoy a punto de averiguarlo. Espera, deja que me ponga cómoda. Está bien, dispara.

—¡Eres demasiado quisquillosa! —Melissa parece satisfecha de sí misma.

—Acabo de pasar una mañana ahogando gusanos, no es que me sienta muy zen...

—¡No! ¡Quisquillosa! ¿Lo pillas? Como estamos pescando...

—Dios...

A Melissa siempre le han encantado los chistes de padre. En concreto, los chistes de nuestro padre: juegos de palabras tan dolorosos que dejarían a los fabricantes de galletas saladas y a los de palitos de polo de los noventa a la altura del betún. No dudo ni por un instante de que haya al menos un tomo titulado *¡Los cien mejores chistes de pedos de la historia!* merodeando por su casa.

—¿Quieres otro?

—No, gracias. —En serio: no.

—¿Qué tipo de tentempié deberías comer mientras pescas?

—No lo sé. Ni me importa...

—¡Algo picante! ¿Cómo llamarías a un pez tuerto? —A estas alturas está a punto de ponerse a dar saltos de alegría—. ¡Eh, tú, ven aquí!

—Vale, bien: hora de cerrar la boca —ordeno con más brusquedad de la que pretendía, pero Melissa obedece, así que decido que siempre puedo disculparme más tarde, si es necesario.

Entonces vuelvo a clavar la vista en el mar, entre un lanzamiento de sedal y otro, y repaso mi lista mental de cosas pendientes.

En la actualidad, este catálogo de preocupaciones en perpetuo cambio está formado por: «actualizar la lista de pacientes de periodontitis; hablar con Esme acerca de llevar a cabo una campaña de información sobre el enjuague bucal (si no lo he dicho mil veces, no lo he dicho ninguna: el enjuague bucal no sustituye al cepillado efectivo ni debería utilizarse justo después del cepillado, ya que elimina el flúor de la pasta, que se utiliza para proteger los dientes. Lo sé, es básico, ¿verdad? Pues te sorprendería saber cuántos pacientes no están al corriente...)».

Después paso a las inquietudes habituales relacionadas con todas las tareas domésticas que no puedo atender hasta que llegue a casa. Me pregunto qué estarán haciendo Charlotte y Thomas en estos momentos y si les gustarán los pijamas nuevos que les compré como regalo de «Me voy y me siento culpable». Me pregunto si Greg se las habrá arreglado para cepillarle el pelo a Charlotte esta mañana^[9] y si habrá seguido con las sesiones de matemáticas. Me pregunto si Thomas se estará alimentando como es debido. Me pregunto qué estarán comiendo los dos a estas horas y luego empiezo a repasar las opciones en mi cabeza hasta que caigo en que lo que estoy haciendo en realidad es ver una «película porno de frigorífico» en la que aparecen todos los alimentos por los que estrangularía con gusto a un perro mapache con tal de echarles la mano encima en este preciso instante.

—Supongo que esta es la experiencia nórdica auténtica y tradicional —dice Melissa para

consolarse mientras se frota el estómago—. Me refiero a lo de obtener la comida de la naturaleza.

Sacada de mis ensoñaciones, me siento obligada a protestar.

—¡Sí, claro!

—¿Qué?

—Te refieres a lo de no proporcionarnos nada de comida. Piénsalo... —Melissa reflexiona un momento, aunque su expresión continúa siendo la misma—. Es la estafa perfecta —le explico—. Casi oigo el sonido de la máquina registradora...

—¡No! —Parece horrorizada. Arqueo una ceja y ella vuelve a frotarse el estómago, ya menos convencida—. A ver, seguro que no... ¿Tienes que ser siempre tan cínica?

Lo pienso un rato antes de responder.

—Sí. Sí, tengo que serlo.

—¿Recuerdas aquella vez que papá nos llevó al acuario cuando mamá estaba en la cama con una de sus migrañas y te negaste a creer que los peces eran de verdad? —me pregunta Melissa—. No parabas de gritarle a todo el mundo «¡Son marionetas!» y de buscar los hilos con los que los manejaban. Luego, como no fuiste capaz de encontrarlos, exigiste saber quién les había metido una mano por el culo.

Los músculos de las comisuras de la boca se me tuercen, porque, por una vez, tengo un vago recuerdo de una niña de diez años dando vueltas como una loca alrededor de una urna de vidrio, convencida de que todo era falso.

—Ya entonces sospechabas de todo el mundo. ¿Llegaste a creer en Papá Noel?

—No lo recuerdo —contesto (véase «he borrado nuestro pasado en común»). Pero dado que Melissa desconfía por naturaleza de los médicos mientras que yo desconfío de todo lo demás, sospecho que la respuesta es «no»—. Es probable que no.

—¡Exacto! ¡A eso me refiero!

Y a continuación vuelve a centrarse en el asunto de la pesca/sujetar un palo. El sol sale de detrás de las nubes y durante unos instantes un surco de luz blanca y brillante se extiende sobre el agua. Cierro los ojos y disfruto del calor... mientras se digne durar.

—¿Por qué sonríes? —pregunta Melissa.

—¿Sonreír? No estoy sonriendo. —Vuelvo a abrir los ojos de golpe, ahora avergonzada.

—No, no sueles hacerlo a menudo, cierto —dice Melissa, que se acerca arrastrando los pies—. ¡Pero he detectado una pequeña sonrisa de satisfacción! ¿No estarías pasando en secreto un milisegundo agradable durante este viaje?

—¡No!

—Vale... —Su tono implica que no me cree.

Y me caigo en la cuenta de que puede que haga bien en no creerme.

Margot parece algo menos serena que de costumbre cuando regresa al campamento. Tricia va medio cojeando tras ella, aún descalza, esquivando plantas con espinas, piñas y, con toda probabilidad, cacas de oveja.

—¡Tenemos comida! —vocifera Melissa mientras lidia con las entrañas de uno de los peces que ha capturado Magnus. Se aparta el pelo de la cara con un brazo y, al hacerlo, se mancha la frente de tripas.

Yo me he ofrecido cortésmente a ocuparme del fuego (las vísceras no son lo mío...) y ahora lo estoy atizando con un palo para fingir que hago algo útil.

—¿Estás bien? —le susurro a Tricia tras fijarme en la expresión tensa de Margot.

—Ah, sí, es solo que no hemos encontrado mucha comida. Margot no paraba de farfullar en voz baja: «La historia la cuentan los vencedores». Que Dios nos pille confesados si hay una guerra...

La entiendo. La situación, quiero decir. «Margot está cabreada porque esta vez no “ha ganado” en la recolección de comida.» Me da la sensación de que es una chica acostumbrada a ganar. Alguien que tiene fobia al fracaso. Si lo sabré yo.

Soy consciente de que no es una de mis cualidades más atractivas. Hay días en que no tengo muy claro que me quede alguna cualidad que lo sea. Pero hace ya mucho tiempo que no puedo permitirme el lujo de meter la pata. Me pregunto qué se sentirá al tener la libertad de cometer errores, fastidiar las cosas y pasarte la vida jugueteando, haciendo todo lo que te venga en gana. Sin consecuencias. Sin gente que dependa de ti. Y entonces mis ojos se posan en Melissa y lo entiendo. «Aaah, es así.» Eso la convierte en mejor persona, cada vez estoy más convencida. Menos gruñona. Menos tensa. Más alegre, sin duda. Más capaz de buscar su propio placer. «Consista en lo que consista», pienso con tristeza. Pero luego comemos. Y me meto en la boca un trozo de pescado caliente, algo chamuscado, que me parece que sabe mejor que cualquier pescado que haya probado en mi vida... y me reprendo de inmediato por ser una pringada que se compadece de sí misma. «A lo mejor el placer no es más que esto: pequeños momentos de disfrute, en apariencia insignificantes...»

Esta vez comemos hasta que nos saciamos, una sensación que a mí me resulta extraña, aunque no desagradable. La tarde sigue más o menos el mismo ritmo que la mañana, pero Magnus es incapaz de estarse quieto, así que se va a hacer «diez kilómetros rapiditos» alrededor de la isla, perseguido por una Margot demasiado entusiasta.

Vuelvo a rastrear la playa con Melissa y Tricia, que incluso logra aguantar unos instantes de contemplación silenciosa antes de contarnos, con todo detalle, el sofoco que está experimentando ahora mismo y después ponernos al tanto de los peligros de las citas perimenopáusicas.

—Es que, claro, entre el insomnio y los períodos irregulares... no sabes ni por dónde andas. Y ahí fuera las cosas están muy difíciles. Os seré sincera: ya casi me he dado por vencida. La gente no para de preguntarme, me dicen: «Tricia, ¿cómo va la vida amorosa?». Y yo tengo que contestarles que árida como el desierto. Tengo telarañas. Hace semanas que no hay acción alguna por ahí abajo. Y yo soy una mujer con una energía sexual considerable. —Me pongo como un tomate ante esta última confesión—. Aun así, ¡me cuido! Bien sabe Dios que me cuido. Depilación a la cera, cabinas solares. Y me lo cuido todo, ¿eh? —Asiento con la cabeza mientras asimilo su alarmante tono de locura—. Pero, en serio, no es país para viejas. Los hombres más jóvenes no saben nada; y los mayores o se van con jóvenes o, si no lo consiguen, se vuelven cascarrabias, se enfadan con la vida. Si se van con una joven estás jodida y, si no, también. Vamos, que estás jodida de todos modos. Dios, dame la seguridad de un hombre blanco de mediana edad...

—Cierto, sí. —Melissa asiente con la cabeza, y añade—: Ya entiendo...

Me pregunto si estará reflexionando acerca de que se ha librado de una buena con su última ruptura del tipo «comer como Elvis». Pero me percató de que el atolladero de Tricia es algo que a mí también me da miedo: volverme invisible, quedar fuera de la ventana de los intereses

románticos de cualquiera. «Y es probable que de ahí... —pienso con un escalofrío— Mister Dientes...»

Me pongo colorada hasta el cuello a causa de la vergüenza. Aparto ese pensamiento antes de que tenga la oportunidad de alojarse en el cerebro y empezar a generar otro ataque de la culpa que, desde el espectáculo Premier-Inn-Gate, me corre por las venas en los ratos libres como si fuera adrenalina. Para ello, aprieto los labios y esbozo una sonrisa tensa. «Porque todo el mundo sabe que si cuando sientes dolor sonríes y lo entierras en lo más profundo de tu ser, todo va bien —me digo. Una y otra vez—. Mete en una caja a la Alice triste, enfadada y confusa, y finge que no existe... ¡Tachán!» Estoy luchando contra la amenaza de que vuelva a aparecer, como si fuera uno de esos muñecos con muelle de las cajas sorpresa, cuando me distrae una aparición que emerge del agua como a cámara lenta: una figura sublime, ataviada con unos pantalones cortos muy cortos y un sujetador deportivo, con un cuchillo en una mano y varias conchas en la otra.

—¿Eso es...? ¿Estamos...? ¿Veis lo mismo que yo? —Parpadeo varias veces para comprobar que no es una alucinación provocada por las setas misteriosas.

—Creo que sí... —murmura Tricia—. Eso o estamos en una versión nórdica de *Agente 007 contra el Dr. No*.

Una versión escandinava de Ursula Andress camina con el agua a la altura de unas pantorrillas fuertes y bronceadas que sostienen unos muslos fuertes y bronceados, unos muslos que parecen de verdad y no el brazo de un crío de doce años (el tipo de muslos que llevo años aspirando a tener).

—Uau. —Melissa da un paso hacia atrás, tambaleándose.

—Es como una revista —es lo único que alcanzo a murmurar, porque, en estos momentos, ahí, de pie ante nosotras, se alza una guerrera salvaje de melena brillante, la Mujer Maravilla, una diosa amazónica con forma humana.

—Inge.

«¡Y habla!»

—¿Perdona? —pregunta Tricia.

—Inge —repite dirigiéndose a nosotras. No tenemos ni idea de lo que significa—. Soy la esposa de Magnus.

«¿Magnus está casado? ¿ESTA es la esposa de Magnus?»

—¿No os ha hablado de mí? —Parece que le resulta casi gracioso, en lugar de cabrearse como una mona—. No, bueno, se le suele olvidar... pero aquí estoy. Me di cuenta de que se había dejado el paquete de comida. Otra vez. Seguro que os ha dicho que solo podíais comer lo que encontrarais en el bosque, ¿verdad? —Asentimos con la cabeza, como si fuéramos tontas—. Ya, eso no es del todo cierto. Le gusta tomar el pelo a los recién llegados.

«¡Cabrón! —pienso—. Voy a matarlo... ¡Voy a matarlo, joder! Y luego puede que me lo coma.»

—Bueno, ahí hay una cesta con avena para hacer gachas, harina, huevos, varias cosas básicas. —Señala hacia la orilla—. Y me gusta quitar los mejillones malos. —Hace un gesto hacia las conchas que tiene en la mano—. ¡No quiero mataros a ninguna!

—No —consigo decir—. Claro...

—¿Y qué os está pareciendo el retiro hasta ahora?

—Eh... —dice Melissa como para ganar tiempo—. Bien, aunque pensaba que habría más cascos vikingos por aquí...

«Ay, Dios, otra vez no.»

Deseo con todas mis fuerzas que se calle. No lo hace.

—Ya sabes —continúa Melissa—, de esos con cuernos.

—Los vikingos no usaban cascos con cuernos —responde Inge con rotundidad.

Asiento con furia, ansiosa por aclarar que yo no me tragué el fraude de *Astérix el galo*.

—¿Ni siquiera «para arreglarse»? —Melissa no piensa rendirse con tanta facilidad—. ¿No se disfrazaban ni en ocasiones especiales? —pregunta, aún esperanzada.

—Ser vikingo no tiene nada que ver con disfrazarse —responde Inge, que observa a Melissa con detenimiento—. Tiene que ver con lo que hay en el interior. Se trata de encontrar tu estrella polar —añade mientras guarda el cuchillo en una funda.

—¿Mi qué? —pregunta Melissa.

—Tu principio rector —explica Inge.

—¿Te refieres a las siete etapas? —pregunta Tricia—. ¿Lo de la artesanía, el *berserking* y todo eso?

—Más o menos —contesta Inge—. Todo lo del *berserking* y quitaros la ropa, lo de desnudaros, está encaminado a que alcancéis vuestra esencia...

—Ah —dice Tricia en tono pensativo, pero yo me veo forzada a intervenir.

—Perdona, ¿qué es lo último que has dicho...?

—¿Te refieres a lo de «alcanzar tu esencia»?

«Bueno, sí, pero también...»

—Me refiero a lo otro.

—¿A lo de estar desnuda? ¿Sin ropa?

—Ajá... —digo temblando.

Inge parece desconcertada, como si eso no fuera motivo de preocupación.

—¿Te da miedo estar desnuda?

«¡Sí, me da miedo! ¿Qué mierda es esta?»

Tanto Tricia como Melissa se esfuerzan por parecer cómodas con la idea —y, para ser justa, es probable que lo estén—, así que es solo la «estirada de Alice» la que de repente está perdiendo los nervios ante la idea de perder las bragas.

—No es más que «la persona que eres» bajo todas esas capas. Hay libertad en la desnudez —dice Inge con toda naturalidad mientras carga a Tricia y a Melissa con provisiones que llevar de vuelta al campamento base—. Podrías ser directora ejecutiva de una empresa o limpiadora, da igual. Todos somos iguales cuando estamos desnudos, y todos necesitamos sentirnos cómodos con nosotros mismos en nuestro estado natural, es obvio.

«Obvio.» Intento con todas mis fuerzas no parecer una mujer al borde de un ataque de nervios.

Verás, estar desnuda no es lo mío.

Hace mucho que no tengo ninguna necesidad. Hasta en la ducha, que es más bien algo del tipo «entrar, salir e intentar no atisbar en el espejo de cuerpo entero ni el reflejo de mi propia forma corpórea tras parir a dos criaturas». En las pocas ocasiones en que me he visto obligada a pisar un vestuario público, ejecuto el «culebreo para ponerme la ropa interior mientras sostengo una toalla con la barbilla» con un aplomo ensayado.^[10]

Estar desnuda no es lo mío.

—¿Y las bragas? —pregunto sin perder del todo la esperanza—. ¿Podría hacer *berserking* con las bragas puestas? Tal vez un sujetador... —Pero me interrumpe de inmediato.

—No. Coge esto. —Me entrega una cesta de huevos y queda claro que es poco probable que me ofrezca más explicaciones... ni que haya discusión posible sobre el asunto.

Me desmorono por dentro mientras intento parecer serena, tranquila y calmada por fuera; y fracaso en los tres aspectos.

«¡Melissa no me había dicho nada de que tuviéramos que quitarnos la ropa! ¡Van a obligarme a estar desnuda! ¡Delante de mujeres que ayer mismo eran extrañas! Dentro de más o menos... — intento recordar qué día es y cuántas horas de aplazamiento de sentencia me quedan para experimentar una vergüenza atroz, pero fracaso. Otra vez—. Puñeteras matemáticas. Puñeteras matemáticas de la puñetera cuenta atrás para el desnudo. Ah, ¿y te lo había comentado? ¡Vamos a tener que estar todas DESNUDAS!»

—Si de verdad quiere preocuparse por algo, más vale que piense en el bosque —bromea ahora Inge con Melissa—. ¡La mayoría de la gente se caga cuando llega la parte de perderse en él!

Dejo de respirar.

«¿Qué cojones?»

Los bosques y yo no nos llevamos bien (véase «esporas»). Pero ¿perderme en uno? Solo me ha pasado una vez hasta ahora y, dado que la experiencia fue horrible y dejó una huella indeleble en mi mente adolescente, desde entonces me he asegurado, por mis narices, de que no vuelva a suceder.

Tenía catorce años y clamaba contra el mundo por permitir que mi madre cayera enferma. Pero como me gustaba «clamar» sola (o, mejor dicho, me habían educado para hacerlo de así), me quité del medio y pensé en probar lo que creo que la gente a la que le gusta el aire libre refiere como «dar un paseo». Se hizo de noche (tampoco me gusta la oscuridad. Prefiero mil veces una ciudad con contaminación lumínica) y me asusté. Creí que recordaba un atajo para llegar a casa de cuando participaba a regañadientes en los paseos familiares, así que intenté volver a través de un bosque. Y es probable que fueran las seis horas más aterradoras de mi vida.

Nunca he gozado de un gran sentido de la orientación, en ningún aspecto, y lo que tiene la puñetera naturaleza es que todo tiene la misma puñetera pinta. Allí no había tiendas, casas ni puntos de referencia que me indicaran que ya había pasado dos veces por una zona concreta del bosque o que estaba volviendo sobre mis pasos y prolongando mi tortura. Solo había más árboles. Y bichos. Y, más tarde, murciélagos. Arrastré los pies en círculos, congelada hasta los huesos y con miedo de quedarme allí atrapada para siempre. Con miedo de perderme el tiempo que me quedaba con mi madre.

Fue entonces cuando sufrí mi primer ataque de pánico.

Perdida y sola en un bosque oscuro, me agazapé entre las hojas intentando respirar a la desesperada y rogando que volvieran a responderme las piernas. Al cabo de un tiempo, recuperaron la movilidad. Y lloré de alivio. No sé cuánto tardé, pero cuando por fin encontré una salida de aquel infierno arbóreo, vi una casa a lo lejos. A pesar de los años de adoctrinamiento escolar sobre el peligro de lo desconocido, llegué a la conclusión de que mi mejor, o «única», esperanza era suplicar ayuda a sus habitantes. Me preparé mentalmente para el hecho de que lo más probable era que me secuestraran y/o asesinaran después, pero pensé que, si al menos me dejaban llamar a casa antes, sería un precio que merecería la pena pagar. Resultó que allí era donde nuestra profesora de francés, madame Dean [The Sex Machine],[11] vivía con su marido Clive. Estaban en medio de una partida de Boggle y la aparición de una alumna de secundaria,

blanca como un fantasma, asomándose por la ventana de la galería les produjo una sorpresa algo más que ligera. Me permitieron llamar a casa de inmediato y me dieron una infusión de menta mientras esperaba a que me recogieran. Mi madre estaba furiosa, encendida con esa extraña rabia de «alivio» paternal que no reconocí hasta años más tarde. Los mocos y el miedo me habían consumido de tal manera que no pude hablar en las dos horas siguientes. Pero al menos no me asesinaron.

Desde entonces, la naturaleza y yo no nos llevamos bien. No es de extrañar que las palabras de Inge me claven una esquirla de hielo en el alma.

—Anda, mirad quién está aquí —grita Inge cuando volvemos al campo base y nos encontramos a Magnus y a Margot compitiendo para ver quién da las mejores zancadas poscarrera. Magnus se incorpora de golpe y se aleja de Margot al ver a su esposa; después hace desaparecer las manos en el interior de sus pantalones afganos para llevar a cabo un reajuste rápido que oculte lo que sospecho que podría ser una modesta erección.

—Se te olvidó la cesta de bienvenida —le dice Inge con aspereza antes de añadir—: otra vez.

Me consuela comprobar que hasta las diosas amazónicas experimentan la discordia marital. O mejor dicho, la exasperación.

—Bueno, aquí tienes. —Inge le entrega el fardo y nos invita a las demás a soltar las provisiones—. Me marcho ya, a ver si encuentro a los niños.

—Vale —murmura Magnus, con aire sumiso.

—Ah, ¿tenéis hijos? —pregunta Margot.

—Tres. —Inge enarca las cejas—. ¿No te lo había dicho Magnus?

—¡No, qué va! —Margot niega con la cabeza, ajena a cualquier desavenencia a la que pudiera estar contribuyendo.

Inge no dice nada, pero esboza una leve sonrisa.

—¿Dónde están? —pregunto sin poder evitarlo—. Los niños, quiero decir.

—Ah, por ahí. —Inge hace un gesto despreocupado con la mano. Ante su reacción, mi rostro sin duda se contrae en algo parecido al horror, porque añade—: Están jugando. Los niños deberían crecer en libertad. Lo llamamos «desatención saludable».

En este momento se oye un rugido y ante nuestros ojos aparece un minivikingo rubísimo. Magnus se agacha para recibirlo con los brazos abiertos y lo lanza por los aires, lo cual provoca gritos y carcajadas de felicidad.

—Cuidado, ha estado recogiendo bayas —advierte Inge al fijarse en las manos manchadas de su hijo, pero Magnus no le hace caso y vuelve a lanzar al niño hacia el cielo antes de agarrarlo por los pies y ponerlo bocabajo—. Magnus, seguro que el niño se ha comido su propio peso en bayas —insiste—. Yo que tú no lo haría...

Magnus sigue sin hacerle caso, así que Inge se da la vuelta y comienza a alejarse mientras murmura en voz baja:

—Tres, dos, uno...

Y en ese preciso momento, como si lo tuvieran ensayado, el niño entra en erupción y lanza un proyectil de vómito morado baya-y-bilis hacia las piernas de su padre.

—¡Argggggg!

Magnus deja caer a su hijo e intenta limpiarse los tropezones de los pantalones afganos.

Inge se muerde la parte interna de las mejillas para contener una sonrisa antes de decir:

—Yo te he avisado. —Se dirige al ahora alicaído crío—: Ven, ven conmigo. —Luego nos dice a las demás—: Os veré pronto, estoy segura.

Y sin más, se va.

—Uau, esa mujer es...

Por una vez, Tricia se queda sin palabras.

—¿No os parece...? —Jamás he conocido a nadie como ella.

Melissa, sin embargo, tiene otras cosas en la cabeza.

—Bueno, ¿qué hay en esta cesta? ¿Le hincamos el diente?

Y eso hacemos.

Cuando se acerca el anochecer, cocinamos parte de las hojas que Margot y Tricia han encontrado antes, y Magnus nos enseña a preparar una masa con la harina que hay en el saco de arpillera.

Vamos a hacer pan —nos dice— y lo coceremos en la fogata.

Estoy a punto de objetar que yo no como pan y de inventarme que soy intolerante al gluten (es mentira, los únicos que le tienen alergia son mis muslos) cuando Melissa me atiza un puñetazo en el brazo. Me llevo tal susto («¡los adultos no se comportan así!») y me hace tanto daño («¡Ay...!») que cierro la boca de golpe y me concentro en acariciarme el brazo.

—Déjate de caprichos y cómete la puta comida —susurra.

Me planteo replicarle, pero estoy hecha polvo. Y hambrienta. Así que decido «comerme la puta comida» (ya veo hasta la nueva etiqueta de Instagram: #cómotelapc) y aparcar mis principios sobre los carbohidratos.

Magnus nos enseña a enrollar tiras de masa alrededor de un palo para hacer «pan enrollado» o *snøbrod*, como él lo llama, al estilo tradicional.

—Aquí existe un dicho —nos comenta—. Cuando alguien necesita calmarse, decimos que necesita *spis lige brød til* o «comer un poco de pan». —Tras estas palabras, arranca un trozo de la masa cruda y comienza a masticarla para demostrar a qué se refiere—. Porque los carbohidratos ayudan en la mayoría de los casos —explica con la boca llena mientras Melissa asiente con vehemencia para mostrar su acuerdo.

«¡Lo sabía! —pienso—. Carbohidratos = pereza. Tendré que hacer una desintoxicación doble cuando vuelva a la civilización.» Pero, por ahora, me apunto.

Sentados sobre unos troncos colocados en círculo alrededor del fuego, giramos nuestro palito despacio hasta que la masa adquiere un perfecto tono dorado (Margot) o se convierte en un pegote solidificado, ennegrecido por fuera y denso y es posible que crudo por dentro (las demás). Aunque no importa. Porque estamos famélicas y lo hemos cocinado nosotras mismas, así que es —casi— lo más delicioso que he probado en mi vida. Los bocados calientes de esta exquisitez pastosa hacen que el vapor escape de nuestra boca hacia el aire frío de la tarde y, mientras estamos acurrucados alrededor del fuego, con la noche negra y húmeda cada vez más cerca, me da por pensar que a fin de cuentas puede que esto no esté tan mal. Después, Magnus procede a explicar lo que nos espera en el resto de nuestra formación y qué significa con exactitud *berserking*. Y cambio de opinión.

—*Berserking* viene de *berserkers*, el nombre de los feroces guerreros vikingos que se vestían

con pieles de lobo y aullaban como animales salvajes en la batalla. Por eso en inglés lo habéis traducido como «desquiciarse» —explica como quien no quiere la cosa, como si estuviera contándonos cómo le gustan los arenques (en escabeche, supongo).

—Ya. —Melissa intenta encontrarle algún sentido—. Y entonces... esto... ¿qué vamos a hacer?

Todas contenemos la respiración durante la pausa en apariencia interminable que Magnus necesita para elaborar su respuesta.

—Bueno... —empieza despacio, arrastrando las sílabas de una manera que no nos inspira confianza.

—Bueno ¿qué?

Magnus explica que no le gusta entrar en demasiados detalles sobre el *berserking* por si a la gente le resulta intimidante.

En este momento, el coro del Valhalla de la ansiedad estalla en mi cabeza y Melissa tiene el detalle de informarme de que «¡Alice ya se siente intimidada después de lo que nos ha dicho Inge!».

«Gracias, Melissa...»

A Magnus parece molestarle que le hayan arrebatado su minuto de gloria, así que accede a arrojarnos unas migajas más de información. Nos dice que su versión del *berserking* implica «correr durante horas», «fundirse en uno con la ira», «desnudez», «nadar en aguas abiertas» y «danza libre». Cada una de estas actividades, por separado, bastaría para infundir miedo en el corazón de una inglesa formal; juntas tienen el efecto de algo parecido a la parálisis.

Una vez que Magnus pone rumbo a su casa y, es de suponer, a las recriminaciones de su esposa e hijo después del Vómito-Gate y de no haber reconocido siquiera su existencia, nos quedamos solas con nuestros pensamientos. Y esta compañía, según mi experiencia, nunca es buena. Las rumias se centran sobre todo en los detalles concretos de lo que nos espera el séptimo día de entrenamiento.

—A mí me contaron que el *berserking* era un ritual chamánico —nos comenta Tricia, que asegura que conoció a un tipo que lo había probado una vez en una yurta de Arizona—. Tomas drogas, alucinaciones y esas cosas —dice con cierta vaguedad al llegar a la parte de «y esas cosas».

—¿No es como un triatlón extremo? —pregunta Margot—. Creía que era participar desnuda en una Iron Man/Woman con una discoteca al final.

No tengo claro qué suena peor: si esto o las alucinaciones.

—¿No tiene algo que ver con osos? —interviene Melissa, y yo me pongo blanca como el papel—. ¿No hay que luchar contra un oso? O contra un animal salvaje, como mínimo. Quizá contra uno de esos perros mapache sarnosos.

Ahora estoy aterrorizada.

«¿Un oso? ¿Un puto oso? O, en el mejor de los casos, ¿un perro mapache infestado de tiña que bien podría intentar defecarme en la cara para acabar conmigo? Ya me he enfrentado a una oveja. ¿No basta con eso? Estoy segura de que la lucha con animales está prohibida... incluso en Escandinavia. ¿No hay leyes sanitarias sobre este tipo de cosas?» Entonces recuerdo el consejo de Magnus: «Los vikingos no se preocupan por la sanidad y la seguridad».

Cuando poco después volvemos a nuestro «refugio» y nos preparamos para recibir el frío de una segunda noche de campamento, me doy cuenta de que mi mente está desbocada.

«¿Esto no se está volviendo un poco *El Señor de las Moscas*? —me pregunto angustiada—. Y si es así, ¿qué personaje soy yo? —Es posible que sea algo que merezca la pena plantearse,

pienso—. ¿Soy Ralph? Yo sería Ralph, ¿verdad? —Apuesto a que un Ralph moderno llevaría siempre cuatro bolsas reutilizables en el coche—. Pero ¿qué pasa si en el fondo soy Piggy? ¿O uno de los cerdos de verdad? ¿Y si el barco nunca llega? ¿Y si no vuelvo a ver a los niños? ¿Y si termino saliendo en el News 24 y es así como se entera Greg de que me he muerto?»

Permanezco tumbada, muy quieta, angustiándome ante estas preguntas e intentando entrar en calor, pero me doy cuenta de que no puedo parar de temblar, de que mis músculos son incapaces de relajarse. Noto una creciente presión detrás de los ojos.

«¿A alguien más le apetece llorar? ¿A nadie?», me entran ganas de preguntar. Pero jamás lo haría. No podría.

Y luego, desde no sé muy bien dónde, una mano se extiende en la penumbra y le da un apretón reconfortante a la mía.

—Todo saldrá bien —susurra Melissa.

Trago con fuerza mientras una lágrima me rueda por la mejilla hasta detenerse en la oreja.

—Gracias —consigo responder.

Mi hermana me da un último estrujón a lo Melissa en la mano, luego me suelta, y yo me quedo dormida y sueño con cerdos que llevan pan en cañas de pescar talladas a mano y me persiguen por un bosque que no conozco.

Las gallinas cacarean y se dispersan cuando nos acercamos, y con el rabillo del ojo veo lo que bien podría ser un ratón. Magnus abre de golpe la puerta de doble hoja de un cobertizo desvencijado y anuncia con una floritura:

—¡Bienvenidas al taller!

Hace otra mañana gris franela en el campamento y hemos caminado costa arriba durante lo que parece una Edad de Hierro hasta llegar a un círculo de cabañas donde iniciaremos la próxima etapa de nuestra educación vikinga. Los cobertizos, que son rústicos, están deteriorados por el clima y escupen un humo negro y cancerígeno, podrían definirse como básicos, en el mejor de los casos, así que no es que el día que tenemos por delante me haga rebosar de esperanza, que digamos.

—¿Es este el aspecto que habrían tenido en la época de los vikingos? —pregunta Margot incansablemente animada, como de costumbre.

—Claro. —Magnus se encoge de hombros—. Solo que con más moscas. Antes tirábamos huesos viejos y basura fuera, como hacían los vikingos, pero los de control ambiental se enteraron y tuvimos que dejar de hacerlo.

Parece alicaído al recordarlo, aunque, al menos en mi opinión, la escena sigue resultando alarmantemente rústica. «Casi espero toparme con alguien tocando el laúd.»

Me hace gracia notar que hoy la barba de nuestro líder está recogida en dos trenzas, como si llevara a Pippi Calzaslargas pegada a la barbilla.

«¿Podría ser Magnus el “colmo” de la imbecilidad? —reflexiono mientras estudio a la criatura barbuda con pantalones afganos que tengo delante—. Creo que, tal vez, sí.»

Enciende una lámpara que hace poco para mitigar la oscuridad y, a duras penas, distingo un marco de madera de aspecto primitivo con varios cordeles y pedales adheridos. También hay una estufa de piedra ennegrecida, unas cuantas cestas de tela y lo que yo denominaría «trastos», aunque seguro que Melissa los describiría como «cosillas útiles». Todo en el mismo espectro de color indefinido que hemos aprendido a esperar de este lugar.

—¡Servíos vosotras mismas! —Magnus abre los brazos de par en par.

Todas permanecemos inmóviles, excepto Margot, que se acerca al «telar», como me dicen que se llama. Tras examinarlo, se sienta en un pequeño taburete de madera y mueve el cuello y los hombros tal como lo haría una concertista de piano a punto de ofrecer un recital. Luego posa las manos sobre el mecanismo y comienza a dar a los pedales con furia. Con la mano derecha, introduce hábilmente un carrete de hilo entre una telaraña de cordeles y a continuación, tras mover el artificio con estrépito arriba y abajo, lo lanza hacia el otro lado con un tintineo de piedras perforadas.

—¿Qué...? —empieza Melissa, pero Tricia termina la frase por ella:

—¿... está haciendo?

—¡Aaah, ya veo que Lobo Nocturno es una tejedora nata! —Magnus parece satisfecho—. Me preguntaba si alguna de vosotras sabría distinguir la urdimbre de la trama.

«¡Me cago en la puta! Pero ¿quién tiene unos brazos perfectos, las habilidades de recolección de nueces de una ardilla de Disney y, ADEMÁS, sabe manejar un puñetero telar? ¿Cómo es posible? ¿Los veinteañeros no estaban demasiado ocupados haciéndose selfis? ¿O aprendiendo a programar? ¿De dónde ha sacado tiempo para llegar a dominar el arte de TEJER? ¿Es que esta chica no hace nada MAL?» Ahora ya estoy decidida a encontrarle algún defecto.

Margot levanta la mirada, pero no reduce el ritmo sobre el pedal.

—Ah, ¿esto? Lo aprendí para los premios Duque de Edimburgo. Para el oro —agrega tan tranquila—. El cuidado de alpacas para la plata, e iba a hacer apreciación artística del ballet o aerodinámica para el oro, pero luego cambié a tejer e hilar.

«¿También hila? ¿Quién hila?»

—¿Has dicho «duque de Edimburgo»? ¿El esposo de la reina? —Ha conseguido despertar el interés monárquico de Melissa—. ¿Lo conoces, lo conoces de verdad?

—No —contesto—. No lo conoce. Los premios Duque de Edimburgo no son más que algo que organizan en los colegios pijos... —Pero entonces me doy cuenta de que Margot parece cohibida—. Es así, ¿no?

—Bueno... —titubea ella.

«¿Me estás tomando el pelo?»

—Es que a veces mi padre pinta paisajes con Phil.

Margot se encoge de hombros a la vez que sacude su brillante melena color caramelo, como diciendo: «Tampoco es para tanto...».

«Ya es demasiado.»

—Uau... —es lo único que alcanza a decir Melissa, admirada.

—Vaya, ¡qué bien relacionada estás! —A Tricia se la ve igual de impresionada—. Yo estuve en el banco de suplentes de *It's a Royal Knockout*, donde participaba la familia real, pero habría necesitado que Toyah Wilcox o Barry McGuigan se fracturaran algo para poder entrar a echar un vistazo. No tuve esa suerte. No conseguí ni un apretón de manos enguantado de algún miembro de la realeza —añade con un tono triste—. Aunque Duncan Goodhew me guardó un volován del salón verde.

—¿Duncan Good-qué? —pregunta Margot con el ceño fruncido.

—Ese es el problema. —Tricia suspira—. Era famoso en los ochenta. Antes de que tú nacieras. Qué deprimente... Y con qué rapidez se desvanecen nuestras estrellas... —Se queda callada y comienza a darse golpecitos en la parte inferior de la barbilla para intentar retroceder en el tiempo—. Aunque, bueno, muchos famosos de la época resultaron ser pedófilos... Así que, ya sabes, lo que ganas por un lado lo pierdes por el otro.

Trato de desviar la conversación de esa imagen perturbadora y del círculo social de Margot.

—Bien, ¿qué otra clase de artesanía podemos hacer? —pregunto.

—Bueno, podéis coser —contesta Magnus.

Melissa pone la misma cara que si le hubieran ofrecido un cubo de vómito frío, pero Magnus insiste.

—En la época de los vikingos, una mujer que quería demostrar interés romántico en un hombre le hacía una camisa.

—Esto no es para mí, cielo —dice Tricia—. No presenté un programa televisivo de cambio de imagen de las manifestantes de Greenham Common[12] para coserle una camisa a un hombre.

«¡Ja! —pienso—. ¡Bien dicho!» Entonces recuerdo los cuatro botones que le cosí a Greg el mes pasado. «Oh...»

—Siempre podéis recurrir a la marroquinería —continúa Magnus—. Podríais hacer monederos... ¡o un cinturón para que no se me caigan los pantalones!

Se señala los pantalones afganos, en estos momentos tan bajos que se le ven los «huesos pélvicos a lo Brad Pitt circa *Thelma y Louise*». Sorprendo a Tricia relamiéndose.

«La madre que me parió... ¿qué ha pasado con lo de Greenham Common?»

—O podéis hacer joyas. Los vikingos se ponían muchas cosas de bronce, y los broches gozaban de gran popularidad —explica—. Fabricáis un molde de cera, lo cubrís con arcilla, lo horneáis, esperáis a que la cera se derrita, llenáis el molde de bronce, luego lo metéis en el calcetín y lo agitáis alrededor de la cabeza mientras aún está fundido.

—¿En serio? —pregunta Melissa dubitativa.

—Nunca bromeo si se trata de metales fundidos —dice Magnus, y estoy convencida de que sus palabras son un buen lema de vida.

No hemos utilizado los calcetines para mucho más que para dormir, desde que Magnus nos quitó los zapatos, así que hacernos con unos cuantos requiere un viaje de regreso al campamento base. Margot se ofrece voluntaria y parte al trote hacia allí.

—¡Me pido que no me toquen los de Melissa! —grito mientras se aleja, al recordar el fiasco del «calcetín de la suerte» con una claridad que hace que se me revuelva el estómago.

—¡Qué maleducada! —observa Melissa, y luego grita—: ¡No le hagas caso!

Pero Margot ya no la oye. Así que nos ponemos manos a la obra.

Me sorprende que sea un trabajo tan físico, por lo que, a los pocos minutos de aporrear la cera para hacer el molde, empiezo a quitarme capas de ropa, algo sin precedentes en este viaje debido a mi circulación y al clima escandinavo.

—Madre mía, ¿cuántas cosas llevas puestas? —pregunta Tricia.

—¿Yo? Bueno, soy friolera...

—Es porque no come lo suficiente —interrumpe Melissa.

—Gracias —respondo.

—Es verdad. Pareces una extra de *Los Miserables*.

—Bueno... tampoco es que haya un asador a la vuelta de la esquina.

No sé a qué ha venido esto. No he vuelto a pisar uno de esos asadores desde 1998. Cuando murió mi madre. Melissa lo sabe.

—¡Menos hablar! ¡Más trabajar! —interviene Magnus, así que nos callamos.

Aplico arcilla sobre mi... eh... escarabajo de cera...

«¿Es un escarabajo?»

«Es un escarabajo», decido. Luego la compacto bien, hasta que el molde queda cubierto del todo, lo meto en el horno y me quemo, pues ni siquiera reparo en las útiles pinzas que cuelgan a un lado del fuego para dicho propósito. Magnus me dice que sumerja la muñeca en un cubo de agua que no pinta muy higiénica y que tiene siempre a mano para emergencias de este tipo, mientras yo suelto un montón de tacos.

Para cuando Margot regresa, con sus calcetines de hockey de alta calidad en la mano, Melissa ha fabricado un molde con forma de perro tan elaborado que impresiona, Tricia parece haber

hecho lo que al principio interpreto como una flor, hasta que me dice que es un «autorretrato» de sus genitales, y mi molde de escarabajo es... bueno... más bien una forma ovalada genérica.

—¿Lista? —pregunta Magnus, calcetines en mano.

—Lista. —Melissa, que se ha pedido ser la primera en blandir la honda de calcetines, asiente.

—¿No crees que quizá deberíamos hacerlo fuera? —pregunta Tricia.

—Pues... podría ser buena idea —conviene Magnus, que lanza una mirada fugaz al techo, donde varios pegotes de bronce se aferran a la parte inferior de las vigas, lo que sugiere que los anteriores representantes vikingos no tuvieron la previsión de Tricia. Ni los resistentes calcetines de Margot.

Salimos y Melissa empieza a girar hasta alcanzar una velocidad significativa.

—Fantástico, Piernas Fuertes, ¡buen trabajo! —aplaude Magnus—. Creo que lo más probable es que ya lo hayas conseguido —añade.

Pero Melissa no frena ni un poquito.

—¡Yujuuuuuu! ¡Soy como Clint Eastwood! ¡Soy Sam Bigotes! ¡Soy Billy Crystal en *Cowboys de ciudad!* Soy... decidme alguna chica —vocifera cuando un calcetín lleno de metal fundido pasa peligrosamente cerca de mi cabeza.

—Dios... —me agacho, justo a tiempo.

—Eh... ¿Juana Calamidad? —sugiere Tricia.

—¿O Jessie, la de *Toy Story 2*? —propone Margot con cara de tener un poco de miedo a mi hermana.

—¡Sí! ¡Soy ellas! ¡Juana y la otra!^[13] ¡Yija!

Melissa continúa dando vueltas.

—Vale, mejor retrocedamos todos un poquito. —Magnus comienza a guiarnos hacia atrás como si fuéramos espectadoras de un espectáculo de fuegos artificiales cuando mi hermana, la derviche vertiginosa, empieza a correr moviendo el calcetín como un lazo al mismo tiempo—. Ya he visto esto antes —confiesa—. Se les sube a la cabeza lo de la honda. Eso y los vapores del metal fundido. Solo hay que esperar a que se canse de girar.

Desde una distancia segura, los cuatro vemos a Melissa ejecutar una especie de movimiento giratorio, como de hula-hula, y dar una última vuelta al calcetín antes de tambalearse hacia atrás, mareada y ebria de endorfinas.

Hurga en los dedos del calcetín de Margot, igual que una niña que busca un caramelo en su calcetín de Navidad, hasta que su mano emerge, triunfante, sosteniendo una bola de arcilla que todos esperamos que contenga una especie de perro. La levanta por encima de la cabeza, la arroja contra el suelo para romper el molde y luego se hace con la creación de bronce aún caliente y se la lleva al pecho.

—¡Mirad!

Nos la muestra y todos intentamos emitir ruidos elogiosos.

—Mmm...

—¿El perro que tienes en casa solo tiene tres patas? —pregunta Margot con inocencia.

Melissa da vueltas a la figurita entre las manos y cuenta. Lo sé porque todavía mueve los labios cuando cuenta (y cuando lee). Se produce un instante de vacilación antes de que mi hermana, que por lo general es muy sincera, esta vez, por alguna razón, decida ahorrarse el bochorno.

—Sí —dice—. Tiene tres. Es justo lo que buscaba.

—Genial. —Tricia da una palmada—. ¡Me toca!

Lamento informar de que su «autorretrato» sufre complicaciones en la honda, pero Tricia nos asegura que con unos retoques quedará «tan prieto como si fuera nuevo». Mi escarabajo es más o menos igual de abstracto, con un aire que recuerda a esas cacas de broma, como me informa Melissa. Aun así, es mío. Y he creado algo empezando de cero.

Luego nos dan palos. En el sentido literal. Magnus nos muestra ejemplos de figuras o esculturas talladas inspiradas en diseños vikingos: son todo cuerdas entrelazadas, círculos ornamentados y patrones claramente fálicos.

—Solo tenéis que dibujarlas con un rotulador y luego ir dándoles golpecitos con un cincel —explica.

—¿A los vikingos se les daban bien los rotuladores? —pregunta Melissa, no muy convencida.

—Se les habrían dado muy bien. Si hubieran tenido acceso a ellos —responde Magnus con firmeza—. Además, huelen de maravilla. —Inspira larga y profundamente—. Seguro que los habrían usado en algún ritual chamánico o algo así...

—¡Lo sabía! —murmura Tricia en tono triunfal.

Yo, por el contrario, empiezo a preocuparme. «¿Va en serio lo de que el *berserking* implica desnudez, danza libre, bosques y rotuladores permanentes? Mierda...»

—¿Quieres probar? —pregunta Tricia, y me pasa el permanente por debajo de la nariz. Me aparto por instinto—. ¿Qué? —Se fija en mi expresión—. Hace días que no me tomo una copa. Me conformaré con un chute de permanente.

—Ah, pues venga. —Las palabras se me escapan de la boca.

Una vez que estamos todos bien puestos de vapores de rotulador, Margot comienza a labrar un bloque de madera de pino como si fuera un Rodin trastornado mientras las demás trabajamos en silencio... o, mejor dicho, en lo que se entendería como silencio si no fuera por el coro de ranas de los borboteos estomacales que empieza a sonar a la de ya. Esta mañana hemos desayunado como reinas, gachas de avena y huevos, pero hay algo en este aire frío y en la actividad física que, sumado al esfuerzo de aprender algo nuevo, conlleva que todas hayamos desarrollado estos días un apetito tan saludable que es digno de alarma. (¡Incluida yo!) Desde aquí oigo las protestas de los órganos internos de Melissa, que acaba cediendo.

—Creo que ya hemos pillado lo básico. —Suelta las herramientas—. ¿Qué hay de la comida?

—Bueno, ahí está el bosque —indica Magnus, y el alma (y el estómago) se nos cae a los pies.

—O también podrías... —Tricia prueba un nuevo enfoque—. Es decir, me da la impresión de que tienes un verdadero don para pescar arenques. —«Una frase que apuesto a que nunca pensó que pronunciaría»—. Me preguntaba si podrías pescar unos cuantos más... y enseñarnos cómo te quedaron tan sabrosos ayer...

Magnus, queda claro, es un hombre al que no cuesta ganarse con elogios. Después de unas protestas tibias («¡Bah, si solo fueron unos cuantos peces...!»; «Bueno, es que no es así como se supone que funciona esto... pero si vosotras, señori-taaaaaas, estáis seguras...»), se convence y se pone en marcha, silbando.

Tricia le dice adiós, victoriosa, y luego se vuelve para dirigirse a nosotras con su talla de creación propia, que se parece mucho a un consolador vikingo, en la mano.

—¡Llegamos, vimos, tallamos! —grita, así que me pregunto si no se habrá metido un chute extra de rotulador permanente—. «Sisters are whittling for themselves...» —empieza a cantar Tricia al

ritmo del dueto de Annie Lennox y Aretha Franklin. No puedo contener una sonrisa. «Está claro que se ha metido otro chute de permanente»—. «Standing on our own two feet... whittling wo-od» —continúa.

—¡Es malísima! —murmuro entre risas.

—No se te ocurra decirle eso a Lennox. —Tricia se interrumpe—. O te cantará. Muy alto. Fuimos amigas en los noventa, durante unos ocho minutos. Luego hice algo que la ofendió, no me acuerdo de qué, y ya no volvimos a vernos. Sea como sea, una vez tuve acúfenos durante una semana después de pasar la noche en su casa.

—¡Has trabajado con todas! —dice Melissa sin ironía.

Seguimos tallando para olvidarnos de las punzadas de hambre y me sorprende volcada en la experiencia, disfrutando de las volutas y las astillas con olor a humo de mi talla. Es una experiencia interesante para alguien que se ha mantenido alejada de cualquier actividad creativa a lo largo de toda su vida escolar y adulta por miedo a que se le diera mal.

Y se me da mal. Pero descubro que, en realidad, no importa. Siento satisfacción al utilizar las manos de una manera que no está en absoluto relacionada con los dientes y al crear algo solo porque sí, sin ningún propósito concreto. Mientras estoy centrada en la tarea, no me dejo llevar por mi rotación habitual de preocupaciones; es como si la experiencia presionara el botón de pausa del familiar zumbido de mi cerebro.

Hasta ahora, nunca había entendido el sentido de tener aficiones. Incluso en el colegio, cuando Melissa convencía a nuestros padres para que nos apuntaran a actividades extraescolares o a macramé, siempre tenía la sensación de que estaría mejor haciendo otras cosas. Como los deberes, u horas extras, o gestionar las cuentas del banco por internet. En casa apenas tengo cinco minutos para ir al baño. Y menos para sentarme a gusto en la taza. Una vez me pasé una semana entera sin ningún tipo de «movimiento». Estaba demasiado ocupada para cagar, literalmente. En estos momentos mis «aficiones» parecen limitarse a ordenar la sala de estar y lavar la ropa.

Desde que tengo memoria, la rueda de hámster de la vida ha absorbido todo mi tiempo y energía. No tengo ningún bloque libre en la agenda ni colores de sobra en el sistema de codificación para señalar actividades no esenciales. No hago nada por puro gusto. Porque rendirme a una afición sería hacer justo eso: rendirme. Así que, cuando la gente me pregunta cuáles son mis hobbies, tiendo a quedarme mirándolos con cara de póquer.

«¿Alguna afición? ¿O eres más bien de las que dedican el tiempo libre a “me paso por casa de mi amiga un día de diario para disfrutar de una sesión de critiqueo y un buen plato de carbonara”?» me preguntó una mujer demasiado habladora en la clínica la semana pasada, mientras tratábamos de administrarle la anestesia.

«¡No tengo tiempo libre!», quise replicarle. En lugar de eso, le clavé la aguja para que cerrara el pico, y rapidito. Pero entonces empecé a darme cuenta de que tampoco tengo muchos amigos, como Melissa tuvo el detalle de señalarme cuando me propuso la idea de que me tomara un minidescanso. No recuerdo la última vez que pasé un rato con un grupo de mujeres, como ahora.

Los amigos no siempre te esperan cuando estás ocupada trabajando demasiado o sumida en el atolladero de las primeras etapas de la crianza de los hijos. Estoy en una fase distinta de los que tuvieron hijos antes que yo, y también de los que los tuvieron después... o no los han tenido en ningún momento. Los amigos de toda la vida se marcharon cuando los precios de las casas, los trabajos, las familias o la rutina de la vida en la ciudad los empujaron o arrastraron hacia otros

lugares. Mi círculo social se ha reducido en los últimos años. Si fuera más valiente, y lista, lo habría visto venir y habría empezado a buscar nuevos amigos. Pero eso habría requerido socializar de verdad: clubes de lectura, salidas nocturnas, cenas, incluso aficiones. Socializar suponía un exceso de demanda para mí ya limitado repertorio de conversación. «Y es oficial que las interacciones humanas se me dan fatal», pienso con tristeza al recordar el instante en el que me escondí de personas de carne y hueso detrás de una cortina negra, en la parte trasera del escenario del congreso de odontología, para evitar encuentros incómodos.

«Pero, de ser así —pienso—, entonces ¿qué es esta sensación extraña, cálida y agradable que estoy experimentando ahora mismo? Casi como si estuviera... contenta... en compañía de estas mujeres, haciendo algo, ¿solo por “diversión”?»

—¿A que es relajante? —dice Margot, que continúa labrando su tronco de madera sin mirar lo que está haciendo.

«¿Y ahora resulta que también es capaz de tallar a ciegas?»

—Es la dopamina —explica—. Un antidepresivo natural que se libera cuando haces algo creativo y te concentras de verdad. Por eso me encanta la ebanistería.

Levanta su creación terminada: un fénix tan intrincado que resulta abrumador y que surge de entre unas volutas de serrín que parecen llamas.

—¡Me cago en la leche! —Las palabras se me escapan de los labios antes de que pueda detenerlas—. ¿Hay algo que no se te dé bien?

Margot se piensa la respuesta durante más tiempo de lo estrictamente cortés. Hace un mohín, como si estuviera formando una palabra, pero al final cambia de opinión y se decide por:

—El bádmiton.

Magnus no regresa solo con arenques, también trae caballa y, además, se ofrece a cocinarla. Lo único que tenemos que hacer es recoger hojas y bayas para la guarnición.

Como ya somos veteranas en la búsqueda de alimento, no tardamos en dar con nuestra contribución al plato. Me ofrezco voluntaria para encargarme de las bayas, y juntas reunimos todos los alimentos que el bosque tiene a bien otorgarnos antes de volver a la base para ponernos moradas. Sigue haciendo frío. Sigue habiendo humedad. Pero bajo un cielo del color de un calcetín abandonado, nos sentamos alrededor de una fogata e ingerimos alimentos que hace unos momentos pertenecían a la naturaleza. Y resulta... agradable.

Una vez que estamos tan atiborradas que no hay palabras para describirlo, holgazaneamos junto al fuego comparando creaciones hechas a mano y barrigas satisfechas.

—Bueno, ha sido un buen día, ¿no, señoritas?

Margot asiente con la cabeza.

—¡El más divertido de mi vida!

«No sé si yo diría tanto —pienso, pero lo cierto es que me cuesta recordar otro momento en el que me haya sentido tan libre como ahora—. Qué peligro, estoy rayando en el entusiasmo», observo.

Cuando anochece, Magnus regresa a su casa, dondequiera que esté, y nos deja para que capeemos otra noche al raso. Pero esta vez no tengo miedo. Al contrario, las cuatro nos tumbamos de espaldas, con los pies pegados al calor del fuego, y contemplamos el cielo estrellado.

—¿No os parece asombroso pensar que hay otros mundos ahí fuera? —Margot sigue mostrándose prodigiosamente alegre—. ¡O que la gente haya subido al espacio!

—Bah. El espacio. —Melissa hace una mueca y yo inspiro una gran bocanada de aire.

«Allá vamos...»

—¿Perdona?

—Bueno, es que yo no acabo de creer en eso —se limita a contestar mi hermana.

—¿En el espacio? —Margot se incorpora sobre los codos y la mira con incredulidad.

—Melissa cree que la llegada a la luna fue una farsa —intervengo con la mayor discreción posible.

El hecho de que mi hermana no crea en el espacio, gracias a unos niveles de asistencia escolar no del todo estelares, no es algo sobre lo que quiera extenderme.

«Es lo último que necesito —pienso—, que me pongan en ridículo delante de Margot...»

—¿En serio? ¡Cuéntame más! —Tricia no tiene los mismos reparos que yo a la hora de ahondar un poco más en este particular tesoro escondido, y se tumba de lado para mirar a Melissa a la cara.

—Sí, bueno, es que no me trago todo eso de los trajes raros y de que no podamos irnos todos a vivir a Marte si tan fácil fue llegar hace como unos ¡cincuenta años! —se burla mi hermana.

—Ya... Bueno... Supongo que todos tenemos nuestras cosas... —dice Tricia en tono enigmático.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, yo soy todo lo contrario. Creo que el espacio está demasiado cerca.

Arqueo una ceja al oírla, a lo que ella responde:

—¿Has visto *Armageddon*? Me preocupa que Bruce Willis peine ya demasiadas canas para salvarnos de un ataque de asteroides. Además, Affleck está ocupado con otros asuntos. —Hace un gesto con la mano para restar importancia a las preocupaciones del señor Affleck y concluye—: No creo que tengan tiempo de solucionarlo la próxima vez, así que siempre guardo unas latas de conserva extras en...

A estas alturas Margot ya tiene las cejas casi en el nacimiento del pelo.

«En su colegio no le enseñaron que existe este tipo de gente... Y ahora, gracias a mi proximidad genética con la negadora de la llegada a la luna, Margot va a meterme en el saco de “este tipo de gente”. Muchas gracias, Melissa...»

—¿O sea que almacenas comida? —intenta aclarar Margot—. ¿Por si un asteroide impacta contra la Tierra?

—Nada de «por si impacta» —es la réplica de Tricia—. ¡Para cuando impacte!

—Creo que no pasará nada... al menos esta noche... —digo para intentar devolver esta conversación a la tierra con la mayor delicadeza posible.

—Eso es lo que «ellos» quieren que pienses —insiste Tricia.

—Ah, ¿sí?

Tricia se da unos golpecitos en la nariz como para decir «yo no te he dicho nada, ¿eh?».

Melissa asiente para apoyar a la otra teórica de la conspiración, y yo me dejo caer de nuevo sobre la espalda, desesperada.

Margot, que presiente que lo más seguro es que esta noche cualquier intento de conversión científica resulte infructuoso, también vuelve a tumbarse despacio y, a partir de este momento, observamos las constelaciones en silencio.

—En casa no se ven —murmura Tricia al final, a lo que Melissa responde que sí, si vives a su manera, en el «campo de verdad».

—Entonces ¿Streatham no cuenta? —pregunto.

—No —contesta con firmeza—. Lo siento.

Hasta ahora, nunca había tenido mucho interés en el mundo natural. Pero el placer de contemplar una extensión de cielo estrellado tan desmesurada que no tiene fin me hace pensar que tal vez Melissa vaya por el buen camino con su proselitismo del campo.

—¿Cómo brilla esa! —Señala de forma imprecisa con la cabeza.

—Te estás poniendo un pelín técnica —digo para tomarle el pelo, y me saca la lengua.

Bostezo al notar un cansancio agradable y parpadeo varias veces, y luego un par más, convencida de que he visto una estrella fugaz.

Me froto los ojos para comprobar si puedo fiarme de ellos.

—¿Tú también la has visto? —pregunta Melissa.

—Eso... ¡Eso creo!

—¡Pedid un deseo! ¡Rápido! Todas.

Y lo hacemos.

¡Turututú-turutú-turututú!

Comienza el estruendo de un cuerno: una llamada emocionante, arengadora, que se mezcla con la secuencia de un sueño alarmantemente realista sobre el tratamiento de un tercer molar impactado en el que estoy inmersa.

¡Turututú-turutú-turututú!

El llamamiento continúa durante lo que parece una eternidad, hasta que me despierto por completo y aguzo la vista para intentar averiguar dónde estoy.

¡Turututú-turutú-turututú!

Empiezo a preguntarme cuándo parará.

¡Turututú-turutú-TURUTUTÚ!

«¿Es que no va a parar NUNCA?»

El cuerno suena cada vez más y más fuerte. Hasta que una figura imponente, aferrada a un apéndice de lo que debió de ser un toro bastante aterrador, se cierne sobre nosotras.

—Una capacidad pulmonar impresionante. —Una Tricia arrebujaada emerge de una masa de mantas frente a mí y se frota los ojos.

No veo ni a Margot ni a Melissa por ninguna parte, pero a mi hermana, al menos, la oigo.

—¡Despertad! ¡Hace un día precioso! El sol brilla y los pájaros cantan —gorjea desde el exterior del refugio.

—Vale, Blancanieves, no te quites el corpiño —refunfuño.

Me incorporo sobre un codo y decido que en el mundo exterior hace demasiado frío, así que vuelvo a desplomarme y hundo las manos bajo las axilas en busca de calor. Tras escuchar a Melissa tararear sin ningún tipo de ritmo, aunque con entusiasmo, durante otros cinco minutos, llego a la conclusión de que no puedo soportarlo más. Voy a tener que levantarme. Me retuerzo hasta ponerme un sujetador debajo del jersey con el que ahora me ha dado por dormir y me las ingenio para darles la vuelta a las bragas y así poder usarlas por segunda vez. Sí, a esto hemos llegado. Y, por sorprendente que parezca, lo estoy llevando bastante bien.

«A lo mejor es que sí que soy una vikinga...»

Margot aparece con los brazos en jarras, resplandeciendo casi de forma etérea y con un halo de luz solar de primera hora de la mañana que confiere a su melena color caramelo aún más brillo de lo habitual.

—Todo se ve siempre mucho mejor después de salir a correr, ¿verdad?

Tricia y yo intercambiamos una mirada del tipo «no sabría decirte», seguida de un mutuo «dame fuerza y, si puede ser, un café expreso...» telepático.

Al ver a Magnus, Margot se yergue un poco más de lo que su excelente postura le permite en condiciones normales.

—Uy, ¡hola! ¿Cómo estás hoy?

Pero hoy Magnus la ignora. Hoy no hay tiempo para tales frivolidades sociales. Porque hoy, nos informa:

—Somos guerreros.

—¿Y el desayuno? —pregunto.

¡Yo! ¡Una mujer que ha renunciado a la primera comida del día durante más de una década!
«Has cambiado, Alice», me digo.

—¡Sí! —Tricia intenta arreglarse el pelo revuelto y tener un aspecto presentable—. ¿No hay algún tipo de ritual del despertar de los guerreros? —Intenta retrasar lo inevitable—. ¿Un calentamiento, quizá? —sugiere agarrándose a un clavo ardiendo—. O un juego de «conoce a tu guerrero interior»...? ¿Algo relacionado con cítaras, tal vez? —Por la expresión de la cara de nuestro líder, deduzco que la propuesta no va a prosperar—. ¿No...?

—Venid conmigo —responde Magnus sin más, y extiende un bíceps firme en dirección a cada una de nosotras para ayudarnos a levantarnos, como si fuéramos Marilyn Monroe y Jane Russell en *Los caballeros las prefieren rubias*.

Yo le digo que no es necesario, pero Tricia acepta y, al pasar roza «por accidente» su pecho desnudo.

—Más suave que una nutria de agua dulce —murmura mientras Magnus la levanta y la saca de la cabaña.

—Se depila con cera —le susurro—. Es imposible que un hombre con tanto pelo en la cara tenga una alfombra corporal que se detiene justo a la altura del cuello.

Tricia suelta una carcajada que parece un graznido y es entonces cuando me doy cuenta de que hoy nuestro gran líder se ha recogido dicho pelo en nada menos que tres trenzas.

«Como un trípode...»

—Tú dirás lo que quieras sobre la depilación masculina —es la respuesta de Tricia cuando recupera la compostura—, pero el mamut lanudo se extinguió por algo...

Tras otra caminata nada desdeñable entre la maleza y hasta más allá de los «cobertizos de artesanía», llegamos a una enorme... ¿Qué es exactamente? ¿Una choza con chimenea? El término «casa» resulta demasiado ambicioso. Del interior surgen un rugido de llamas y un susurro de fuelles, y arranco a toser mientras mis pulmones intentan adaptarse al aire cargado de humo azul. Una vez que dejan de llorarme los ojos a causa del escozor que provoca la neblina del carbón, atisbo paredes de piedra desnuda, vigas de madera de las que cuelgan herramientas y, en el rincón más alejado, lo que parece algo del tamaño de un humano.

—¿Hay alguien ahí? —susurro.

—Ah, sí. —Magnus parece un poco molesto—. Solo está echando una mano.

Luego dice algo en un idioma que no entiendo pero que hace que parezca que ha bebido.

«Eso o que está a punto de resolver un asesinato en una serie subtitulada, recortado contra un cielo gris.»

Magnus parece echar a la figura de los fuelles, que pasa a nuestro lado a toda velocidad. No vemos más que una cara manchada de hollín y vuelta hacia el otro lado, de modo que el único rastro que deja flotando en el aire es un olor ahumado y almizclado.

—Mmm. —Melissa lo inhala—. Me recuerda a un herrador.

No tengo ni idea de lo que significa eso, pero a mi hermana se le humedecen un poco los ojos al pensarlo. Tricia me traduce que un herrador es «un especialista en el cuidado de los cascos de los

caballos; vamos, el que pone zapatos a los caballos» («Hice la tercera temporada de “Celebrity Gymkhana” en ITV2», explica).

Magnus ya está accionando los fuelles y haciendo todo lo posible para controlarlos con la misma facilidad que su operario anterior. Nos dice:

—El herrero era una de las personas más importantes de la época vikinga. Un rey —gruñe entre golpe y golpe— le cortó las piernas a su herrero para que no pudiera marcharse de la aldea.

Como no tenemos claro cuál es la respuesta adecuada a ese comentario, no decimos nada.

—Bueno, así es como se hace el hierro. —Resopla.

—Vale. Y... eh... ¿qué cantidad necesitamos para forjar una espada? —pregunta Melissa.

Magnus se vuelve hacia ella de inmediato.

—No vais a forjar una espada.

—¿No?

—¡No! —Se echa a reír. En su cara, Magnus niega con la cabeza, como si la sugerencia de Melissa fuera «demasiado hilarante», y luego añade a modo de solución intermedia—: La mayoría de los alumnos empiezan por un clavo.

—¿Un clavo? —Mi hermana no está muy impresionada que digamos—. ¿Vamos a forjar un clavo? ¿El «día de las armas»?

—Sí. Convertirse en un experto forjador de espadas requiere años.

—De acuerdo. ¿Y cuánto tiempo llevas haciéndolo tú?

—Años —responde.

Melissa adopta su mejor cara de enfurruñada, e incluso Margot parece molesta. Tricia está ocupada esquivando las chispas de lo que parecen varias docenas de petardos, pero constato que, en el fondo, a mí también me decepciona que no vayamos a hacer realidad mi fantasía de *Xena: la princesa guerrera*.

—No pienso forjar este clavo yo solo, ¿eh? —ladra Magnus mientras se sacude la pequeña bola de fuego que le ha aterrizado en la barba.

«Si alguna vez ha habido un hombre necesitado de una máscara de soldar, es un hípster», reflexiono.

Magnus gruñe y trabaja un poco más. Está de un humor extraño esta mañana, y ni los intentos de Tricia por adularlo ni los cortos pantalones cortos de Margot consiguen ganárselo. Al parecer, tal como nos había advertido, hacer un clavo lleva «un rato de la leche», como dice Tricia, así que cuando vamos por la mitad, la rubia anuncia que necesita tomarse un descanso. Ya que vamos a parar de todos modos, acordamos almorzar temprano por unanimidad. En cuanto lo oye, Magnus se disculpa y desaparece en el bosque con unos andares extraños.

Terminamos de comer —arenque a la sal que sobró de ayer y pan que no sabe demasiado rancio una vez tostado— y luego nos quedamos ahí mismo, preparadas para las «emociones» que nos esperan. Es entonces cuando Tricia cae en la cuenta de que nuestro líder se ha ido hace mucho rato.

Como Melissa es la única que lleva reloj, nos dice que deberíamos darle cinco minutos más («No se puede meter prisa a la caca», nos dice versionando el famoso estribillo de cierta canción de Diana Ross).

Ajeno a cualquier presión externa que se esté ejerciendo sobre sus intestinos, Magnus no

regresa hasta pasados los cinco minutos. Pero más o menos en torno a la marca de los seis, Melissa nos informa de que oye un lloriqueo extraño.

«Por favor, que no sea un animal salvaje —ruego en silencio—. Que Magnus no haya pensado que somos unas devoradoras de arenques tan voraces que le haya dado por ir y matar una ardilla... o por sacrificar a la oveja cagona... que no haya sido atacado por un perro mapache... o por un lobo...»

—Oooh. —El gemido cobra intensidad, tanta que ya es como el timbre de una sirena.

—¿Magnus? —Margot parece preocupada—. ¿Deberíamos ir a buscarlo?

—El hombre está respondiendo a la llamada de la naturaleza —dice Tricia—. Creo que podemos concederle un poco de privacidad...

—¡Argggggg! —Otro arrebato audible.

—Por otro lado...

Estamos debatiendo en susurros qué hacer a continuación cuando Magnus aparece ante nosotras tambaleándose, con los pantalones afganos a media asta y mostrando todo lo que este vikingo tiene que ofrecer. Se balancea y luego se inclina despacio hacia un lado. Lo observamos en actitud pasiva, aún convencidas de que va a enderezarse, hasta que sobrepasa el ángulo de recuperación, momento en el que todas nos ponemos en pie de un salto.

—¡Se está desmayando! ¡Se va a desmayar! —Tricia hace de comentarista mientras Melissa lleva a cabo un admirable intento de echar a correr para salvarlo, aunque enseguida se ve superada por una Margot al esprint.

Esta lo atrapa a media caída, justo antes de que se golpee la cabeza con una piedra bastante angular... y de que pierda el control del esfínter.

—Ay, Dios... —Margot se esfuerza por sujetarlo y evitar acabar cubierta de excrementos—. ¡Caramba!

—Yo diría «cagada», más bien.

Tricia suelta la palabra sin tapujos en nombre de Margot mientras asimilamos la lamentable imagen de nuestro otrora gran líder.

Un sarpullido de un rojo furioso se le ha extendido de una mejilla a la otra, hasta tal punto que parece un adolescente aquejado de acné, y está sudando a mares. Entonces vomita. Grandes charcos de un líquido viscoso, en su mayoría de color malva, con alguna que otra voluta de las hojas que hemos recolectado.

Muerta de asco, pero temiéndome que esto es algo que una mujer con cuatro bolsas reutilizables en el coche debería ser capaz de manejar, pronuncio la frase que llevo ensayando desde que tenía diecisiete años:

—Dejadme pasar, soy médico.

Momento en el cual Melissa pronuncia la frase que lleva ensayando desde que tenía quince:

—No eres médico de verdad, eres dentista...

—¡Los profesionales de la odontología se forman con regularidad en el manejo de emergencias médicas a un nivel equivalente a sus responsabilidades clínicas! —replico con impaciencia.

—Y en el lenguaje de una persona normal, ¿eso qué significa exactamente?

—¡Que aprendemos primeros auxilios! —le espeto—. ¿Por qué? ¿Qué vas a hacer tú? ¿Susurrarle como a un caballo hasta que se le pase?

Se ve obligada a cerrar el pico.

La verdad es que, aparte de tocarle la frente para ver si tiene fiebre, determinar que está sufriendo calambres estomacales y confirmar que está demasiado débil para ponerse de pie, no hago mucho. Por suerte, no hay sangre en sus «emisiones»... por ninguno de los dos lados. Pero ha empezado a temblar y caben pocas dudas respecto a lo que ha provocado esta situación, a juzgar por el vómito de color baya. Todas las miradas se centran en mí. Bueno, las que no están clavadas en la coronilla de nuestro ilustre líder.

«Mierda...»

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunta Tricia.

Trato de pensar, rápido.

«¿Qué haría una mujer con cuatro bolsas reutilizables en el coche en esta situación? —Entonces lo recuerdo—. Introducción a las habilidades de supervivencia: comprueba que el resto del grupo esté bien.»

—¿Alguien más se encuentra mal?

Niegan con la cabeza, y aparte de sufrir náuseas debidas al cuadro de la investigación de la escena del crimen que tengo delante, las paredes de mi estómago están, por suerte, intactas.

—¿Ha comido lo mismo que nosotras? —pregunta Margot.

—Creo que sí...

—Bueno, él se ha acabado las bayas...

Ahora la que empieza a sudar soy yo. Porque, como he llegado a ponerme bastante chulita con la chorrada de las plantas comestibles, empieza a preocuparme que haya podido envenenar sin querer a Magnus con algún fruto del único árbol del que se suponía que no debía arrancarlos.

«Soy como Eva en el jardín del Edén —pienso—, solo que yo no tengo ni una puñetera serpiente a la que culpar...»

Por suerte, Tricia me lanza un salvavidas.

—Muchos hombres tienen problemas a esta edad —dice con cierta autoridad—. Mi ex siempre estaba en el baño por una cosa u otra. No tuve estómago para aguantarlo. Y lo digo en sentido literal.

Las primeras gotas de lluvia y el retorno de los gruñidos intestinales de nuestro enfermizo vikingo ponen en suspenso la tormenta de culpa.

—Tengo que ir —gime—. Otra vez...

«Madre mía.»

—¿Crees que puedes llegar a los arbustos? —pregunto.

Magnus gime un poco más.

—¿Y bien?

Niega con cabeza.

—Vale, pues nada —digo, pero descubro que yo tampoco puedo moverme.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué no ocurre nada?»

—Vale. —Hago un nuevo intento de sonar convincente, pero todo es en vano. Estoy clavada en el sitio.

«Por favor, no tengas otro ataque de pánico; por favor, no tengas otro ataque de pánico...»

—¡Arranca, mujer! —me reprende Melissa. Acto seguido se arremanga y mete la cabeza bajo uno de los brazos de Magnus para intentar levantarlo sin dejar de gruñirme—: Tienes hijos, ya has lidiado con mierda humana...

—¡Eran bebés minúsculos y preciosos! ¡No un vikingo de noventa y cinco kilos! —Me doy cuenta de que el miedo me corre por las venas y no soy capaz de relajar las nalgas—. Además, ¡tú tienes animales! —contesto.

—¿Y? ¡Tricia también! ¡Además de un hijo!

—¡Tus animales son más grandes! —contraataco.

«Un pequeño shih tzu no tiene ni punto de comparación.»

—Uf, eso demuestra lo mucho que sabes porque a) la caca de caballo es sobre todo heno, b) los conejos se comen las suyas y c) mis perros están muy bien educados para ir a soltarla en el bosque. Yo no manejo heces de ningún tipo. Es una de mis normas de vida.

—Ah, bien. Es importante tener valores.

Tricia interviene, ahora con cara de preocupación, pues su deseo por Magnus disminuye con cada desagradable emisión aromática.

—Venga. Nos enfrentamos a una situación de mierda. No podemos dejarlo aquí sin más...

—No podemos... ¿no? —pregunto esperanzada.

—¡No! —Todas se ponen en mi contra.

—Se nos dio fatal pescar, las provisiones de la cesta no durarán mucho más y no quiero volver a comer alimentos misteriosos... —comienza Tricia, pero la interrumpen.

—Y lo que es aún más importante: Magnus necesita ayuda. —Margot mira a Tricia sin dar crédito.

—Sí. —Tricia se contiene—. Eso. Sobre todo eso. —Pero no ha terminado—. Porque... ¿y si se pone enferma una de nosotras?

Nos miramos unas a otras, calculando en secreto —al menos en mi caso— cómo nos repartiríamos las nuevas tareas de limpieza a fondo.

—Bueno, yo no vuelvo a tocar las bayas —dice Melissa.

—¡Vaya, muchas gracias! —exclamo—. ¿Y si han sido los mejillones?

—¡Eran moluscos marinos de primera clase!

«Si lo dice así, hasta yo quiero vomitar.»

—¿Qué eran esas hojas, lo sabes...? —Tricia se dirige a Margot.

—¿El ajo salvaje? El ajo salvaje estaba bien —responde de inmediato.

—¿Estás segura? —insiste Tricia.

—¡Sí! —espeta Margot, cediendo a la presión—. Mi papá tiene un libro de plantas comestibles en el baño de abajo. —Veo que Melissa dibuja con los labios la palabra «pija»—. Y además hice un curso...

«Sorpresa, sorpresa...»

—Déjame adivinar —me oigo decir—. ¿Duque de Edimburgo?

Margot asiente, ajena a cualquier escarnio.

—Platino.

—¿Platino? ¿Eso existe?

—No mucha gente lo sabe —admite.

—Si pagas lo suficiente por la matrícula escolar, consigues lo que quieras —murmura Tricia.

—Lo más seguro es que haya sido una semilla de tejo —anuncia Margot.

«Me pillaron...»

—¿Una baya? —Melissa la entiende mal y me señala.

—¡Una semilla! —le ladramos las tres.

Después nos miramos con suspicacia hasta que Melissa sacude la cabeza y dice en el momento preciso en que se abren los cielos:

—La naturaleza puede ser una amante cruel...

Magnus gime de nuevo y se hace evidente que tiene que volver a evacuar. Ya. No parece capaz de hablar más —ni dispuesto—, así que, mediante una serie de gestos, determinamos que se encuentra en alerta marrón crítica.

Melissa acepta hacer buen uso de su constitución de hierro fundido, e incluso limpia después, con la ayuda de Margot y de todo el follaje que consiguen encontrar.

«¿Quién se las ingenia para estar guapa mientras limpia caca?»

Margot: cómo no.

Después de lo que Melissa describe como otro «Encuentro en la fase cagatera», llegamos al entendimiento implícito de que vamos a necesitar ayuda. Mi hermana, cada vez más entusiasmada con su papel de heroína de Enid Blyton, empieza a hablar de rastreo.

—Tenemos que averiguar dónde vive. La casa debe de estar cerca. ¿Y qué hay de Inge? ¿No deberíamos contarle lo que ha pasado? ¿Llevarlo allí?

—Ojalá supiéramos dónde está «allí» —digo yo.

—Bueno... —Melissa piensa—. Cuando Silas...

—¿Silas?

—Uno de mis perros. Le gusta escaparse. Es un salido.

—¿Y...?

—Pues que cuando Silas se escapa, luego vuelve con pruebas de... actividades recreativas... y a menudo tengo que averiguar dónde ha estado... recreándose...

—¿Te refieres a follar? —intenta aclarar Tricia.

—Me refiero a follar —confirma ella—. *El código rural* dicta que no puedes dejar que tu perro deje preñada a otra perra sin disculparte... —«Estoy casi segura de que contiene bastantes más matices»—, así que tengo que seguir sus huellas. Por supuesto, la lluvia lo complica... —Escudriña el cielo y entorna los ojos hacia el horizonte—. Pero ayer Inge vino por allí.

Asiente con la cabeza, como si fuera una experta, y luego se arrodilla, toca la tierra y coge un terrón que deja que se desmenuce un poco entre sus dedos.

«Dame fuerza...»

—Y llevaba provisiones en un saco, lo cual significa que sus pisadas podrían haber sido más pesadas de un lado —continúa con suma gravedad—. El saco podría haberse arrastrado un poco al caminar. —Olisquea el aire como si estuviera siguiendo un rastro.

«Vale, Sherlock...»

—Además, Magnus tiene los pies enormes, así que no confundiremos sus huellas con las nuestras...

—Ya sabes lo que dicen, pies grandes... —comienza Tricia, pero Magnus vomita en un arbusto y ni ella es capaz de continuar con esa línea de pensamiento.

Me quedo mirando el lodo con impotencia, incapaz de ver huellas claras en ninguna dirección. Pero Melissa parece segura.

—¡Por aquí! —señala.

Margot no discute, y si hay una persona en la que en el fondo confíe para sacarnos de aquí con

vida gracias a algún tipo de hechicería Duque de Edimburgo/niña pija, esa es Margot. «O sea que Melissa debe de ir por el buen camino. ¿No?»

—¿Estás segura? —pregunta Tricia.

—Estoy segura —dice Melissa, que no parece segura en absoluto. Magnus emite un alarido que nos incita a la acción. Melissa, sin explicación alguna, se pone a cuatro patas—. Bien, eso es, voy a tortugearlo.

—¿Qué? ¿Qué estás haciendo? ¿Esa postura de carga existe?

—No estoy segura...[14] —dice, pero lo intenta de todas formas—. Uuufff... —Mi hermana se pone algo morada mientras intenta echarse noventa y cinco kilos de hombre desmayado y manchado de heces a la espalda—. NO PASA NADA... Puedo hacerlo... —gruñe—. Soy... Piernas... Fuertes... Además, una vez tuve que darle un puñetazo a un pastor alemán en la cara. Lo dejé inconsciente.

—¿Qué? ¿Por qué lo hiciste? —pregunto.

—Ya le había arrancado un tríceps al jardinero y venía hacia nosotros, con las orejas tiesas hacia atrás... así que... ya sabes... Me encantan los perros, pero una chica tiene que hacer lo que tiene que... Uuufff.

Se prepara y prueba de nuevo.

—Espera, deja que te ayude. —Margot agarra a Magnus por las piernas, de manera que Melissa puede salir de debajo del vikingo y agarrarle los brazos.

La joven resulta tener una fuerza sobrehumana, cosa que ofende a Melissa solo un poco («Mis músculos son para llevar, no para aparentar», explica). Entre las dos, levantan a Magnus como un muñeco de trapo y empiezan a moverse en una dirección acordada por Melissa.

Avanzamos así durante un rato; Tricia y yo nos ofrecemos de vez en cuando a relevarlas, pero descubrimos que no somos capaces de cargarlo más que unos metros («Disculpa la escasa fuerza del tronco de mi hermana —le dice Melissa a Margot—. Es un ochenta por ciento ensalada»). Pronto nos exoneran de nuestros deberes y las profesionales vuelven a hacerse cargo.

Margot y Melissa realizan un trabajo admirable, pero después de recorrer una distancia considerable, incluso las supermujeres empiezan a flaquear.

«Esto no está dando resultado. ¿Qué vamos a hacer?», me desafío a mí misma.

«A mí misma» no se le ocurren ideas brillantes, así que me pongo en plan poli malo con ella.

«He dicho que “¿QUÉ COJONES VAMOS A HACER?”. No tengo ninguna intención de consumirme en el bosque, muerta de hambre, cubierta de barro y a cargo de un vikingo diarreico. Necesitamos un plan. ¡UN PLAN, TE DIGO! ¡Vamos, Alice, PIENSA!»

—Eh... a lo mejor... —empiezo, titubeante al principio, antes de darme cuenta de que nadie tiene una idea mejor y de que por tanto debería soltarlo sin más— ¿... necesitamos una camilla?

Señalo el cuerpo combado de Magnus, que cuelga y gime entre Margot y mi hermana.

—¿Una camilla? —repite Melissa—. ¿Y de dónde vamos a sacar una camilla?

—Bueno...

«¡Piensa, Alice! Eres médico, ¿recuerdas? ¡Una profesional de las ciencias de la salud! Tienes una bata blanca... en alguna parte. Y usas zuecos especiales para trabajar. ¡Puedes hacerlo! Lo has dicho en voz alta, ahora la gente confía en ti. Di algo más. Algo bueno... y rápido...»

—Podemos... ¡FABRICARLA! —Parezco... segura—. Así será más fácil llevarlo. Además, si tuviéramos una camilla, podríamos agarrarla de una esquina cada una.

Margot y Melissa intercambian miradas, como para confirmar su consentimiento, y Tricia también asiente, deseosa de contribuir.

—Está bien. —Melissa deposita al paciente en el suelo—. Bueno, ¿cómo la hacemos?

«¿Ha funcionado? ¡Ha funcionado! ¡Han aprobado mi plan!» Resisto la tentación de chocar los cinco conmigo misma al reparar en que aquí es donde el asunto se pone peliagudo: la ejecución.

«Cómo hacer una camilla...» Trato de recordar viejos episodios de todas esas series de médicos que me tragado.

—Bueno, deberíamos empezar con dos postes —digo con toda la confianza de la que soy capaz de hacer acopio.

—Muy bien, genial —contesta Melissa—. ¿Dónde sugieres que encontremos postes?

—Eh... —Hago un gesto que pretende abarcar todo lo que nos rodea.

—Eso son árboles —me espeta—. ¡No podemos cargar con árboles enteros!

—Si buscamos, deberíamos encontrar algo más... aerodinámico. —No pienso desanimarme ahora. Y, como si fuera un milagro, las tropas obedecen.

Logramos localizar un par de ramas de aspecto duradero pero no demasiado pesadas, más o menos rectas y sin follaje, salvo por un extremo con retoños, que empezamos a arrancar. No es que lo bordemos —llueve, tenemos los dedos entumecidos por el frío y la banda sonora la pone un gran danés con disentería—, pero lo hacemos lo mejor que podemos.

Tras decidir que es posible que nuestro gigantesco paciente necesite algo bastante sólido para ser transportado campo a través, Melissa sugiere añadir un par de ramas en diagonal para crear un efecto de puerta de granja.

—¡Gran idea! —exclama Margot—. ¡El triángulo es la forma más fuerte debido a la rigidez de sus lados, lo que le permite transferir la fuerza a lo largo del contorno de manera más uniforme que en el caso de otras figuras!

—Sí... —añade Melissa—. Eso es justo lo que quería decir...

—¡Qué recuerdos de las clases de física avanzada! —exclama Margot entusiasmada, como si eso pudiera crear un vínculo emocional entre todas.

No puede.

—¡Eso es! —digo en tono alegre—. Entonces solo tendremos que unirlos y crear una base de tela —continúo, y Margot ya se está despojando de su capa exterior, que deja a la vista una camiseta técnica entallada y con espalda de nadadora, tan ajustada que le marca la tableta de abdominales—. ¿Qué haces? —pregunto.

—Tendremos que usar nuestra ropa, ¿no? —responde con toda la inocencia del mundo.

—Eh, sí. —Intento sonar autoritaria—. ¡Venga, todas! ¡Todas debemos de tener algo que quitarnos para poder atar! —apremio a las demás.

—¿No podríamos volver a buscar una manta o algo así? —Tricia echa un vistazo a su alrededor con desesperación.

—Ya estamos demasiado lejos. —Margot niega con la cabeza y luego me mira en busca de confirmación—. ¿Verdad?

—Sí, es verdad —digo con la esperanza de sonar tajante—. A estas alturas es mejor que sigamos adelante. La casa debe de estar cerca, si ha llegado hasta nosotras menos de una hora después del amanecer. Llevamos caminando... ¿cuánto, media hora? —Mi hermana consulta su reloj y asiente—. ¡Así que estamos a más de medio camino!

Por dentro, me estremezco ante mi propia e inusitada positividad a lo Pollyanna. Por fuera, me muestro despreocupada. «¡Lo estás clavando!» Me felicito a mí misma por mi exterior sereno, tranquilo, de cuatro bolsas reutilizables.

—Vale, venga, todas. —Tricia se quita una capa de ropa deportiva de diseño—. ¡Espabilad! —Cedo mi jersey a la misión de rescate mientras intento no pensar en el hecho de que mi mejor prenda de marca se está usando para crear una camilla para un hombre que no para de cagarse.

—Percibo tu dolor —me dice Tricia, que sostiene mi sudadera con admiración antes de sumarla al esfuerzo de guerra—. Cuando se te empieza a desmoronar la cara, tienes que comprarte ropa un poco más bonita, ¿no? Para distraer las miradas. De lo contrario, podemos empezar a tener aspecto de indigentes, ¿verdad?

«¿“Podemos”? ¿Tricia cree que tengo la misma edad que ella? ¿Por qué todo el mundo da por hecho que soy mayor de lo que soy? ¿Transmito vibraciones de vieja? ¿Vibraciones en plan “la vida me ha agotado por completo”? Tengo que trabajar en ello...»

—Melissa —Tricia concentra su atención en otro lugar—, ¡te toca!

Pero Melissa se abraza a su forro polar granate con ademán protector. Durante un instante, me pregunto si tiene frío, pero luego recuerdo que ella nunca tiene frío; eso es cosa mía.

—Por favor, ¿serías tan amable de aportar tu chaqueta, Melissa? —pregunta Margot, paciente y educada hasta la náusea.

Melissa masculla algo en un tono apenas audible.

—¿Perdón?

—He dicho que no.

—¿Qué?

—¡Es mi polar de la suerte!

—¿En serio?

—¿No será en el sentido sexual...? —Tricia mira horrorizada la prenda manchada y llena de pelotillas.

—No —le respondo a Tricia en nombre de mi hermana con cierta seguridad.

—Uy, te sorprenderías. Me va bastante bien. —Melissa enarca las cejas a modo de desafío—. Lo he llevado en nueve de mis diez últimas citas con una tasa de éxito del cien por cien, que lo sepas. Este polar equivale a petarlo.

—Ah...

«Vale, esto acaba de hacerse más incómodo.»

Pensar en tu hermana pequeña manteniendo relaciones sexuales —y vestida nada menos que con un polar granate— es muy parecido a imaginarte a tus padres montándose: asqueroso. Y, de alguna manera, va contra el orden natural de las cosas. En mi cabeza, ella brinca por el campo entre perros y caballos y bebe té de hojas sueltas en tazas conmemorativas de Kate Middleton. En mi cabeza, ella, junto con todos los demás miembros de la familia, es convenientemente asexual. Carente de genitales, incluso. A lo Barbie y Action Man. En mi versión imaginada de la bucólica vida de mi hermana, nunca la veo teniendo citas con hombres extraños antes de entregarse a la cópula ataviada con un polar granate. Trato de apartar la imagen de mi cabeza, de desterrarla para volver a la tarea que nos ocupa.

—Comprendo que pueda tener... valor sentimental —le dice Margot con cautela mientras ata a los barrotes la ropa donada hasta ahora, mediante unos nudos bastante impresionantes—, pero me

temo que vamos a necesitar algo más, algo sólido, que cubra la enorme superficie de la camilla... —Se queda callada un instante—. Sin ánimo de ofender...

—No me ofendes.

Melissa alisa los costados de su forro polar como si estuviera de acuerdo en que, en efecto, es amplio y está hecho de poliéster de la más alta calidad. A regañadientes, se baja la cremallera y oigo un crujido de electricidad estática cuando saca los brazos de las mangas, uno después del otro. Debajo lleva puesta la camiseta de «Keep calm y piensa en Cary Grant», lo cual, espero, tal vez suavice un poco el golpe. Pero se aferra al polar con fuerza y remolonea antes de entregarlo. Margot casi tiene que arrancarle la prenda de las manos para poder empezar a transformarla de «jersey feo» a «suministro médico de emergencia». Constituye, como ha predicho la propia Margot, un excelente revestimiento final para nuestra camilla improvisada, así que estoy segura de que el duque de Edimburgo estaría orgulloso.

Una vez que hemos subido la carga, continuamos a buen ritmo: Magnus gimiendo y llevándose cada cierto tiempo una mano al estómago mientras libera emisiones tóxicas, y las demás manteniéndolo en alto. Es mucho más fácil llevarlo de esta manera y, sujetando una esquina cada una, no tenemos mayor problema. O al menos así sería si no fuera por el hecho de que Melissa es treinta centímetros más baja que Margot y yo, de modo que de vez en cuando Magnus se desliza hacia esa esquina de nuestro rectángulo ambulatorio.

—Sois mujeres de piernas muy largas —dice Melissa jadeando—. ¡Cuesta seguiros el ritmo!

Esta desventaja resulta especialmente traicionera cuando cruzamos un arroyo que murmura y estamos a punto de perder a nuestro líder en la corriente, arrastrado hacia el mar.

«¡Imagínate los titulares!», pienso.

«Vikingo» muere a manos de cuatro inglesas en un retiro experimental.

Una de las mujeres, Alice Rayo [probablemente], dentista y madre de dos niños, procedente de Streatham, se había visto involucrada unos días antes en un incidente relacionado con el alcohol en el desayuno de un hotel Premier Inn de las Midlands de Inglaterra, donde tuvieron que pedirle que abandonara el bufet familiar. «Estaba hecha una pena», observaron varios testigos.

Entonces me recuerdo que esto no va solo conmigo... y recupero el control. Después del Arroyo-Gate, continuamos a buen ritmo, alertas a las debilidades de las demás («altura» y «fuerza escasa», principalmente), teniéndolas en cuenta para avanzar en sincronía, como si fuéramos una.

Superamos un acantilado con una delicadeza propia de los Chuckle Brothers («¡Para mí!»; «¡Para ti!»), y justo cuando empiezo a sentir que los brazos y las piernas no aguantan más, Tricia anuncia en tono teatral que «¡Ha visto la luz!».

Arrastramos los pies unos cuantos pasos más bajo la lluvia torrencial y yo también veo luces que parpadean a lo lejos y una chimenea pequeña que despide una columna constante de humo. Y ahí, por fin, hay una casa.

—¡Ladrillos! ¡Está hecha de ladrillos de verdad! —A Tricia está a punto de darle un patatús de

la emoción—. ¡Y tiene puerta! ¡Y ventanas!

El alivio nos invade y me sorprende estallando en una risa nerviosa que pronto se vuelve contagiosa. Tengo el corazón acelerado —en el buen sentido, para variar— y me siento... eufórica.

—¡Lo hemos conseguido! ¡Lo hemos logrado de verdad! —Me cuesta creerlo.

—¿Quién necesita ahora forjar espadas? ¡Acabamos de salvarle la vida a alguien! —añade Tricia—. Probablemente.

—¡Somos vikingas! —grita mi hermana, que levanta un puño en señal de victoria y casi deja caer su esquina de la camilla.

Un ruido primitivo y estrepitoso interrumpe el alboroto resultante y el prolongado alboroto de Melissa.

—¡Me cago en la leche! ¿Qué ha sido eso?

—¿Magnus?

Dejamos la camilla en el suelo para comprobar si el estruendo procede o no de nuestro gran líder, pero, salvo por algunas babas y más manchas sospechosas, Magnus parece tranquilo, profundamente dormido. «Eso o está muerto —pienso con angustia—. Pero, por ahora, quedémonos con lo de dormido...» En cualquier caso, no es él quien emite los sonidos más atroces e infernales que he oído en mi vida.

«Ñiiiiii-urrgggggg», vuelve a gritar alguien, o algo.

Cojo a Melissa del brazo y me aferro con fuerza. Solo por si tiene miedo...

—No pasa nada —dice ella—. Todo va a ir bien... —Me aprieta la mano cuando una criatura corpulenta, rebozada en barro, aparece bamboleándose ante nuestros ojos, envuelta en rollos de grasa temblones—. ¡No es más que un cerdo!

«Ay, Dios. *El Señor de las Moscas*. Lo sabía.»

La bestia asoma la cabeza a través de una valla no tan robusta como para resultar tranquilizadora y nos grita una vez más, «¡Ñiiiiii-urrgggggg!», antes de retomar la tarea de pisotear su campo y ahuyentar a varias gallinas escarbando la tierra.

Tras concluir que «Magnus cría cerdos además de gallinas», nos acercamos a la puerta de la casa blanqueada y nos quedamos plantadas delante, nerviosas.

—¿Llamamos? —pregunta Margot.

—Pues claro que llamamos —digo, y empujo a Melissa para que sea ella quien lo haga. Mi hermana golpea la puerta varias veces con todas sus ganas, pero no obtenemos respuesta—. ¿Hay timbre?

No hay. Así que esperamos, como las británicas educadas que somos, y entretanto brindamos alguna que otra muestra de apoyo a un vikingo con moño que ahora lloriquea y vomita.

—Vale, probemos a entrar —dice Melissa, que tiende la mano hacia el pomo de la puerta.

—¡No! ¡No podemos! —protesto, y le doy un cachete en la mano para que la aparte.

—¿Por qué?

—Es de mala educación.

—¡Va a cagarse encima! ¡Eso sí es de mala educación!

Es un buen argumento.

Melissa se lanza de nuevo a por la pesada puerta de madera, justo en el momento en que esta se abre.

Resulta que Inge no es ni una pizca menos impresionante a segunda vista: va envasada al vacío

en licra negra, como si ponerse a hacer ejercicio fuera una posibilidad constante.

—Mmm, hola... —farfulla Melissa, atónita.

A mí no me va mucho mejor.

—Me gusta tu casa. —Es mi mejor intento de «hablar como un ser humano normal».

Por suerte, Inge sale al rescate. Levanta una mano para frenar cualquier tontería que pueda ocurrírseles a continuación y luego estira un cuello como de cisne en torno a Melissa y contempla la lamentable imagen de la camilla que descansa a nuestra espalda.

—¿Ese es mi marido?

—Ay, Dios. ¡Sí! —exclama Tricia.

Al instante todas nos sentimos culpables e invadidas por el remordimiento por habernos olvidado de manera temporal de la razón por la que estamos aquí.

—Está enfermo... —empiezo, pero no es necesario, ya que en este preciso instante Magnus tiene el detalle de ilustrar sus achaques con un furioso vómito morado.

—¿Otra vez? —Inge parece más molesta que preocupada por el bienestar de su marido—. Se lo dije —continúa, ahora ya cabreada—. Le dije: «¡Utiliza tarjetas mnemotécnicas!». Le dije: «Los turistas no tienen ni idea de buscar alimentos en la naturaleza y piensan que las bayas salen de la tienda».

—¡Ja! —Melissa se ríe, ansiosa por presentar sus credenciales rurales y distanciarse de la etiqueta de turista. De forma injusta, en mi opinión.

—Bueno, es que por lo general es así... —objeto yo.

—Yo las compro en la sección de dos por uno del supermercado —me apoya Tricia.

—¿Qué es un dos por uno? —pregunta Margot con ingenuidad.

«Oh, qué típico de ella. ¡Por supuesto que Margot no se recorre las tiendas en busca de gangas! ¡Seguro que ni siquiera hace la compra! ¡Seguro que tiene a alguien para eso! Un mayordomo, por ejemplo...»

Inge, a la que no le interesan nuestros hábitos de consumo, nos hace un gesto para que nos apartemos de su camino y la dejemos acercarse a su achacoso marido.

—Ya me ocupo yo de él. —Con aparente facilidad, levanta a Magnus, que está aovillado en el suelo, lo carga hasta el interior de la casa como si fuera una mochila y nos dice por encima del hombro—: Será mejor que entréis.

Cruzamos el umbral detrás de ella y entramos en un pasillo atestado de prendas de exterior de diferentes formas y tamaños. Dejamos atrás una habitación llena de calzado, donde —atisbo con alegría— también se encuentran nuestros zapatos. Una cría regordeta está alimentando con gusanos a varios polluelos bajo una luz infrarroja y camina a cuatro patas sobre una motosierra oxidada y varios pares de zapatillas de deporte para asegurarse de que una pareja de rezagados recibe su ración.

«Extraordinario...»

El pasillo se abre hacia una cocina cálida, casi toda de madera, donde, nos advierte Inge, cualquier sonido extraño puede atribuirse «al cordero del armario».

Durante unos instantes doy por hecho que se trata de un eufemismo o de un error de traducción. «Como lo de Magnus con los pelícanos ventosos», pienso, hasta que oigo un balido suave y agudo y un pequeño hocico rosado asoma por el armario que hay debajo del fregadero. Lo sigue una pata larguirucha, y luego otra, hasta que se deja ver una cara pequeña y lanosa. Dos ojos redondos y

negros contemplan a las recién llegadas, hasta que la criatura vuelve a balar y se retira de nuevo al armario.

—Su madre lo ha abandonado, así que de momento lo tenemos aquí dentro —nos informa Inge, que sigue soportando su carga vikinga.

—¡Es horrible! —dice Tricia, embobada con la criatura.

—Son cosas que pasan, en el campo —asegura Melissa, nuestra corresponsal permanente de «Countryfile» en el medio rural, con el objetivo de impresionar a Inge, evidentemente.

Empiezo a preguntarme si la señora Mala Oveja será la misma que mi beee-nemiga («¿ebeeemiga?»).

«La que intentó impedirme que recogiera bayas y se cagaba por todas partes...»

En la mesa de la cocina, toscamente tallada, hay una rebanada de pan y un tazón con algo blanco y de aspecto turbio.

—Leche de cabra —nos informa Inge—. Recién ordeñada. Es buena para mojar.

—Madre mía... —dice Tricia.

—¿Hemos viajado al pasado? —susurro.

—Creo que podría ser —me responde en voz baja.

—¿También tienes cabras? —está preguntando Melissa.

—Sí.

—Uau.

—Bueno, ¿habéis encontrado bien la casa? —pregunta Inge, y nosotras asentimos—. ¿Habéis usado el remolque?

—¿El remolque? No... Hemos construido una camilla —dice Margot, un poco demasiado deseosa, en mi opinión, de atribuirse el mérito de la idea.

—¿Lo habéis traído a pulso? ¿Hasta aquí?

—Sí.

—¿Por la carretera?

—¿Hay una carretera? —Melissa está estupefacta.

Inge cambia el peso de Magnus para tener un brazo libre y señala por la ventana. Allí, junto al sendero abrupto por el que hemos salido del bosque, hay una carretera paralela, perfectamente asfaltada.

—Ahí mismo, detrás del cerdo —dice como si fuéramos idiotas.

«Es que somos idiotas —pienso—, o mejor dicho, Melissa es idiota. Ella nos ha hecho coger ese camino...»

—¡Ah! Es verdad. Sí, hemos visto el cerdo. —Melissa asiente con la cabeza, intentando recuperar al menos parte de su amor propio.

—Sí, ahora solo tenemos uno. Había once, pero nos los hemos comido —explica Inge tan tranquila antes de dirigirse a Magnus y articular algo que suena raro.

—Creo que es danés —susurra Tricia.

—Ya. —Asiento.

Inge levanta los párpados a su marido para examinarle las pupilas y acto seguido le mira la lengua antes de apoyarlo contra la pared como si fuera el muñeco de un ventrílocuo.

—Bueno, no se anda con chiquitas —murmura Tricia.

No puedo dejar de admirar las formas enérgicas y eficientes de Inge con su paciente.

«Su manera de ser esposa es muy parecida a la mía de ser dentista», pienso.

—¿Se pondrá bien? —Margot parece preocupada.

—Sí, claro. Le haré lo de siempre —dice mientras rebusca un surtido de utensilios e ingredientes en los armarios.

Saca una mano retorcida y artrítica de jengibre de una caja de madera llena de productos agrícolas y comienza a pelarla con el dorso de una cuchara antes de picarla, con pericia y sin mirar, hasta que queda pulverizada por completo. Luego agrega un chorrito de agua caliente de una cazuela que tiene al fuego y lo remata espolvoreando algo marrón.

Melissa olfatea el aire para tratar de identificar el polvo misterioso hasta que al fin da en el clavo.

—¡Huele a tacos!

—Comino. Lo ayuda a sudar. —Cuando termina, Inge se echa a Magnus al hombro como si fuera el montón de la ropa sucia y se lo lleva de la cocina mientras nos dice—: Voy a meterle esto por el gaznate, luego ya podremos hablar. Estáis en vuestra casa, hay café en la cafetera.

«¿Café?»

Se me aguzan los oídos; noto que se me acelera el pulso y un hormigueo en las yemas de los dedos.

—¿Se nos permite tomar café? —pregunto casi jadeando de alegría.

—Por supuesto. —Inge se encoge de hombros—. Somos vikingos, no amish.

«¡Buena observación! Ese estúpido Magnus y sus estúpidas reglas —pienso, antes de añadir como por si acaso—: Aunque, claro, espero que esté bien...»

—Y coged todo el regaliz salado que queráis —comenta como si fuera algo cuya existencia debiéramos conocer.

—¿Perdona?

—¿No tenéis de eso en vuestro país? Es bueno para reponer fuerzas. Tenéis pinta de necesitarlo. En cualquier caso, está ahí, en la mesa.

Inge señala un plato de cristal que contiene unas bolitas polvorientas que yo había tomado por algo que hubiera excretado el cordero.

Melissa se abalanza sobre ellas de inmediato, explicando que las probó en sus aventuras anteriores en Escandilandia y que están «deliciosas».

No estoy convencida, pero le echo valor y me meto una en la boca cuando me pasan el tazón. Al instante desearía no haberlo hecho.

—Creo que me arden las vías respiratorias...

El sabor es repugnante. «Como si alguien me estuviera orinando en la boca... alguien muy deshidratado...»

—Ah, sí, el regaliz salado nació como descongestionante —se le ocurre mencionar ahora a Melissa.

«¿Dulces expectorantes? No me jodas...»

—Bien, pues se me están abriendo las trompas, de eso no cabe duda...

Trago lo más rápido que puedo para deshacerme de la abominación que me está secuestrando la boca y lanzarme a por el café lo antes posible. Margot emite ruiditos de «mmm» pero su cara dice otra cosa, así que Tricia rehúsa con educación lo que define como «una golosina de pis».

Margot se estremece un poco al oírla, y caigo en la cuenta de que nunca la he oído utilizar una

palabra malsonante. «Qué curioso —pienso—. Puñetera Margot, es la puñetera perfección en persona...» Entonces empieza a ahogarse, y sospecho que puede que sea el regaliz salado lo que la obliga a contraer la cara.

—¿Estás bien? —pregunta Melissa. Sin esperar a que responda, la golpea en la espalda hasta que la gragea culpable se libera de la tráquea de Margot.

—Gracias. —Le hace un gesto de agradecimiento con la cabeza.

En cuanto Inge sale de la habitación, una criatura con el pelo rubísimo emerge del interior del armario que también alberga al cordero.

—¿Qué co...? —Tricia se lleva un susto, pero la cara del niño se transforma en una máscara de pura malicia y el pequeño echa a correr a toda velocidad hacia la mesa de la cocina.

«¡Es el potador de bayas! —pienso con cariño al recordar a la criatura que el otro día bajó de una manera tan perfecta los humos a su padre mediante el método de la fruta regurgitada—. Aaah, qué buenos momentos...»

Potador de Bayas se encarama a una silla hasta que está lo bastante alto para alcanzar la caja de cerillas que descansa junto a un candelabro de diseño escandi-guay.

—¿Tiene edad suficiente para eso? —pregunta Melissa, que se ve que tiene dudas.

—¡Pues no! ¡Está claro que «no»! —Ya me he puesto en marcha para intervenir—. Tiene unos tres años, cuatro como mucho.

Me acerco a él y le tiendo la mano en un gesto que espero que en lengua internacional de signos signifique «dame las cerillas, pirómano diminuto». Pero él responde con una mirada que en lengua internacional de niños significa «¡Niii hablar!».

—Niños y fuego, qué podría salir mal —observa Melissa.

—No te quedes ahí parada, ¡ayúdame! —le exijo mientras el niño enciende dos cerillas en un abrir y cerrar de ojos, y luego escapa gritando de alegría.

—Vale, ¡movimiento de pinza! —sugiere mi hermana.

—¿Qué se supone que es eso?

No aparto la vista del pequeño Prometeo y me pregunto en qué planeta vive Melissa si cree que es el momento de aludir a oscuras formaciones militares.

En este inoportuno instante, aparece otra niña, igual de rubia y de no más de cinco años —la edad de Thomas— sujetando lo que a primera vista parece un puñado de cuchillos.

—¡Por Dios! —grito.

Entonces distingo también el brillo de uno o dos tenedores y advierto que la cría no lleva más que... cubiertos.

«Vale, a lo mejor se podría permitir que una niña de cinco años excepcionalmente madura (?) llevara un montón de cubiertos ella sola, pero aun así no está permitido darle cerillas a una criatura, ¿verdad? Ni siquiera en Escandinavia...»

—¡Tú quítale las cerillas!

—¡Es como pastorear arpías! —brama Tricia mientras Margot y ella intentan acorrallar el incendio disfrazado de niño en edad preescolar.

—¿Va todo bien?

Inge regresa a la cocina con las manos en las caderas.

—¡Uf, gracias a Dios! —Tricia exhala un suspiro—. Los niños aparecieron de la nada, y luego fueron a por cerillas... y cuchillos... ¡y tenedores...! —añade de manera un tanto innecesaria—. ¡Y

se mueven muy rápido! —dice para intentar justificar nuestra lamentable falta de control de la situación, pero Inge no parece inmutarse.

—Veo que habéis conocido a Villum y a Mette —observa al tiempo que señala a los aspirantes a asesinos y los obliga a saludarnos.

«¿“Villum”? —pienso—. Más bien “Villano”.»

Los dos niños dicen algo en danés que no entendemos. Inge prosigue:

—Y al entrar hemos pasado al lado de Freja, la más pequeña.

—¿Son tres...? —exclama Melissa tras hacer la suma en su cabeza.

Con tantas emociones, casi me había olvidado del bebé que usaba la motosierra como estructura para trepar.

—Sí. —Inge asiente—. Pero todo el mundo echa una mano.

Es su forma de explicar que Villum el Potador de Bayas se suba a la mesa para encender las velas y la niña de cinco años («Mette, debe de ser») empiece a distribuir cuchillos, tenedores y cucharas.

«Mierda —pienso—, Thomas no podría ni decirme dónde GUARDAMOS los cubiertos. Y Charlotte tiene siete años, pero no se toma la molestia de cambiar una puñetera funda de almohada siquiera...»

Inge va a por Freja y la trae cogida como si fuera un balón de rugby, con un polluelo amarillo y esponjoso aún atrapado en el puño minúsculo y regordete de la cría. Después mete la cara y la mano libre de la criatura bajo el grifo de la cocina para hacerle un «lavado» superficial y a continuación la deposita en una silla alta de madera.

—Estábamos a punto de merendar —explica, y saca del horno una bandeja de pastelillos que huelen a gloria y la coloca en la mesa, junto al pan y la mantequilla—. ¿Nos acompañáis?

—¿Y qué pasa con Magnus? —pregunta Tricia, que nos recuerda a todas la emergencia médica en la que estábamos inmersas hace apenas cinco minutos.

—Ah... —Hace un gesto con la mano para restar importancia al asunto—. Se pondrá bien, es solo un caso leve de envenenamiento neurotóxico.

«Leve» y «envenenamiento neurotóxico» son palabras que yo no he usado nunca en la misma frase, pero Inge parece tranquila.

—Los síntomas desaparecerán en unos días. Solo necesita comida sencilla, líquidos y descanso. —Se echa un paño de cocina al hombro, pone platos para todo el mundo y, cuando está a punto de sentarse, se da cuenta de que han empezado a formarse charquitos alrededor de nuestros pies—. ¡Vaya, estáis mojadas! Voy a traeros algo para que os cambiéis. —Y, sin más, desaparece, con tres niños salvajes y rubísimos pisándole los talones.

—Bueno, creo que nos hemos ganado un refrigerio —dice Melissa, que se sienta y sirve café.

—Esto no tiene nada que ver con pasar penurias —dice Tricia antes de añadir—: ¡pero me gusta!

—Joder... qué bueno —es mi única aportación tras paladear el sabor intenso del primer café que me tomo en días e inhalar su tentador aroma; en este momento, disfruto el néctar de ébano de una manera para la que nunca me había concedido tiempo.

Está exquisito. Y después del segundo sorbo me siento como nueva: la cafeína me devuelve a la vida.

Margot se hunde un pelín en su silla, situada en el otro extremo de la mesa, y come con ansia.

Me doy cuenta de que, a pesar de todas sus destrezas de supervivencia y de sus inclinaciones de Pequeña Miss Sunshine, es quien ha cargado con la mayor parte del peso de Magnus durante las últimas horas. «Debe de estar agotada —pienso—. No me extraña que esté muerta de hambre.»

Me sorprendo a mí misma con esta inusual forma de pensar. «¿Qué es esto? —me pregunto—. Una sensación extraña... o, al menos, un sentimiento del tipo de los que suelo reservar para Thomas y Charlotte... una especie de... ¡Ah! —Es entonces cuando caigo en la cuenta—: ¡Eso es! Es compasión por otro ser humano adulto que no es pariente de sangre/víctima de alguna atrocidad televisiva y con quien no tengo la obligación profesional de ser amable...»

Veo que me queda trabajo por hacer.

—Tomad, ropa seca.

Inge ha vuelto, cargada con montones de tela estrictamente gris o negra.

—Debería estar limpia, o todo lo limpias que pueden estar las cosas con tres niños en casa. Puede que sean un poco... para algunas de vosotras... —Se interrumpe cuando todas nos damos cuenta de lo que está pensando: ninguna de nosotras tiene el cuerpo de una diosa amazónica y es bastante probable que parezca que estamos jugando a disfrazarnos.

Pero lo intentamos. Melissa y Tricia se desnudan aquí mismo («¿Qué? A los niños no les importará... Adiós, Cary Grant, ya nos veremos...»), mientras que Margot y yo nos turnamos para hacer un Superman en el baño. Tras un reajuste indumentario que va como una seda sin costuras, las cuatro aparecemos vestidas con las prendas enormes y monocromas que Inge ya no utiliza. Tenemos toda la pinta de formar parte de una compañía de teatro experimental femenina, pero estamos abrigadas. Y secas. Y noto que los dedos de las manos y de los pies me hormigean gracias a la circulación y a la gratitud renovadas (si es que los dedos de las manos y de los pies tienen la capacidad de experimentar tales emociones, cosa que —los contraigo— estoy casi segura de que en el caso de los míos es cierta en estos instantes. Así que...).

Nuestra ropa queda liberada de sus obligaciones como camilla improvisada y Melissa acepta agradecida la oferta de que le laven y le devuelvan lo antes posible su forro polar granate «de la suerte».

Comemos bollos con pasas incrustadas, sazonados de forma delicada con cardamomo y untados hasta arriba de mantequilla, incluso los míos. Luego Inge pide a los niños que recojan la mesa y, por asombroso que parezca, hacen lo que se les dice.

«¿Están drogados? —me pregunto mientras observo apilar platos a unos niños de lo más formales—. ¿Hipnotizados, tal vez? ¿Cómo es posible que esté sucediendo esto?»

—Diles lo que pueden hacer, así no tienes que dedicar tanto tiempo a decirles lo que no pueden hacer —comenta Inge, que parece leerme la mente.

«Esta mujer ES mágica...»

Estoy intentando conciliar estos sentimientos de adoración y embeleso hacia la heroína con los de la Alice sensata de las cuatro bolsas reutilizables cuando Melissa me da un puñetazo en la pierna.

—¿Ves? ¡Te dije que esto sería una aventura!

Inge reclama nuestra atención posando los dos antebrazos en la mesa, como si se dispusiera a hablar de negocios. Y, de hecho, eso hace:

—Muy bien, se os reembolsará el importe íntegro, por supuesto; y podemos ponernos en contacto con la compañía aérea esta misma tarde para informarnos sobre los cambios de vuelos.

—¿Para qué? —pregunta Melissa mientras intenta sacarse una pasa de entre las muelas.

—Para iros a casa —responde Inge.

—¿«A casa»?

Es como si alguien me hubiera vaciado los pulmones de aire.

Melissa traga saliva con dificultad para tratar de asimilarlo, y Margot se pone pálida. Ninguna de nosotras había tenido tiempo de pensarlo bien. No hay líder vikingo: no hay entrenamiento vikingo.

Es como si me echaran un jarro de agua fría. Porque, a pesar de mis quejas —a Melissa, a Tricia, al universo, a cualquiera que quisiera escucharme, en realidad—, la idea de regresar a mi antigua vida me provoca una especie de zozobra.

«Hemos llegado muy lejos, hemos aprendido mucho. Qué narices, hasta hemos establecido un vínculo gracias a una camilla improvisada y encontrado la manera de compensar nuestros diversos defectos físicos para cargar con un hombre a lo largo de más de seis kilómetros por un terreno desconocido... ¡He hecho un broche de escarabajo, por el amor de Dios! ¡No podemos irnos ahora!»

Me resulta imposible pensar en volver a mi propia vida. Inverosímil, casi. Quiero gritarlo, protestar de alguna manera. Pero nadie más abre la boca. Nadie más se pronuncia respecto a que «irnos a casa» ahora sería muy mala idea. En serio.

«Se acabó, entonces —pienso—. No hay más. No cambiaré nada.»

Así veré antes a los niños, lo cual es genial. Los echo muchísimo de menos después de cuatro noches fuera. Pero también significa volver al trabajo. Y con Greg. Y... ¿lo he dicho ya? NO CAMBIARÁ NADA...

De repente noto mucho calor, como si algo hirviera en mi interior, hasta que...

—¡No! —La protesta escapa de mis labios de manera casi involuntaria. Cuatro pares de ojos se vuelven hacia mí—. Lo que quiero decir es que, bueno, tal vez deberíamos discutirlo primero... entre nosotras.

La expresión de Melissa varía poco a poco de la desesperación a algo que se asemeja a la esperanza/su habitual cara de labrador humano. Advierto que Margot asiente despacio, y hasta a Tricia se le ilumina la cara.

—¿Podríamos hablarlo? —continúo, ahora en tono de súplica.

Inge me mira, inmóvil por completo.

—Podríaís hablarlo. —Asiente con la cabeza—. Os daré un momento. De todos modos creo que Freja necesita que la cambien.

Coge en brazos a su hija más pequeña y le olfatea el tren de aterrizaje antes de llevársela al baño, de nuevo cogida como una pelota de rugby. Cuando ya no puede oírnos, nos miramos unas a otras, sin saber por dónde empezar.

—A mí gusta esto —dice Margot al fin—. No tengo nada por lo que volver... al menos esta semana, quiero decir...

Melissa hace un gesto de asentimiento.

—A mis perros les están dando de comer y los sacan a pasear; unos adolescentes de la zona echan un ojo los caballos; mi vecino se encarga de los conejos... Estoy cubierta.

—Puedo decir con total sinceridad que nunca me había divertido tanto cargando con un vikingo semiinconsciente por un bosque desconocido —es el razonamiento de Tricia—. ¡Ni siquiera me importa que no haya hombres disponibles! Ha estado bien tomarme un pequeño descanso. Recargarme de hormonas femeninas... ¡es como la terapia hormonal de sustitución pero sin hincharme!

—Y además, ¡me muero de ganas de construir un bote! —añade Melissa.

Un sentimiento de unión se extiende por la mesa y descubro que estoy sonriendo.

—Entonces ¿estamos de acuerdo?

—Creo que sí.

Cuando Inge regresa, todas le dedicamos nuestra mejor expresión implorante.

—Nos gustaría quedarnos —le digo, y mis palabras son recibidas con cabeceos entusiasmados en torno a la mesa—. ¿Podemos hacer algo para que esto funcione... sin Magnus?

Se produce un silencio expectante y tan intenso que casi crepita; así de ansiosas estamos todas por saber lo que nos depara el futuro.

Por fin, Inge se pronuncia:

—Bueno... yo ya he hecho un par de estos cursos... cuando Magnus... bueno, ya sabéis...

—¿Cuándo debería haber usado tarjetas mnemotécnicas? —pregunta Melissa con tacto (para ser ella).

—Exacto. Así que supongo que podría enseñaros alguna cosa...

«¿Qué? ¿Aparte de cuidar de tres niños, un cordero que vive en un armario y un marido enfermo?» Quiero quedarme. De verdad que sí. Sin embargo, la mayoría de las mañanas apenas puedo levantarme de la cama, así que quiero ofrecerle a Inge la oportunidad de plantearse en qué se está metiendo. «Ser instructora de cuatro piradas británicas, además de gestionar un criadero de niños y animales y atender a un vikingo que vomita, sería demasiado para cualquier mujer, ¿no?»

Margot no se lo piensa tanto.

—¡Eso sería fantástico! —exclama, y Tricia se pone a dar palmas.

—Muy bien. —Inge asiente como si el asunto estuviera zanjado, aunque a continuación nos hace una advertencia—: Pero no podré ir al refugio todos los días, no con Magnus y los niños aquí.

—Claro, normal —digo yo—. Bueno, ¿podríamos venir nosotras...?

No recuerdo lo más mínimo la ruta que hemos seguido para llegar hasta aquí, pero ahora que sé que hay una opción asfaltada, estoy casi segura de que al menos una de nosotras conseguiría recordarla.

—O podríais quedaros directamente aquí, en casa.

—¿En serio? —Tricia pone los ojos como platos—. ¿Tienes espacio?

«Mmm, un grifo de agua caliente... —Empiezo a fantasear de inmediato—. ¡Sábanas!»

—Claro —contesta Inge—, los niños suelen dormir juntos...

«Cómo no...»

—Así que podéis quedaros con la habitación de Mette y Freja —dice—. Les hice unas literas el fin de semana pasado.

—¿Tú sola? ¿Con un kit? —Tricia está impresionada.

Inge, sin embargo, parece desconcertada.

—No... con árboles...

A Tricia se le forma un nudo en la garganta ante la presencia de una mujer tan mañosa y

formidable que incluso es capaz de embarcarse en la construcción *free-style* de muebles.

—Uau, eso sí que es tallar... —murmura Melissa cuando Inge se levanta y comienza a buscar provisiones para la cena en la caja de las verduras.

—¿Lo ha dicho en serio? —le susurro a Tricia.

—Creo que sí...

—Vaya, esto se pone interesante...

—Bueno, ¿por dónde empezamos? —pregunta Margot.

Rebosantes de estrógenos y aún sobreexcitadas por haber tomado una decisión colectiva sobre la continuación de nuestra aventura, esperamos la respuesta conteniendo el aliento.

—¿Empezar? —Inge levanta la vista, con una patata en una mano y un paño de cocina en la otra—. Bueno, empezamos por recoger. Incluso los vikingos tienen que cargar el lavavajillas.

Nos indica dónde colocar nuestra taza.

—Uy. Sí, lo siento...

Nos ponemos en pie arrastrando las patas de las sillas y comenzamos a recoger la mesa como si estuviéramos poseídas. Inge lanza un paño a cada niño para que la limpien y después empuja un recogedor y un cepillo en dirección a una confusa Margot.

La joven los mira como si fueran kryptonita.

—Los has visto antes, ¿no? —le pregunto.

—Sí. Por supuesto.

Agita los dos elementos de plástico moldeado y luego trata de separarlos haciendo palanca. Mediante un proceso de ensayo y error, logra liberar el cepillo. Margot titubea, luego da una pasada somera al suelo antes de que el cordero le ahorre más humillaciones saliendo de su armario para aspirar el resto de las migajas.

—Ahora os ayudaremos a instalaros y prepararemos las camas.

Esto es una bendición, casi vibro de emoción ante la perspectiva de a) dormir en una cama y b) ver cómo vive este unicornio mágico con forma de mujer.

«Aunque esto no se parece mucho a la experiencia de “pasar penurias” a la que nos inscribió Melissa», pienso, y me fijo en su expresión mientras caminamos.

—¿Estás de acuerdo con esto? —le pregunto—. Me refiero a lo de cambiar las esterillas por literas.

—Sí, creo que sí... —Su respuesta me resulta más ambigua que cualquiera que mi hermana me haya dado en la vida—. Tengo ciertos motivos ulteriores —añade igual de misteriosa.

«¿“Ulteriores”? ¿Si no ha tenido nada ulterior en su vida!»

Creo que es posible que se haya equivocado de palabra, así que me limito a sonreír y sigo andando, satisfecha de haberme salido con la mía en esta estratagema de las camas, al menos por ahora.

«¡Funciona!»

—¿Estás sonriendo? —pregunta Melissa mirándome con fijeza.

—¿Qué? ¿No puedo sonreír?

—Bueno, poder puedes... pero es inquietante. —Finge un escalofrío.

Yo adopto una expresión sarcástica a modo de respuesta antes de fijarme, con curiosidad, en que siento algo que se acerca a «la felicidad».

«Qué raro...»

Inge nos guía por la cocina hacia un segundo pasillo —una especie de equivalente a un rellano

pero en una casa de una sola planta— y más allá de una habitación que contiene a un Magnus todavía quejumbroso.

—¿Deberíamos...? —empieza a decir Tricia—. ¿Está...?

—Se pondrá bien —dice Inge—. La ropa de cama está aquí...

No se detiene a preocuparse por su esposo enfermo, sino que continúa el recorrido y nos enseña una habitación con una lavadora, una secadora y un arcón congelador, así como una librería reconvertida, llena de sábanas almidonadas, blancas y dobladas.

—Brazos fuera —ordena, y nosotras obedecemos—. Hay una sábana y un edredón para cada una, luego podéis coger las fundas de almohada vosotras mismas.

«Así deben de ser las cosas en la cárcel —pienso mientras hago cola para recibir la ropa de cama bien doblada—. Una cárcel muy bonita, pero aun así...»

—¿Ya estáis todas? Muy bien, vamos —dice Inge, y nos echa de ese cuarto—. Ese es el baño. —Señala con la cabeza una habitación grande, blanca y embaldosada en la que una única vela titila con calma.

«¿Qué les pasa a los vikingos con el fuego?»

Cuando avanzamos, veo otra librería en el pasillo, esta con libros y una cesta, escondida a plena vista, que contiene un surtido de teléfonos móviles.

—¿Son esos...? —susurro a Tricia.

—Sí —responde Inge, que me ha oído—. Pero confío en que los dejéis ahí hasta que acabe la semana.

«¿En serio? ¿Sabes con quién estás hablando?»

Experimento un impulso casi incontrolable de estirar la mano y agarrar el iPhone blanco que ha sido una extensión de mi brazo derecho durante todas mis horas de no dentista de los últimos solo Dios sabe cuántos años. Es interesante lo imperioso que resulta este impulso... Es como si no tuviera nada que ver conmigo y más bien fuera otra función que mi cuerpo debe realizar por fuerza. Como respirar. A veces ignoro a mis hijos para ver fotos de mis hijos en el móvil. «Cosa que —reflexiono ahora— no debe de ser de madre estelar. Y sin embargo...»

«No, Alice. En serio. ¡No!»

Mi brazo se estira hacia la cesta, de forma involuntaria.

«He llegado hasta aquí... No he superado la reticencia conversacional, sobrevivido a una experiencia cercana a la muerte con un calcetín giratorio y roto mi restricción de carbohidratos para venirme abajo ahora...»

Como si me estuviera leyendo la mente, Inge comienza a repasar algunas reglas básicas del nuevo acuerdo:

—Ya estáis familiarizadas con el código de conducta vikingo, ¿verdad? Las nueve nobles virtudes de la vida vikinga: la verdad, el honor, la disciplina, el valor, la hospitalidad, la autosuficiencia, la laboriosidad y la perseverancia.

—¿Nueve? —Melissa frunce el ceño mientras se mira los dedos—. Solo he contado ocho. — Levanta las manos para demostrarlo.

—Ya, sí. El noveno es la fidelidad, pero, bueno, en Escandinavia somos bastante liberales. Así que digamos que hay ocho virtudes fundamentales. Lo importante es que la confianza es el centro de muchas de ellas. Y la honestidad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. —Melissa asiente, ahora un pelín menos confundida.

«Adiós, móvil. —Le lanzo una última y prolongada mirada antes de que me hagan seguir adelante—. No te olvidaré...»

—Esta es la habitación de los niños —explica Inge al señalar otro espacio blanco de arriba abajo y con el suelo de madera clara—. Les he hecho las literas para que las fiestas de pijamas y esas cosas sean más fáciles.

«Cielo santo, ¿también organiza fiestas de pijamas?» Llevo ya años resistiéndome a las peticiones de Charlotte para que aumente mi aforo total de críos. Las cosas ya me resultan bastante complicadas con dos personas pequeñas corriendo por ahí y exigiendo cosas. «Pero ¿tres? ¿O más?» Solo de pensarlo, siento que me viene una migraña.

«A lo mejor es que soy una madre terrible y malvada.»

«A lo mejor solo tengo que aprender a relajarme un poco más.»

«A lo mejor tengo que ser más vikinga...»

Rápidamente, Inge y sus dos hijos mayores deshacen las camas y se llevan las sábanas hechas un ovillo a la habitación de al lado, aunque solo después de indicarnos que nos sintamos como en casa.

—¿Te parece bien esa? —pregunta Melissa mientras señala la cama situada al final de una pared decorada no con garabatos infantiles pegados con cinta adhesiva, como en casa, sino con tres vastos lienzos.

Cada uno de ellos ha sido pintado, fechado y firmado por un retoño de Inge y Magnus, y luego elevado a la categoría de «arte» gracias a un marco. «¡Mierda, debería haber hecho lo mismo! —pienso—. Nota mental: añadir a la lista de “cosas familiares por hacer” con el código rojo del calendario del iPhone. Cuando consigas poner las manos encima a un móvil, claro...»

—¡Me pido la litera de arriba! —Melissa ya está trepando por la escalera y colocándose en plan cadáver para probar el colchón—. No está mal —dice, y acto seguido empieza a dar botes.

—Eh... No creo que eso sea prudente... Están hechas para niños...

No he compartido litera con Melissa desde que tenía once años, cuando, por lo que se ve, insistí en que necesitaba privacidad y me trasladé al cuarto de invitados. No me acuerdo de nada de esto hasta que me lo recuerda una hermana pequeña sobreexcitada que no para de poner a prueba la resistencia de las lamas de madera que ha tallado la propia Inge.

—¡Será como en los viejos tiempos! —anuncia antes de aparecer cabeza abajo, con la sangre concentrándose en la cara y el pelo colgando como si fuera una cortina—. Pero no te tires pedos por la noche, porque el aire caliente se eleva y vendrá directo hacia mí...

—Yo no me tiro ped... —empiezo, pero luego me doy cuenta de que le estoy siguiendo el juego. «¡Quiere que vuelva a mi yo de once años!»—. Yo no... hago eso...

En realidad, mi dieta en gran medida vegetariana, combinada con un porrón de ricas legumbres, implica que lo más probable es que «haga más eso» que una mujer media.

«Pero no pienso facilitarle esa información... Además, a estas alturas ya debo de estar bien atascada por la repostería.»

Margot está de pie junto a la otra litera, algo cohibida, con su juego de sábanas aferrado contra el pecho y sin querer parecer presuntuosa, sospecho, después del espectáculo del recogedor. Por suerte, Tricia no tiene tantos reparos.

—¿Te importa si me quedo con la de abajo? Siempre tengo que levantarme a hacer pis por las

noches, así que te arriesgarías a que te pusiera un pie en la cara —le dice a Margot, que acepta de inmediato.

Cuando terminamos, volvemos a la cocina y nos encontramos al cordero dando una cabezada frente a la estufa de leña y a los niños haciendo malabares con los pollitos mientras Inge agita algo en los fogones. La diosa amazónica lame una cuchara de madera con deleite, pone una tapadera a su creación y baja el fuego antes de comprobar por qué punto del plan de estudios vikingo vamos.

—Bueno, Magnus dice que habéis hecho refugio, búsqueda de alimentos en la naturaleza, artesanía y la mitad de armas, ¿es así?

Asentimos.

—¿Os ha dado la charla sobre los monos, las ratas de gimnasio y bla, bla, bla? ¿Sí? Muy bien. Terminaré de hacer el estofado y luego podemos empezar con la forja de espadas.

A Melissa se le iluminan los ojos y le aparece una sonrisa juguetona en los labios, como si tuviera ocho años y acabara de engañar a sus padres para que la dejen acostarse más tarde. Sus hoyuelos amenazan con delatarnos, pero Margot se les adelanta:

—¡Magnus nos dijo que no se nos permitía hacer una espada!

«¿Por qué esta chica es incapaz de mantener la boca cerrada?»

—El chivato paga el pato —murmura Melissa, e Inge arquea una ceja.

—Así que os dijo que «no se os permitía», ¿eh? —repite ella, y Margot se lo confirma—. Bueno, Magnus está ocupado vomitando en una cazuela. Así que vamos a hacer una espada.

—¡Sí! —Melissa se da el gusto de lanzar un pequeño puñetazo al aire.

—¿En una tarde? —pregunta una maravillada Tricia, que se hace eco de mis pensamientos—. ¿Podemos?

—Por supuesto. —Inge se encoge de hombros, apaga el fuego de la cocina y se encamina hacia la puerta—. Apuntad alto. Declarad la victoria antes de verla.

—¿Eso es un meme? —sugiere Tricia, a la que le cuesta seguir el ritmo de las zancadas de Inge—. ¿Como esos en plan *Keep Calm*?

—Se refiere a que debes tener una fe tan ciega en lo que haces que el único resultado posible sea ganar —dice Inge—. Es un dicho vikingo.

«Caray —pienso—. Eso no te lo encuentras de compras por la red...»

—¿Todas listas?

Tras intercambiar una última mirada de solidaridad, asentimos: estamos listas. Nos ponemos en marcha, pero solo después de sujetar a la niña más pequeña en un enorme cochecito de la marca Silver Cross para que se eche la siesta al aire libre («el aire fresco es bueno para los pulmones, y además nadie roba bebés en Escandinavia», nos asegura Inge) y de dejar a los otros dos con instrucciones de «ensuciarse y correr aventuras».

Tengo la sensación de que he vivido mil vidas desde nuestra última visita al cobertizo lleno de humo, pero, por segunda vez el mismo día, no somos sus únicas ocupantes.

—¡Hola! —grita Inge en cuanto entramos.

Del fondo de la choza emerge un hombre corpulento con barba, una camisa de cuadros y algo que se parece mucho a un peto, similar a los que yo solía ponerle a Thomas antes de que, a los tres años, me dijera que eran «para bebés».

«Bueno, pues más tonto eres tú, chaval, porque resulta que los vikingos fortachones también se los ponen.»

Cuando el hombre se acerca, me fijo en que además tiene unos ojos castaños enormes, como de vaca, bordeados de pestañas tupidas.

—¿Quién es este hombretón tan guapo? —pregunta Tricia con una voz que recuerda al chocolate caliente.

—Este es Otto —dice Inge—, mi primo. Otto, ven a saludar, ¡tenemos visita!

—Sería capaz de abrirlo como un pistacho... —Tricia suspira.

El hombre oso camina lentamente hasta nosotras y tiende una mano grande y llena de hollín a la primera que esté dispuesta a estrechársela. Tricia se ofrece voluntaria de inmediato, y luego hay que apremiarla para que lo suelte y nos llegue el turno a las demás.

—¿Te hemos visto antes aquí? —pregunta Melissa.

—Sí, era yo.

—¿Te has marchado sin saludar!

—Sí —es su escueta respuesta, así que es Inge quien nos lo explica.

—Otto acostumbra a trabajar cuando sabe que Magnus no anda por aquí.

—¿Por qué? —pregunta Melissa sin rodeos—. ¿No os lleváis bien?

«¿Cómo lo hace?» Siento una gran curiosidad por saber cómo ha llegado mi hermana a convertirse en una experta en ir al grano.

—Bueno, a mí personalmente nunca me ha hecho nada malo —dice Otto—. Es solo que... ¿Cómo se dice en inglés...? —Abre las palmas de las manos y piensa un rato, hasta que al final da con la traducción perfecta—. Creo que es un poco gilipollas.

«Sí, señor...»

—Venga... —Inge hace un tibio intento de reprenderlo y, al mismo tiempo, contiene una sonrisa—. Otto también es islandés —añade—, así que nosotros somos los vikingos originales, ¿verdad?

—Verdad —repite él con una sonrisa.

—Y a veces Magnus puede ser un poco... —Se queda callada para buscar la palabra adecuada—. Bueno... Magnus.

—Ajá. —Caigo en la cuenta de que le estoy dando la razón, y me siento obligada a decir «lo siento» inmediata y repetidamente mientras un rubor intenso me sube por el cuello.

—No te disculpes nunca —me dice Inge con firmeza.

—No. De acuerdo. Lo siento. No lo siento... —«Mierda, mejor vuelvo a callarme», decido.

—En cualquier caso —continúa—, esta tarde no va de él. Va de que vosotras os convirtáis en vikingas. La espada que hagamos juntas no será perfecta. No será bonita. Pero será vuestra y la habréis forjado con vuestras propias manos.

Miro de reojo las impecables manos de modelo de plástico de Margot —«¡Ja! Buena suerte trabajando el metal con esos dedos»—, pero cuando levanto la vista me percató de que Inge también está estudiando a Margot, calibrándola.

—¿Con qué empezamos? —se lanza la joven de inmediato, deseosa de empezar.

Los labios de Inge se curvan en una sonrisa burlona que destierra enseguida para ponerse manos a la obra.

—Primero cogéis el hierro, le dais martillazos hasta convertirlo en una barra y luego la

golpeáis. Con fuerza. Creamos una hoja de acero empleando muchas capas. La aplastáis, la dobláis y volvéis a hacer lo mismo.

—Como la pasta filo —interviene Otto, un comentario muy útil.

«Sabía que tantos años de “Bake off” mientras hacía la colada y obtenía mi chute de carbohidratos de forma indirecta valdrían la pena», pienso satisfecha.

Lo probamos... y me llevo una grata sorpresa al darme cuenta de que, aparentemente, desde esta mañana he adquirido algún tipo de fuerza vikinga. Tricia no tiene la misma suerte. Una vez más. Y cuando Inge se agacha para tranquilizar a una Freja algo alterada, Tricia recluta a Otto para que le dé unos cuantos porrazos a la espada en su nombre y «gastar su turno». Cuando Inge vuelve, pill a Otto dándole duro... pero no parece impresionada.

—Los vikingos se ayudan a sí mismos —reprende a Tricia.

(«No eres una doncella que necesita que la salven de un dragón; tú eres el dragón.») Tricia promete comportarse como una mujer de verdad, y yo me planteo muy en serio convertir los aforismos de Inge en tazas motivacionales para la clínica.

Inge resulta ser una maestra excelente. Manipula el acero al rojo vivo y luego lo amuela para crear un borde afilado. Termina la espada sin esfuerzo, ha creado un prototipo de hoja mientras las demás la mirábamos con la boca abierta. El arma final es una creación impresionante.

Su peso casi me hunde, me clava al suelo, pero consigo levantarla por encima de la cabeza, gesto que hace que varias palomas escapen aleteando de las vigas, y siento que mis omóplatos se desplazan hacia atrás y hacia abajo, que los tríceps se tensan. «¡Es verdad que soy una vikinga! — pienso—. No está mal para una dentista de Streatham...»

—Vale, y ahora, ¿a quién le apetece hacer un hacha? —pregunta Inge.

«Bueno, si lo dice así...» Hasta yo estoy emocionada.

En palabras de Melissa, «hacemos una echando virutas» trabajando «una forma como de hacha» (de nuevo: cito textualmente a mi hermana) y después espolvoreándola con acero fundido por encima para afilar la hoja.

«¡Lo sé! ¡Fijaos! ¡Aquí estoy, «espolvoreando acero fundido», como quien no quiere la cosa, igual que si fuera cacao sobre un capuchino de leche entera de vaca! (capricho que sin duda no me permito. Salvo cuando me da por ahí...)»

Una vez que la hemos alisado y sumergido en las oscuras profundidades del tanque de agua fría que hay junto al horno para refrescarla, aprendemos a volarla (término técnico).

Hacemos turnos para cargar con el hacha hasta alejarnos bastante de la choza, y entonces Inge nos explica los fundamentos del lanzamiento de hacha.

—Fijaremos... ese árbol como objetivo. —Señala un abeto situado a una distancia media—. Solo tenéis que adelantar un pie, levantar el hacha por encima del hombro como si fuerais a lanzar una pelota, soltarla y dejar que el brazo la siga.

Hace una demostración y el hacha gira por el aire con la delicadeza de una bailarina hasta impactar contra el lado derecho del tronco del árbol objetivo, ¡y abrirle una grieta!

Inge recupera el hacha y la deja en el suelo para continuar con la explicación:

—El objetivo es que el hacha gire trescientos sesenta grados para que la cabeza afilada alcance el objetivo. Puede resultar difícil para los principiantes, pero a ver qué tal se os da...

Se ve interrumpida por un ZAS todopoderoso cuando nuestra hacha hace una diana perfecta.

Inge se da la vuelta y se topa con una sonrojada Margot, que ahora parece insegura.

—Yo... me he dejado llevar... —se disculpa la joven.

—Se suponía que debías esperar hasta que yo dijera «ya». —Inge mira a Margot con fijeza.

—Sí. Pero ¿lo he hecho bien? —pregunta la chica con inocencia.

—Sí. —Inge entorna los ojos y luego asiente con la cabeza—. Sí, lo has hecho bien.

Melissa es la siguiente en tomar las armas, con bastante buen resultado; su coordinación ojo-mano siempre ha sido mejor que la mía a larga distancia.

«Es porque yo me ocupo de los detalles —me consuelo—, mientras que ella se ocupa del ganado. Y... de campos y cosas así...»

Mi lanzamiento impacta contra... nada, pero aun así ejecuto un «voleo» satisfactorio. El último turno le corresponde a Tricia, que, como era de suponer, experimenta dificultades. Esta vez es con la técnica de lanzamiento por encima de la cabeza.

—Creo que me estorban las tetas. —Intenta recolocárselas, primero una y luego la otra, y prueba diferentes ángulos que le permitan libertad de movimientos a su brazo de lanzar.

Melissa empatiza con ella.

—No me extraña que te cueste. Es que tienes unos melones de categoría...

Tras lo cual me sonrojo. Por mí y por todas mis compañeras.

«No somos familia, no somos familia, no somos familia...»

Tricia asiente.

—Debería haberme traído un sujetador deportivo. Cualquier cosa con tal de no meterlas en líos...

—Yo suelo ir sin sujetador —suelta Margot de sopetón.

Todas la miramos.

«¡Vete a la mierda, Margot!», grito mentalmente, ofendida por sus pechos juveniles, firmes y no muy grandes, pero que aun así llenan de manera satisfactoria una copa B y ¡NO NECESITAN ANDAMIAJE!

Al final, Tricia consigue acertar en un árbol. No es el árbol correcto y, más que clavarse, lo que hace el hacha es rebotar y estar a punto de matar a una ardilla despistada. Pero Inge dictamina que merece un «sobresaliente» por el esfuerzo.

—¡Y la hemos hecho solas! ¡Igual que la espada! ¡Y que salvarle la vida a Magnus! —presume ahora Tricia—. ¡Vaya día! ¡Nos hemos ganado un baño temprano!

—¿Hay baños? —Margot parece esperanzada.

—No, en Escandinavia casi siempre nos duchamos —aclara Inge.

—Es solo una forma de hablar. —Tricia trata de apaciguar a todas las partes—. Pero lo cierto es que una ducha me sentará casi igual de bien y estoy impaciente por dármela.

Primero nos reclutan para ayudar con «la vida de los colonos», como creo que lo llamaban los guionistas de *La casa de la pradera*.

—El cerdo puede comerse los restos que hay en el cubo de debajo del fregadero de la cocina —nos indica Inge mientras empuja el cochecito/tanque por el terreno escarpado de vuelta a la casa—. Las gallinas solo necesitan un puñado de grano del barril que hay junto a la puerta trasera, los caballos se cuidan solos...

—¿También hay caballos? —pregunta Melissa encantada.

—Caballos islandeses —la corrige Inge.

«¡Joder, aquí hasta los caballos son vikingos!»

—Las cabras comen cualquier cosa. —Inge repasa el resto de su lista—. Y yo me encargaré de los otros.

—¿Hay otros? —pregunta Melissa, encantada de estar en compañía de una mujer tan *doctora Dolittle* como ella.

—Solo un par de gatos y el cordero. Y los niños, por supuesto. Y Magnus.

—Ah, sí. Claro.

Lo que ocurre a continuación bien podría tomarse por una escena descartada de un remake femenino de *Rocky II*, porque, aunque nuestra intención no es atrapar las gallinas, no habíamos contado con la posibilidad de que ellas intentaran escapar. Por no hablar del —aterrador, seamos sinceras— cerdo.

—¡Ve a por él!

—¡Ve tú a por él!

Melissa y yo nos gritamos para oírnos por encima del jaleo mientras Tricia se ríe y Margot trata de «marcar» al cerdo como si estuviera en un complicado partido de *netball*.

Al final, el extra de *El Señor de las Moscas* decide cooperar y va a revolcarse en el barro fresco mientras nosotras acorralamos a las gallinas.

—¡Esto es muy difícil! —protesto al tiempo que me abalanzo sobre una criatura alada para intentar atraparla.

—¿A que sí? —Tricia jadea—. Aunque es un buen entrenamiento. —Resuella y se toma un descanso de cualquier simulacro de persecución para hacer unas sentadillas—. A este paso mi trasero tendrá mejor aspecto que después del campamento de entrenamiento de Ibiza. Nalgas. De. Acero...

Es en este momento cuando me doy cuenta de que Inge nos está mirando, y parece que no con buenos ojos.

—Esto no va de tener un aspecto extraordinario —corrige a Tricia—. Va de ser extraordinaria. —Mira a su hija mayor para asegurarse de que está escuchando; por lo que se ve que la comprensión limitada del inglés no es ningún obstáculo para recibir una lección temprana sobre igualdad de género—. Vuestros activos más importantes deberían estar en la cabeza y el corazón. No en el trasero. —«Qué suerte tienen algunas», pienso mientras admiro las curvas enlicradas de Inge cuando se da la vuelta para dirigirse hacia la casa, seguida por su progenie—. ¡El cerebro es el nuevo culo! —nos grita volviendo la cabeza por encima del hombro.

Me agacho y sigo persiguiendo las gallinas mientras Tricia murmura:

—Sí, pero ¡qué culo! Si yo tuviera un trasero como el suyo, creo que siempre llevaría chaparreras sin culo. Como un motero. O Christina Aguilera...[15]

—¡Sí! —Melissa ríe.

—¿Conoces la obra de Christina Aguilera? —me obliga a preguntar mi sorpresa.

—Cierra la boca —me replica con lo que yo elijo interpretar como afecto fraternal.

—Aunque, claro, ¿pueden comprarse chaparreras que no sean sin culo? —reflexiona Tricia.

Es una buena pregunta, y meditamos unos instantes.

—Es lo que tiene la vida sin Google —dice Tricia—. Que te obliga a pensar de verdad...

Cuando volvemos a entrar en la casa, lo que nos da la bienvenida es la beatífica imagen de Inge

con el pelo recogido atrás, arrebujada en un enorme jersey de lana y con el cordero en brazos mientras lo alimenta con un biberón.

«¡Es como un póster de Atenea!», me maravillo.

—Empezaremos a darle sólidos la semana que viene, pero de momento seguimos con la tetina —explica.

Asentimos, bastante estupefactas.

—¿Podemos hacer algo? —pregunta Melissa.

—Sí, ¿qué va ahora? —añade Margot, ansiosa por parecer útil.

—Ahora tengo que trabajar un poco —dice Inge.

—¿Esto no es trabajar? —Tricia se desploma sobre una silla—. ¡Estoy exhausta!

—Hay más café en la cafetera —es su respuesta.

«Café: siempre es la respuesta.»

—Pero no, esto no es trabajo... es solo la vida.

—Ah. Vale. Entonces ¿qué más haces? —pregunta Margot con curiosidad.

Inge le saca los gases al cordero, lo echa a dormir en su armario, coge un archivador blanco y un ordenador portátil de encima del aparador y después nos dice:

—Estudio. —Supongo que va a decir algo así como «para ser profesora de yoga a media jornada» o «entrenadora personal» (porque: ese culo), pero lo que en realidad suelta es—: Psicología. Ahora estoy con la tesis doctoral.

Esto no me lo esperaba.

—¿Además de todo... —Melissa señala con la mano a un par de niños salvajes que pasan por allí a toda velocidad— ... esto?

—Sí.

—Uau.

—¿Y sobre qué trata tu tesis? —pregunta Margot con los ojos muy abiertos.

«Ni siquiera Margot es doctora...»

Inge la mira directamente a la cara y contesta:

—La psicología de las personas que superan las expectativas mediante el sobreesfuerzo. Los *overachievers*.

Margot traga saliva con dificultad mientras lo asimila, dividida entre la curiosidad y la creciente sospecha de que puede que la estén observando como parte de un experimento científico.

Al menos así es como me siento yo, de modo que en su caso lo multiplico (porque: Margot...).

—Así que ahora voy a tomarme una hora libre —declara Inge.

Mi hermana parece alarmada hasta el punto de perder el control de los esfínteres ante la posibilidad de que la dejen a cargo de tres niños por segunda vez en una sola tarde. Las obligaciones de la divertida tía Melissa no suelen ir más allá de una lucha inicial y después ponerse a repartir chocolate hasta que los niños están (mira tú por dónde) desmadrados. Al cabo de diez minutos, los devuelve con cara de «no son mis hijos, no es mi problema...».

«¡Y eso que los míos son solo dos! A lo mejor es cierto lo de que mi hermana no quiere tener familia —pienso—. Qué curioso.»

Inge no nos ha preguntado si alguna de nosotras tiene hijos. Ni siquiera si alguien tiene la menor idea de qué hacer con los tres minivikingos que en estos momentos se dedican a entrar y salir de entre las patas de la mesa.

—¿Estaréis bien? —añade cuando ya se está preparando para salir de la habitación, como si acabara de ocurrírsele la idea de que pudiera suceder lo contrario.

—No te preocupes por los niños —le digo con la intención de asegurarle que soy una proveedora de cuidados infantiles muy capaz, el tipo de mujer que lleva cuatro bolsas reutilizables en el coche.

—Me refería a vosotras...

—Ah. —«Vaya, qué vergüenza»—. Sí. Gracias. —Asiento.

—Bueno, duchaos si os apetece; las toallas están encima de las camas.

Y sin más, se va.

A pesar de que nos ha asegurado que los niños —incluso el bebé— son autosuficientes, ahora los tres nos miran expectantes. O desafiantes. No estoy del todo segura.

—¿Y no hay televisión? —Tricia lo comprueba con aire de preocupación—. ¿Te-le? —pregunta de nuevo, esta vez más alto y con las cejas enarcadas, el gesto universal de «no hablo tu idioma porque soy británica, joder, pero ahora mismo te estoy haciendo una pregunta. En voz muy alta».

Por suerte, parece que «tele» se dice igual en vikingo, porque todos los niños captan a qué se refiere y niegan con la cabeza en respuesta.

—¿Ni iPads? —pruebo yo, pero inclinan la cabeza hacia un lado como una jauría de terriers confundidos.

—Creo que eso es un «no» —dice Margot.

—Vale, pues entonces es hora de torturarlos a lo Poppins. —Melissa se da una palmada en las rodillas y coge impulso para ponerse de pie.

—No creo que Mary Poppins sea un modelo realista para la situación actual... —comienzo a decir, pero mi hermana me interrumpe levantando una mano, como si me hubiera pasado de la raya —. ¿Qué?

—Si te metes con Poppins, te metes conmigo.

—¡Venga ya!

—O con Maria von Trap. —Le explica a Tricia—. Otra de mis ídolos.

—¿Tienes ese sentimiento respecto a todos los personajes de Julie Andrews? —pregunta Tricia con curiosidad.

Melissa se encoge de hombros.

—Victor o Victoria me resulta indiferente.

—¿Y el papel que interpreta en *Princesa por sorpresa*? —interviene Margot.

—¿Qué?

Me veo obligada a explicar que Melissa dejó de ver cualquier cosa posterior a 1997 en señal de protesta unipersonal contra la eliminación de la serie *Soldier Soldier* de la parrilla de la ITV.

Por si acaso, no nos la jugamos «a lo Poppins». Tras unos cuantos minutos contrayendo el recto, Melissa observa que los niños «son clavados por completo a los Jane y Michael de la etapa de dale hilo a la cometa» y, tomándose en serio la recomendación de Inge sobre la desatención saludable, se sienta a horcajadas sobre una silla y anuncia que en realidad todas deberíamos «relajarnos, sin más». Así que, después de esconder los cuchillos, debido a mi insistencia, eso hacemos. Tomamos café, charlamos, nos duchamos por turnos, comemos más bollos y nos sentimos ridículamente decadentes (al menos yo) por estar mano sobre mano a las cuatro de la tarde de un jueves, sin hacer nada salvo echar una ojeada a los niños, que de vez en cuando pasan

por allí corriendo. A veces con un animal pisándoles los talones, a veces tirándole del pelo a un hermano, a veces no. Y nadie se muere. Ni se queja. Una «victoria» *in loco parentis*.

No me siento a no hacer nada desde... nunca... «Debo de haberlo hecho por lo menos una vez, ¿no?» Frunzo el ceño e intento recordar. «Puede que en algún momento de finales de la década de 1980, durante unas vacaciones en que tuve neumonía...» O la vez que me rompí la pierna. En cualquier caso, sienta... bien. Paso las manos por la superficie de madera de la mesa y acaricio los anillos desgastados del árbol. Transmite la sensación de ser una mesa vivida y amada, a diferencia de la encimera de granito gris desinfectada constantemente que hay en mi propia cocina.

«Esta mesa —pienso— es como la que teníamos cuando éramos pequeñas.»

Miro a Melissa, instalada frente a mí, igual que cuando nos sentábamos a la mesa de la cocina familiar. Competíamos de manera encarnizada por sentarnos en la silla situada junto a un cajón lleno de manteles individuales. Ella nunca tuvo ni idea de por qué yo quería sentarme en aquel extremo, pero el hecho de que lo deseara convertía aquel sitio en muchísimo más apetecible que cualquiera de los demás. Yo la observaba mientras comía *dumplings*, o *toad in the hole*, o *suet pudding* servidos en platos de la marca Portmeirion, agarrando el cuchillo como si fuera un bolígrafo y hablando con la boca llena de comida casera y pesada con un placer puro y genuino; al menos así era antes de la época de la clínica de obesidad y de que nuestra madre le redujera a la mitad la cuota de carbohidratos. Competíamos para ver quién embutía la mayor cantidad de mayonesa en su patata asada o untaba más mantequilla en su tostada. Luego, si había conseguido agenciarme el asiento cercano al cajón, yo trasladaba mi comida a su interior, con mucho cuidado, para tirarla más tarde, cuando no hubiera nadie más por allí.

Al principio solo me saltaba el desayuno. Nadie le dio importancia. Era una cosa menos de la que preocuparse por las mañanas, y además mi madre solía agradecerme que cuidara de Melissa y recogiera después de que el resto de la familia se terminara los huevos escalfados. Cuando ella nos dejó, las «horas de las comidas» ya no tuvieron mucho sentido. Comíamos de forma cada vez más divergente, así que nadie se inmutaba siquiera si Melissa se sentaba con un pollo asado entero a las tres de la tarde o si nuestro padre cenaba cereales. Y nadie se fijaba en lo que yo comía. O dejaba de comer. Cuando mi madre murió, el saludable apetito de Melissa empezó a celebrarse. Adiós, dieta Hay; hola, todo tipo de golosinas y dulces traídos por vecinos y familiares bienintencionados deseosos de hacer todo lo posible por el «pobre viudo». Por alguna razón, eso hacía que se sintieran mejor: dejaban una lasaña en la puerta y luego ponían pies en polvorosa por miedo a tener que decir algo si los sorprendíamos con las manos en la masa. Y nadie sabía nunca qué decir. Así que los paquetes de comida anónimos no paraban de llegar. Un mes recibimos tantas lasañas, creo recordar ahora, que Melissa dibujó una tabla para clasificarlas y calificarlas del uno al diez. Papá se sumó a la tarea, lo que hizo que, por alguna razón, también él se sintiera mejor. Todo el mundo necesitaba de forma desesperada a alguien a quien cuidar y alimentar, así que a Melissa se lo pusieron en bandeja. «Y más de una vez», pienso en retrospectiva. Recuerdo que me sentí muy satisfecha cuando un verano alguien describió mis piernas como unos «tallos de campanilla» que me brotaban de los pantalones cortos. Y así continuó siendo.

Una vez leí que las hermanas suricatas utilizan la comida para competir, pues la hermana «alfa» come más e intenta ganar peso para afianzar su posición. En nuestro caso funcionaba al revés. Aun

así seguía habiendo «algo» en esa situación. Algo básico. Cuanto más adelgazaba yo, más «iba ganando». Cuanto más adelgazaba, más me hacía con el control.

Me fui de casa en cuanto se secó la tinta de mis últimas notas del instituto, incluso antes de cumplir los dieciocho años. Y no he vuelto desde entonces.[16]

Sabía que mi hermana era infeliz, igual que yo, pero no podía acercarme a ella... o, mejor dicho, no me atrevía. No fuera a ser que me viese de nuevo arrastrada al pozo de tristeza de papá y Melissa y no pudiera volver a salir de él.

—¿Otro bollo?

Tricia me tiende un plato; lleva el pelo envuelto en un turbante hecho con una toalla porque acaba de salir de la ducha, por lo que se parece un poco a una estrella del cine clásico de Hollywood fotografiada en Saint-Tropez.

—No, gracias, estoy bien —respondo, pero no por miedo a lo que el bollo haría a mis muslos (o sea, desMargotizarlos), reparo con interés. Lo rechazo porque los aromas del guiso que hierve a fuego lento en la cocina me están haciendo la boca agua en previsión de lo que está por llegar—. Cómete el mío —le digo, y Tricia no se niega.

Me duelen los músculos, como si los hubiera usado a fondo y con el propósito para el que la naturaleza los diseñó. Me siento nueva después de una buena ducha, y entonces vuelve Inge, que anuncia que su tiempo de estudio ha terminado y nos pregunta si queremos tomarnos una cerveza antes de la cena.

Por norma general, no bebo cerveza («¿A doscientas calorías y hasta dieciocho gramos de carbohidratos cada una? Ni hablar...»), pero esta tarde pienso: «Que le den».

Melissa abre las botellas con los dientes solo para fastidiarme («¡Ojalá no hicieras esas cosas! ¡Es lo peor que podrías hacer! ¡Incluso peor que el impacto que tiene en tu esmalte cortar la cinta adhesiva con los dientes!» Ya ves lo animadas que resultan mis conversaciones informales. No es de extrañar que rara vez me tome la molestia de mantenerlas...). Sin embargo, en cuanto pruebo la cerveza, me olvido de mi enfado, ¡porque es algo sublime!

«Mmm... cerveza... Si esto es un error, quiero equivocarme.»

Efervescente, con un toque frío y ligeramente amargo, hace que me sienta algo floja y contenta desde el primer trago, incluso antes de posarse con pesadez en mi estómago como un enorme abrazo de oso con olor a cerveza. Poco después aparece otro oso con olor a cerveza con más suministros de cerveza y repostería de la zona.

—¡Otto! ¿Cerveza y pastel? En serio, ¡nos estás malcriando! —dice Tricia en tono de arrullo.

—Muy bien, Ambrosio —bromeo, y ella se ríe.

Margot parece desconcertada.

«Seguro que Otto no se parece en nada a los mayordomos que suelen servirla...»

—Solo hemos pensado que os apetecería una buena cena. —Otto sonrío con expresión amigable, ajeno por completo a cualquier referencia a los anuncios de Ferrero Rocher de los ochenta.

—Hay un dicho en la saga de *Hávamál* —continúa Inge, que remueve el guiso por última vez antes de ponerlo en la mesa—: si vienen invitados, tienes que prepararte. Así que eso es lo que hacemos. Así somos aquí.

La única saga que he leído en mi vida es la serie *Las gemelas de Sweet Valley* («*The Wakefield Legacy*», por si te interesa), que carece por completo de cualquier tipo de coda moral profunda y significativa y de lecciones de vida. «Aparte de “ponte siempre cacao en los labios” —pienso mientras me acaricio los labios secos y agrietados—. Esa era bastante buena...»

—Las sagas son un conjunto de historias por las que se regían los vikingos —aclara Inge poniendo la mesa.

—¿Te refieres a las nueve nobles virtudes? —pregunta Margot, que se levanta e intenta parecer útil.

—No —dice Inge—. Esas se las inventaron los estadounidenses que querían un resumen y no se tomaron la molestia de leer las sagas...

—Los estadounidenses y Magnus, ¿no? —bromea Otto, que abre una cerveza con el dorso de la mano tras apoyarla contra el borde de la mesa toscamente labrada, para admiración de Melissa.

Inge ignora el comentario y continúa explicando:

—Pero, de todos modos, yo soy más de Ásatrú, la antigua fe nórdica. Soy una *völva*.

Pronuncia la palabra igual que «vulva». Como si se refiriera a la parte externa de los genitales femeninos... o al semiexitoso proyecto artesanal de Tricia. No puedo por menos que suponer que se trata de otro ejemplo del empoderamiento escandinavo y su famoso enfoque liberal del sexo y el cuerpo.

«¿O sea que así es el feminismo de la cuarta ola? ¿Es esta la versión nórdica del Pussy Power?»

Me preocupa estar tan desconectada, pero es Tricia quien pide aclaraciones.

—¿Eres una «vulva»? —pregunta—. Querrás decir que tienes vulva, ¿no?

—No, que lo soy —dice Inge sin más.

—¿Una «vulva»?

—Una *völva*: v-ö-l-v-a.

—¿Hay alguna diferencia? —Tricia recurre a Otto en busca de ayuda.

—La «ö» tiene puntitos arriba —contesta él como si con eso fuera a iluminarnos.

—Resumiendo: creemos en Thor, en Odín y en todos los demás, pero no dependemos de ellos para solucionar nuestros problemas... porque ¿por qué iban a importarles? —dice Inge, que a continuación bebe un trago de cerveza—. Una *völva* no se queda de brazos cruzados esperando un milagro...

«Jesús... a María, a José y a todos sus amigos carpinteros los están poniendo a caer de un burro por aquí...»

—Somos más bien de crear nuestra propia suerte... y damos mucha importancia a la hospitalidad —dice—. Así que, si entrara en una habitación y no hubiera café ni cerveza ni pasteles, para mí sería de mala educación.

Melissa adopta una expresión algo soñadora y murmura:

—Creo que podría ser una *völva*...

—Ser un auténtico vikingo tampoco tiene nada que ver con los asaltos o los saqueos...

—¡Salvo que se trate de la nevera! —bromea Melissa, pero Inge la ignora.

—Tiene que ver con ser capaz de enfrentarse a uno mismo por las mañanas. Con ser una persona decente que dice la verdad, trata a la gente con imparcialidad y se comporta.

Tricia se remueve un poco en su asiento.

«Qué raro...» Intento llamar su atención, pero se niega a mirarme.

—Debes saber que tus acciones siempre afectan a alguien o algo, a la naturaleza, la sociedad o a otra persona. Lo que envías vuelve. No guarda relación alguna con tus notas, con cuántas horas trabajas al día o con cuál es tu título en el trabajo.

«Error: sistema bloqueado...»

Me cuesta procesar sus palabras, pues todas las cosas por las que he luchado quedan hechas añicos tras un único golpe del martillo de Thor.

—Los vikingos se ganan el respeto con su comportamiento. Siempre empiezas de nuevo, con cada persona a la que conoces. No heredas nada. No se trata de tener dinero o una posición social. Aunque hayas nacido con cierto estatus, debes estar a esa altura.

Ahora le toca a Margot sentirse incómoda. Solo Melissa parece imperturbable.

Los niños se materializan y se sientan en sus respectivas sillas en torno a la mesa, aunque es Otto quien levanta a la más pequeña como si fuera un globo y la coloca en su trona. Entonces nos ofrecen un banquete de estofado de pollo y verduras. Una comida que, por lo que se ve, Inge ha improvisado al tiempo que se encargaba sola de tres niños, forjaba espadas, lanzaba hachas, criaba corderos y repartía aforismos vikingos.

«Es mi ídolo...»

Empiezo a llenarme el plato de estofado evitando con mucho cuidado la carne, pero entonces Otto se da cuenta y empuja el plato de pollo en mi dirección.

—Ah, no, gracias, soy vegetariana —le digo, y Melissa hace una mueca.

—Pero si es pollo. —Otto parece perplejo.

—Sí.

—¿Y eso cuenta? —Otto recurre al resto de los comensales en busca de ayuda. Inge se encoge de hombros.

Ahora me toca a mí mirar en torno a la mesa, por si me estoy perdiendo algo. «¿No? ¿Me he quedado sola?»

—No cabe duda de que el pollo también es carne —aclaro por si caben dudas.

—Ah. Vale. —Otto se encoge de hombros a lo «tú te lo pierdes» y luego añade—: Pero ya está muerto. —Levanta el plato y lo sacude para demostrar que es improbable que su contenido vaya a echar a volar en cualquier momento—. Así que, bueno, podrías comértelo de todas formas.

—No hay demasiados vikingos vegetarianos —explica Inge—. Aunque, por supuesto, tienes derecho a comer lo que quieras.

Otto se mueve para volver a dejar el plato y yo ya estoy a punto de decir «Gracias, eso haré», cuando capto un olorcillo a carne caliente y succulenta.

«Madre mía, qué bien huele...»

—Ponte las botas —interviene Melissa con la boca llena; sin duda, ella se las está poniendo.

—¿Ayudaría si todos miráramos para otro lado? —pregunta Tricia.

Ella lo hace, por si acaso, mientras que Melissa agarra un muslo y lo deja caer en mi plato.

«Qué infantil —pienso—. Aunque... bueno, ahora ya está ahí...»

Me lo como. Y está divino.

«Soy una vegetariana muy mala», me regaño mientras miro a mi alrededor en busca de alguna distracción que mantenga a raya al coro griego de bajo presupuesto que me repite «das asco, Alice Ray...».

A pesar de que han puesto la mesa de manera impecable y de que se han comportado como ángeles vikingos alarmanamente perfectos, me complace ver que los hijos de Inge hacen además de comerse el pollo con las manos.

«¡Ja! ¡Por lo menos no tienen también unos modales irreprochables a la mesa!» Pero entonces nuestra líder vikinga me pilla mirando (o, dicho de otro modo, «juzgando») y señala con la cabeza la escena que se desarrolla ante nuestros ojos.

—Etiqueta vikinga —explica con la boca llena de pollo—. Cualquier cosa que vuele puede comerse con las manos.

En ese preciso momento, los niños cogen los cubiertos para ensartar las verduras... y mi burbuja de «madre engreída» también estalla.

Mette, Villum y Freja comen bien, sin quejas y sin pedir palitos de pescado ni ketchup.

«Magia —pienso—. Está claro que es cosa de magia.»

Melissa engulle, agradecida, antes de volver a servirse.

—¿Es el segundo plato que te comes? ¿O el tercero? —señalo.

Me clava una mirada glacial.

—Estoy entrenando —me explica también con la boca llena de pollo— para el *berserking*. — Mi cara le deja claro que no me lo trago—. ¿Qué? En Texas estoy delgada —agrega, y arranca la carne a un muslo.

Casi me espero que lo lance hacia atrás por encima del hombro, así que me siento aliviada («¿o decepcionada?») cuando lo coloca con pulcritud en un lado de su plato.

—Vale. Bueno...

Después de la cena, Otto se ofrece a supervisar el cepillado de dientes de los niños y a acostarlos antes de marcharse, lo que permite que las demás, en palabras de Tricia, «nos entreguemos con entusiasmo a la gasolina de las señoras».

—Creía que habías dicho que eso era la ginebra —dice Margot con ingenuidad.

—La ginebra, el cava, la cerveza, todo vale —aclara Tricia.

—Ah.

Para cuando me termino la tercera botella de pilsener, estoy un poco mareada y me descubro preguntándole a Inge, muy en serio, «cómo lo hace».

No es verdad.

Lo que en realidad mascullo es algo así como:

—A ver, ¿es que estoy muy cansada! ¡Siempre! Y me quejo. Mucho. Y tú te las arreglas para criar a los niños en casa, sacarte el doctorado y encargarte de todos los animales, y de la cocina, y de la forja de espadas, y del lanzamiento de hachas, y de criar animales con biberón, y de estar guapísima todo el tiempo...

Inge es lo bastante modesta para ignorar la última observación y se limita a mirarme con atención y preguntarme:

—¿Estás loca?

«¡Sí! ¡Es muy probable! —Quiero gritarle—: ¡Deberías haberme visto el mes pasado en el Premier Inn con el vino manos libres! ¡Como Big Macs en mi Renault Space y me digo que no es “comida rápida para llevar”, que es “un picnic en el coche”! ¡Claro que estoy loca!»

Por suerte, la pregunta de Inge resulta ser retórica.

—Los niños solo están en casa porque la guardería está cerrada esta semana —me explica—.

Es no sé qué fiesta religiosa que ya nadie celebra, pero todo está cerrado y comemos pasteles especiales. Aquí tenemos muchos, días libres y pasteles. ¡No los querría en casa todo el tiempo! —Luego añade, como por si acaso—: Además, socializar es bueno para ellos. El cole empieza muy tarde, así que aprenden jugando con otros niños. Aparte de eso... me gustan los animales, no me importa cocinar y hago el doctorado solo para mí. Eso es lo importante. Aquí tenemos un dicho: tienes que ponerte tu propia máscara de oxígeno primero.

—¿Es un dicho tradicional vikingo? —pregunta mi boca antes de que mi cerebro pueda ponerse en marcha.

—No: los vikingos tradicionales no daban mucho uso a las máscaras de oxígeno. De hecho, rara vez volaban a alguna parte —responde con paciencia, y a mí me entran ganas de que se me trague la tierra—. Es un dicho vikingo moderno. Significa que tienes que cuidarte a ti mismo antes de poder cuidar a los demás.

Se produce un silencio extraño y fugaz a mi alrededor mientras intento asimilar esto último.

—¿Y eso es todo? —pregunto finalmente, con escepticismo—. ¿Esa es la clave de todo... de todo esto?

—Eso es todo —contesta.

—¿No eres perfecta...? —farfullo como una idiota.

—No soy perfecta. En el mundo real nadie lo es. —Da otro trago a la cerveza, sin dejar de estudiarme—. Oye, no voy a decirte que sea fácil... pero sí que merece la pena. Vivir de verdad, quiero decir. —Tras estas palabras, se pone de pie y se baja un lado de las mallas de licra—. Mira.

«¡Ay, Dios!» Esto no me lo esperaba.

—¿Ves esto de aquí?

Señala la filigrana de líneas blanquecinas y plateadas que le adorna la parte superior del muslo.

—Uau, tienes estrías...

—No, tengo cicatrices de batalla —me corrige mientras se pasa los dedos con cariño por el intrincado estampado de ramas que lleva siempre consigo—. Cicatrices de la batalla de la vida. De eso va todo esto.

«Creo que la amo...»

Me preocupa no ser capaz de recordar todo esto por la mañana, dado mi estado actual. «Me pregunto si podría enviármelo todo en un correo electrónico...»

La vela que tenemos delante empieza a chisporrotear e Inge, sin dejar de mirarme a los ojos, extiende una mano y apaga la llama errante con la palma plana.

«Es como un pegacornio vikingo chungo...»[17]

Luego se sube los pantalones, se sirve el resto de la cerveza en un vaso y se la bebe de un trago, tras lo cual añade, señalando la botella con la cabeza:

—Recuerda: ponte tu propia mascarilla de oxígeno primero.

Quiero hacerlo. De verdad. Aunque como mujer agotada por llevar el último cuarto de siglo generando una versión de sí misma para los demás, no estoy del todo segura de saber cuidar de mí.

«Pero puede que esté en el mejor lugar para aprender...»

Por lo que decido, aquí y ahora, que voy a absorber hasta la última perla de sabiduría que esta mujer pueda ofrecerme.

—¿Quién quiere postre? —pregunta a continuación.

Aún no nos hemos olvidado de Magnus y las bayas, así que las cuatro nos inquietamos un poco al pensar en nuestra última incursión en el mundo de los postres, hasta que Inge nos asegura que ninguna baya ha resultado arrancada durante la elaboración de este pudín.

—¡Otto ha hecho una tarta!

—¿También hace pasteles? —Tricia se lleva una mano al escote y agrega—: Necesito un momento para que se me asiente el vello de los brazos...

—Lleva sal marina y chocolate por encima, y ha hecho un experimento echándole también un poco de cáscara de naranja —dice Inge al dejarla encima de la mesa.

El resultado es bueno. Muy bueno. Y solo me recuerda muy de paso al paquete entero de galletas de chocolate rellenas de naranja que me comí, entre sollozos, encerrada en el baño una Navidad. Conservo el recuerdo sensorial de la combinación de las lágrimas saladas con el chocolate barato y la naranja sintética. Mi madre acababa de decirme que aquella sería su última Navidad, pero que tenía que ser fuerte, que debíamos seguir adelante con normalidad y que no iba a decirle nada a Melissa. Así que compartí mi dolor con la repostería en vez de con ella.

«Campana sobre campana, y sobre campana una...»

Recuerdo el incidente con viveza, con una intensidad con la que no suelo recordar nada de aquella época. O anterior. O posterior, por lo general.

«Estaba triste —reflexiono—, muy muy triste. Y no tenía con quien hablar.»

Si Charlotte tuviera que pasar por algo así dentro de unos años, me gustaría estrecharla entre mis brazos y decirle que todo va a salir bien. Que haré que todo salga bien. Pero, en aquel entonces, nadie lo hizo por mí. Nadie vino a abrazarme.

«La parte buena —pienso mientras me trago el nudo que se me ha formado en la garganta con la ayuda del último trozo de tarta— es que aquella media hora de llanto hardcore acompañada de nada más y nada menos que 175 gramos de chocolate redondeado significa que, en teoría, fui yo quien inventó todo el rollo del chocolate salado, y unos veinte años antes que nadie...»

La conversación languidece mientras todas hacemos la digestión, así que Tricia, que es alérgica al silencio, comienza a proporcionar a Inge un resumen biográfico de todas las presentes.

—Melissa y Alice son hermanas —le dice mientras yo parpadeo con fuerza en un intento por recuperar la compostura. «No llores, no llores, no llores...»—. Bueno, ¿cómo erais de pequeñas? —me pregunta Tricia.

—Ah, ya sabes —murmuro para que no se me entrecorte la voz.

—No, no lo sé...

—¿Tú lo sabes? —Melissa me mira con atención—. Alice sufre un bloqueo mental y no recuerda nada de lo que ocurrió hasta que cumplió los dieciocho años —cuenta al resto del grupo.

—Eso no es del todo cierto... —protesto.

—¿De verdad? ¡Demuéstralo!

Me gustaría demostrarlo. Me gustaría encontrar la manera de decirle a mi hermana todo lo que nunca he podido decir. Pero no sé cómo hacerlo.

«Ha pasado tanto tiempo, me parece muy ajeno y no encuentro las palabras... y es probable que solo me sienta así por la cerveza... —Miro la botella que tengo en la mano y trato de evitar que mi cerebro se confunda. O, al menos, que se confunda más todavía—. Así que... es solo que... no puedo...»

Al final intento recuperar el control de la situación recitando para mí los procesos fisiológicos que están teniendo lugar en mi cuerpo en estos momentos (porque dentistas = médicos. Es un hecho...).

«Ahora mismo la cerveza se dirige hacia mi estómago y el alcohol irrumpe en mi torrente sanguíneo, más rápido de lo habitual debido a las burbujas, que incrementan la presión en el estómago...»

Tomo otro trago mientras Melissa ofrece su versión de nuestra infancia.

—Y luego estuvo aquella vez que encontré un gato callejero y lo llevé a casa, pero Alice se lo contó a mamá y tuve que dejarlo marchar otra vez... —Me mira como si fuera una especie de secuestradora de niños.

Así que vuelvo a beber, de forma automática.

«¡Mierda! Ahora mi hígado convierte el alcohol en diferentes productos químicos para descomponer el veneno... con... con... —No soy capaz de acordarme—. Vaya, genial, ahora también estoy perdiendo la memoria de adulta...»

Pero entonces caigo en la cuenta.

—¡Enzimas! —exclamo en voz alta, encantada—. Lo siento...

—No me habría importado tanto, pero Alice ya había dicho que no podía quedarme con el armiño debido a su «alergia» —continúa Melissa. Eso sí lo recuerdo—. Le pregunté a nuestra madre si no podría marcharse Alice en vez del armiño, pero me dijo que no. —Mi hermana resopla al recordarlo—. Me pasé días llorando.

—Ya, mi papá pegó un tiro a mi primer poni —dice Margot arrastrando las palabras. Tricia y Melissa la miran horrorizadas—. Por accidente —aclara—. Se escapó de su prado durante la temporada de urogallos. El poni, no mi padre...

—¡Madre de Dios! —Melissa deja su cerveza en la mesa con un golpetazo y tiende un brazo hacia Margot—. ¿Te lo tomaste bien?

—Me puse triste, desde luego. —Asiente con la cabeza para agradecer el apoyo a mi hermana—. Pero me compró otro.

Inge parece desconcertada, aunque luego se distrae porque el cordero sale adormilado de su armario. El animal le da golpecitos con el hocico para subirse a su regazo y ella cede.

—Pues yo una vez maté una vaca —interviene Tricia.

—¿Qué? —Melissa se vuelve hacia ella—. ¿Cómo?

—Bueno, lo que pasó es que, como puede que ya sepáis, el Range Rover Sport tiene una nevera entre el asiento del conductor y el del pasajero —dice Tricia como si los frigoríficos y las frisonas estuvieran unidos de manera inextricable—. Un cuatro por cuatro glorioso, ese. —Niega con la cabeza.

—¿Y...? —dice Melissa con la intención de que recupere el hilo de la historia.

—Ah, bueno, me gusta ir rápido —contesta Tricia—. O mejor dicho, me gustaba ir rápido. Y estaba sacando algo de la nevera. Solo bajé la vista un milisegundo... pero atravesé una verja de cinco travesaños. Y no la abrí. Ese fue el principal problema —aclara—. Ya no he vuelto a conducir.

—Uau. No... —Melissa tiene los ojos como platos y yo intento concentrar mi mente dispersa.

«Ahora mi hígado usa una enzima llamada... —Rebusco entre los archivadores de mi cabeza, pero no encuentro la palabra—. Es algo para convertir el alcohol en... ¿una cosa que empieza por

«a»? ¿O era por «e»...? ¡La madre que me parió!» Me quedo en blanco, así que voy a tomar otro trago de cerveza y me sorprende al encontrar la botella vacía. Inge, que ha estado observando la escena con aire divertido, echa su silla hacia atrás y va a coger leche para el cordero y más cerveza para nosotras. Me lanza una botella de esto último y yo la cojo al vuelo. Por los pelos.

—¿Qué hay de ti? —me pregunta Tricia ahora.

—¿Cómo que qué hay de mí?

—Bueno, los vikingos son muy de sinceridad y de compartir, ¿no? —Busca con la mirada la aprobación de Inge, que asiente de forma muy sutil—. Venga, ¡cuéntanos algo que nadie más sepa!

—Eso no será difícil. Hace solo unos días que nos conocemos. —Melissa ríe—. ¡Y además estamos hablando de mi hermana «Alice Libro-Cerrado»!

—¡Solo porque tú tiendes a airearlo todo a los cuatro vientos! —digo procurando igualar el tono jocoso de mi hermana, pero no lo consigo y, desde el otro lado de la superficie de roble, me llega un terremoto de dolor.

Tricia, al parecer, no se da cuenta e insiste:

—¡Pero si os conocéis desde que nacisteis!

—¡A duras penas! —Mi hermana resopla.

—¡Venga, escupe! ¡Será divertido! —Tricia aplaude.

«No pienso hacerlo», siento con cierto grado de certeza.

—Que empiece otra —es lo único que consigo articular.

—Vale. ¿Inge? —Se vuelve hacia nuestra ilustre anfitriona.

Una Inge impertérrita revela que su primogénito fue concebido en un barco vikingo, lo cual me parece de lo más apropiado. También comparte con nosotras que habla cinco idiomas y que es instructora de buceo.

«Otra *overachiever*. —Asiento con aire de entendida—. Debo aumentar el tiempo que dedico al mandarín en Duolingo. Y algún día aprenderé español... Cuando los niños vayan a la universidad, quizá...»

También nos enteramos de que Tricia una vez hizo un trío (una revelación que no me sorprende lo más mínimo, pero que suscita una miríada de preguntas) y de que Margot es «alérgica al ibuprofeno».

«¿Y ya? ¿Eso es todo? Madre mía, la gente perfecta es muy aburrida.»

Melissa «gana» cuando anuncia que durante un breve período de tiempo fue la cantante de una banda punk monárquica llamada Regal Gristle al acabar el instituto («Cantábamos *God Save the Queen* sin ninguna ironía...»).

Yo no lo sabía.

—¡Pero si cantas fatal! —suelto, y otro terremoto hace temblar el suelo.

—Bueno, tú también, ¡pero yo al menos lo sé!

Eso es un golpe bajo: mi carrera como cantante quedó interrumpida cuando, a la edad de doce años, mi hermana me pilló haciendo mi mejor versión de Whitney Houston en la ducha y le contó a todo el colegio que «soltaba gallos». Hasta aquel momento había sido una cantante de ducha habitual, pero no he vuelto a entonar una sola nota desde entonces.

—De todos modos, la banda era de punk. A nadie le importaba si sonábamos bien, aunque, si os soy sincera, sonábamos como si alguien estuviera construyendo un cobertizo... —añade a modo de

aparte—. Además, solo me dejaron ser la líder porque tenía un abrigo de cuero negro que me llegaba hasta los pies.

—¡Ese abrigo de cuero negro era mío! —me revuelvo contra ella.

—¡Ya te habías ido de casa! ¡No lo echaste de menos! —Eso es verdad. Pero ahora que me lo ha recordado, estoy furiosa. Melissa me fulmina con la mirada, como si estuviera desafiándome a un duelo—. Porque tú nunca hacías nada divertido...

—¡Uuuh! —Tricia finge estar escandalizada, y luego añade—: Lo siento, solo tenía un hermano y era un zoquete, así que esto es nuevo para mí. Seguid, seguid... —nos alienta.

Pero no sé por dónde empezar. Porque, aparte de los momentos tristes, prácticamente lo único que recuerdo es que quería crecer lo más rápido posible para salir. O mejor dicho, para salir de allí.

Melissa pierde la paciencia y habla por mí.

—En pocas palabras, Alice se casó demasiado joven y debería haberse acostado con más gente antes. —Un resumen mordaz de mi vida adulta—. Pero su marido es un idiota y ella está amargada.

«¿Qué? ¡Esto no es justo! ¿Por qué ella solo comparte una anécdota sobre un grupo de música del instituto y a mí me toca que diseccione mi matrimonio delante de desconocidas?»

—No tenéis más que fijaros en las bolsas que tiene debajo de los ojos. —Ahora Melissa dirige la atención de su público hacia mis ojeras—. Le ha quitado los mejores años de su vida.

—Eres infeliz en tu relación —afirma Inge, privándome de la oportunidad de defenderme, como si no tuviera sentido cuestionar algo que resulta evidente para todo el mundo—. Así que ¿por qué no te separas?

«¡Porque las cosas no funcionan así! ¡Porque a estas alturas nuestras raíces ya están demasiado enredadas! ¡Porque tenemos contratada una ampliación para el año que viene! Porque mi familia es la primera cosa a la que lo he apostado todo en mi vida y tengo miedo de perder. Porque eso significaría admitir que me equivoqué...»

Esto es lo que pienso.

Lo que digo es:

—No es tan horrible. Es solo que... ya no es una relación nueva y excitante.

—¿Qué es, entonces? —pregunta Tricia.

Lo pienso.

—Es... ni fu ni fa.

Tricia asiente, comprensiva.

—¿Hacéis algo para mantener viva la llama? —pregunta—. ¿Os enviáis mensajes sexuales durante el día?

La miro como si estuviera trastornada.

—No, estamos casados. Solo nos enviamos mensajes cuando necesitamos algo de la tienda.

—Ah, esa etapa... —dice Tricia con tristeza.

—¿Cómo te sientes cuando piensas en tu marido? —suelta Inge sin rodeos.

El alcohol me pasa factura y titubeo antes de poner mi voz a prueba con un:

—Bueno... Me siento... —Me quedo callada para evitar que se me escape lo que pienso de verdad, que es: «¡Atrapada! ¡Encadenada! ¡Como si quisiera tirarme por una ventana MUY ALTA!»—. A veces puede resultar un poco molesto —digo al final—. Ya sabes, cuando ronca.

Eso lo odio. Y cuando babea pasta de dientes por todo el lavabo y la deja ahí. Y cuando a veces el hueco que tiene entre los dientes le hace soltar una especie de silbido. Y odio cómo mastica...

—En definitiva, ¿lo odias? —pregunta Tricia cuando me callo para coger aire.

—¡No! —«No lo odio. Solo fantaseo con su muerte... a menudo.»

—Ya, pues no debería ser así —dice Inge como si me estuviera leyendo la mente.

«Otra vez.»

—¡Pero tenemos dos hijos! —le espeto, como si fuera la única justificación que necesito.

—Seguiréis teniendo dos hijos aunque os separéis —responde Inge con absoluta naturalidad—. No es necesario que después seáis los mejores amigos... Es decir, podéis serlo, pero mientras mantengáis una relación lo bastante cordial para coexistir en el diagrama de Venn sobre la crianza de los hijos, todo irá bien. Cualquiera persona a la que elijas para compartir tu vida te volverá loca, así que eliges lo mejor que puedes. Pero si te equivocas, te equivocas. —Se encoge de hombros y luego explica—: Aquí separarse no conlleva ningún estigma. Las esposas vikingas podían divorciarse de sus maridos por razones tan insignificantes como «presentar demasiado vello en el pecho».

—¡Sí, señor! —farfulla Tricia antes de que Inge prosiga.

—Aquí tenemos este dicho: «La primera vez te casas por los niños, la segunda por amor».

—¡Vaya, eso es fantástico! —Tricia aplaude—. ¡Me encantan las segundas bodas! ¿El hombre hecho un flan? ¿La mujer con un traje de pantalón color crema? ¿Hijos adolescentes mirándolos enfurruñados? ¿Todo el mundo borracho para sobrecompensar la incomodidad? ¡Precioso!

Inge se permite esbozar una sonrisa, como si empezara a coger el truco al humor británico.

—Entonces ¿Magnus y tú...?

Melissa se lanza a bocajarro. «Joder, qué valiente es...»

—Un par de años más, como máximo —es la respuesta que le da Inge, en un tono que es a la vez tranquilo y seguro. Como si lo que dice no fuera un desastre, sino un plan—. Y la próxima vez elegiré a un hombre que coma sin hacer ruido y no sienta la necesidad de recolocarse los genitales tan a menudo —concluye, como si esos motivos de queja hubieran sido factores decisivos.

Tricia se pasa la lengua por los dientes superiores antes de añadir:

—Bueno, te doy toda la razón: es mucho mejor separarse que dejar que las cosas se pudran. Mi ex ex y yo lo alargamos hasta que Ed se fue de casa... Ya sabéis, habitaciones separadas, conversaciones por correo electrónico escritas en mayúsculas de principio a fin. Pero si hubiéramos roto antes de querer sacarnos los ojos el uno al otro, podríamos haber pasado página, haber dejado de ser una pareja infelizmente casada y habernos convertido en dos personas que se dividían de forma igualitaria y manejable la responsabilidad de criar a su hijo. *Et voilà!*

No sé cómo explicarle a Tricia de manera diplomática que yo no solo quiero «criar» a Thomas y a Charlotte, que quiero quererlos y estar siempre ahí para cuidar de ellos. Así que opto por intentar transmitirle que no creo que se me diera muy bien todo ese tinglado de la tutela compartida.

—Creo que los echaría demasiado de menos. —Niego con la cabeza.

El amor que siento por mis hijos siempre ha ido en una misma dirección: hacia arriba, y eso pone en perspectiva todo lo que vino antes. «No amaba a Greg —me doy cuenta ahora—. Nunca lo he amado.» Lo que pasa es que estaba ahí. En el momento oportuno. Más o menos después de que me quemara los dedos con mi anterior relación y de que unos ovarios que acababan de

empezar a funcionar de nuevo se pusieran a gritarme que tuviera hijos con alguien. «Con cualquiera, en realidad... Pero ha valido la pena, ¿no? ¿Por Charlotte y Thomas?»

—Me encanta pasar tiempo con mis hijos —es la mejor manera que se me ocurre de dar a entender todo esto, antes de añadir el modificador—: casi siempre... Menos cuando se comportan como mierdecillas. —Me sonrojo de inmediato al admitirlo—. Lo siento.

—¡No te disculpes nunca! —ordena Inge—. No pasa nada por sentirse así.

—¡Claro que no! —A Tricia se le traba la lengua—. ¡No se puede ser la puñetera Mary Poppins a todas horas!

—Ya te lo he dicho: ¡no metas a Poppins en esto! —Puede que Melissa comparta la opinión de Tricia sobre Greg, pero no va a permitir que le cuele comentarios despectivos sobre Julie Andrews.

Tricia levanta las manos en señal de rendición antes de continuar:

—Lo único que yo quería decir es que ¡la crianza es difícil! —Inge asiente—. Y admitirlo no te hace mala persona. Antes de que sean capaces de cuidar de sí mismos (ya sabéis, encender la cafetera, votar y todo eso), ¡es agotador! Y también aburrido, la mayor parte del tiempo. Tardan una puñetera eternidad en ponerse los zapatos, su conversación es básica, en el mejor de los casos, ¿y qué me decís de quedaros ahí de pie mirando cómo se columpia un niño? —Ahora Tricia se centra en Melissa y Margot—: ¡Un aburrimiento! Nadie te lo dice, pero es desesperante. Es o hacia delante o hacia atrás. ¿Dónde está el dramatismo? ¿Dónde está el suspense?

Melissa asiente como para decir «te entiendo».

—No son como los animales —añade Tricia dirigiéndose a mi hermana—. Con los perros podía irme un par de días, volver, darles una galleta y ellos se ponían tan contentos de verme que se pasaban el día meneando la cola... Pero los niños se enfurruñan. Mi hijo no paraba de quejarse de que tenía que prepararse él solo el almuerzo para el colegio. —Tricia niega con la cabeza, como diciendo: «cómo son los críos, ¿eh?»—. ¡Y el ruido! —continúa—. ¡Nunca te advierten de lo del ruido! Y eso que era solo uno... ¡No sé cómo lo hacéis con dos! —Aquí me mira a mí—. ¡O con tres! —A Inge casi le grita—. Me pasé toda la fiesta del sexto cumpleaños de Ed con unos auriculares de seguridad industriales que había «liberado» de la casa de Aneka Rice.[18] Pero, a pesar de todo, lo haces lo mejor que puedes... y luego se van. No son tuyos. Nunca lo han sido. Y si después de eso te quedas con alguien a quien odias, pues, bueno, es una mierda bastante deprimente. Mi ex ex y yo solíamos ver la televisión por las noches para evitar las broncas. Pero cuando nos quedamos los dos solos, ya no nos poníamos de acuerdo ni en qué programas ver. Así que nos divorciamos.

Adopto mi mejor expresión de «lo siento mucho», pero Tricia estalla en carcajadas.

—No, nada de caras tristes. Ojalá lo hubiéramos hecho antes. Tal vez las cosas hubieran ido mejor con Ed de haber sido así. Las veinte mil libras que me costó divorciarme de su padre fueron el dinero mejor gastado de mi vida...

—Muy bien. Me alegro por ti. —Reorganizo mis rasgos faciales.

—Ahora mismo estás en el ojo del huracán... pero lo superarás —me dice Inge.

«Pero ¿tú qué sabes? —me entran ganas de gritar—. ¡No soy como tú! No puedo volver a estar soltera... Tendría que hacerme la cera, ¿no? ¿O he tenido suerte y ha vuelto el felpudo de los setenta?»

Pero el problema siguiente es mayor que el del felpudo: el divorcio supondría el fracaso. Y yo

no fracaso...

—Greg y yo estamos bien —insisto, y engaño a cero personas exactamente.

—Esa es mi hermana, siempre está «bien». —Melissa arrastra las palabras—. Incluso cuando no lo está. Podéis llamarla «Robo-Alice».

Elijo tomármelo como un cumplido.

—Nunca te abras a nadie, nunca muestres ni un resquicio de debilidad. Mantén siempre las apariencias... incluso aunque tu marido mee sentado y deje frenazos en los calzoncillos...

—¿Frena-qué? —pregunta Margot, perpleja.

—¡Nada! —replico furiosa para intentar cortar el hilo de la conversación.

Pero a Melissa no hay quien la pare.

—Robo-Alice, siempre tan recta, siempre haciendo lo correcto.

—¡No siempre! —la corrijo.

—Ah, ¿no? ¿Cuándo has hecho algo mal? ¿Alguna vez?

Me entran ganas de reírme a carcajadas, porque hace un tiempo que tengo la sensación de que todo lo que hago está mal. De que no tengo éxito en ningún ámbito de la vida: ni en el de la maternidad, ni en el del trabajo, ni en el de ser una buena hermana, ni en el de la amistad, ni en el de las «interacciones sociales reales», ni siquiera en llegar a comprender los principios fundamentales de la vida vikinga. Mientras que Melissa parece estar, según sus palabras, «petándolo», pues tiene un equilibrio entre la vida profesional y la personal que yo apenas me atrevo a contemplar, unas habilidades sociales con las que yo solo puedo soñar y una actitud positiva que yo nunca he creído que en realidad fuera posible sin la ayuda del óxido hiponitroso (también conocido como «gas de la risa», el mejor amigo del dentista).

—¡Hago cosas mal! —protesto—. Hay cosas en las que soy un desastre... —insisto, y añado sin mucha convicción—: ¡Mogollón!

—¿Como cuándo?

—Como, hace poco...

—¿En serio? —me desafía Melissa.

—¿En serio? —repite Tricia con los ojos como platos de la emoción—. ¡Sigue! —me exhorta.

—Te toca —confirma Inge con la lógica simétrica de los escandinavos.

A estas alturas, siento los músculos maravillosamente flojos y la cabeza me da vueltas a causa de la cerveza, así que obedezco.

—Bien... —Me acerco a la rastra a mi confesión, alargo la palabra todo lo que puedo para ganar tiempo. Un aplazamiento de sentencia, por así decirlo. Luego me lleno los pulmones hasta la máxima capacidad y empiezo—: Cuando me recogiste en el Premier Inn después de ese congreso de odontología del mes pasado...

—¿Ese en el que vomitaste? —aclarar Melissa.

—Sí, gracias, ese en el que vomité. ¿Te acuerdas de que te dije que me había emborrachado con un amigo?

—Sí.

Melissa sigue mirándome con escepticismo.

—Bueno, la verdad es que no era un amigo. Me encontré con un dentista...

—¿Qué? ¿En un congreso de odontología? Me dejas de piedra... —Melissa bebe otro trago de cerveza, mi no-historia le hace perder la paciencia.

—Y creo que... es posible que... me acostara con él...

En cuanto consigo desenmarañarla, me entran ganas de recoger de inmediato la hebra de mi confesión.

Se hace el silencio en torno a la mesa. Melissa cambia de expresión y noto que se me tensan todos los músculos del cuerpo.

—¿Que hiciste qué? —pregunta al final—. ¿Has perdido la cabeza? —Parece horrorizada.

—¡No! —contesto, ahora a la defensiva.

«Tal vez... Sí...»

—¿Y bien? ¿Cómo fue? —Tricia quiere detalles.

—Yo... Yo... —tartamudeo—. No me acuerdo...

—¿En qué estabas pensando? —exige saber Melissa.

—¡En nada! Esa es la gracia... —Miro a mi alrededor en busca de apoyo.

—¿Qué te pasa? —continúa mi hermana.

No es así como pensaba que iría la conversación.

«¿O sea que a Tricia se le permite hacer un trío y a mí no se me permite una indiscreción menor/media en doce años de diligente servicio marital?»

Me doy cuenta, demasiado tarde, de que he juzgado mal el tono de esta «charla de chicas».

«Y por eso tú no mantienes “charlas de chicas” —me repruebo—. ¡Idiota! ¡Estás fuera de tu elemento!»

—¿Era grande, el tipo? —continúa Tricia, ajena al trasfondo de discordia fraternal a punto de estallar.

—Yo... No lo sé...

—De todos los... —Melissa se interrumpe y, en vez de seguir adelante, niega con la cabeza—. Es que no me lo puedo creer.

No esperaba que Melissa se lo tomara tan mal. Ni que las tensas costuras de nuestra relación fueran a exponerse de una manera tan pública.

—¿Cuándo te has vuelto tan mojigata? —contraataco avanzando hacia territorio desconocido—. Sí, de todas maneras, Greg nunca te ha caído bien..

—Uf, Greg. —Hace que el nombre suene como si fuera una palabra inventada—. Greg. A nadie le cae bien Greg.

—¿Perdona?

—A papá no le cae bien.

—En serio, es que...

—Lo llamó gilipollas en Navidad.

—Ah, ¿sí? Qué caballeroso...

—Es que Greg es gilipollas.

—¡No estamos hablando de eso! —He pasado a gritar.

—¡No, no estamos hablando de Greg!

—¿Greg es su marido? —Inge frunce el ceño intentando no perderse.

—Creo que sí —susurra Margot, en un tono demasiado alto para entrar en la categoría de susurro.

—Sí —confirma Melissa—. Y es un gañán...

—¿Trabaja en el campo? —pregunta Margot, a estas alturas ya convencida, estoy segura, de que

los demás no somos más que meros siervos.

«Tramoyistas y criados en su vida y la de los suyos», rumio resentida.

—¡No! —aclara Melissa—. Lo estoy usando en sentido peyorativo. Su idea de pasar un buen rato es sentarse en una habitación en penumbra con la única compañía de las noticias de Fiona Bruce y unas piedras. Cree que cuidar a los niños significa aparcarlos delante de un iPad.

—¡No se te ocurra ni en broma juzgar sus habilidades como padre! —Esto me indigna por partida doble porque a) Melissa no tiene derecho a criticarlo y b) tiene razón. Cosa que odio.

—¡Ya te lo he dicho! ¡No estamos hablando de Greg! —replica Melissa.

—Bueno, pues si el problema no es Greg, ¿cuál es? —pregunto desconcertada—. ¿Por qué me estás juzgando así?

—¿Que yo te estoy juzgando? —Melissa no da crédito a lo que oye—. ¿Y eso me lo dices tú, jueza Judy?[19]

—Yo no me llamo así...

—Pues deberías...

—Venga, venga, reservad los bolsazos para el amanecer. —Tricia intenta negociar la paz, pero fracasa.

—Tú hablas de la vida familiar —persiste Melissa—, pero nunca haces ni el más mínimo esfuerzo por ver a papá...

—¿Estabas muy borracha en el congreso de odontología? —interviene Margot sin saber muy bien cómo graduar el tono de su pregunta ni tener claro de qué lado está, pero deseosa de participar.

—¿Qué? —Me vuelvo hacia ella, algo confundida y negando de forma sutil con la cabeza—. No. Es decir, sí.

—Hipócrita. —Melissa se regodea en la palabra, saborea todas y cada una de las letras.

Durante un instante, me quedo boquiabierta a causa de la conmoción.

—¿Por qué te importa tanto?

Melissa me mira con los ojos entornados antes de contestar:

—Me «importa» porque te has pasado años, desde que tengo memoria, subida a un caballo enorme, gigantesco...

—¿Te refieres a un caballo alto? —pregunta Margot con intención de ayudar.

—¡Eso he dicho! —exclama Melissa levantando la voz—. Y siempre me ha dado miedo contarte cosas por si te ponías en plan Doña Jueza Que Todo Lo Juzga...

—Te lo repito: no me llamo así...

—Y todo eso sin dejar de criticar y lanzar a todo el mundo esas miradas...

—¿Qué miradas?

—¡Esa! ¡Esa que tienes ahora mismo! ¿A que sí? —Melissa recurre a Tricia.

—Es cierto que a veces tienes una expresión bastante feroz —admite Tricia con cautela. Giro el cuerpo hacia ella para no escamotearle ni el menor detalle de mi feroz expresión—. Sí, esa es. —Asiente con la cabeza y se protege los ojos con las manos de forma melodramática—. ¡Oh, la siento! Es la mirada de una mujer que podría matar. De nuevo... —Se vuelve hacia Melissa—. ¿Es este el temporal huracanado sobre el que me advertiste?

Mi hermana chasquea la lengua y asiente con la cabeza.

—¿Habéis estado hablando de mí?

Me siento dolida. Creía que aquí Tricia era mi aliada. La compañera con las mismas habilidades vikingas de mierda que yo. «Y sin embargo, durante todo este tiempo, ¿me ha estado traicionando como una Judas con Melissa?»

—¿Habéis estado hablando de mis «expresiones»?

—No te echas flores... —comienza Melissa al tiempo que Tricia dice:

—Solo un poquito...

—A mí no me han comentado nada... —añade Margot para intentar consolarme.

—¡Uf, VETE A LA MIERDA, MARGOT! —Mi intención era transmitir el mensaje con una expresión facial, pero descubro que las palabras se me han escapado de los labios.

La presión va en aumento, se produce otro terremoto y noto que las placas tectónicas se desplazan.

Intento restar importancia al comentario con una carcajada, pero me sale lánguida. Nadie habla —ni siquiera respira, al parecer— durante un momento.

—¿Sabes? Teniendo en cuenta lo mucho que te importa la aprobación de los demás, cualquiera pensaría que a estas alturas ya habrías descubierto una forma de ser algo menos arpía. —Melissa niega con la cabeza y parece decepcionada de verdad conmigo.

Como por arte de magia, se han materializado unas patatas fritas encima de la mesa, así que me las meto en la boca para evitar soltar cualquier otra cosa de la que pueda arrepentirme más tarde. Pero Melissa insiste:

—¿Y bien? ¿No vas a disculparte?

«Estoy muy cansada. Y borracha. Y llena de patatas fritas...»

—Estamos esperando... —Melissa no se calla.

—¡Tú también puedes irte a cagar! —espurreo con la boca llena de patatas semimasticadas.

—Nada que añadir, señorita —dice Melissa, que se recuesta en su silla antes de decidir que su «alegato» ha vuelto a cobrar vida—. ¿Sabes...? —Se inclina hacia delante apuntándome con el dedo—. Supe que pasaba algo en cuanto te recogí de aquel congreso y me oliste a tejón muerto... Y te dedicaste a echarme la bronca por... bueno... por todo. Como de costumbre. ¡Es increíble! ¿Alguna vez se te ha ocurrido pensar en cómo se sienten los demás?

—¿Hablas en serio? —Casi lo escupo—. ¡Siempre estoy pensando en los demás! —Me pregunto si no sería un momento idóneo para mencionar las cuatro bolsas reutilizables. «Por no hablar de las mascarillas médicas de repuesto que suelo llevar siempre conmigo para repartir entre los pacientes/trabajadores del supermercado/profesores/demás padres del colegio de los niños cuando están resfriados...»—. ¡Yo cuido de todo el mundo! ¡Tengo domiciliada mi donación mensual a Dentaaid: «Mejorando la salud bucodental del mundo de sonrisa en sonrisa»! ¡Dirijo el AMPA! ¡Siempre pago la zona azul! ¡Nunca llego tarde! Si acaso, tiendo a llegar pronto...

—¡No llegas pronto a todas partes porque te importe! —me interrumpe Melissa—. ¡Tu puntualidad es un acto de agresión militar! Solo quieres llevar la delantera. ¡Tienes que llevar la delantera!

Busco apoyo a mi alrededor. «¿Esto está pasando? ¿Estamos peleándonos como en los reality shows?», me pregunto abotargada. Yo no sé hacer estas cosas. Nunca las he hecho. De niña, Melissa gritaba y tenía rabietas (y también daba patadas, ahora que me acuerdo...) y mi padre de vez en cuando levantaba la voz a cuenta del críquet. Mi madre y yo guardábamos silencio y observábamos. Melissa siempre decía que eso era peor: ¿por qué no éramos capaces de «sacarlo

todo» y seguir con nuestra vida? Pero ese nunca fue nuestro estilo. Reprimirlo. Encerrarlo bajo llave. No reconocer nada. Incluso con Greg, incluso en nuestros peores momentos, siempre hemos mantenido una especie de aversión mutua silenciosa. Un resentimiento esterilizado, hervido a fuego lento. Pero ¿perder los papeles? Jamás. «Porque, si los pierdes, puede que no vuelvas a recuperarlos», me recuerdo. Y sin embargo, aquí estoy, gesticulando como una loca y arrojando insultos como si fuera una especie de *banshee* trastornada.

—Las que las matan callando son las más peligrosas —bromea Tricia, en un intento de quitarle hierro al asunto supongo.

Pero no estoy de humor.

—¡Y eso lo dice una borracha que no para de dar la brasa con los gin-tonics ni un minuto! — Esas palabras salen de mí, de la nada, y me tapo la boca con una mano para intentar volver a metérmelas dentro.

Tricia se sulfura un instante, pero se oye una inspiración repentina de Melissa. Intercambian una mirada antes de que mi hermana niegue ligeramente con la cabeza. Ante ese gesto, Tricia se relaja y se encoge de hombros.

—Me preocupa mucho la malaria...

«¿Será que Melissa sabe algo que yo no sé?»

La sensación de que todas se han unido en mi contra, o de que al menos me han dejado al margen de algo, es cada vez más intensa y molesta. Y aumenta con cada oleada de paranoia inducida por el alcohol.

Margot sigue riéndose del comentario sobre la malaria, así que ahora me revuelvo contra ella.

—Y tú con esa cara de gata perfecta y esas manos de maniquí de plástico que no han trabajado ni un día en toda su vida, ¡mientras que yo llevo décadas eliminando la placa difícil! —No es del todo cierto; una década y media sería más exacto, pero no suena igual.

—¡Ya basta! —exige Melissa.

—¡Porque tú lo digas! —le espeto.

—¡Cierra el pico! —me dice.

Pero no lo hago.

Al contrario, contraataco.

—¡Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer! ¿Qué sabes tú de nada? ¡Tu vida es una puta fiesta de ositos de peluche! No todos podemos tocarnos las narices mientras jugamos a los granjeros todo el día, algunos tenemos que trabajar en el mundo real para ganar dinero y que las cosas sigan funcionando. Como los adultos... —Ni siquiera he terminado de hablar y ya soy consciente de que la estoy cagando.

«“Relájate”, me dice todo el mundo. “Suéltate la melena de vez en cuando”, insisten.»

«Bueno, pues ya lo he hecho. ¿Y qué ha pasado? En estos momentos mi hermana está incandescente de rabia y al borde de las lágrimas. Me estoy comportando como un animal acorralado y, sin embargo, lo curioso es que da la impresión de que soy incapaz de contenerme.»

—No sabes cómo es mi vida —dice Melissa, ahora con una voz medida y fría nada típica de ella—. No tienes ni idea.

«Este es —pienso—. Este es el momento en el que podría disculparme e intentar arreglar las cosas. Es lo que debería hacer. Es lo que haría una persona normal. —Pero siento la electricidad

del miedo y la adrenalina—. Soy adulta, la gente no me habla así. Nadie me ha hablado así desde... bueno, desde Melissa. En casa. La noche que me fui.»

Así que, en lugar de disculparme, me pongo agresiva.

—¿Estás de coña? Si apenas vives en el mundo real, bueno, por lo menos en el posterior a los años cincuenta. A ver, ¿quién no tiene un smartphone? ¿O wifi? ¿O bolsitas de té! ¡Es como si lo hicieras para llamar la atención! ¡Eres una teatrera! ¡Siempre lo has sido!

—Bueno, tú eres fría y estirada —dice tragándose las lágrimas, y se lleva una mano a la mandíbula en lo que sé que es un intento de calmar el dolor de la muela del juicio que todavía no se ha sacado.

—Vale —replico, ardiendo ya como un reguero de pólvora—, ¡pues prefiero eso a la incontinencia emocional! ¡Mírate en el espejo y resuelve tus mierdas antes de empezar con las mías! ¡Y tampoco te vendría mal invertir en un cepillo de dientes eléctrico! ¡Bebé grande!

En este momento, Melissa empuja su silla hacia atrás y sale de la habitación hecha una furia, con un portazo impresionante que hace temblar las paredes.

—¿Veis a qué me refiero? —me dirijo a las atónitas vikingas que quedan en torno a la mesa—. No ha tenido ni la más mínima consideración por el hecho de que haya niños durmiendo y un hombre en la cama por intox... —Me callo por si eso representa una admisión de culpa. «“Intoxicación” es una palabra fuerte», razono. De todas maneras, me temo que ya estoy perdiendo a mi público sin necesidad de volver a mencionar el escándalo Baya-Gate, así que reformulo la frase—: Un hombre muy enfermo —digo al final.

«¿Veis? No soy una persona fría y sin corazón, ¿verdad? —Me entran ganas de sacudirlas una a una para exigirles confirmación—. Soy práctica. Soy una buena persona con la que viene bien contar. Soy una buena persona, y punto. ¿No?»

Suena otro portazo. Es Melissa.

—No me he calmado, solo he vuelto a por mi polar de los polvos —anuncia al tiempo que recupera la monstruosidad granate recién lavada del respaldo de su silla y se la echa sobre los hombros como si fuera la capa de superheroína de una mujer pobre.

En el último momento, coge su botella de cerveza medio vacía para llevársela y vuelve a marcharse zapateando.

—¿Un huevo? He pensado que te apetecería un huevo. ¿Lo quieres? —pregunta Tricia mientras me froto los ojos para despertarme.

Lleva el pelo otra vez recogido en un turbante de estrella de cine de los años sesenta, una espumadera en una mano y algo que se parece mucho a un Bloody Mary en la otra, pero me siento tan aliviada por que no haya dejado de hablarme que me guardo todos los comentarios para mí.

—Mmm, gracias —respondo avergonzada.

Tengo la sensación de que mis extremidades son de plomo y me duele todo; no sabría decir si se debe al esfuerzo físico, al alcohol o a una combinación de ambas cosas. Aunque el martilleo que noto en la cabeza y la boca pegajosa son testimonio de que la cerveza podría haber desempeñado un papel importante.

Margot está estirando los cuádriceps contra la pared y tiene ese aspecto fresco que te confiere el haber salido a correr temprano, lo que solo consigue que me sienta menos «fresca». Inge lleva a un niño aferrado a cada pierna y a otra colgada del cuello como si le fuera la vida en ello, dándose un paseo a caballito. Coge al cordero con una mano y una mantequera con la otra; deposita esta última en la mesa y luego se sacude de encima a su prole y les pide que ayuden con el desayuno. Ellos obedecen, sumisos, sin un solo murmullo de protesta, mientras ella da el biberón al cordero.

«La psicología de los *overachievers*.» Trato de dar unas cuantas vueltas a esa frase en la cabeza, pero descubro que el mero intento me duele, así que me limito a desplomarme en una silla y esperar mi huevo con gratitud.

—¡Recién puestos! —Margot sonrío—. Los he recogido yo misma, ¿a que sí? —Mira a Inge en busca de aprobación, pero no obtiene nada. Así que añade—: ¡Todavía desprendían vapor!

Para ser sincera, la imagen de mi huevo pasado por agua saliendo a presión de las zonas íntimas de una gallina escarbadora hace apenas una hora me provoca cierto rechazo. «Deja. De. Ser. Tan. Cagona», me reprendo por mis remilgos y, como no quiero quedar mal delante de Margot ni de Inge, sonrío y rompo la cáscara. Con la máxima tranquilidad posible. Ya han encendido las velas —y hace un buen rato, si me guío por su altura actual— y me maravilla que los vikingos parezcan incapaces de soportar una sola comida/pausa para el café/oportunidad de sentarse sin tener una llama cerca.

«Cualquiera diría que no se ha inventado la electricidad...»

—¿Desayunáis siempre a la luz de las velas? —le pregunto a Inge.

—Sí —me dice con rotundidad. Y añade—: ¿Has oído hablar del *hygge*?

—¿Y quién no, a estas alturas? —Mi intención era decirlo mentalmente, pero, por la expresión divertida de Inge, deduzco que lo he pronunciado en voz alta.

—No solo tiene que ver con las velas, pero son un buen comienzo —dice—. El resto, tienes que sentirlo. Y lo harás, antes de que acabe la semana.

A pesar del lacerante dolor de cabeza, por alguna razón, la creo.

Un niño («Villum, ¿no?») estampa un ladrillo de pan de centeno delante de mí, junto con un

enorme cuchillo de sierra. Porque he aprendido que los cuchillos y los niños son, obviamente, una combinación vikinga aceptable. Me paso unos cinco minutos serrando el bloque antes de que se libere una rebanada, y luego dedico otra eternidad a dividirla en trozos antes de poder sumergirlos en la yema de color fuego. Pero el sabor vale la pena y devoro hasta la última migaja.

«Casi puede decirse que el pan de centeno no son carbohidratos. Es bueno para mí... a lo mejor...»

—¿Cómo está Magnus esta mañana? —consigo preguntar con la boca como una zapatilla.

—Bueno, ya sabes... Magnuseando —responde Inge—. Un par de rondas más de zumo de comino y se pondrá bien.

Asiento.

—Y... ¿dónde está Melissa?

La litera de arriba estaba vacía esta mañana cuando por fin me he armado de valor para mirar. He dado por hecho que ya estaba levantada, como todas las demás. «Como suelo hacer yo — pienso con cierta vergüenza y un dejo de rebeldía—: ¡Que te jodan, “vieja yo”! La nueva Alice bebe cerveza y duerme hasta... —Consulto el reloj de la cocina—. Ah. —Todavía son solo las siete y cuarto de la mañana—. Rock and roll.»

—¿Melissa? —Tricia levanta la vista—. ¿No lo sabes?

—¿No?

—¡Nosotras tampoco!

Margot hace unos cuantos *lunges* para prolongar su rubor poscarrera. Está infernalmente guapa y un poco demasiado feliz para hallarse involucrada en el drama que se está desarrollando.

—No la oí volver anoche —confirma Inge, y una semilla de pánico se aloja en mi interior.

«Mierda.»

Melissa se había marchado muy enfadada, pero supuse que al cabo de unos minutos se le pasaría el sofoco. En el sentido literal, si nos guiamos por las temperaturas nocturnas de los últimos días. «Espero que no haya hecho ninguna estupidez», pienso. Porque mi hermana tiene antecedentes en este terreno.

Una noche, justo antes de que acabara su simulacro de educación secundaria, Melissa entró en modo autodestrucción y desapareció con dos litros de la sidra casera de nuestro padre camuflada en una botella de Fanta. Tuve que peinar los parques de la zona, esquivando a vagabundos y a otros adolescentes borrachos (crecimos en un pueblo entregado al consumo de alcohol entre menores), hasta encontrarla sollozando debajo de un tobogán. La llevé a casa a rastras y la obligué a beberse medio litro de agua antes de acostarla, sin hacer ruido para que nuestro padre no se enterara de que se había ido. «¡Como si necesitara más cosas de las que preocuparse!»

Ahora caigo en la cuenta de que nunca le pregunté a Melissa por qué lloraba. Di por sentado que era por la presión de los exámenes. «Pero ya no estoy tan segura.» O la vez que hizo novillos en el colegio y tuve que ir a ver al director y disculparme. «¡Como si papá necesitara más estrés!»

Hice algo de trabajo detectivesco (también conocido como «leer su diario», una medida que, estaba segura, se hallaba del todo justificada y hablaba muy bien de mí) y descubrí que estaba trabajando como voluntaria en un santuario de burros en lugar de ir a clase de geografía, así que la amenacé con quitarle la taza y el platillo conmemorativos de Carlos y Di si no mejoraba sus niveles de asistencia. Una estratagema que funcionó, un tiempo.

Pero nunca he tenido que lidiar con sus excursiones improvisadas en un país extranjero. Ni en

presencia de extraños. Y sus desapariciones nunca han sido *dice en un susurro* culpa mía hasta ahora... ¿verdad?

—Pensé que a lo mejor había salido a correr, como yo —continúa Margot—, pero la verdad es que eso ha sido hace horas. Ya sabéis lo que dicen: «A quien madruga, Dios le ayuda».

«A quien madruga pueden darle por el saco», añade mi mente con saña.

—Así que, si Melissa sigue corriendo por ahí, bueno... ¡me está dejando en evidencia!

Ambas sabemos que es poco probable. Consigo esbozar una sonrisa tensa y no digo nada, pero sí me permito mirar a Tricia y poner cara de fastidio cuando Margot se concentra en la tarea de estirar el tendón de la corva.

—Tu hermana estará a salvo aquí —me asegura Inge, que me apoya un brazo en el hombro. Todavía tiene la larga melena húmeda de la ducha y huele a ropa limpia y esperanza—. Una vez perdí a Mette un día entero cuando nos mudamos a esta casa.

Eso debería tranquilizarme, pero no lo hace.

Justo cuando nos estamos preparando para salir de casa y empezar la «Introducción a la construcción naval» del quinto día, la puerta se abre como la de un salón en una peli del Oeste y Melissa se queda allí plantada, envuelta en el resplandor rosáceo del cielo matutino. Tiene el pelo enmarañado, adornado con algo que me recuerda mucho a la paja. Lleva los pantalones enrollados de manera desigual: una de las patas con una sola vuelta y la otra con tantas que sugiere que mi hermana vende algún tipo de droga. Y lleva el forro polar granate de los polvos echado en plan desenfadado por encima de un hombro. Pero se la ve... radiante.

«Si no la conociera tan bien, pensaría que SÍ ha salido a correr o... o a alguna otra cosa...»

—Vale, ¿nos vamos? —es lo único que dice, dirigiendo su pregunta a Inge.

—¿No quieres desayunar? —Señala la mesa, todavía llena de condimentos, bollos y el pan de centeno en el que Freja está cavando un túnel con las manos desnudas y regordetas. «Destrezas vikingas», pienso.

—No, gracias.

—¿No quieres desayunar? —Hasta Tricia se queda boquiabierta ante esto.

—¡Hay bollos de canela! —protesto—. ¡Te encantan los bollos de canela!

—Estaré bien. —Me lanza una mirada de estar chupando limones que me cierra la boca y me asusta al mismo tiempo.

«Las cosas deben de estar mal», deduzco.

—Oye —digo mientras me apresuro hacia la puerta para pillar a Melissa un momento a solas —, lo siento. Lo de anoche, quiero decir...

Pero me hace el vacío. «¡Me hace el vacío de verdad!» No me lo puedo creer. «¿Hemos vuelto a la preadolescencia? A lo mejor no me ha oído.»

—Siento que nos peleáramos —pruebo de nuevo. «Si es que eso es lo que hicimos...»

—¿Sientes que nos peleáramos? —Ahora se detiene y me mira.

—Sí.

—¿No sientes lo que dijiste? —Casi se le descuelga la mandíbula.

«Eh... bueno... ¿qué dije exactamente?» Me paso una lengua afelpada por los dientes-todavía-afelpados-a-pesar-de-haberme-pasado-diez-minutos-cepillándomelos.

—Lo más probable es que las dos dijéramos cosas de las que nos arrepentimos... —contesto, pero me interrumpe.

—Olvídalo. —Melissa niega con la cabeza y se aparta de mí para iniciar su caminata hacia la costa, donde se encuentra el astillero.

Me quedo plantada en el umbral, sintiéndome impotente, y la observo alejarse. Ha vuelto a llover durante la noche y los árboles destellan debido al reflejo del sol de la mañana en las gotitas de agua. Todo el lugar desprende un olor fresco, incluso reconstituyente, en absoluto parecido al que recuerdo de la fiesta del metal fundido y de las peleas de ganado de ayer.

«Todo se arreglará —pienso mientras absorbo las vistas vigorizantes—. ¿No?»

Ya no sé a quién se lo pregunto.

—Continúas preocupada. —Inge está preparando una cesta de picnic, o mejor dicho, un saco de arpillera gris de picnic.

Sigue mi mirada hasta la imagen de Melissa, que avanza por el campo en dirección al mar, con Tricia trotando a su espalda para alcanzarla. «Mi mayor aliada y mi hermana —pienso—. Genial...»

—Hoy te vendrá bien mantenerte activa —afirma Inge, volcando un cuenco lleno de manzanas en el bolso.

—Sí... —digo con una voz que suena mucho más floja de lo que esperaba. Pruebo otra vez y trato de sonar animada—: Me gusta mantenerme ocupada...

—No «ocupada» —me corrige Inge—. Activa.

—¿Es distinto?

—Ya lo verás —contesta, pero al darse cuenta de que se me está empezando a poner el cuello rojo y de que se me llenan los ojos de lágrimas, se ablanda y me da algo más a lo que agarrarme—. Mientras aprendías una nueva destreza, mientras trabajabas con las manos durante estos últimos días, no pensabas en tu casa ni en cuánto echabas de menos a tus hijos, ¿verdad?

—Verdad...

—No tenías tiempo para... ¿Cómo se dice? ¿Dar cuerda a la mente?

—¿Tener un runrún? —propone Margot, que ahora está lo bastante cerca para oírnos.

«Puñetera Margot...»

—Claro. —Inge se encoge de hombros como si esa pedantería no consiguiera expresar su argumento—. Bueno, lo que hay que tener en cuenta hoy sobre la construcción de barcas... —dice mientras se encarama a Villum a la espalda y deposita a Freja en su cochecito, dejando que Mette vaya trastabillando a nuestro lado— es que lo importante no es la construcción de barcas.

—¿No?

—No.

—Ah. —No pretendo ser obtusa, pero no estoy segura de entenderlo—. Si lo importante no es la barca, entonces, eh... ¿de qué va esto?

—De hacer algo. Cualquier cosa. —Inge parece estar lo más cerca de la exasperación que creo que puede llegar a estarlo (es decir, que para mí sigue ocupando un lugar preternaturalmente alto en la escala de la paciencia)—. ¿Has oído hablar de la terapia de paseo? —continúa diciendo.

No he oído hablar de ella.

—Sí —miento, pues no quiero quedar mal.

—Y hay terapia de baile, incluso terapia con caballos.

«Pero ¿qué coño...? —Trato de procesarlo—. ¿Melissa tenía RAZÓN con aquella idea

disparatada de pintar en ponis?» Me la imagino haciendo crujir los nudillos con expresión triunfal cuando se entere de esta vindicación...

—¿Terapia con caballos? —le pregunto a Inge, vacilante.

—Sí... Se pueden saber muchas cosas de una persona por la forma en que reacciona ante un caballo.

«Vale, o sea que no vamos a pintar ponis...»

—La terapia con animales es una técnica que utilizamos mucho en psicología.

—¿Eso es que...? ¿Estamos...? —Trato de descartar la idea incluso antes de que tome forma en mi mente, pero cuando Inge desvía la atención hacia uno de los niños, que necesita hacer pis, Margot me mira con sus grandes ojos de gata y me pregunto si estará pensando lo mismo que yo. Así que le pregunto—: ¿Inge nos está psicologizando?

Margot se ruboriza y ni siquiera me corrige los errores gramaticales. Está claro que he metido el dedo en la llaga.

—Creo que podría ser... —dice.

Durante un milisegundo, me hago la ilusión de que es posible que la diosa amazónica me esté examinando como caso de estudio para su tesis doctoral, pero luego me doy cuenta de que Margot se ha puesto casi morada. «Si está observando a alguien que destaca por sobresfuerzo, es a la puñetera Margot», razono. Esto resulta en una mezcla de emociones. Por supuesto, me alegro de no ser el centro de atención. Por supuesto. «Aunque...»

«¿Acaso no fui yo también una vez una *overachiever*? ¿Dejando a un lado las mesas redondas de congresos de odontología?» Tengo la sensación de que me he pasado los últimos diez años tan ocupada y cansada que tampoco habría sido capaz de recordarlo. Pero es evidente que Margot está muy alterada.

—¿Por eso no te importa enseñarnos? —le pregunta Margot a Inge en tono angustiado cuando esta reaparece ante nuestra vista, con los niños aliviados por completo—. Me refiero al resto de las habilidades vikingas —continúa.

—¿Qué te ha hecho pensar algo así? —responde Inge, cuyo rostro no revela nada—. Quiero que experimentéis la cultura vikinga —dice sin más—. Igual que lo quiere Magnus, o que por lo menos lo querrá una vez que haya terminado de soltar gases...

Aquí fruncimos la nariz de manera colectiva y acordamos no volver a hablar jamás de los alarmantes olores que han estado emanando del baño del dormitorio principal.

—¿Cómo lo lleva Magnus? —pregunto con cautela.

—Bueno, como iba diciendo... —Inge está ansiosa por cambiar de tema—, también tiene valor concentrarse en algo, apagar el «runrún» y usar las manos. Todo el mundo necesita aprender a ser el capitán de su propia barca. Y si sabes navegar, no te asustan las tormentas.

«Dios, qué buena es —pienso—, ¡nos está haciendo aprender algo con una metáfora náutica!»

—Tomas conciencia de tus fortalezas y de tus debilidades —prosigue Inge—, de los factores que pueden controlarse y de los que escapan a tu control. Como el agua. Y los vientos.

Tras pronunciar estas palabras, reanuda la marcha, con Freja en su cochecito/tanque, Villum a la espalda y Mette pasándolas canutas para no quedarse atrás. Va a tal ritmo que incluso Margot y yo tenemos que dar unos saltitos cada pocos pasos, deseosas de no perdernos nada de esta joya de la sabiduría *völv*.

—A veces estás flotando en un sitio concreto, cabeceando sobre las olas —continúa Inge, y me

fijo en que Mette pone los ojos en blanco, como si se tratara de una charla a la que se ha visto sometida antes, en idiomas duplicados—. A veces lo único que ves es una barca con agujeros a la que le entra agua. A veces te dará miedo que tu barca no resista las tormentas. —Aquí Inge se vuelve con descaro para mirarme.

«Madre mía, si hasta Inge me-ocupo-de-todo piensa que estoy en mitad de una tormenta, puede que mi vida sí que sea una mierda como un piano...»

Siento curiosidad por saber cuánto más podrá estirar la metáfora de la barca.

—Tienes que preguntarte: ¿qué aspecto de mi barca tiene la máxima prioridad en este momento?

«Vaya, y sigue...»

—Hay que considerar las opciones —continúa—. Como, por ejemplo, ¿qué apariencia quiero que tenga mi barca? ¿Qué tipo de destino quiero alcanzar con mi barca? En una barca, como en la vida, a veces las olas te salpican y se te mojan los pies. Y cuando tienes los pies mojados, debes empezar a achicar.

—Ya...

No estoy segura de si me lo creo todo, pero una parte de mí desearía haber tomado notas. Margot también tiene el ceño fruncido mientras trata de asimilar todas estas nuevas ideas.

—Magnus no nos habló de nada de esto... —dice ahora.

—Ya imagino. —Inge exhala un suspiro—. Para Magnus la barca es casi lo único que importa. Le gusta el esfuerzo físico. Además, es un trabajo duro, así que tiene muchas oportunidades de quitarse la camiseta. Cosa que, como habréis notado, le encanta hacer. Además, creo que podría ser adicto a los vapores de la brea... —Frunce el ceño.

Tomo nota mental de no mencionar el esnifado de rotuladores permanentes y le lanzo a Margot mi mejor mirada de «¡déjalo!» para que haga lo mismo. Ella asiente, con expresión cómplice.

«¿Acabo de establecer una relación de entendimiento con mi archienemigata? Archienegata, si lo prefieres.» Me siento extrañamente satisfecha, como si no pudiera ser una persona tan terrible, a fin de cuentas. Aunque Tricia también me haya abandonado. Recorro a paso ligero el resto del camino, que transcurre entre vistas impresionantes, y de vez en cuando me detengo para apiadarme de Mette y llevarla a caballito cuando creo que su madre está demasiado adelantada para darse cuenta («Los niños vikingos andan», nos dice Inge de la caminata de cinco kilómetros a la que está sometiendo a su hija ahora mismo).

Cuando llegamos a la costa, Melissa y Tricia ya están allí, carcajeándose a gritos y haciéndose confianzas en susurros, como si fueran amigas de toda la vida. Veo que Melissa da a la rubia una palmada amistosa en la espalda. «Apuesto a que eso ha dolido», pienso, y me pregunto si Tricia estaría preparada para recibir uno de los puñetazos «afectuosos» de Melissa.

Justo antes de que la arena descienda hacia el mar, asomando por encima de los juncos y de la hierba alta, hay una estructura de soporte, ya montada, con el esqueleto de una barca de madera en forma de almendra encima.

—¿No vamos a construir la barca entera? —Margot parece decepcionada.

—No —le dice Inge—. Se tarda cerca de dos semanas en construir incluso las barcas más pequeñas; diez días, apurando, si no tengo a los niños conmigo. —Es en este momento cuando caigo en la cuenta de que Inge se refiere a sin contar con ninguna ayuda. «Introducción a los fundamentos de los *overachievers*»—. Pero todavía queda mucho por hacer —añade cuando

llegamos junto a Melissa y Tricia. Las dos mujeres se separan de inmediato y prestan atención—. Tenemos que comprobar que los tabloneros se superponen, rellenar los posibles huecos con lana. — Señala hacia las «tres bolsas llenas» (seguro que de mi beee-nemiga y sus parientes) que hay en unos sacos de arpillera a pocos metros de distancia—. Luego lo untamos todo con brea para que no entre el agua.

—¿Es esa la sustancia que le gusta a Magnus? —pregunta Margot.

«Puede que sea una superhumana genéticamente dotada, pero no le falta ni un ápice de tacto...»

—¿Qué? —Melissa parece desconcertada.

—Sí, eso es. —Inge suspira—. Es la sustancia que le gusta a Magnus. Pero, bueno, la brea se hace cortando madera de pino o abedul, cubriéndola con hierba y prendiéndole fuego...

—¿Me lo parece a mí o es verdad que hay muchas cosas en la cultura vikinga que tienen que ver con el fuego? —pregunta Tricia.

—Sí. —Inge no siente la necesidad de justificar este hecho, así que se limita a señalar con la cabeza un enorme barril de aceite situado sobre las brasas de un fuego y dice—: Ahí hay un poco de mandanga que he hecho hace un rato —ante lo cual todas soltamos una risita.

«Estoy en un programa infantil...»

—Y... eh... ¿cabremos todas en la barca cuando esté terminada? —pregunta Tricia.

Yo también me lo había preguntado. «Es verdad que parece más bien pequeña...»

—En teoría —responde Inge—, entran dos personas. Pero son hombres vikingos. En vuestro caso... —nos estudia—, yo diría que podemos meter a tres. No saldremos todas juntas en ella. Se necesita lastre, por supuesto, pero el agua no debería llegar a menos de dos dedos del tablón de arriba. —Traza una línea imaginaria justo por debajo de donde termina el tablón superior—. Siempre recomiendo que haya dos remeras y una timonera que también sea la piloto o suplente, como en el fútbol.

—Ah.

—La persona suplente también puede hacer de achicadora, si es necesario. Y hay un tapón en el fondo de la barca para dejar salir el agua —nos instruye Inge.

—¿Un tapón? —pregunta Melissa—. ¿Y no dejará más bien entrar el agua?

—No.

—¿Estás segura? —pregunta Margot con intención de ayudar.

—¿Estoy hablando? —le espeta Inge.

—¿Sí...? —Margot ya no parece tan convencida.

—Entonces estoy segura —concluye Inge.

«Eso nos pasa por hablar...»

Señala hacia abajo, hacia el tapón de goma que hay en la base de la barca, y habla despacio, como si fuéramos idiotas.

—El tapón es para cuando la barca está fuera del mar, para que salga el agua si llueve. Cuando la barca está en el mar, no hay que quitarlo nunca. Es evidente.

—¡Claro! —Melissa parece aliviada.

—¿Y necesitamos un ancla o algo así? —pregunta Margot, todavía entusiasmada.

—Los vikingos no nos molestamos en hacer anclas para este tipo de barcas, las hacemos lo bastante ligeras para poder arrastrarlas hasta tierra.

Inge lo demuestra levantando la barca y sacudiéndola con suavidad en el aire. Margot hace lo

mismo, para quedarse tranquila. Yo lo intento, y no se mueve ni un centímetro.

«¡Estúpida falta de fuerza en la parte superior del cuerpo! Estúpida Margot con sus brazos de Michelle Obama. Lo que pasa es que a Inge y a ella les ha tocado el premio gordo del ADN...»

La parte de la barca que ya está embreada (un término que me cuesta no relacionar con plumas y castigos medievales) tiene tacto de metal, pues está calentada por el sol, oxidada y escamosa, casi. Melissa también prueba y pasa los dedos por la superficie táctil.

—Es como un dragón... —murmura para sí.

—Sabes que no existen, ¿verdad? —La pulla se me escapa de los labios antes de que me dé tiempo a pensármelo dos veces.

—¡Sí! —me espeta Melissa, pero parece decepcionada.

«Oh, estupendo —pienso—. Espacio: no, pero ¿dragones? Claro...»[20]

—Muy bien —grita Inge—. Hora de ponerse manos a la obra. —Aquí desvía la vista hacia mí—. Tenemos que terminar de embrear, luego podemos hacer los asientos, los remos, los escálamos y un refuerzo para el timón; ¡no hay tiempo que perder!

Se nos asigna una tarea a cada una y, para empezar, utilizo mi muy poco impresionante fuerza para mover las cuerdas, agarrotadas por el agua del mar.

Quiero que Melissa vuelva a hablarme después de mi arrebató de anoche, pero mi desacertada pulla sobre el dragón no ha ayudado. Está charlando y riéndose alegremente con Tricia e Inge, incluso con Margot. Pero a mí ni me mira. Me marginan de toda conversación.

«¡Háblame! —le ordeno con los brazos llenos de rollos de cuerda de cáñamo salada—. ¡A mí!» Pero parece que mis reservas de telepatía fraternal están agotadas.

Me animo un poquito gracias a un cameo del sol, una esfera blanca y caliente que arde en el cielo en dirección al oeste mientras trabajamos. Mucho. El trabajo es tan físico que a menudo reina el silencio. El ingente esfuerzo de cargar con tablones de madera, clavarlos, rellenar los huecos con puñados de lana y luego transportar cubos de brea plomiza, caliente como la lava, desde el barril de aceite hasta nuestros respectivos puestos de pintura alrededor de la barca consume nuestra energía colectiva. Los niños juegan en la hierba alta y de vez en cuando nos traen comida o atacan la bolsa de picnic y se atiborran de manzanas, hasta que Inge ordena a la más pequeña que pare («No puedo hacerme cargo de un bebé y un marido que cagan líquido a la vez», es como lo expresa, con gran elocuencia). Al final, cuando ya estoy convencida de que no puedo hacer nada más sin derrumbarme o al menos encontrar un lugar donde esconderme entre los juncos para echarme una siesta reparadora, Inge dice:

—Vale. Vamos a intentarlo.

«Traducción: veamos todas juntas lo mal que sale...»

—¿No deberíamos ponernos chalecos salvavidas? —pregunto, puesto que no confío del todo en nuestra propia creación.

Inge me mira como si acabara de proponerle defecar sobre su primogénito. Lo interpreto como un «no» y recuerdo que Magnus insistía en que a los vikingos no les va lo de la sanidad y la seguridad. Sin embargo, no soy la única con reservas.

—Si nos caemos al agua, ¿cogeremos la enfermedad de Weil? —Tricia lo pregunta muy en serio, mientras se aparta el pelo de la cara con las manos manchadas de brea.

Inge parece perpleja.

—Puede que aquí no la llaméis así. —Tricia nos pide ayuda al resto, pero por desgracia mis

conocimientos médicos no llegan hasta la traducción de las infecciones bacterianas de origen urinario que suelen transmitir los roedores—. ¿Sífilis de rata? —prueba de nuevo—. ¿Te la has encontrado por aquí?

Inge se permite enarcar las dos cejas tras escucharla.

—¿Yo? No, no tengo sífilis de rata...

—No, tú no, ¡me refiero al agua! ¿Está limpia? Por si nos caemos mientras navegamos... — Tricia mira angustiada a la barca, luego al mar y de nuevo a la barca—. O... nos hundimos.

—Por supuesto que está limpia —es la respuesta—. Esto es Escandinavia.

—Toda la razón. —Melissa se sorbe la nariz y empieza a arrastrar la barca hacia el agua, sin ayuda de nadie.

«Incluso en sus momentos más irritantes, mi hermana puede impresionar mucho», pienso un poco orgullosa.

Embarcamos por turnos, dos meras mortales y una Inge en cada «prueba», con la intención de no hundir nuestra apreciada creación en su viaje inaugural. Melissa elige hacerse a la mar con Tricia, cosa que escuece. Así que me quedo plantada con Margot. Otra vez.

El grupo de mi hermana es el primero en zarpar entre gritos de emoción (de Melissa), e incluso desde mi posición en la orilla alcanzo a ver que mi hermana se lo está pasando bomba.

—¡Soy el rey del mundo! —la oigo gritar tras ponerse de pie, pero entonces se tambalea e Inge tira enseguida de ella para que vuelva a ocupar su asiento—. Lo siento —vuelve a gritar—, quería decir «reina». O mejor dicho, ¡«vikinga»!

—Mi hermana no es Leonardo DiCaprio —murmuro.

—Anda, ¡lo conozco! Una chica de mi clase salió un tiempo con él. Lo conoció cuando trabajaba como modelo —dice Margot, que se está comiendo una manzana.

«¡Pues claro que Margot fue al colegio con modelos que salen con estrellas de Hollywood de primer nivel!»

El mayor vínculo con los famosos que ha tenido nuestro colegio en toda su historia fue cuando Geoff Capes, el lanzador de peso, vino un año a inaugurar la fiesta de verano. «Ese, y cuando Jamie McMahon dejó a dos chicas del curso siguiente embarazadas antes de los exámenes finales», recuerdo ahora.

Dejo el comentario sobre Leo en el aire y empiezo a chapotear hacia la barca para ayudar a sacarla del agua ahora que Tricia y Melissa regresan de su turno.

—¡Ha. Sido. Increíble! —exclama Tricia exaltada—. Y pensar que ¡la hemos construido nosotras! ¡Casi!

Esto no me lo esperaba. Dejando a un lado el entusiasmo por el lanzamiento de hachas, mi relación con Tricia hasta el momento se basaba en que las dos estábamos unidas por nuestros mediocres intentos de dominar las sagradas habilidades vikingas. «Pero ¿una mañana con mi hermana y ya es una mujer vikinga nueva?»

Noto que frunzo los labios de envidia.

Melissa y Tricia proceden a chocar los cinco, e incluso se ofrecen a chocarlos con Margot cuando esta pasa chapoteando a su lado para subir a bordo con un grácil salto. Pero ¿a mí? Nada.

—¡Parece que os habéis divertido! —pruebo a decir, pero Melissa me ignora y se limita a mantener la barca sujeta mientras yo me encaramo a bordo sin ningún tipo de gracilidad.

Inge nos indica dónde sentarnos y, tirando de los remos pesados y recién lijados, nos ponemos

en marcha.

No se parece en nada al remo que hacía antes en el gimnasio, allá por la época en que tenía tiempo para ir al gimnasio. Es auténtico. Y aterrador. Y aun así...

«¡Los hemos construido nosotras!», me digo a cada golpe de remo. A pesar de mi inquietud por dejar tierra firme y del leve mareo que me provocan los corcoveos y recesos del mar, este asunto de la barca tiene algunas ventajas claras. Disfruto mucho de la brisa fresca que me agita el pelo y de la espuma fría y salada que de vez en cuando me hace de espray facial. También hay una vela, descubro, cuando Inge señala la «cosa grande y blanca envuelta alrededor de un poste» que se yergue desde el centro de la barca. Pero, al parecer, eso es para mañana. Hoy no vamos a alejarnos tanto como para justificar tales emociones y, aunque Margot parece decepcionada, yo me sorprendo sonriendo como una loca en agradecimiento a todo el ejercicio en general.

«¡Esto me gusta! ¡No me importaría hacerlo más!», pienso, y me pongo un poco triste cuando Inge anuncia que es hora de volver a la orilla.

—Estoy viendo a Mette intentando limpiarle otra vez el culo a Villum con un junco. Cree que así me ayuda, pero en realidad acabo con un niño cubierto de mierda y, además, junco. Mette tiende a pensar fuera del cubo... —explica Inge.

Me pregunto si querrá decir «fuera de la caja», pero no digo nada. Y, en cualquier caso, volvemos, jubilosas.

«¡Ahora soy una vikinga marinera! ¡Oye mi rugido!»

Cuando volvemos a tierra firme, me siento más optimista respecto a todo. Revigorizada, incluso. «Ya entiendo por qué han chocado los cinco —pienso—, y por qué le ha gustado tanto a Tricia.» Melissa y ella ya han echado a andar hacia la casa cuando Margot y yo (sobre todo Margot) arrastramos la barca hasta la orilla. Inge se encarga de los niños más pequeños y Margot se ofrece a llevar a Mette a caballito, de modo que me usurpa mi anterior papel.

Con Inge adelantada y Margot fingiendo ser un caballo para entretener a Mette (algo en lo que estaba claro que iba a ser mejor que yo, dado que posee varios...), el resto del paseo se me hace largo. Y solitario.

Después de la adrenalina del viaje en barca, me invade una oleada de fatiga. Me siento como si hoy hubiera gastado un montón de energía en intentar llevar a cabo actuaciones estelares y hubiera fallado en todos y cada uno de mis números. «La contrición no es mi fuerte —pienso—, y Melissa sigue cabreada como una mona... Joder...»

Quiero llegar a casa, escabullirme al dormitorio y sentir el alivio que sé que me proporcionará el mero hecho de cerrar los ojos. Puede que volver a levantarme requiera un esfuerzo más heroico del que en estos momentos soy capaz de realizar, razono. «Pero haré lo que pueda. Siempre lo hago. ¿No?»

Por fin consigo llegar y, mientras el resto del grupo se ducha o repone combustible, yo me dirijo a nuestra habitación para acostarme, solo un ratito. Pero de camino, tras pasar de puntillas por delante del dormitorio principal para evitar cualquier posible confrontación incómoda con Magnus a causa de las bayas, paso muy cerca de la librería del pasillo. Tan cerca que el codo se me engancha con algo, unas puntas de mimbre que se traban en el tejido de mi jersey. Se oye un estruendo y me doy cuenta de que, fuera lo que fuese, se ha caído de la estantería y su contenido ha quedado esparcido por el suelo de madera. Me agacho con la intención de reparar el accidente antes de que nadie me vea, pero de pronto me encuentro cara a cara con... mi móvil.

Echo un vistazo a mi alrededor para comprobar que no hay nadie mirando y lo recojo. Obedeciendo a un instinto, lo enciendo. La respiración se me acelera y me martillea el corazón, desbloqueo la pantalla y recibo la recompensa de sus caras: Charlotte y Thomas, sonriéndome. Un terremoto altera algo en mi interior; las placas tectónicas se arrastran las unas sobre las otras y me doy cuenta de que hasta mi mismísimo «núcleo interno» los ha echado de menos.

Solo tenía pensado echar un vistazo rápido a su foto, pero descubro que ya no puedo soltarlos.

Soy incapaz de no mirar la foto, de no mirarlos a ellos, un instante más. Los rostros suaves y carnosos de esos dos seres

humanos extraordinarios de cuya llegada al mundo fui la máxima responsable.[21]

Me guardo el teléfono en la manga, dejo el resto de los aparatos en la cesta y me marchó a nuestra habitación a hurtadillas para intentar llamar o, al menos, evocarlos ojeando sus fotos bajo las sábanas. Algo muy similar a mi experiencia de leer la saga de *Las gemelas de Sweet Valley* con una linterna después de la hora de apagar la luz cuando era pequeña. «Así que, bueno, al menos está relacionado con las sagas vikingas», pienso pasando por alto de manera muy oportuna el hecho de que estoy rompiendo la noble virtud más importante de Inge y su eje vital como vikinga y *völva*: la honestidad.

«Pero anoche probé lo de ser honesta y mira adónde me ha llevado. Que salga el sol por donde quiera...»

Primero intento llamar a Greg. No lo hago movida por un deseo irreprimible de hablar con mi marido, sino con la esperanza de que pueda poner a los niños al teléfono.

«Puedo comprobar si Charlotte ha perdido el incisivo central superior[22] y averiguar si a Thomas le fue bien en la exposición...»[23]

Pero nadie responde al móvil. Ni al Facetime. Ni al Skype. Greg y yo compartimos la tendencia hacia el mutismo (además de un desprecio mutuo de bajo nivel...), así que tampoco me sorprende muchísimo. No tenemos por costumbre contribuir a la conversación de manera innecesaria, y mucho menos iniciar una. También le dije en términos que no dejaban ninguna duda que esta era mi «semana libre»: «libre» del cuidado de los niños, de ser esposa, de la odontología, de todo. Y Melissa le advirtió de que era posible que en nuestro destino de retiro no hubiera «ondas de recepción telefónica» adecuadas para llamar a casa. «Así que en realidad me he hecho mi propia cama de ausencia de contacto con los niños», pienso ahora, con tristeza. Pero lo intento. Otra vez. Y otra. Hasta que la pena de tener que evaluar mi propia cara una eternidad —como en el espejo de la peluquería— durante otra infructuosa ronda del *blob blob blob blob* de la marcación por vídeo es demasiado. Cuelgo sintiéndome desmoralizada.

«Seguro que es que Greg está agobiadísimo pasándose el día delante del canal de noticias News 24 y comiendo tostadas...»

Al final le envío un mensaje de texto y caigo en la cuenta de cuánto he echado de menos el sonido de un mensaje que sale disparado hacia el éter.

«No tanto como a mis hijos, CLARO... pero sí un poco.»

He extrañado ver aparecer debajo de mis mensajes azules esas pequeñas burbujas que me dicen que alguien está escribiendo una respuesta.

Y entonces...

«¡Tengo burbujas!»

Parece que Greg está respondiendo. Las burbujas siguen burbujeando mientras él teclea... pero al final, nada. Solo mi mensaje, ahí colgado, suspendido en la nada.

«Esto es malo —pienso—. Muy malo. Pero no podemos separarnos —sigo intentando autoconvencerme—. ¡Tenemos dos hijos! ¿Quién va a quererme con dos hijos?»

Vuelvo a mirar mi teléfono, que no está haciendo nada de nada. No hay burbujas. No hay respuesta.

«¿Quién me querrá? Greg no, eso está claro...»

«Querido Greg —me entran ganas de escribirle—: No empieces algo que no estás dispuesto a terminar...» Pero entonces me doy cuenta de que no entrar en un intercambio pasivo-agresivo de SMS sería un enfoque más adulto, como corresponde a una profesional madre de dos hijos con cuatro bolsas reutilizables en el coche. «“Cuando ellos caen bajo, tú apuntas alto...”, algo así dijo Michelle en su discurso.» Respiro hondo y llamo. Otra vez. Pero no hay respuesta. Otra vez.

«No quiere hablar conmigo. Y eso significa que no puedo hablar con Thomas y Charlotte... Una situación que en parte es obra mía.» Esto me hace sentir muy deprimida, y el coro griego se

prepara para un bis. Lo mejor será que me distraiga aprovechando al máximo mi acceso telefónico de contrabando.

«¡Tachán! Sentimientos negativos: enterrados.»

Unos cuantos mensajes de texto del trabajo me proporcionan un subidón de importancia y validación, a pesar de que casi todos son variantes de «¿Dónde ESTÁS?» procedentes de colegas que se han olvidado de que estoy de vacaciones. Pero, aparte de la gente de la clínica, nadie me ha echado de menos.

«¿Nadie?», pienso un poco dolida. Por supuesto, me alivia ver que no hay nada del número anónimo que ahora estoy segura al noventa y nueve por ciento de que era de Mister Dientes. «Pero, en serio..., ¿nadie? ¿Ni un solo amigo? *Niente?*» Me doy cuenta, una vez más, de que puede que haya dejado mi vida social de lado los últimos años.

A falta de vida fuera del trabajo y de mi familia inmediata, repaso la colección de fotografías de Charlotte y Thomas que tengo en el teléfono. Mi estado de ánimo mejora cuando el amor incondicional me embarga. Veo a mis hijos vestidos para el primer día de colegio; en el jardín, recortados contra una capa de cielo azul; jugando en la nieve el invierno pasado.[24]

No obtengo respuesta tras otra ronda de llamadas, así que diversifico y me sumerjo en otras aplicaciones. Entro en LinkedIn en busca de una píldora de gratificación digital («¡Otra recomendación nueva! ¿Alice Ray sabe de carillas? ¡Vamos que si sabe!»), hago caso omiso de unos cuantos correos electrónicos de la clínica que pueden esperar y marco los otros para contestarlos cuando vuelva. Porque ahora, con la perspectiva de llevar fuera unos días, reconozco que en realidad nada es tan urgente como pretende hacernos creer un correo electrónico marcado como URGENTE.

«Salvo el empaste de la señora White. Ese sí que hay que reemplazarlo lo antes posible...»

Reenvío la solicitud a recepción con un signo de exclamación rojo chillón para indicar que es prioritario. Entonces echo un vistazo por ahí para sacar todo el partido al wifi sin contraseña.[25] Y antes de darme cuenta, llevo vistos tres años de fotos de Facebook de una antigua amiga del colegio, ya envidio su casa perfecta y siento una punzada de dolor de la lesión por sobrecarga que suele aquejarme. «Eso no es bueno —me recuerdo—. Para. Deja de mirar la pantalla, ya.» Justo cuando estoy a punto de cerrar la aplicación, veo que Steve el de la clínica ha publicado un vídeo «LOL» que al parecer se ha compartido varios cientos de miles de veces y que lleva por título «Mujer se vuelve loca en el trabajo», acompañado de la etiqueta #asíeselmundodelespectáculo. Steve ha añadido su propio comentario: «¡TENÉIS que verlo... ya me siento mejor con mi trabajo...! ;-)), a lo que Beverley la de recepción ha respondido en un alarde de ingenio: «No hay que estar loco para trabajar aquí, ¡pero ayuda!».

Sin pensarlo, hago clic.

El enlace me lleva a uno de esos sitios web donde también veo fotos malísimas y tomadas a distancia de mujeres en bikini, hombres de tez oscura con un aspecto un tanto sospechoso y un artículo acerca de que las *drags* belgas están corrompiendo moralmente a nuestra juventud a expensas de los contribuyentes británicos. Frunzo la nariz y me estoy preparando para cerrar la ventana, jurando que mis principios son más elevados que esto, cuando el vídeo empieza a reproducirse de forma automática.

«Bueno, entonces no es culpa mía», pienso. Y lo veo.

Al principio, parece ser un error, pues no son más que imágenes de unos zapatos que avanzan

por unas losetas de moqueta azul mugrientas, como si alguien hubiera pulsado el botón de grabar de la función de vídeo de su teléfono sin darse cuenta. Me acerco, para asegurarme de que no se me escapa nada, y capto un audio amortiguado. Así que subo el volumen hasta que se oye la voz de una mujer. Parece molesta. Incluso furiosa.

—¿Por qué me molesto? —pregunta—. ¿Por qué me molesto? —repite cambiando la inflexión de la voz—. ¿Dime? ¿Por qué? Estoy rodeada de gente que hace años que no ve un cepillo para el pelo, que tiene pinta de necesitar un buen repaso con una esponja caliente, que ni siquiera había nacido cuando hice mi primer telemaratón de famosos, pero ¿me quejo? —No espera la respuesta—. No me quejo.

La cámara empieza entonces a enfocar hacia arriba, temblorosa y al estilo de *The Cook Report*, [26] como si el que está grabando se sintiera cada vez más seguro de sí mismo: está filmando sin el conocimiento de la protagonista, pero decidido a conseguir un mejor encuadre de la acción. Distingo un par de zapatos de salón de los que emergen las piernas esbeltas y de color avellana de una mujer. Está de pie junto a un dispensador de agua, se tambalea un poco y de vez en cuando da un codazo a una segunda figura, un hombre vestido con vaqueros y una sudadera con capucha. La cámara se mueve tanto que en mi diminuta pantalla las caras aparecen borrosas, pero, entre frase y frase, la mujer parece dar tragos a una taza blanca con un logo.

—Lo único, ¡lo único! que espero es un poco de lealtad. Pero no. Tengo que enterarme por terceros, ¡por terceros!, de que le han dado mi programa a... ¡a ese embrión...!

—Solo dijeron que buscaban un rollo más juvenil —intenta explicar Don Sudadera Con Capucha.

—¿Y por qué no se lo hacen a los demás? Si quieren juventud, deberían intentar echar a Marcus. O a Nigel. O a Doug. ¿Qué me dices de DOUG? —La mujer le asesta un codazo—. A ver, ¡esto es la radio! Es lamentable que no pueda haber una mujer de más de cincuenta... —se interrumpe para corregirse—, cuarenta y cinco, siquiera, ¡en la puñetera radio! —Da un trago a la taza—. Bueno, pues deja que te diga una cosa, ¡ya he tenido suficiente! ¡SUFICIENTE! ¿Me oyes? ¡No tengo por qué aguantar esto! ¡He participado en un reality dentro de una jaula entre tiburones! ¡Una mujer con tres dedos me sumergió en el mar! ¿Estos muslos? —Se los señala—. ¿Embutidos en un traje de neopreno? ¡El tiburón pensó que era una foca en apuros! Vino derecho a por mí y AUN ASÍ al día siguiente entré en antena e hice mi programa. ¡Así es el mundo del espectáculo!

Don Sudadera Con Capucha le ofrece un vaso de plástico con agua, pero Doña Taza, que, por extraño que parezca, me resulta familiar, lo aparta de un manotazo y continúa:

—¡He salido corriendo de helicópteros hacia carpas de recepción de invitados y he bebido champán con el elenco de la serie aquella de médicos, *Casualty*! ¡Me he puesto un traje de conchas y he comido langosta para una página doble del *Sunday Times*!

La cámara sufre una pequeña sacudida tras esto último y deduzco que su dueño debe de estar riéndose.

—¿Eso es...? —Doña Taza se da la vuelta y mira en dirección a la cámara—. ¿Me estás grabando?

—No... —farfulla la voz de un hombre para tranquilizarla/mentir al tiempo que aparta la cámara.

Entonces nos ofrece una panorámica de una fila de sillas de plástico gris ocupadas por un mensajero, con el casco de la moto responsablemente sujeto entre las manos, unas cuantas girl

scouts que sueltan risitas nerviosas y van acompañadas de una mujer algo corpulenta, y un par de tipos con barba aferrados a unas tarjetas postales. Otras dos mujeres entran por una puerta giratoria y sacuden sus paraguas. Una lleva en la mano una bolsa de menú para llevar, pero ambas se quedan calladas cuando ven quién hay allí... y la cámara vuelve al rostro de Doña Taza.

«No es... ¿o sí? Me pregunto...»

Hay algo en el pelo rubio cardado en exceso y en los gestos de Doña Taza que me recuerda a alguien. Sé que debería dejar de ver el vídeo. Y quiero. De verdad. Al menos mi lado bueno (para que nos entendamos: Kylie). Pero resulta que no puedo.

«No puedo dejar de mirar. Tengo que ver cómo termina... Tengo que ver si es quien creo que es...»

—Bueno, bueno, ¡mira quién ha llegado!

La protagonista del vídeo saluda a la mujer con el menú para llevar, que se pone de color bermellón y parece aturullada. Doña Taza bebe otro trago de algo y luego se apoya en la pared, junto a un estante lleno de lo que parecen folletos y postales. Atisbo primeros planos diminutos, fotos de hombres y de unas cuantas mujeres que sonrían como bobos. Por desgracia, Doña Taza sobreestima el hueco que queda entre su espalda y la pared y se estampa contra ella; el golpe afecta al estante y su contenido termina desperdigado por el suelo de losetas de moqueta azul.

Menú Para Llevar se agacha para recoger las postales.

—Ah, no te molestes —ordena Doña Taza, que aplasta la foto de un hombre con barba con su zapato de salón—. ¡Doug se lo merece! —Se da cuenta de que quedan unas cuantas postales ancladas al estante y las tira de un manotazo. Caen en cascada al suelo, y la mujer se ríe como una loca—. ¡Y Nigel! ¡Y Marcus! ¡Y tú, dentro de poco! —le dice a Menú Para Llevar—. ¡Yo era como tú! Cuando empecé, era tan joven que parecía una rodilla exfoliada... Todos esos críticos y hombres con grasa hasta en la espalda me hicieron pasar un infierno a lo largo de los años, pero ¡seguí adelante! Incluso cuando llegó la televisión de alta definición, que amplió hasta el último defecto y consiguió que pareciera que la mayoría estábamos haciendo un casting para el espectáculo de terror del London Dungeon... Y por supuesto, ya no estoy a la altura del sofá del programa *The One Show*, no como el puñetero Giles Brandreth, porque, claro, él tiene POLLA...

La cámara se desplaza para grabar las expresiones escandalizadas de varias girl scouts, dos de las cuales se han echado a llorar.

—¡Pero al final acaban contigo! —Ahora sacude la taza blanca en dirección a la mujer más joven y, al hacerlo, derrama un líquido claro por encima del borde—. ¡Yo lo tenía todo! —prosigue Doña Taza—. A ver —se traba un poco—, ¡que yo he jugado al Pictionary con Robert Plant! ¡Que comí *coq au vin* con Phil Collins! ¡Así es el mundo del espectáculo! —Se derrama más líquido.

«¡Es ella! Es... ¡Tricia!»

Me pregunto con qué demonios me he topado... y si esto no explicará en gran medida por qué una antigua suplente de «It's a Royal Knockout» está ahora mismo pasando penurias en la Escandinavia más profunda y oscura. Entretanto, el drama continúa desarrollándose en la pequeña pantalla que tengo delante.

—Vale, vamos a calmarnos todos, relax... —empieza a decir Don Sudadera Con Capucha justo cuando Doña Taza (perdón, ¡Tricia!) le tira el resto de la bebida en los pantalones.

—¿Relax? ¿Quieres que me relaje? ¿En plan, «tranqui, tronca»? —Tricia se escora hacia un

lado para hacer lo que solo puedo suponer que es una imitación de la juventud—. Pues puedes, en plan, ¡irte a tomar por culo!

—¡Esto es indignante! —protesta Líder de Tropa cuando la cámara gira—. Disculpa, ¿puedes llamar a alguien? —le pregunta a una recepcionista que tiene unas garras de color turquesa demasiado largas y adopta una expresión teatral de hastío antes de levantar el auricular y marcar, muy despacio.

—Tienes que reconocer que hace tiempo que el programa no va muy bien... —continúa Don Sudadera Con Capucha valientemente, sin prestar atención a su entropiada empapada.

—¿Y qué si me puse a comer anacardos en la radio? ¡Me gustan los anacardos!

—Esto no tiene nada que ver con los anacardos, Tricia... —contraargumenta Don Sudadera Con Capucha.

—Ah, ya, vale, me corrí UNA juerga —grita en respuesta—. ¡Dos, como máximo! Me olvidé de «las noticias» un par de veces... —Hace el gesto de las comillas con los dedos al pronunciar esas palabras, como si no estuviera del todo segura de creer en el concepto—. ¡James Naughtie soltó un «ca...» y lo que sigue en el programa Today y se fue de rositas! ¡Tony Blackburn puso el *If You Leave Me Now* de Chicago en bucle y no recibió este tipo de trato vejatorio!

—Creo que en realidad sí lo recibió —dice otra voz fuera de pantalla.

—¡Cállate, patriarcado! —contraataca Tricia.

—Ha sido Sheila... —susurra Menú Para Llevar.

—Ah, lo siento, Sheila. Espero que se te arregle lo del tiroides...

—Karen la de Recursos Humanos está de camino —anuncia en tono aburrido la recepcionista de las garras azules.

—¡Karen la de Recursos Humanos es una zorra maliciosa que lleva deseando esto desde el primer día! —Tricia no tiene ninguna intención de parar—. Y ya sabéis todos que también se tiraba a Doug, ¿verdad?

El mensajero de la moto, situado en el extremo izquierdo, niega con la cabeza para indicar que esa información es nueva para él.

—Vale, vale, evitemos un ataque de nervios en el estudio —continúa Don Sudadera Con Capucha.

—¿Crees que esto es un ataque de nervios? —Se oyen murmullos de asentimiento, así que Tricia echa la cabeza hacia atrás y suelta un enorme «¡Ja!», una risa que ya he visto antes—. ¡No has VIVIDO! ¡Esto no es nada! ¡No voy diciéndole a todo el mundo que tengo «sangre de tigre»! ¡No le he tirado un teléfono a nadie! No voy a afeitarme la cabeza ni a meter un mono de contrabando en Alemania, joder... ¡NO VOY A HACER TWERKING!

Aunque, al parecer, sí va a hacerlo. A intentarlo, al menos.

—¿Es esto lo que queréis? ¿Quieres que baile twerking para tí? ¿Que te haga un baile especial para ser como las presentadoras JÓVENES? ¿Que me cree una cuenta de Snapchat? ¿Que me apunte a un deporte extremo? Veréis lo que es deporte extremo...

Una mujer de permanente tiesa, imagino que Karen la de Recursos Humanos, entra con paso firme en la recepción. Se sube las gafas de moldura redonda por el puente de la nariz con el índice para dar a entender que va en serio y se alisa la blusa para prepararse para la batalla. Pero justo en ese momento Tricia desaparece en el interior de un cubículo con las puertas de cristal y vuelve a salir con un par de viejas cintas de audio de bobina abierta.

—Ya es suficiente, Patricia —dice Karen la de Recursos Humanos para intentar calmar el alboroto.

—Ah, ¿sí, Karen? ¿Ya es suficiente? ¿No quieres ver lo juvenil que puede ser mi «rollo»? — responde Tricia con los ojos centelleantes. Deja caer la taza, coge una cinta con la mano derecha, levanta el brazo hacia atrás y arroja el disco contra la pared. La fina película marrón se desenreda tras ella, como si fueran los tentáculos de una medusa que sigue su estela—. ¡Mira, Ultimate Frisbee! —Lanza la otra cinta contra la pared más alejada y no le da a una girl scout por los pelos—. ¿Qué te parece, eh?

—¡Haz algo! —le está gritando Karen la de Recursos Humanos a un hombre corpulento vestido con chaqueta de solapas, que ha aparecido tan tranquilo en pantalla.

El hombre endereza su mole, dedica un buen rato a despegar los pantalones de aspecto sintético de la zona testicular y luego coge a Tricia del brazo y la guía hacia la puerta giratoria.

—¡Quítame las manos de encima!

La mujer forcejea, apalea extremidades y pierde un zapato de salón en el proceso.

—Déjalo, cariño. ¡Ese hombre no vale la pena! —le grita uno de los cazadores de autógrafos con barba para darle apoyo moral.

—Sí, tú tienes más clase que cualquiera de ellos, Tricia —dice otro.

—Gracias, muchachos —responde ella antes de volverse hacia sus adversarios—. ¿Lo veis? ¿Lo veis? ¡Todavía tengo ADMIRADORES! ¡Más os vale contratar a un abogado! —vocifera ahora Tricia.

—¿Qué dices? —gruñe el guardia de seguridad.

—Que os busquéis un picapleitos —grita la mujer antes de que la pongan de patitas en la calle—. ¡Esto no ha terminado! ¡Tengo amigos en las altas esferas! ¿Os he dicho que conozco a Phil Collins? ¡A PHIL «DIVORCIO POR FAX» COLLINS! ¡Así es el mundo del espectáculo! —Es su réplica final antes de que se vaya la imagen...

Y aun así, por alguna razón, todavía la oigo.

—¿Qué coño...? —sigue diciendo la voz.

Miro la pantalla con fijeza, subo el volumen y presiono unos cuantos botones sin entender qué ha pasado.

El vídeo reaparece y comienza de nuevo, desde el principio.

—¿Por qué me molesto? ¿Por qué me molesto?

—¿Alice? ¿Qué estás haciendo? —Es la misma voz, pero ya no proviene de mi teléfono.

Alzo la vista, sorprendida. Y es entonces cuando la veo. Está descalza en el suelo de pino canadiense, de ahí que no la haya oído llegar. Además, estaba tan absorta en el vídeo que no he prestado ni la menor atención a lo que me rodeaba. Y luego está el hecho de que, para empezar, ni siquiera debería haberlo visto. Y el hecho de que la protagonista esté plantada delante de mí.

—¡Tricia! ¡Hola! —Intento sonar alegre ante la llegada de la versión original, a la vez que me llevo el móvil a la espalda.

Pero apretar botones a tontas y a locas no resulta ser la mejor idea de mi vida.

«¡ESTOY RODEADA DE GENTE QUE HACE AÑOS QUE NO VE UN CEPILLO PARA EL PELO!»

—Uf, mierda, mierda, mierda...

Cuando me doy cuenta de que lo único que he conseguido es subir el volumen, trato de

recuperar el teléfono a tientas.

—¿Eso es...?

Tricia frunce el ceño. O mejor dicho, lo intenta.

«QUE NI SIQUIERA HABÍA NACIDO CUANDO HICE MI PRIMER TELEMARATÓN DE FAMOSOS», continúa la voz del vídeo al mismo tiempo que yo experimento una ardiente oleada de vergüenza.

—¿De dónde has sacado eso? —exige saber Tricia, que arremete contra mí.

Se produce un forcejeo corto e inexperto mientras la Tricia virtual grita a todo pulmón algo sobre unos «embriones» y la Tricia de la vida real trata de arrebatarle el teléfono.

«¡HE PARTICIPADO EN UN REALITY DENTRO DE UNA JAULA ENTRE TIBURONES!», aúlla ahora la Tricia del vídeo.

—Lo siento —empiezo a decir—, no quería...

—¡Dámelo!

Tricia me arranca el móvil de la mano y lo mira horrorizada justo en el momento en que oigo:

«¡ASÍ ES EL MUNDO DEL ESPECTÁCULO!»

—No tenía idea de que eras tú, bueno, hasta que...

«TÚ TIENES MÁS CLASE QUE CUALQUIERA DE ELLOS, TRICIA.»

La Tricia de la vida real levanta la vista hacia mí con la cara convertida en una máscara de terror.

—Bueno —continúo—, hasta justo ese momento, la verdad. A ver, antes ya me había parecido que había similitudes, pero ya sabes... —Estoy divagando, y la vergüenza me atenaza la cara.

—Sabía que las imágenes rondaban por ahí, pero no tenía ni idea de que fueran tan horribles —dice Tricia ahora en voz baja; ha palidecido—. Ni de que la gente se pondría a buscarlo. —Me mira y me siento como si estuviera en el despacho del director disculpándome por alguna fechoría u otra (por lo general cometida por Melissa)—. Bueno, estoy segura de que te has echado unas buenas risas a mi costa —añade con la voz entrecortada por la emoción—. Bienvenida a mi ataque de nervios.

—Lo siento mucho —mascullo de nuevo.

—Aquí dice... —señala la pantalla, ahora sin duda engalanada por otras bellezas en bikini— que «Así es el mundo del espectáculo» es *trending topic* en Twitter...

—Pero estas cosas cambian muy rápido. —Intento quitarle el teléfono de las manos, ya de pie.

—¡Y qué comentarios! —Ahoga un grito y se lleva una mano a la boca mientras con la otra desliza la pantalla hacia abajo.

«¡Nunca desplaces la pantalla hacia abajo! ¡Hasta yo sé que no conviene leer por debajo de la línea!»

—«¡Tío, esa tipa va como una cuba!» —Tricia lee en voz alta algunas de las observaciones más astutas—. Y luego hay otro que dice: «Está claro que Doug la dejó». Pues, sí, Poirot, buen trabajo... ¡Oh! «Olvídate de Doug, yo me lo haría contigo bombón.» Bueno, la ortografía deja mucho que desear, aun así... —Se despista un momento antes de volver a centrarse con todas sus ganas en la situación actual—. ¡No deberías haberlo visto!

—Lo siento mucho. Ya lo sé, no debería haber encendido ese chisme, y mucho menos haber hecho clic...

—Tú y el resto del mundo; aquí pone que lo han visto trescientas cincuenta MIL veces...

—¿En serio? Bueno, yo no me preocuparía por eso. Seguro que la mayor parte de la gente lo ha parado a la mitad...

—Lo que has hecho tú, ¿no?

—Eeh... no. —No me queda nada a lo que agarrarme para defenderme.

—Creía que eras mi amiga —dice con un hilo de voz.

—¡Soy tu amiga! —protesto.

—Las amigas no hacen estas cosas.

—No.

—Bueno, muchas gracias por incrementar el número total de espectadores de mi humillación pública a trescientos cincuenta mil uno —dice Tricia—. Melissa ya me había advertido de que eras una fisgona...

—¡No soy una fisgona! —intento defenderme.

—Ah, ¿no? ¿No leíste sus diarios? —No contesto—. Y de todo internet, ¿te topaste con un vídeo mío por casualidad?

—Sí... —Soy consciente de que esto no tiene buena pinta.

—Tu hermana tiene razón, eres tu peor enemiga. —Me devuelve el teléfono y se va.

Alrededor de unos treinta segundos después, oigo gritos ahogados en la cocina cuando supongo que se revela mi metedura de pata (me pregunto si colará llamarla así). Si Melissa ya no me hablaba, me hago una idea bastante acertada de lo mucho que van a empeorar las cosas.

—Se lo dije —retumba la voz de Tricia, que farfulla entre sollozos—. Se lo dije, les dije: «Vosotros también beberíais ginebra de una taza a mediodía si tuvierais que presentar programas a los que la gente llama por teléfono para hablar de “las mejores estaciones de servicio de autopista de Gran Bretaña” o de “los nombres de mascota más divertidos”». Debería haber optado por el vodka, que no habría oído a nada. Así es como empezaron los rumores. —Oigo que alguien se suena la nariz con estruendo, y murmullos de consuelo—. Era inevitable, en realidad —continúa—. Es un milagro que no me diera la pájara antes. Solo me cabrea el hecho de que alguien grabara todo el puñetero gin-cidente. Y que la gente lo viera. Y que lo compartiera. Cabrones...

Me quedo merodeando junto a la puerta y noto que la temperatura de la habitación baja de «fría» a «Siberia» en cuanto se percatan de mi presencia.

—Ya le he dicho que lo sentía —es mi débil forma de probar suerte.

Pero la mirada que me lanza Melissa no se parece a nada a lo que me haya enfrentado antes.

«Es como si me odiara. Como si se hubiera dado por vencida conmigo...»

Me pregunto si así son mis «miradas». Me cubro las manos con las mangas y luego cruzo los brazos a la altura del pecho para protegerme. O para que hagan las veces de camisa de fuerza improvisada. «Cualquiera de las dos cosas me vendría bien ahora mismo», concluyo.

—¿Qué ha sido de la confianza vikinga? —dice Melissa casi escupiendo las palabras—. Y además, ¿qué estabas haciendo con un móvil? No eres capaz de mantenerte alejada de uno de tus «dispositivos» ni una semana...

Ella niega con la cabeza y yo bajo la mía, avergonzada.

Nos sentamos a cenar y las sillas rechinan cuando las arrastran lejos de mí; las miradas se desvían hacia el techo o hacia el suelo, y la conversación se torna forzada.

—Confío en que devolverás tu móvil al lugar que le corresponde. —Inge hace hincapié en la palabra «confío» y me observa con fijeza después de lo que parece una eternidad de silencio.

Asiento de manera muy sutil, pero no establezco contacto visual.

Los pedazos de patata se me atascan en la garganta cuando intento tragar y batallan contra el nudo que ha decidido fijar ahí su residencia. Así que me trinco todo el vino que mi gástrico es capaz de tolerar para adormecer el dolor y, después de una cena bastante apagada, me voy a la cama. Otra vez. Pero no devuelvo el teléfono. «Sois lo único que me queda», pienso mientras miro las fotos de Charlotte y Thomas y me digo que ojalá estuviera con ellos en estos momentos. Envío un solo mensaje de texto, un mensaje que debería haber enviado hace semanas, y luego hago cuanto está en mi mano por olvidarlo todo y apago el móvil para ahorrar batería.

Cuando oigo ruidos de cepillos de dientes y la puerta de la habitación se abre y se cierra para indicar que las demás vienen a acostarse, finjo que ya estoy dormida, incapaz de enfrentarme a otra crisis esta noche. Así que entierro la cabeza en la almohada y lloro en silencio... aunque esta vez no hay nadie que me dé la mano.

Por la mañana, la litera de Melissa vuelve a estar vacía y Tricia se muestra distante a pesar de que me disculpo de nuevo. Además, parece algo desmejorada, así que me pregunto cuánto alcohol

más se consumió anoche después de que me separara del resto del grupo. Me preparo mi propio huevo y hasta a Margot le cuesta dedicarme la más breve de las sonrisas incómodas.

Inge tampoco está para tonterías, pues se ha pasado despierta la mayor parte de las últimas doce horas, nos dice, por culpa de una Freja en fase de dentición, un Villum en pleno proceso de dejar el pañal que ha organizado una «protesta sucia» a las tres de la mañana y un Magnus «que sigue quejándose».

—Hasta los vikingos pasan malas noches —es como resume Inge lo que parece un período familiar infernal.

Entonces Mette le lleva un café a su madre («tengo que enseñar a Charlotte a utilizar la cafetera...») y su humor mejora un poco. Pero siento curiosidad por saber si Inge se arrepiente de haber decidido seguir adelante con el retiro con la única compañía de nuestro ecléctico elenco de personajes.

—Está bien, empecemos —dice, se termina la taza e indica a su hija mayor que no estaría mal que se la rellenara. Mette obedece—. Hoy todo se centra en adónde vais y cómo llegar hasta allí —continúa Inge entre dos tragos de combustible negro azabache—. Así que comed bien, bebed mucho y preparaos para concentraros, porque esta mierda es importante. —Margot da un respingo al oír la grosería y Tricia clava una mirada acerada en el suelo—. Vale, ¿dónde está Melissa? —pregunta Inge dirigiéndose a mí.

Yo me encojo de hombros, luego me reprendo a mí misma. «Muy madura, Alice.»

—Pues si no vuelve pronto, tendrá que buscarnos —dice Inge.

—¡Tendrá que «embarcarse» en nuestra búsqueda! —Margot parece contenta con su juego de palabras.

Pongo los ojos en blanco, aunque me doy cuenta de que no me quedan muchas aliadas. «Será mejor que me porte bien», pienso. De modo que emito una tibia exhalación nasal que pretende remedar una risa.

Nos ponemos en marcha más tarde de lo habitual, pero Melissa llega justo cuando estamos a punto de salir. Tiene las mejillas sonrojadas y la camiseta con las costuras y la etiqueta por fuera (lo mejor de Fruit of the Loom).

Al ver a su confidente, Tricia se embute un último trozo de tostada en la boca y mete un brazo en su chaqueta. Después empuja la silla hacia atrás y se acerca a toda prisa a Melissa, sonriendo. Entrelaza un brazo con el de mi hermana y las dos se marchan susurrando.

—Duele, ¿no? —Inge habla *sotto voce*.

—Sí —susurro, antes de poder pensar o componer una expresión que transmita «indiferencia».

—A veces... —empieza.

—¿Sí? —Albergo la esperanza de que me proporcione algún consejo sabio o me ofrezca una pizca de consuelo. Pero, al parecer, los vikingos no funcionan así.

—La vida es un poco mierda. —Se termina el café de un enorme trago—. Solo hay que seguir adelante con todo.

—Ya. Gracias. Genial.

«O también podría estamparme la cabeza contra esta mesa de roble —reflexiono mientras acaricio los nudos leñosos—. Quedarme inconsciente y hacer que esta “mierda” en concreto acabe.» Así es, puede que por fin esté perdiendo todos mis tornillos de mujer con cuatro bolsas reutilizables. Aquí, en un bungalow de «estilo escandi», en algún lugar de la Dinamarca rural,

rodeada de *overachievers*, con una hermana distante y una adicta a las camas de rayos UVA que bebe ginebra de una taza a mediodía.

—Venga, vamos a sacarte a navegar. —Inge se pone de pie y me da una «palmadita» en el brazo, tan cordial que casi me disloca el hombro.

«La leche, ¿le habrá estado dando clases Melissa? Tengo. Que. Ponerme. Más. Fuerte.»

—Es un nuevo día y esta destreza es nueva para todas, así que el terreno de juego está igualado. Ninguna navega ni rema de forma habitual, ¿verdad? —pregunta Inge mientras mete su tazón y su cuchara en el lavavajillas. Margot parece inquieta—. ¿Tú sí?

—Es que, bueno, un verano dirigí un campamento de vela —comienza Margot—, y mi padre tiene un barco. Y remaba en el colegio... —Se interrumpe.

Inge respira hondo.

—Bueno, para las demás, entonces, se trata de entrar en sintonía con nuestros sentidos...

—Ah, eso no lo hacíamos... —dice Margot.

—Vale...

—Leíamos muchos libros. Hacíamos trabajos, trazábamos rutas, dibujábamos mapas...

—Ya, no vamos a necesitar mapas.

—¿No? —Margot parece angustiada.

—No —responde Inge con firmeza. Abre la puerta e invita a una Margot ahora ya desasosegada a salir al aire libre—. ¿Vamos?

Al parecer, se considera a Magnus lo bastante bien para responsabilizarse de su descendencia. Advierto que Inge se mueve de manera diferente sin el estorbo de un niño en cada extremidad y sin tener que empujar un cochecito/tanque entre los matorrales. Avanza a zancadas, con determinación, pero también con una ligereza propia de una atleta innata. Aprieto el paso para no quedarme atrás. Alcanzamos a Melissa y a Tricia de camino a la costa e Inge nos explica lo que se nos viene encima.

—La navegación vikinga es una cosa corporal, basada en los sentimientos y la intuición. —Margot y yo nos quedamos igual, así que Inge nos ofrece más detalles—. Es como cuando haces obras de artesanía o trabajas con la madera o el metal: es imposible limitarte a leer libros sobre ello y que luego te pongas y te salga bien, porque para aprender hay que hacerlo. Bueno, pues lo mismo ocurre con la navegación: hay que experimentar las sensaciones. Yo lo siento aquí... —agita los dedos de las manos— y también lo siento aquí —añade señalándose los dedos de los pies.

No puedo evitar sonreír al escuchar esas palabras y me fijo en que Melissa también se ríe por lo bajo. Nuestras miradas se cruzan y, durante un momento, me pregunto si podrá tenderse un puente de cuerda a lo *Wet Wet Wet* sobre el abismo que se ha abierto entre nosotras.

—¿Qué os hace tanta gracia? —exige saber Inge.

—Nada. —Melissa niega con la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De nada. Lo siento, es solo que lo que has dicho se parecía mucho a la canción...

—¿Qué canción?

—Da igual —intervengo, aún sonriendo.

«¿Estamos... acercándonos? ¿Gracias a un clásico del pop de Marti Pellow?» Me siento esperanzada, pero Melissa ya ha pasado a otra cosa.

—Entonces, si es intuitivo ¿eso significa que nunca te pierdes? —pregunta mi hermana tras recuperar la compostura.

—Nunca —responde Inge con total seguridad. La miro asombrada. «No he transmitido esa seguridad... bueno... en la vida.»—. Sé cuál es mi camino —continúa—, y si alguna vez tengo dudas, tan solo me libero de mi mente y recuerdo que en realidad debo habitar mi cuerpo.

Intento asimilar estas últimas palabras.

Tardo un rato.

El resto de la caminata, de hecho.

Llegamos al mar y guardamos silencio unos instantes, contemplando la playa vacía que se extiende ante nosotras.

—Bueno, ¿y ahora qué? —pregunta Margot, que aprovecha para hacer unas cuantas sentadillas.

—Ahora nos quedamos quietas —responde Inge.

—¿No tenemos que ir a buscar nada? —Margot señala la cabaña que queda algo más arriba, ya tensa como un muelle de presión, lista y dispuesta a hacer recados—. ¿Algún tipo de equipamiento? —pregunta.

Inge no dice nada, pero se señala, muy despacio, los ojos. Luego se señala las orejas. Y al final extiende las manos.

Margot parece decepcionada.

—¿Sin brújula?

Inge hace un gesto de negación.

—¿Ni navegadores GPS? —insiste Margot esperanzada, pero la única respuesta que obtiene es otro gesto negativo—. ¿Compases de puntas? —prueba de nuevo—. ¿Cinemómetros? —La desesperación se hace más patente en su voz con cada adminículo ignorado—. ¿Lápices de grasa? —Al final, medio resuella «¿Un silbato?» antes de dejarse caer, agotada—. Sin... ¿cosas? ¿Ni una sola?

—Sin cosas —confirma Inge—. Hoy en día la gente utiliza un montón de herramientas para orientarse, como los teléfonos móviles y Google Maps.

En este momento, siento que mi smartphone me quema en el bolsillo. «No me hablaba nadie más. —Repaso mentalmente mi defensa—. Era la única compañía que me quedaba, su señoría... Mi sucedáneo de amiga. ¿Y qué si me he pasado la noche “dándoles likes” a las fotos de las vacaciones/los niños/las vidas de antiguos compañeros de clase?»

—Los vikingos, sin embargo, son conscientes de su entorno. Saben leer las olas, son capaces de pensar «¿siguen conservando el mismo ángulo respecto al barco que hace una hora?» o «¿sopla el viento en la misma dirección?». Cuando estás cerca de la orilla, puedes observar el mar y valorar lo picado o en calma que está para calcular la profundidad. Y luego están los cisnes, por supuesto...

—¿Los cisnes? —A lo mejor no he oído bien.

—Sí, yo suelo navegar guiándome por los cisnes —dice Inge. Cuatro caras perplejas la miran de hito en hito. Suspira, como si estuviera cansada de tratar con lerdas, pero acaba ablandándose y nos ilumina—. A ver, los cuellos de cisne miden unos cuarenta centímetros de largo...

Melissa parece impresionada.

—¡Buen dato!

—Y muchas barcas se sumergen cuarenta centímetros por debajo de la superficie del agua —

continúa Inge—. Así que si hay cisnes cerca y tienen el culo al aire, sabes que el agua es lo bastante profunda para una barca. Si se les ve el cuerpo y solo introducen la cabeza en el agua para pescar, significa que cubre demasiado poco y que tu barca quedará varada. Hay otras aves que también resultan útiles; la mayoría vuela hacia tierra firme cuando va a ponerse el sol y siempre puedes llevar un cuervo para estar más segura. —Lo suelta como si nada, como si acabara de comentar que puedes llevarte algo de picar para un viaje largo—. Los cuervos vuelan muy alto y no les gusta estar en mar abierto, así que si liberas uno desde una barca, volará cada vez más alto, hasta que vea tierra firme. Entonces se dirigirá hacia ella en línea recta, de manera que puedes seguirlo. Si no alcanza a ver tierra firme, volverá a la barca.

—¿Y entonces? —pregunto.

—Entonces estás jodida —contesta sin más.

«Ah, la relajación escandinava en torno a los tacos», pienso, y Margot se pone tiesa como una vara ante la ordinarietàz.

—También podéis servirlos de las nubes —continúa—. Mirad arriba. —Todas levantamos la cara hacia el cielo—. ¿Qué veis? —Permanecemos en silencio—. Ya lo sé: «nubes» —responde por nosotras—. Pero seguid intentándolo.

—De acuerdo... Eehh...

Tricia entorna los ojos sin dejar de mirar y Melissa se hace visera sobre los ojos con una mano, arquea la espalda y separa las piernas.

—Bueno, esa se parece un poco a un dragón —es lo mejor que se le ocurre.

«Mi hermana: siempre con los dragones...»

Inge acaba por apiadarse de nosotras.

—Debéis fijaros en la cantidad. Siempre hay más nubes sobre la tierra que sobre el mar.

—¡Ah! Sí. —Melissa asiente como si lo supiera de toda la vida.

—También es bueno levantar la vista y tomar algo de perspectiva —prosigue Inge—. Contemplar la naturaleza y sentirse insignificante.

No sé cómo decirle que yo ya me siento insignificante en numerosos y diversos entornos: al aire libre, en el trabajo; incluso en mi propia casa...

—También tenéis que escuchar —añade—. La tierra firme puede oírse. En la época de los vikingos se oía a un herrero desde una gran distancia mar adentro, o incluso los ladridos de un perro. Y luego están los olores, por lo general hogueras y excrementos.

«Qué agradable...»

—Navegar es sintonizar con todos los sentidos. Estáis a la espera de esa sensación meditativa —explica Inge—. ¡Intentadlo!

Así que lo intento.

«Nada.»

Echo un vistazo a mi alrededor. Melissa, Tricia y Margot parecen igual de perdidas, de modo que al final Inge se da por vencida.

—Vale, todas al agua. A lo mejor así le cogéis el truco.

Pasamos el resto de la mañana preparando la barca para otra travesía y luego hacemos un descanso para degustar una comida sencilla a base de pan y queso. La guerra fría continúa después del almuerzo, cuando Inge nos divide en parejas. Dado que ahora parece que Melissa y Tricia están unidas por la cadera, me quedo con Margot. Otra vez. Y nos toca el primer turno.

Margot e Inge se llevan la peor parte de arrastrar nuestra embarcación vikinga hasta el agua mientras yo troto detrás, empujando el «chisme puntiagudo del final cuyo nombre aún no soy capaz de retener».

Una vez que las tres nos mecemos con suavidad en la barca, me concentro en superar el pánico inicial que me provoca no sentir la tierra firme bajo los pies y en recordarme lo mucho que disfruté ayer del simple acto de «remar». Y no tardo en encontrarme «bien».

Cuando nos alejamos de la orilla y el agua se agita más, Inge desata el nudo que mantiene unido el montón de tela blanca a nuestro mástil y, tras desenmarañarla de forma rápida y agresiva, la vela se despliega hacia fuera. Se bate y cruje al hincharse y nosotras salimos dando tumbos hacia delante. Se me acelera el corazón y la brisa fresca que me azota la cara hace que me sienta viva. Tanto que, durante un instante borroso, me olvido de que soy yo. Cosa que resulta agradable.

Inge guarda silencio, prueba el aire y se dirige a Margot.

—No sé qué te han enseñado en otros sitios, pero yo siempre digo que tienes que navegar guiándote por el culo.

—¿Perdona? —Margot parece preocupada.

—Noto algo en el culo cuando no estoy siguiendo el rumbo correcto —continúa Inge, prácticamente gritando ya para que la oigamos por encima del estruendo—. Se trata de sentir con el cuerpo si la barca está equilibrada o si hay demasiado peso en la parte delantera o en un lado. También puedes utilizar la cabeza, desde luego, pero no tiene nada que ver con pensar. Es cuestión de moverte un poco hasta que sientas que el viento te sopla de manera uniforme en ambos oídos. Los vikingos nunca confiaban en una sola cosa para encontrar su camino: debes ser consciente en todo momento del mundo que te rodea.

Aunque me siento un poco idiota, recoloco la cabeza hasta sentir el azote del viento alrededor de las dos orejas. Me fijo en que las olas vienen directas hacia nosotras, amenazando con hundir la barca, justo antes de que Inge haga un gesto hacia el timón y mueva la vela para que giremos y cambiemos el rumbo. («Esto es virar», me dice Margot con autoridad.)

La barca avanza rápido, abriéndose camino sin esfuerzo por el agua. Pasan minutos (¿horas? ¿Días?) mientras nos propulsamos como un cohete, y repetimos la maniobra varias veces antes de ejecutar lo que, según fuentes fidedignas, es una «trasluchada» para poner rumbo a tierra.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Inge al final.

—La verdad es que... ¡Bien! —consigo decir—. Gracias.

—¿En serio? —contesta insinuando algo que al parecer yo no entiendo.

«¿Seguimos hablando de barcas? ¿O me está psicologizando?»

Se acerca para poder hablar sin que Margot la oiga.

—No hay una forma «segura» de hacer nada de esto, ya sabes... tienes que hacerlo sin más.

«¡Me ESTÁ psicologizando!»

—¿Sabes qué es lo que te pasa? —continúa Inge.

«Esto no es lo que se supone que hacen los psicólogos, ¿verdad? No es lo que hacía aquella mujer de *Los Soprano...*»

—¿No me corresponde a mí «averiguarlo»? —le pregunto.

—Por lo general sí —contesta—. Pero mañana es tu último día y no da la impresión de que lo estés consiguiendo. Además, lo más probable es que estés pensando en los psicoanalistas estadounidenses que ves en la tele. En Escandinavia preferimos decir las cosas tal como son.

«No me digas...»

—Entonces ¿estás aplicando eso de «quien bien te quiere te hará llorar»?

—Prefiero «quien es honesto es honesto» —replica.

«Pues muy bien que sea eso lo que prefieres, pero no es un refrán», me entran ganas de contestar. Pero no lo hago. Porque estoy a la deriva (y lo digo de forma literal) con una psicóloga vikinga y una *overachiever* con pinta de modelo (o dos).

—Tienes problemas de ira —me suelta Inge.

«¿Qué coño...?»

—¿Yo? —balbuceo con incredulidad. «¿La fría y calmada Robo-Alice?»—. ¡Pero si nunca pierdo los nervios! —«Bueno, aparte de la otra noche... pero en general...»—. Me enorgullezco de mantenerlos a raya —añado en mi defensa.

—Esa es la peor de todas —me dice Inge—. La ira reprimida. Tiene que dirigirse hacia algún sitio, así que se vuelve hacia dentro.

«¿Qué, ahora ya no puedo ni echar humo por dentro?»

—No puedes negar tus sentimientos: tienes que enfrentarte a ellos. Igual que con el pasado. Ya ha acabado; ya ha ocurrido. Pero tienes que hacer las paces con él para poder seguir adelante. Provengo de una sólida tradición marinera... —continúa mientras empiezo a desear que ojalá yo también tuviera una taza de ginebra esperándome.

«Ay, madre, más metáforas de barcas...»

—Y desde hace mucho tiempo, en el temperamento vikingo existe una tensión entre el quedarse y el marcharse, entre el anhelo por algo mejor que podría estar por llegar y el dolor por lo que dejamos atrás. —Desvía la mirada hacia Melissa y veo a mi hermana y a Tricia tumbadas la una junto a la otra en la orilla, tomando el sol y riéndose como hienas—. Muchas cosas escapan a tu control, como el clima, el agua, otras embarcaciones —añade—, así que tenemos que aprender a quedarnos quietos y observar cuando algo va mal.

«¿Ha dicho “a quedarnos quietos cuando algo va mal”?» Trato de asimilarlo, pues el concepto se ha topado con un pequeño fallo de software: «Yo diría que “cuando algo va mal” te mantienes lo más ocupada posible y tratas de olvidarlo, ¿no?». Más trabajo, más cosas... más algo, por lo menos... hasta que la sensación haya pasado. O te hayas insensibilizado. O estés tan agotada que ya no notes el factor estresante inicial. «¿No es esa la manera de lidiar con las molestas sensaciones de que “algo va mal”?»

—Hay que estar abierto a las señales y aprender a leerlas —me aconseja Inge.

«¡O puedes ignorarlas!», pienso.

Este ha sido mi *modus operandi* desde que tengo uso de razón, y me ha funcionado, si no «bien», desde luego «aceptablemente». ¿No?

«¿Un tic en el ojo? ¡Ignóralo! ¿Un nudo de estrés en el estómago? ¡Ignóralo y prueba a mascar chicle sin azúcar! ¿Síndrome del túnel carpiano? ¡Sacude la muñeca y sigue adelante! ¿Cefalea tensional? ¿Alopecia localizada? ¿Ataque de nervios en un congreso de odontología en un Premier Inn de las Midlands de Inglaterra? ¡Entiéralo! ¡En lo más profundo! ¡Luego huye a un retiro vikingo con tu hermana y trata de olvidarte de ello! Fácil, ¿verdad? Ah... Ah, espera...»

Es en este momento cuando me doy cuenta de que mi consagrada estrategia de afrontamiento se ha estancado.

Inge se retira para ayudar a Margot a «arrizar» la vela («¡Fíjate! ¡Me estoy aprendiendo toda la

jerga!») y se prepara para llevarnos de vuelta a tierra firme. Observo sus manos tranquilas y diestras mientras hacen cosas complicadas con cuerdas, y todo eso sin dejar de instruir a su alumna sobre lo que debe hacer a continuación. «Ojalá pudiera decirme a mí qué hacer —pienso—. Siempre.» Pero no sé cómo pedirselo. Y tengo el presentimiento de que diría que «no»; de que, tal vez, solo tal vez, ya tenga suficientes cosas encima con un retiro, un doctorado, tres hijos y un Magnus. Esta mujer debe de tener cinco años, «¿una década, incluso?», menos que yo, pero no puedo evitar desear que, por mucho que adorara a la mía, Inge hubiera sido mi madre. «Para empezar, habría tenido los genes de ese culo...»

Cuando el agua se hace menos profunda y se vuelve de un deslumbrante color turquesa, Margot se remanga los pantalones, dispuesta a saltar y arrastrarnos hasta la arena. Antes de que yo desembarque para hacer lo mismo, Inge posa una mano sobre la mía y me ordena en voz baja:

—Ve a dar un paseo. Piensa en lo que quieres. Luego vuelve y haz las paces.

Así que hago lo que me dice. Mientras Melissa y Tricia, todavía muertas de risa, suben a bordo de la barca para iniciar su salida, yo me pongo en camino, como me han prescrito, y subo la colina hasta llegar a un claro frondoso. No tengo ni idea de dónde estoy, pero desde esta posición elevada al menos veo el humo que sale de la chimenea de la casa. «Así que no puedo perderme demasiado», pienso, ni siquiera con mis escasas destrezas de navegación...

Me siento en una piedra y observo la barca que se adentra en el mar; contengo la respiración a la espera de que la vela se despliegue y la embarcación cobre vida propia con una sacudida.

—Precioso... —murmuro—. Es precioso... No hay más que decir...

«¡Beee!» Otro sonido perturba la paz.

—¿Qué demonios...?

«¡Beeeeee!» Las vibraciones subsiguientes atraviesan el aire que me rodea e interrumpen mi trance. Oigo un rumor entre los arbustos, y un par de ojos negros y brillantes destellan por detrás del follaje. Unas cuantas moscas empiezan a zumbar y una bestia avanza con pesadez: un cuerpo grande y lanudo posado sobre unas patas huesudas.

«¡Es esa! —pienso. O, para ser exactos—: ¡La oveja!

La criatura me estudia, sin parpadear, con unos ojos que sin duda han visto mucho en sus tiempos. Así que yo también me quedo mirándola. Ahora soy más valiente, puesto que en nuestro encuentro anterior la vencí.

«Parece que fue hace una eternidad...»

Mi beee-nemiga agacha el cuello y arranca grandes bocados de hierba mientras respira con fuerza por la nariz. Mastica el bolo de manera mecánica: arquea la boca y la estira en movimientos similares a los del habla. Como si, en el caso de que yo fuera capaz de entender «ovejo» leyéndole los labios, tal vez intentara decirme algo...

Presto atención. Por si acaso. Pero no pasa nada.

Espero un poco más.

«¡Vamos, oveja! —Pruebo con la telepatía—. ¿Tratas de advertirme de que mañana a estas horas estaré luchando contigo durante nuestra sesión de *berserking*? Porque, si es así, no me iría mal un combate de prueba... —Todavía no tengo claro en qué consiste con exactitud la última actividad del retiro, así que estoy dispuesta a prepararme para cualquier cosa—. ¿O es que he comido algo raro y todo esto forma parte de un ritual chamánico de larga duración? Eso sí soy capaz de soportarlo: véase *El Señor de las Moscas*. ¿Es este el momento en el que tú o alguna de

tus amigas ovinas me decís que “nunca podré escapar de mí misma” o algo así, y entonces yo me pongo toda nerviosa y me desmayo? Al menos, eso es lo que hizo ese chico. Simón, ¿no? —Me felicito por recordarlo. Y después me cabreo—. Menudo imbécil, ese Simón: ¡el típico machito! A una mujer no la pillarías perdiendo los papeles en mitad de la selva solo porque estaba muy cansada y había unas cuantas vísceras a la vista. Tengo demasiadas cosas entre manos para ir por ahí desmayándome.»

Un mosquito se posa justo encima de mi muñeca izquierda y lo aplasto a la primera con la mano derecha. Me siento impresionada y alarmada a partes iguales por mi precisión y por la maraña de tripas de mosca que ahora me adorna el antebrazo. Respiro hondo tres veces para contener las náuseas. Luego cambio de posición sobre la roca dura, pues tengo el cuerpo agarrotado tras una semana de desacostumbrado ejercicio, y me doy cuenta de que, si la oveja no va a cooperar, tendré que encargarme de esto yo sola. Sin vino. Y sin Kylie. Y sin ninguno de mis habituales apoyos. «Gracias, mundo...»

«Muy bien —empiezo, pensando en la tarea que me ha asignado Inge—: ¿qué quiero?»

Mi yo n.º 1 espera una respuesta, pero después se acuerda de que esto también va a tener que salir de... eh... mí.

—No me jodas, esto es agotador... —gimoteo mientras la oveja me lanza beees para que espabile de una borreguera vez.

«Vamos, Alice, piénsalo: ¿qué quieres?»

Yo n.º 2: «No lo sé, ¿vale? ¡Deja de fastidiarme!».

Yo n.º 1: «¡No vas a librarte con tanta facilidad! ¿POR QUÉ no lo sabes?».

Yo n.º 2: *se encoge de hombros como un adolescente petulante/Thomas, de cinco años* «No me lo he planteado nunca...».

Yo n.º 1: «¿Qué eres, idiota?».

Yo n.º 2: «¿Por qué tienes que ser siempre tan mala?».

Yo n.º 1: «¡No soy mala! Soy... eficiente».

Yo n.º 2: «¿ASÍ lo llamas?».

Yo n.º 3: *sale al escenario por la izquierda, haciendo la señal de tiempo muerto con las manos e intentando mediar* «¡Vale, vale! Esto no está ayudando a nadie...».

Yo n.º 1: «Ya, pero es que esta a veces es tonta del culo».

Yo n.º 3: «Lo sé. Vaya que si lo sé...» *pone los ojos en blanco* «Pero tenemos que ayudarla».

Yo n.º 1: «Os estoy oyendo a las dos, ¿lo sabíais?».

Yo n.º 2 y n.º 3: *mascullan* «Lo siento».

Yo n.º 1: «Esto no me está sirviendo de nada; estáis despedidas».

Yo n.º 2 y n.º 3: «¡No puedes despedirnos!».

Yo n.º 1: «¿Qué no? Porque vosotras lo digáis».

Me pellizco la parte carnosa de la mano para devolverme a la realidad, no sea que desaparezca en el territorio de Simón el Desmayos. «Sé una mujer fuerte —me digo—. Y piensa.»

No sé adónde voy.

No estoy segura de haberlo sabido nunca.

Pero ¿sé lo que quiero?

Lo cierto es que sí.

Quiero tener relación con mi hermana. Quiero que mis hijos sean felices y estén sanos. ¿Y

Greg...? Nada. No siento nada. Si me presionaran, probablemente establecería una ligera irritación como requisito emocional en este caso. Pero, al mismo tiempo, soy consciente de que en realidad no puedo culparlo de que últimamente las cosas se estén yendo al traste. Yo elegí todo esto. Y, en el fondo, ¿no he sabido siempre en qué me estaba metiendo?

Durante un tiempo, disfruté de ser la mitad seria y con más éxito de la pareja. La que lo mantenía todo a flote. Pero luego dejó de ser divertido. Sobre todo una vez que nacieron los niños. Greg no era el antídoto para mi vida por el que en cierta medida me casé con él; era una continuación de la misma. Es como cuando reformamos el baño y miré a mi alrededor y me di cuenta de que, después de todo, el problema no era el baño.

«La única razón por la que estoy con Greg es por Charlotte y Thomas —consigo admitir ahora—, pero puede que en realidad los niños estuvieran mejor si tuvieran dos padres que los quieren y viven separados en lugar de una madre y un padre que rezuman rencor y viven bajo el mismo techo, ¿no?» Ahora parece que esa parte es relativamente sencilla.

Lo más difícil es Melissa.

Pensé que quería marcharme de viaje para escapar de Greg y de mi vida en casa. Pero ¿y si lo que de verdad necesito es pasar tiempo con mi hermana?

Esto son aguas inexploradas y no estoy del todo segura de cómo salvarlas (y por «del todo» quiero decir «en absoluto»). Mientras trato de desenmarañar este dilema en concreto, observo cómo el sol completa su arco en lo alto del cielo y emprende el descenso.

«Ella me ha traído aquí —pienso—, es algo que ella quería. Así que quizá lo mínimo que puedo hacer es compensarla y jugar limpio. Lanzarme de cabeza, dejar de lado mi habitual reticencia y considerar las próximas cuarenta y ocho horas una especie de... vacaciones vikingas, de una vida de escepticismo.»

Me parece una tarea hercúlea. Pero tengo que intentarlo. Me levanto y planto los pies con firmeza en el suelo al tiempo que alzo la vista hacia el sol.

—Quiero ser más vikinga en todos los sentidos —digo en voz alta, con toda la solemnidad de la que puede hacer gala una mujer que no cuenta con más compañía que la de una oveja—. A partir de ya. O al menos dentro de un segundo...

Saco el objeto rectangular y metálico que mi cuerpo ha estado calentando y paso los dedos por la superficie lisa para intentar memorizar hasta la última de sus seductoras curvas. Tengo que devolverlo, ahora lo veo claro. Pero antes necesito comprobar una cosa.

Respiro hondo, lo enciendo y espero —esperanzada— a que vibre. Después de unos segundos conteniendo el aliento, la noto. Me ha estado esperando: la respuesta a la pregunta que había pospuesto durante semanas. Y el mensaje dice:

«No tuve tanta suerte ;)»

Exhalo con alivio y le digo a la oveja:

—¡No lo hice!

—¡Beee! —responde a modo de felicitación.

—¡No me acosté con Mister Dientes!

—¿Beee?

Noto la vibración de un segundo mensaje y lo leo.

«Joder, me cago en la...»

—Vale, nos pusimos un poco «sobones» —le confieso a la oveja—. Pero, a todas estas, ¿qué

demonios significa «segunda base»?

—Beee.

—¿En serio? Madre mía... Bueno, el caso es que está claro que la cosa no llegó «a su apogeo».

—¡Beee!

—Ya lo sé, ya lo sé, no debería haber pasado nada de nada. Nunca debí ponerme en una posición en la que pudiera haber sucedido. Soy idiota. Aun así, uff...

—Beee.

—Gracias. Tú también.

Y sin más, lo apago.

—Adiós, smartphone —susurro—. Vas a volver al lugar de donde viniste. Solo una temporada...

Levanto la mirada hacia la extensión azul que tengo delante capaz de alegrarle el alma a cualquiera, y veo que la barca, con la vela blanca tensa, se acerca a la orilla.

«Si me doy prisa, podría llegar a la casa, devolver el teléfono y estar de regreso antes de que nadie se dé cuenta.» Lo calculo teniendo en cuenta lo que hemos tardado antes en llegar a la playa, la distancia a la que parece estar la minúscula chimenea con respecto a mi posición actual, y dividiéndola entre dos. «Porque —razono— contaré con el impulso tanto de la determinación renovada como de la adrenalina, la hormona que secreta la médula suprarrenal en respuesta al estrés y que aumenta la frecuencia cardíaca, el pulso y la presión arterial, además de elevar los niveles de glucosa y lípidos en la sangre, todo lo cual puede mejorar el rendimiento...»

Entonces me doy cuenta de que estoy desperdiciando un tiempo precioso y me pongo en marcha. Tras agradecer sus consejos a la oveja, corro colina abajo hacia la casa haciendo un ruido similar a:

—¡JODEEEEEER!

Solo para que lo sepas: correr, descalza, por un terreno de monte bajo desconocido y lleno de piedras afiladas como cuchillas que hacen las veces de trampas cazabobos es extremadamente doloroso.

Pero no me detengo. Porque ahora soy una mujer con una misión. Y mi plan es el siguiente: «devolver el teléfono, disculparme con Melissa, volver a reunirme con el resto del grupo antes de la puesta de sol, vivir feliz para siempre». Repito el mantra, en parte para distraerme del dolor punzante que ahora me recorre el pie derecho, y en parte para mantenerme motivada.

«Si me doy prisa, nadie se dará cuenta. Si me doy prisa, Inge solo pensará que sigo haciendo examen de conciencia en una colina. Si me doy prisa —continúo pensando mientras trato de ignorar la sensación lacerante que ha empezado a subirme por el tobillo—, tal vez tenga oportunidad de echar un vistazo por ahí en busca de paracetamol. Y quizá de una tiritita. Y puede que incluso de los zapatos antes del *berserking*.»[27]

Ya cojeando —con el pie derecho convertido en una bota de pura agonía, rebozado en sangre y barro— llego a la casa. Utilizo un trapo de cocina a modo de calcetín improvisado para evitar seguir sangrando en el suelo de madera de pino y me lo sujeto con una goma del pelo. Me aprieta un poco, pero concluyo que la compresión solo puede ser buena, ya que es improbable que tenga ocasión de poner el pie en alto o aplicarme hielo durante un tiempo (Primer día de primeros auxilios básicos: ICE, siglas en inglés de hielo, compresión, elevación; estas cosas salvan

vidas...). Con el calcetín de trapo en su sitio, cojeo por el pasillo y deposito mi móvil en la cesta de mimbre que nuestros confiados anfitriones conservan a plena vista.

En cuanto deja de estar en mis manos, me siento en cierto modo liberada. Y un poco ufana, porque, por fin, ¡he hecho lo correcto!

«¡Soy una buena persona! ¡Sabía que lo era!»

Empiezo a dirigirme de nuevo hacia fuera cuando oigo que Magnus y los niños están entrando en la casa.

No quiero tener que explicar qué hago aquí, y ya es imposible salir por la puerta principal sin que me vean. «Tendré que esperar —pienso— hasta que uno de ellos vaya a hacer pis o algo así.» Me meto en el lavadero que llaman hogar no solo los pollitos y las motosierras, sino también *redoble de tambores* los zapatos.

Contemplo con deleite una gran variedad de calzado infantil desperdigado junto a unos elegantes botines que supongo que pertenecen a Inge y un batiburrillo de deportivas. Incluidas... ¡las mías! Me precipito hacia ellas tratando de no inhalar mientras manipulo las apestosas zapatillas de Melissa y me hago con mi propio par de Nike de *running*, extraordinariamente blancas todavía.

«¡Ahí estáis!»

Se produce un reencuentro emotivo cuando me las llevo al pecho y las envuelvo en un cálido abrazo.

«Si os pongo en un lugar seguro —digo en silencio a mi calzado— y encuentro algún tipo de calcetín, ¡mañana podré usaros! Siempre que haya bajado la hinchazón...»

No pasa mucho tiempo antes de que se oiga el correteo de personas bajitas. Se abre la puerta del frigorífico, un cordero bala y deduzco que todos están disfrutando de un tentempié. Como no podía ser de otra manera, al cabo de unos instantes se oye un lloriqueo... en un tono reconocido a escala universal como el de «un niño pequeño que necesita hacer pis con verdadera urgencia». Oigo que el grupo se desplaza por el pasillo en dirección al baño.

«¡Fiu!»

Me acerco mucho a la puerta para intentar abrirla sin que haga clic, pero me encuentro cara a cara con una estantería tipo casillero que contiene restos y desechos de la vida familiar. Varios juegos de llaves, un bloque de Lego y un único guante ocupan el primer par de rectángulos, que también contienen dos montones de cartas sin abrir. El primero está compuesto por cartas franqueadas y con matasellos con nombres maravillosamente exóticos, entre ellos Stine Storm y Lone Wolf («¡Parecen nombres de luchadores vikingos! —me regocijo. Sí, soy una cotilla, pero, con nombres así, ¿no lo serías tú también?»). El otro cubículo administrativo contiene sobres en los que ya se ha escrito una dirección pero que aún no llevan sello. Estoy admirando este sistema y preguntándome si debería implementar algo similar en casa cuando en el montón de «salientes» veo un sobre que lleva mi dirección.

Tras examinarlo con mayor detenimiento a la luz cada vez más escasa, reconozco la carta que me escribí a mí misma el primer día, la destinada a ser leída dentro de seis meses. «¿Debería leerla ahora? —Me preparo para sentir vergüenza, para que mi antiguo yo me humille—. ¿Me acuerdo tan siquiera de lo que pone? —Me retrotraigo con cariño a esas primeras horas de “entrenamiento vikingo” y a lo extraño que parecía todo—. ¡Ni siquiera había probado el pan de centeno! ¡Ni confeccionado una camilla con árboles y un forro polar de los polvos! ¡Ni aprendido

a buscar comida en la naturaleza, a construir barcas o a navegar guiándome por el culo! Y ahora he hecho todo eso... gracias a Melissa», me doy cuenta, y tomo nota mental de que tengo que darle las gracias. Y disculparme. Otra vez. En esta ocasión como es debido.

Vuelvo a dejar la carta en su sitio, dispuesta a ser paciente —por primera vez en mi vida— y esperar.

«No ha sido tan horrible —soy capaz de valorar ahora—, nada de todo esto. Puede que ni siquiera Margot sea tan terrible en realidad. Aunque tiene un aspecto demasiado atractivo después de hacer ejercicio y tantos privilegios que da asco...»

A pesar de haber reprendido a Melissa por dejarse impresionar demasiado por la gente pija, hay una parte de mí que está fascinada por la vida (por lo que se ve, encopetada) que da la sensación de llevar Margot.

«Me gustaría saber a qué se dedican sus padres. Y dónde vive.»

Me doy cuenta de que hay una manera muy sencilla de saciar mi curiosidad respecto a esta última pregunta, así que cojo el fajo de cartas restantes y las hojeo para echar un vistazo a los sobres. Tricia vive cerca de Brighton, veo, aunque esto, creo, ya lo sabíamos... ¿Y Margot? Detecto un código postal de Kensington («¡Por supuesto que vive en el puñetero Kensington!»). Me estoy preparando para devolver el montón de cartas cuando me percató de algo y vuelvo a mirarlas.

«Un momento...»

Dejo dos de los sobres y luego hurgo en el casillero por si hay alguna carta más escondida.

«Nada... Qué raro...»

Me fijo en el par que aún tengo en la mano: ambas van dirigidas a mí. Pero mientras que una está escrita con mi letra, la otra luce una caligrafía grande y cursiva que admiro en secreto desde hace treinta años: la de Melissa.

En el sobre pone «A/A Alice Ray», seguido de la dirección de mi hermana. Al principio supongo que no entendió bien el ejercicio. «Pero entonces ¿por qué enviarla a su casa? ¿Se había olvidado de mis señas?»

No estoy orgullosa de lo que sucede a continuación. Y creo que es posible que Melissa y Tricia tengan razón. «Puede que sí sea una fisgona... Aunque el sobre está dirigido a mí. Así que, técnicamente, es mío. Pero, bueno, también lo era el teléfono, y mira en qué lío me ha metido...»

Apenas quince minutos después de mi promesa de ser más vikinga y abrazar ese espíritu y todas sus características —ya sabes, honestidad, verdad, no ser una fisgona de campeonato que mete las narices en todas partes—, me sorprende abriendo el sobre y desplegando las páginas blancas y limpias que contiene. Sin apenas atreverme a respirar, leo.

«Querida Alice...»

Querida Alice:

La mala noticia, si estás leyendo esto, es que ya no estoy por aquí. Eso o que estoy en un estado tan pésimo que te están haciendo recoger mis cosas y pasear a los perros. Otra opción es que me haya acostumbrado tanto a las uvas y a esas camas de hospital tan chulas (las que te permiten incorporarte con solo apretar un botón) que estoy protagonizando una sentada (¿o una «tumbada»?). Sea como sea: lo siento.

Dejo de leer y doy la vuelta a la hoja para comprobar que no se trata de un cuento, de una broma pesada creada para exasperar aún más a «la estirada de Alice». «¿De qué está hablando?» Como no encuentro ninguna pista en ninguno de los dos lados de la hoja de papel, continúo:

Si se debe a la primera opción, espero que el funeral fuera un éxito y que todo el mundo tuviera que pagar una cuenta enorme en el bar. Y que pusieran The Clash. Y que papá se emborrachara y la tía Jill chasqueara muchas veces la lengua en señal de desaprobación. Algunas cosas no deberían cambiar nunca. Pero me he dado cuenta de que otras sí.

Te estoy escribiendo esto tras pasar la primera noche en nuestro propio refugio vikingo. Estamos contemplando el amanecer desde la playa y tú estás a un metro y medio de mí, con el ceño fruncido, la frente contraída y resoplando con fuerza como haces siempre que te concentras (¿Sabías que lo hacías? ¡Apuesto a que tus pacientes sí...!). Sé que te he sacado a rastras de tu zona de confort, que te he secuestrado y te he traído al no mundo nórdico, pero era la única manera que se me ocurría de pasar algo de tiempo contigo. Con la verdadera tú, la tú «que no lo sabe». No quería que sintieras lástima por mí ni que pusieras esa «cara de compasión» que no dejo de ver en las personas a las que les he contado lo del cáncer hasta el momento...

Se me encoge el estómago y estiro una mano para apoyarme en la pared. «¿De qué va esto...? Por favor, dime que se trata de una broma horrible, horrible...»

No quería ser otra obligación en tu vida. Siempre me estás diciendo que ya tienes un montón, y te creo, así que no quería cargarte con nada de todo esto. ¿Crees que me gusta ser otra entrada en tu «lista de cosas pendientes»? Pues no. Así que estoy intentando hacer esto sola. Estoy intentando ser más como tú. Puede que me meta contigo, pero lo único que he querido siempre es recuperar a mi hermana mayor y pasar más tiempo con ella. Te echo de menos.

Esperaba que pasar unos días contigo —unas vacaciones— antes de la operación nos ayudara a acercarnos. Me dijeron que el bulto no debería aumentar de tamaño por esperar otra semana, así que quise vivir con normalidad una temporada.

Siento no habértelo contado antes, pero por si te sirve de algo conocer los detalles —ya que nos ponemos a revelar secretos, y por si acaso no tengo oportunidad de decírtelo—, me noté un bulto en Semana Santa. Era como un guisante, debajo de la piel; luego el pezón se me empezó a hundir un poco, como si fuera tímido (¡y por lo general ninguno de los dos tiene ni la más mínima vergüenza!). Iba a dejarlo estar, tenía muchas cosas

entre manos y pensé: «¿Qué daño puede hacer un guisante?». Pero luego pensé ¿QHA? («¿Qué haría Alice?»). Así que fui a hacerme la prueba (sí, me enfrenté a un profesional médico. ¿Estás orgullosa de mí?).

Por lo visto, tengo unos senos muy densos, según me dijo la mujer que me hizo la mamografía. Le pregunté si eso era bueno y me contestó que no, que solo significaba que tendría que aplastármelos más fuerte para poder echarles un buen vistazo (y duele muchísimo, que lo sepas). De todos modos, y resumiendo, hubo agujas, tazas de té en salas de espera, y luego un especialista me dijo un montón de palabras que no entendí. Se ofreció a explicármelas con calma, pero yo ya tenía la cabeza demasiado aturullada para decirle que no soy muy avispada [*sic*] y tampoco así iba a entenderlo. Así que me limité a darle las gracias y estrecharle la mano. Había entrado allí solo con mi cartera y las llaves del coche. Pero salía con «cáncer».

En este punto las palabras se vuelven borrosas, pues la tinta se ha mezclado con las lágrimas. Mías o de ella, no lo sé.

No me siento «enferma». Me siento la mar de bien. Pero todo esto significa que tendré que someterme a una operación cuando volvamos, y luego a quimioterapia entre tres y seis meses. Me han dicho que lo más normal es que sufra pérdida del cabello, llagas en la boca, pérdida de apetito (ya lo veremos...), náuseas, hematomas, cansancio agudo y todas esas mierdas. Ah, y que lo más probable es que se me retire el período (¡como a ti!).

No tenía ni idea de que lo supiera...

En el mejor de los casos, no llegas a recibir esta carta, todo sale bien y dentro de seis meses estoy recibiendo terapia hormonal. Solo habré desaparecido una temporada. Puede que todo vaya bien. O puede que me diagnostiquen una metástasis, que se me haya extendido a los huesos, y cuando te llega a los huesos, hablando claro, estás jodida.

Probaré todo lo que pueda probar para que desaparezca —mastectomía, quimioterapia, terapia hormonal—, pero todo tiene un límite y el mío está en el veganismo. A eso que le den. Mamá se amargó la vida al final y no lo superó, ¿verdad? Así que ¿qué esperanzas me quedan a mí?

Te seré sincera: no tengo un buen presentimiento respecto a mis posibilidades, Al...

Esta frase me clava un anzuelo en el corazón. «No me llama Al desde que éramos unas crías», recuerdo con un nudo en la garganta.

... y estoy asustada. Pero tener miedo está bien, ¿no? Solo tienes que «sobrellevar» más cosas. Solo tienes que seguir adelante.

Por lo que he visto en las películas, se supone que en una carta de este tipo es donde debo transmitir algo de sabiduría desde el más allá; así que no te rías, porque voy a intentarlo. En primer lugar: trata de divertirte un poco más. Deja a Greg o no dejes a Greg, pero sé más feliz. Como sea. Me mata (y no pretendía hacer un chiste) verte así. Sé que no quieres vivir como yo, y me parece perfecto, pero siempre he tenido la sensación de que en realidad tampoco estás viviendo a tu manera. Así que a lo mejor deberías dar una oportunidad «a lo divertido». Nunca paras de hablarme de que deberías eliminar los carbohidratos/conseguir un ascenso/recoger la casa/hacer la limpieza a fondo de una cosa u otra. Pero a la mierda con todo eso. Eres demasiado exigente contigo misma, siempre lo has sido. Prueba mejor a vivir un poco. Nadie ejerce ningún tipo de control sobre su futuro, eso es así, pero lo que sí podemos controlar es cómo vivimos ahora. Esto lo he aprendido hace muy

poco. Y la vida es bastante guay, así que me gustaría conservarla un poco más. Pero en general he vivido a tope y me siento más feliz por las cosas que he hecho que disgustada por las que no he hecho. Nunca he querido tener hijos. Sé que no me crees, pero es verdad. Y soy feliz.

Nunca se me ha dado muy bien planificar las cosas de antemano... y ahora no quiero tentar al destino. Así que estoy intentando disfrutar de todas las cosas «nuevas» que pruebo. El otro día comí sushi, ¡y me sorprendió lo bueno que está! Apuesto a que te gustaría.

La gente se pasa la vida pensando en lo que no tiene, en lugar de en lo afortunada que es en realidad. Tengo buenos amigos, una vida estupenda, puedo levantarme todos los días y comerme un sándwich de huevo frito si me da la gana (tú también podrías). Así que no me está yendo tan mal. Sé lo que me hace sentir bien, y no es ser capaz de embutirme en diminutas prendas infantiles tamaño muñeca (véase: *Las bragas de Charlotte*, ¿la inquietante secuela de *La telaraña de Carlota*?). Es pasear a los perros y pasar el rato con amigos, y contigo cuando no te comportas como una arpía antipática. Son las pequeñas cosas que tal vez no pueda hacer durante un tiempo. O nunca más. Tener un culo minúsculo o una casa gigantesca (¿por qué nunca es al revés? Te ahorrarias una fortuna en muebles...) no cambiaría eso.

Quizá a mí me resulte más fácil decir esto porque he llegado a este punto tras recibir una buena patada en el culo. Son cosas que pasan, así es la vida. Pero no tengo ni la menor intención de desperdiciar un solo minuto estando triste. Y tú tampoco deberías hacerlo.

Tengo pensado aparecerme en tu casa todos los días, así que esto no es un «adiós», sino un «hasta luego». Pero quería decirte esto ahora, por si ese rollo de tocarte las narices desde el más allá se me da como el culo (nunca se sabe si los fantasmas van a ser buenos a la hora de transmitir su mensaje, ¿verdad? Patrick Swayze: claro como el agua después de recibir algo de ayuda de ~~Whoopy Whoopee~~ Whoopi (¿?) Goldberg. Pero ¿los fantasmas de Scooby Doo que llevan una sábana blanca en la cabeza? Imprecisos a más no poder...).

Sé que piensas que siempre he sido una teatrera. «Sensible en exceso.» Así que estoy intentando con todas mis fuerzas enfrentarme a esto sola. Guardármelo para mí, encerrarlo bajo llave y cuidar de mí misma. Sobrellevarlo. Como haces tú. Solo te escribo esto para que, con un poco de suerte, cuando todo haya terminado, si termina, entiendas lo importante que eres para mí. Y que, al final, espero estar a la altura de la hermana que siempre has querido tener.

Con todo mi cariño,

MELISSA X

Temblando, intento acordarme de respirar cuando abro la puerta, ya sin importarme quién me oiga, y echo a correr.

«¿Cómo le digo que me he equivocado? ¿Que llevo años equivocándome? ¿Que toda una vida de “encerrar bajo llave” y reprimir las emociones me ha convertido en una mujer infeliz, si no loca de remate? ¿Quién habla con las ovejas?»

Necesito decirle a mi hermana que quiero estar ahí a su lado. Que quiero cuidarla. Que no puedo perderla y que no quiero que jamás tenga que volver a pasar por un solo momento de dolor sin mi ayuda, si es que todavía la quiere.

Tengo que decirle a mi hermana que lo siento.

El pelo se me levanta de la nuca mientras corro a una velocidad frenética, con el corazón como una luz estroboscópica. «Tengo que ir a que me lo miren...», pienso. El pie también me palpita, pero eso ahora no importa. El crepúsculo se ha ido con la misma rapidez con la que había venido, y la oscuridad ya comienza a asentarse. Oigo un sonido batiente y torpe a mi alrededor. Algo aletea cerca de mi cabeza. «¿Un murciélago? ¿Un búho? Puñetera naturaleza...», maldigo, pero sigo adelante.

Empiezo a distinguir figuras en el horizonte y el corazón me da un vuelco de esperanza al pensar que tal vez Melissa esté entre ellas.

«La pillaré a solas, y luego me disculparé.» Recito mi plan una y otra vez para acompañarlo con el ritmo de mi carrera. Pero cuando estoy más cerca advierto que ninguna de las figuras tiene la forma de Melissa. Inge y Margot rodean la colina para tomar la ruta panorámica que lleva de vuelta a la casa, y una figura rubia del tamaño de Tricia las sigue un poco más atrás.

Melissa no está con ellas.

«Espero que esté bien», pienso mientras me torturo con el recuerdo de todas las veces que la he defraudado. La vez que se aferró a mis brazos hasta dejármelos pegajosos de sudor y lágrimas porque no quería que me marchara de casa y al final tuve que arrancármela de encima. Las muchas Navidades en familia de las que me escaqué después de la muerte de nuestra madre, pues prefería pasar el día con amigos o novios o —una vez— sola. Cualquier cosa con tal de evitar estar en casa y afrontar lo que había pasado. Nunca dudas de la inmortalidad de tus padres cuando eres niño. Pero yo tuve que madurar, deprisa, una vez que mi madre falleció. Decidí que las emociones eran peligrosas. Los únicos sentimientos que experimentaba eran el miedo y la tristeza, que se parecen mucho a las náuseas. Así que mejor no sentir nada en absoluto. Dentro de mí se produjo una rara especie de endurecimiento, una calcificación, y ahí se acabó todo. No podía volver a correr el riesgo de ablandarme de nuevo, ni de bajar mis defensas, porque, si lo hacía, era posible que me perdiera.

No pensé en Melissa ni una sola vez, reconozco ahora avergonzada.

Había veces en que me llamaba al teléfono del pasillo de la universidad y me decía que necesitaba charlar. Así que yo hacía lo que haría cualquier hermana normal y cariñosa: la ponía en modo altavoz y seguía haciendo los deberes, sentada en el pasillo con las piernas cruzadas, mientras soltaba algún que otro «Ajá» o «¿De verdad?» para fingir que la estaba escuchando. O la dejaba charlando con el primero que pasara por el pasillo y contestara al teléfono. O la ignoraba sin más diciéndole: «Tengo que colgar», explicándole que tenía prisa. Cosa que, por alguna razón, siempre era cierta.

En los últimos años, he encontrado excusas para no ir a visitarla a la «Granja Solariega» de las Midlands de Inglaterra. Y también me he referido así a ella muchas veces, como si fuera un lugar espectacularmente extraño, una isla remota para la que tendría que administrarme incómodas y desagradables vacunas desde varios meses antes.

«Soy un ser humano terrible —me digo, otra vez, justo cuando empieza a llover. Otra vez—.

¿Qué pasa con este país?»

Ahora me doy cuenta de que Melissa apenas ha pasado tiempo con mis hijos. Es un milagro que se sientan tan cómodos con ella y le tengan tanto cariño, teniendo en cuenta la escasez de sus visitas. También es culpa mía, otra vez: yo nunca la invito a venir. Y ellos nunca van a verla. Porque yo nunca voy a verla. Y a duras penas me esfuerzo en comunicarme con ella a distancia. Incluso por su cumpleaños, los regalos caros con los que de vez en cuando la he colmado — debido al sentimiento de culpa, más que a cualquier otra razón— han sido cosas que yo pensaba que debía tener. Nunca cosas que a ella le apeteciera tener de verdad. ¿Cómo iba a saber lo que quería? No se lo preguntaba jamás.

Ahora que lo veo en retrospectiva, cobro conciencia de que no recuerdo ni una sola ocasión en que haya fracasado en mi aparente misión vital de ser mezquina con mi hermana. Ni en esa ni en la de juzgarla. Y tampoco en la de estar ausente.

En muchos aspectos, mi hermana y yo somos dos desconocidas.

«No es lo que quiero —avanzo cojeando, guiñando los ojos entre una combinación de lluvia y lágrimas—. Quiero que pasemos más tiempo juntas.» Quiero llegar a conocerla de verdad, como adulta, tal como decía en su carta. Quiero tener tiempo para las costumbres fraternales, igual que las hermanas de los cuentos. Quiero ser capaz de decir cosas como «Ah, ¿eso? ¡Es muy típico de mi hermana!». O «a mi hermana siempre le gusta... [insértese actividad preferida o particularidad, según proceda]», seguido de carcajadas relajadas. Quiero que tengamos nuestras propias tradiciones y que experimentemos esa piña de seguridad emocional que Charlotte y Thomas ya tienen. Porque si ellos terminaran como estamos Melissa y yo ahora mismo... me provocaría muchísima tristeza.

El agua cae de la nada, puesto que no hay nubes visibles en un cielo ya negro como la tinta.

—Puñetero clima escandinavo, puñetera inestabilidad, puñetero tiempo de mierda —maldigo.

El viento también parece estar cobrando fuerza, pues me pega el pelo a las mejillas cuando corro hacia el muelle. Supongo que ella sigue allí. Al menos eso espero. «De lo contrario — esbozo una mueca cuando el dolor que siento en el pie se redobla—, el circuito por todas las demás dependencias exteriores y el resto de la isla va a ser muy largo.» Por suerte, mi corazonada se ve recompensada.

Me detengo a trompicones justo antes de que los juncos den paso a la arena de la orilla. Una figura baja, apenas visible a la escasa luz de la luna, está intentando empujar la barca hacia una marea que baja a toda velocidad.

Me quedo mirándola unos instantes mientras la tierra húmeda burbujea y forma estanques diminutos entre los dedos de mis pies. No digo nada, pero al parecer Melissa advierte mi presencia y deja lo que está haciendo para alzar la vista.

—¿Alice? —pregunta—. ¿Eres tú? —Debe de fijarse en que no paro de parpadear y tengo cara de susto, porque repite mi nombre—. ¿Alice? —El dolor me obstruye la garganta y descubro que no soy capaz de hablar. No es que no quiera, como suele ser habitual. Es solo que... no puedo—. Si estás buscando a Tricia para disculparte de nuevo, se te ha escapado...

—No, era contigo con quien quería...

—¿Conmigo? —Se señala a sí misma—. Qué suerte la mía. ¿Vas a intentar «arreglarme»? Porque ahora mismo estoy un poco ocupada. —Hace un gesto melodramático que pretende abarcar toda la barca—. Tengo cosas que hacer, lugares a los que ir, no me sobra tiempo para un sermón...

—No he venido aquí para soltarte un sermón. —Me acerco, titubeante—. No ha sido por eso. Yo... Yo... —digo todo esto mientras inhalo, ansiosa por soltar las palabras—. He leído tu carta; sé que estás enferma. Lo siento. Lo siento mucho. Y quiero ayudar...

Deja el remo que tenía en la mano y se vuelve para mirarme de frente.

—¿Qué? ¡Esa carta era privada!

—Iba dirigida a mí...

—¡Para dentro de seis meses! —Melissa parece enfadada.

—Bueno, sí, pero...

—¿Qué problema tienes? —pregunta Melissa de nuevo, ahora negando con la cabeza—. Doña Fisgona Que Todo Lo Fisga...

—Ah, claro, ¿además de Doña Jueza Que Todo Lo Juzga? —Se me escapa. No puedo evitarlo.

—¡Sí!

—No me puedo creer que no me lo hayas contado —digo en voz baja.

—No quiero hablar de ello —me espeta.

—Tienes cáncer...

—Sí, gracias, doctora Quim. He dicho: «No quiero hablar de ello». —Parece disgustada.

—Pero la carta...

—Se suponía que no debías leerla todavía —Está gritando.

—Bueno, ¡pues me alegro de haberlo hecho! —le contesto también chillando, aunque luego suavizo el tono—. Mira, he venido a decirte que lo siento, ¿vale? Por todo. Seguiré repitiéndotelo todos los días durante todo el tiempo que tenga que...

Melissa sacude una mano al escuchar mis palabras.

—Es demasiado tarde. Olvida lo que decía en la carta.

—¿Qué?

—Quería pasar tiempo contigo durante este viaje, pero ¿sabes qué? Pues que das demasiado trabajo. ¡No has hecho más que quejarte! Siempre actúas como si fueras la única que lo tiene todo solucionado, te pasas la mayor parte del rato mofándote de las demás... No finjas que no es así, te veo poner los ojos en blanco. Y tienes un verdadero don para disgustar a la gente...

—Eso no es justo... —replico antes de recordar mi catálogo de quejas y las lágrimas que Tricia derramó anoche. Y tampoco es que haya recibido a Margot con los brazos abiertos... «Oh...»—. Pero soy tu hermana... —es lo único que se me ocurre decir.

—Bueno, quedas relevada de tus obligaciones —es su respuesta.

Eso duele. Pero no me iré. No pienso marcharme.

«*Nevertheless, she persisted...*»

—Sé que no puedo arreglar todo esto con una disculpa grandilocuente bajo la lluvia. Sé que requerirá tiempo y un montón de pequeñas conversaciones, que tendré que pensar y que esforzarme mucho. Pero voy a intentarlo —le digo.

Su expresión continúa inalterable, con los labios apretados.

—Vete. ¿Vale? —me dice al final.

—N-no... —Pronuncio la palabra con voz temblorosa.

—¿Qué? —Melissa parece sorprendida.

Avanzo hacia ella, ahora con fuerza, con furia, para ganar tracción, agarre, sobre cualquier cosa que consiga que mi hermana me deje acercarme a ella.

—¿Qué has dicho? —repite mientras me mira fijamente con los ojos entornados.

—He sido una hermana de mierda, lo sé... pero créeme, no pienso que «mi forma de vida» sea mejor. No creo que tenga solucionado nada.

«¡Ojalá Melissa lo supiera! Ojalá se lo hubiera contado... O le hubiera dejado ver a la chica que se ha pasado años metiendo las manos una y otra vez debajo del secador eléctrico de los baños en el trabajo o en los eventos sociales para ahogar el ruido del llanto...»

—Siento que soy una verdadera inepta...

—¿Eso crees? —pregunta en tono suspicaz.

—¡Casi siempre! Pero tú... tú eres increíble. Lo digo en serio. Te llevas bien con todo el mundo. Eres capaz de hablar con cualquiera. Mientras que yo... —Me llevo la mano al pelo, que ahora parece el de una rata desgredada, mientras me esfuerzo por encontrar las palabras apropiadas, y entonces veo la luz—: Yo ni siquiera puedo ir a la peluquería.

—Ya me parecía que lo llevabas un poco largo para tener casi cuarenta años...

—Sí, gracias...

Me lo merecía. Y además tiene razón. Porque, aparte del ruido de las tijeras, el silencio absoluto que se hace una vez que hemos cubierto todas las bases habituales (el pelo, los planes para el fin de semana, dónde me voy de vacaciones) me resulta del todo insoportable. En cuanto se me acaba el cupo de «ajás» y «¿en serio?», estoy jodida hasta que llega el agradable momento de no hablar, cuando se enciende el secador.

—Pero tú consigues tranquilizar a cualquiera —le digo a Melissa—. Siempre te he admirado por eso... y por... y por montones de cosas... y me encantaría que estuviéramos más unidas. —Parece tener dudas—. ¡Lo digo en serio! ¡Quiero estar a tu lado! —Siento un dolor horrible con solo mirarla, pero soy incapaz de romper el contacto visual.

Al final es ella quien desvía la vista y se limpia las manos en los pantalones en un intento infructuoso de secárselas.

—Por favor, no vuelvas a dirigirme la palabra. —Se la ve cansada, sus palabras son casi un suspiro, y después vuelve a concentrarse en la barca.

—No.

—¿Qué?

—Que no pienso dejar de hablarte —le digo—, nunca.

Hasta ahora he renunciado a muchas cosas en mi vida, a cosas que eran demasiado dolorosas o que me hacían sentir demasiado. Me he pasado años en constante movimiento: siempre avanzando, siempre cambiando para luchar por la siguiente meta, para intentar mantenerme ocupada y esquivar cualquier cosa que me diera miedo. Bueno, pues esta vez no.

—Esperaré —le digo—. El tiempo que haga falta.

Como no estoy muy segura de cuál es la mejor manera de afrontar esto, me acerco renqueando y pongo las manos sobre la madera fría y húmeda de nuestra barca no-tan-vikinga-como-nos-gustaría. Melissa intenta ignorarme y empujar el artefacto sola, pero la barca no cede sobre la arena mojada. Y además me doy cuenta de que yo estoy agarrándola con todas mis fuerzas.

Melissa le da un empujón, frustrada, y luego dice:

—Bueno, pues espera todo lo que te dé la gana. Yo voy a salir.

«Mierda. Te toca, Alice...»

—Vale, entonces voy contigo —contesto.

Emite un gruñido evasivo para dar a entender que me ha oído y luego mete a la barca un empujón de mil demonios mientras yo tiemblo de preocupación.

—A ver, estoy bastante segura de que se avecina una tormenta —pruebo a decir mirando hacia arriba y en tono de duda—. Y está muy oscuro... ¿Seguro que deberíamos salir al mar ahora mismo?

—Por supuesto que voy a salir —me dice, después de lo cual libera la embarcación de entre mis garras con un nuevo arrebato de fuerza—. Ahora mismo.

Empieza a empujarla, la arrastra por la arena empapada hacia el mar encabritado.

—¿No te parece que en tu estado ni siquiera deberías estar haciendo esto?

En cuanto lo digo, me doy cuenta de que es poco probable que el comentario le sienta bien.

Melissa parece a punto de pegarme un puñetazo.

—Me han dado permiso para hacer «ejercicio extenuante» antes de que comience el tratamiento, nada más y nada menos que ¡un médico de verdad!, muchas gracias. No necesito consejos médicos de una dentista.

«*Touchée.*»

Pruebo otro enfoque y señalo el negro desierto de agua.

—Pero mira, ¡no es seguro! —No es que me dé miedo, ya me entiendes (aunque también), es solo que no tengo la menor intención de perder a mi hermana justo ahora que estoy a punto de encontrarla. «Eso de ahí fuera es una verdadera tormenta de mierda...»—. ¿Por qué no lo posponemos hasta que amanezca? ¿O hasta que el tiempo mejore? ¿Mañana, tal vez?

Pero Melissa se niega a escucharme. Una neblina púrpura como la de Jimi Hendrix, también conocida como «La vena cabezota de la familia Ray», se ha apoderado de ella. Melissa ya está chapoteando en la orilla, y a continuación hace un movimiento para encaramarse a la barca, un movimiento que solo una mujer rechoncha de menos de uno sesenta de altura y en condiciones adversas podría intentar. Sin éxito. Tres veces.

—Puedo hacerlo —murmura mientras prueba varias maniobras.

Tenemos la ropa empapada y cada vez estoy más convencida de que esto recibiría la categoría oficial de idea terrible por parte de cualquier observador imparcial. Pero, en serio, ¿qué otra opción me queda? «Tengo que salir con ella —me digo a modo de simple constatación de los hechos—, no puedo abandonarla ahora.»

Solo espero que dos hermanas Ray en apuros sean mejor que una.

«Que salga el sol por donde quiera», pienso mientras el viento me azota la cara. Paso una pierna por encima del costado de la barca con toda la dignidad de la que puede hacer acopio una mujer vestida con unos pantalones de yoga mojados, y agarro un remo, decidida a cumplir con mi parte.

—Vale —le digo—, me apunto. Venga, dame la mano, te ayudaré a subir. Luego podemos salir...

—¡Esperad! —estalla una voz en la oscuridad—. ¡Quietas!

No es Melissa.

Tampoco es Inge, como yo llevaba todo este tiempo esperando en secreto, quien viene a exigir que abandonemos esta misión a todas luces temeraria.

—¿Tricia?

—¡Hola! —Jadea y se apoya las manos en las rodillas unos instantes mientras expectora cualquier posible resto de brea que continúe merodeando por sus pulmones tras una vida entera de

dedicación a Marlboro Light—. ¡Un segundo! —Levanta una mano, con la cabeza aún entre las piernas, y sufre una arcada antes de que una tos tremenda saque a relucir el esputo que quedaba—. Tened un poco de paciencia, por favor... Vale, así está mejor. Bueno...

—¿Estás bien? —Melissa parece preocupada.

—Sí, sí. —Tricia hace un gesto con la mano para quitar importancia al asunto mientras lucha por recuperar el aliento. Emite otra tos más áspera y alarmantemente «productiva» antes de continuar—. No pasa nada, ¡tengo otro pulmón si lo necesito! Inge me ha dicho que lo más probable era que estuvierais aquí, y deberíamos aclarar las cosas... —Tricia no precisa si es a ella o a Inge a quien se le ha ocurrido la idea—. ¡Así que aquí estoy!

Me alegro de que se esté planteando volver a hablarme. Y quiero poner remedio a esta situación. «Pero ¿ahora? ¿En serio?»

—¿Sabes, Tricia? Siento mucho, muchísimo, lo de anoche, pero ahora mismo necesito hablar con mi hermana. ¿Crees que podrías darnos un momento?

La humedad ya se me ha filtrado hasta la ropa interior.

«Sabía que iba a volver a mojarme el culo. Es que lo sabía...»

—Puedes decirme cualquier cosa delante de Tricia —me suelta Melissa con brusquedad.

«¿Está de coña?»

—Sé que estás enfadada conmigo, Melissa —comienzo, y luego añado—: y tú también, Tricia. —Vuelvo a dirigirme a mi hermana—. Pero si pudiéramos hablar, las dos solas... —Me deja colgada, así que vuelvo a intentarlo con Tricia—. Y si tú pudieras volver a la casa, Tricia...

—¿Por qué no te vuelves tú...? —suelta Melissa.

—¿Perdón?

—¡Que te vuelvas tú, si es que te supone un problema, Alice!

«Uf, vamos que si me supone un problema...»

—Vete y ya está, si es lo que quieres hacer, Alice —continúa Melissa—. Eso es algo que se te da bien: irte...

Sus palabras me dejan boquiabierta, no consigo encontrar una respuesta. «Es como un taller sobre cómo ser pasivo-agresivo. Se está convirtiendo en MÍ... ¡He creado un monstruo!»

—Vale, ya lo pilló —le digo—. Aquí corresponsal pasivo-agresivo Alice, lista para el servicio. Entiendo que estés cabreada conmigo, pero no pienso irme a ninguna parte.

—Bueno, pues yo tampoco —replica Melissa.

—Ni yo —agrega Tricia antes de mirar a su alrededor, dubitativa—. Sobre todo porque no estoy segura de que mi cuerpo sea capaz de aguantar otra carrera bajo la lluvia hoy... —Avanza a trompicones hacia la barca «para sentarse un ratito».

—De acuerdo. —No es así como me había imaginado mi gran escena de reencuentro—. ¿Y a Inge no le importa? —Pruebo un enfoque distinto—. ¿Lo de que todo el mundo se vaya así, sin más, antes de cenar? —Aún conservo la esperanza de disuadirlas a las dos apelando a su bondad... o a su estómago. Tampoco puedo evitar pensar en cómo me enfado yo en casa cuando he preparado la comida y todo el mundo se larga a hacer otra cosa.

—No. —Tricia levanta una pierna de tal manera que deja a la vista el refuerzo de los leggings, y me encuentro con un culo en la cara cuando lanza la extremidad por encima de la borda con una movilidad sorprendente para una mujer de... «¿unos cincuenta años? ¿Sesenta?»—. Ha cocinado Magnus y todo estaba un poco... marrón. Hemos comido algo y luego Inge nos ha dicho que éramos

libres de irnos y hacer lo que quisiéramos. También ha susurrado que nos dejaría algo de pan y queso para más tarde.

No voy a mentir: esa idea me alegra de manera incommensurable, a pesar de nuestra situación actual. «¿Mi mundo amenaza con derrumbarse y yo me emociono por un poco de queso? Está claro que he cambiado.»

—Después Inge se ha ido a bañar a los niños. Y a Magnus. Lo cual me ha resultado extraño... —añade Tricia, que parece desazonada por el recuerdo, como si ya estuviera curada por completo de su enamoramiento de principios de semana.

—Bueno, pues entonces está decidido —dice Melissa de inmediato.

—¿Piensas decirnos al menos adónde vamos? —pregunto, pero ella niega con la cabeza.

—Solo os informaré de lo imprescindible. Boga de combate, Ben-Hur —es lo único que dice.

—O sea que ¿lo que quieres es que rememos contigo hasta el centro del no mundo escandinavo?

—No —me corrige—. Lo que quiero es que tú, Alice, te bajes de la barca y te vayas a casa. Pero como eso no va a pasar, voy a salir de todos modos. ¿Vale?

—Vale —murmuro.

—Muy bien. ¡Viajeros a bordo! —grita al tiempo que sumerge un remo en el agua y me indica que haga lo mismo.

—¿Eso no es lo que dicen en los trenes? —pregunto.

Me lanza una mirada que me indica que es demasiado pronto. Así que me callo y remo.

Tricia también guarda silencio, aunque lo suyo tiene menos que ver con que se haya percatado de la tensión que con que no haya recuperado aún el aliento después de sus esfuerzos. Pero se hace cargo del timón con una facilidad sorprendente y una capacidad que sugiere que ya lo ha hecho antes. «Como si supiera adónde vamos, incluso.»

El mar está picado y la barca se balancea, mucho más que antes.

«Una tormenta. No cabe duda de que se está formando una tormenta.»

También cuesta más atravesar el agua con los remos, y el volumen de la lluvia, en ambos sentidos, dificulta que utilicemos nuestros sentidos como nos ha enseñado Inge. «El agua — reflexiono— es ruidosa», tanto la que tenemos debajo, que de vez en cuando salpica por encima del costado de la barca, como las gotitas heladas que ahora mismo nos caen con fuerza en la cabeza. Mi sensación predominante es de «frío», aun así remo como si me fuera la vida en ello y avanzamos a sacudidas, alejándonos cada vez más de la orilla.

—Vale, vamos a poner la vela... eh... en funcionamiento —dice Melissa, que ha olvidado parte de la jerga.

Tricia y ella se enzarzan en una discusión, con gargarismos y gritos incluidos, sobre cuál es la mejor manera de desplegarla. Yo había decidido permanecer al margen, mantener la cabeza gacha y concentrarme en la tarea que se me ha asignado: por irónico que parezca, soy el «músculo» de la operación, puesto que manejo los dos remos mientras las otras están absortas en la gigantesca sábana blanca. Pero me permito echar un vistazo mínimo cuando los chillidos se vuelven más intensos, más anegados y más desesperados. Miro alrededor y me alarma descubrir que los sonidos no provienen ni por asomo del interior de la barca.

—¿Oís algo? —pregunto, empezando a preocuparme.

—¿Qué? —Melissa me mira, enfadada.

—Nggg... ¡Ayuda! —dice una voz sofocada que apenas se oye por encima del tumulto.

—¡Hay alguien en el agua!

Oteo la nada, escudriño el agua en busca de... No estoy segura de qué.

Tricia se asoma por la borda para ver mejor.

—Creo que tiene razón...

Melissa echa un vistazo al agua negra y luego brama:

—¿ESTÁS BIEN?

—N-no —es lo único que se oye en respuesta.

—La madre que me parió... —murmuro.

—¿QUIÉN ERES? —grita Melissa.

Nada. Ya no se oye ningún sonido humano, y me pregunto si no habremos experimentado una alucinación auditiva colectiva.

«Eso o que quienquiera que fuese ya no está por encima del nivel del agua...»

—¿Hola? —pruebo de nuevo, vacilante.

—¡Ayuda! —Se oye la voz, y gorgoteos—. ¡Soy yo! No sé... —Las palabras quedan ahogadas una vez más, pero no antes de que veamos un cuerpo en el agua, forcejeando.

—¡Soy yo!

—¿Quién es «yo»?

No hay respuesta, pero el cuerpo sigue revolviéndose.

—¿Sabéis? —dice Tricia—, suena un poco a la voz de...

—¿Margot? —Melissa frunce el ceño en la oscuridad.

—¡Sí! —exclama Tricia—. ¿Eres tú, Margot?

—Sí... —grita la criatura que da bandazos antes de tragar agua y hundirse otra vez. Reaparece en la superficie, balanceándose, y luego intenta un—: ¡Sí!

—¡Dios mío! —chilla Tricia.

—¡Sí que es Margot! —Melissa procesa este nuevo giro.

—No os quedéis ahí paradas mirando —grito—. ¡Haced algo! Melissa, ¿puedes desenrollar la vela para que vayamos más rápido? Y Tricia, ¿esa cosa no hace que demos la vuelta? —Señalo el «volante de la barca», que después recuerdo que se llama «timón», y empiezo a remar con todas mis fuerzas para acelerar el cambio de rumbo.

No es fácil, y el mar está más agitado que de costumbre porque se ha levantado bastante viento y ahora parece que sopla desde todas las direcciones. La corriente es fuerte y la marea está bajando, así que cada vez nos alejamos más de la costa, aun sin mis pobres esfuerzos con los remos.

«Pero no estamos tan lejos —calculo—. Un nadador esporádico no debería estar padeciendo hasta este punto...»

Nos acercamos a la figura que chapotea lo bastante para que pueda extender un remo y remolcarla. Pero el esfuerzo de mantenerse parcialmente a flote ha agotado a nuestra aprendiz de vikinga más joven, que está hecha una piltrafa.

—¿Estás bien? —pregunto.

Arrastro el torso de Margot por encima de la borda y luego la ayudo a encaramar a la barca esas piernas interminables.

—Mmm-nnnnnn...

No consigue dar más respuesta que un escalofrío. Le castañetean los dientes, así que me pongo en modo médico. Nos turnamos para frotarle las manos y los pies, que corren el peligro de convertirse en pedazos de hielo color ciruela mucho más rápido que los de las demás. No tenemos nada seco con lo que envolverla y todas estamos bastante mojadas a causa de la lluvia, así que lo único que se me ocurre para evitar la hipotermia es el contacto humano.

—¿Te refieres a una especie de abrazo de grupo? —Tricia parece sorprendida cuando lo sugiero, e incluso Melissa me mira con incredulidad.

—Sí. —Suspiro—. Supongo que sí.

Así que obedecen. Se produce un abandono unánime de las tareas náuticas cuando rodeamos a Margot como pingüinos acurrucados en la Antártida. Permanecemos así más de quince minutos, hasta que nuestra tripulante más joven está un pelín menos congelada. La experiencia parece

avergonzar a Margot casi tanto como a mí, y cuando al fin la liberamos de nuestro abrazo colectivo, solo es capaz de esbozar una sonrisa nerviosa.

—Bueno, ¿qué ha pasado? —pregunto en un tono de voz lo más dulce posible.

Margot, que se está metiendo mechones de pelo empapado detrás de las orejas como si su vida dependiera de ello, parece humillada.

—¿Estabas como... ahogándote? —Melissa va directa al meollo del asunto y me doy cuenta de que Margot se pone rígida, aunque podría deberse al frío.

—Parecías estar en un buen apuro —interviene Tricia para echar una mano—, casi como si no supieses...

Deja la frase en el aire, hasta que Margot deja caer los hombros y abre las manos de modo que las palmas miran hacia arriba en un raro momento de vulnerabilidad.

—Sí —dice—. Estaba... Es decir... Y no, no sé... —Habla sin puntos y seguido—. Pero, bueno, Dennis Conner, que ha ganado cuatro veces la Copa América, tampoco sabe y hasta ahora nunca había sido un problema... Es solo... que no pensé que la profundidad aumentara tan rápido...

—¿Qué? ¿No sabes nadar? —Melissa está ansiosa por dejar las cosas claras. Con tacto o sin él.

—No —reconoce Margot, que baja la mirada—. No sé.

Ninguna de nosotras tiene muy claro qué decir, pero mi monólogo interior se desarrolla más o menos así:

«¿Margot no sabe nadar? ¡Margot no sabe nadar!»

«¿Margot tiene un defecto? ¡Margot tiene un defecto!»

Como he dicho, no me siento orgullosa.

—Entonces ¿qué hacías en el agua? —Tricia la mira como si estuviera trastornada. Y, seamos justas, puede que a estas alturas ya lo estemos todas.

—Yo... No quería que me dejarais sola —reconoce Margot una vez que ha recuperado el aliento— con Magnus y toda esa comida marrón, quiero decir. Quería estar con vosotras. Ver qué os traíais entre manos. Que no me excluyerais... —Las demás intercambiamos una mirada—. ¿Y bien? —pregunta Margot tras una última expectoración de algas mezcladas con moco. Y comida marrón, lo más seguro—. ¿Qué os traéis entre manos?

—Pues no gran cosa —contesto de manera instintiva, y siento que mi ventana de oportunidad para mantener una conversación seria con mi hermana acerca de su enfermedad se cierra de golpe.

—Eso no es del todo cierto —me corrige Melissa.

—¿No?

«¿En serio? ¿Quiere hacer esto aquí? Ni siquiera le cuenta a su propia hermana que tiene cáncer, pero ¿ahora quiere discutirlo delante de un par de mujeres a las que a estas alturas de la semana pasada ni siquiera conocíamos?»

Debo de haberla decepcionado muchísimo.

—¡No! —continúa—. Ibas a disculparte con Tricia. Otra vez. Por ser una fisgona. Y una gilipollas en general...

—Yo creo que eso último no lo dije —protesto, pero Melissa me clava tal mirada asesina que me oigo darle la razón—. Sí, es verdad. —Todavía me están castigando, y con razón, así que ofrezco un—: Lo siento mucho, Tricia.

—No pasa nada —dice la mayor de nosotras, que se encoge de hombros y añade—: De todas

formas, quería explicaros cómo terminaron así las cosas. Ya sabéis, Doug, beber ginebra de una taza al mediodía... Por eso he venido aquí.

—Ya. —Asiento—. Sí.

—¿Y adónde vais? —le pregunta Margot a Melissa, con bastante lógica.

Miro a mi hermana, que ante la pregunta que le acaban de formular, finge estar felizmente distraída y se limita a escudriñar la lluvia torrencial.

Trato de seguir su mirada y me paso la mano libre por la frente a modo de parabrisas con la esperanza de alcanzar a ver algo entre las gotas.

«Pues no, nada.»

Así que me hago eco de la línea de investigación de Margot.

—Sí, Melissa, ¿adónde vamos?

—¿Adónde va cualquiera de nosotras? —responde haciéndose eco de la irritante respuesta que Magnus nos dio el primer día.

«No pienso picar...»

—Sí, sí, pero ¿más en concreto? ¿Ahora? —pregunto a la vez que una ola de tamaño considerable nos embiste y nos hace girar—. Parece que todas nos dirigimos hacia allí, así que lo justo sería que nos informaras de dónde está «allí».

Melissa chasquea la lengua y pone la misma cara que pondría un mecánico para informarte de que podrán arreglarte el coche, pero te saldrá caro.

—Os seré sincera, ya no lo tengo claro.

—¿Qué? —digo con aspereza.

—Bueno —continúa mi hermana—, con todo el lío del rescate de Margot...

—Lo siento. —Margot resopla.

—No pasa nada. —Melissa hace un gesto con la cabeza—. Pero con todo el lío y los abrazos de pingüino... Puede que haya perdido la pista de en qué dirección deberíamos ir. O en qué dirección estamos ahora mismo... O incluso —y aquí esboza una mueca de dolor— de qué dirección deberíamos tomar si quisiéramos volver...

El estómago me da un vuelco tremendo, sensación que se multiplica por diez con el cabeceo de la barca, y casi puedo palpar el aumento de la angustia colectiva. Todas y cada una de nosotras miramos a nuestro alrededor para comprobar las preocupaciones de Melissa y vemos... nada. Ni luces ni tierra, nada.

Estamos en aguas extranjeras. Estamos perdidas. Estamos mojadas. Y tenemos frío. Un frío inimaginable, de ese que hace que te duela la cara.

La luna es apenas un fino surco creciente, oscurecido en parte por unas nubes que también ocultan cualquier estrella que pudiera orientarnos.

«Si alguna de nosotras supiera orientarse por las estrellas, claro. Aunque seguro que Margot ha hecho algún curso de iniciación en esa línea para los Duques de Edimburgo...»

El que por lo que se ve no ha hecho es el de «natación básica», y ninguna de nosotras ha conseguido la insignia de «cómo encontrar un camino seguro de regreso a casa en medio de una tormenta nocturna» de las girl scouts.

—Así que ¿estamos perdidas? —pregunta Tricia, que parece asustada.

Le responde el estruendo de un trueno lejano.

—Es posible —admite Melissa—. ¿Qué? ¡Ha sido un abrazo de grupo muy largo! —añade a la

defensiva, y se limpia la lluvia de la cara con la manga mientras la barca se sacude y balancea en la borrasca.

—Vale... —No tengo ni idea de qué hacer ahora.

«¿Qué haría un vikingo?» Me estrujo las meninges, pero estoy en blanco. Mi hermana malinterpreta mi silencio como hostilidad.

—Ah, claro, ya sé lo que estás pensando —me dice—. Estás pensando: «Melissa ha vuelto a cagarla», que todo es culpa mía...

—No estaba pensando eso...

—Que yo soy la irresponsable, frente a la «perfecta Alice», que nunca hace nada mal...

—¡No! De verdad que no estaba...

—¿Vamos a morir? —me interrumpe Tricia, que ya tiene los labios de un tono azulado y se lleva las manos a la garganta con nerviosismo.

—No —le digo con toda la autoridad que soy capaz de reunir—. No vamos a morir.

—Bueno, todas moriremos en algún momento —afirma Melissa impasible, pero luego, cuando capta mi expresión, agrega—: ¿Qué? Alerta de spoiler: ninguna de nosotras va a salir viva de esto.

—Vale, pero nadie va a morir ahora —insisto dirigiéndome a mi hermana de forma clara—. Y oye, ¡nunca he dicho que sea perfecta! No sé de dónde has sacado eso...

—¡De ti! Siempre has tenido una especie de libro de normas del que los demás no hemos visto ni una sola copia y a cuya altura es imposible que lleguemos a estar —continúa Melissa—. ¡Siempre era de ti de quien se preocupaban cuando éramos pequeñas! Eras la favorita de mamá, te llevaban a clases de violín...

—¡Ah, yo también estudié violín! —salta Margot—. Y violonchelo...

«¡Cállate, Margot!» Pero sigue divagando sobre no sé qué de los cursos de música, y Tricia empieza a hablar otra vez, y al final es como si todas estuviéramos inmersas en nuestras propias conversaciones privadas. Nuestro propio infierno privado.

—Me ayuda no parar de hablar cuando estoy preocupada. —El miedo ya ha permeado la voz de Tricia, que mira a su alrededor en la oscuridad—. Ya sabéis el dicho: «El que tuvo retuvo», ¡y yo era locutora de radio!

Se le escapa una risa nerviosa mientras mi hermana continúa con su diatriba:

—¿Sabes lo que fue criarme sin ser tan inteligente ni tan delgada ni tan «dotada» como mamá quería que fuera? ¿Como lo eras tú? Me crie aterrorizada de ocupar demasiado espacio. Me daba miedo hasta chocarme con la gente por la calle, así que esquivaba a los demás, me apartaba de todo el mundo. Sin excepción. Resultaba agotador. Una vez decidí no desviarme del camino de nadie durante una semana y me choqué con doscientas personas. Las embestí... porque ¡nadie me abría las puertas, ni se hacía a un lado para dejarme pasar ni me llevaba a CLASES DE VIOLÍN!

No tenía ni idea de que el violín hubiera sido tan importante. Solo recuerdo producir un extraordinario sonido estrangulado hasta que al final mis padres se pusieron de acuerdo en que tenía tan poquísimo talento que debería dejarlo. Que «tal vez lo mejor» fuera que «concentrara mis esfuerzos en otra cosa». Por el bien de todos. En lo que por algún motivo no me fijé fue en que había una hermana pequeña que lo observaba todo con anhelo y esperaba el día en que le tocara a ella coger el instrumento de cuerda y recibir esa atención parental exclusiva. Un día que nunca llegó, pues sucedió la tragedia y nuestro padre se sumió en su década de luto.

—¿Por qué no me habías dicho nada? —pregunto ahora.

—¡No debería haber sido necesario! —replica Melissa—. Tendrías que haberte dado cuenta de que pasaba algo.

—Pero parecía que estabas... bien —le digo.

—¡Pero no estaba bien!

Intento asimilarlo y me limito a responder:

—Lo siento. No lo pillé...

Al parecer, Tricia tampoco lo pilló.

—Tengo la sensación de que yo también debería explicar unas cuantas cosas —dice dirigiéndose a mí—, sobre el vídeo...

«¿Ahora, Tricia? ¿En serio? Esta mujer tiene el don de la oportunidad...»

—Bueno, lo que pasó fue que el trabajo había empezado a escasear, y un veterano me dijo que debería probar a ir un día a dar un paseo por la playa vestida con algo ligerito, maquillada «sin maquillaje», ya sabes: labios carnosos, ojos grandes, etcétera, etcétera. «Retocé» un rato, me comí un helado de forma sugestiva, lo habitual. Luego hicimos que un amigo llamara a los papis y fingimos que me había atacado una gaviota. Pensamos que podría mejorar mi perfil antes de salir en «Bailando con las estrellas».

—¿Papis? —pregunta Margot.

—Paparazzis. Fuera como fuese, me pusieron de vuelta y media. Dijeron que había recibido... «asistencia cosmética»... Venga, ¿en serio? —Tricia parece ofendida—. Así que me corrí una juerga (dos, como máximo), tuve unos cuantos programas malos. La emisora decía que arrastraba las palabras, ¡signifique lo que signifique eso! Luego estuvo el follón de los anacardos... Rompí con Doug después de un intercambio acalorado en la sección de jardinería del B&Q de Burgess Hill. Y luego mi antigua compañera hizo un curso de fomento de la confianza y se le subió un poco a la cabeza. Cambió de peinado. Y se quedó con mi programa. Y con Doug, aunque, para seros sincera, esto último se lo agradezco. Pero lo del programa escoció. A ver, ¡que ella no tiene ni página de Wikipedia! Ahora me doy cuenta de que no fue culpa suya, no puedo reprocharle ninguna de esas cosas. No es más que una chica que intenta buscarse la vida. Culpo al sistema. Abajo el patriarcado. En cualquier caso, no sé en qué punto de mi ciclo de pastilla/vino/café me encontraba, pero, fuera el que fuese, ya estaba harta. De ahí lo del Ultimate Frisbee con las cintas magnéticas... —La interrumpe la bofetada que le propina una ráfaga de agua marina báltica.

«Esto es demasiado», pienso cuando Melissa toma el testigo una vez más.

—Y luego, después de que muriera mamá, ¡te marchaste sin más! —exclama con la voz entrecortada por el frío y volviéndose hacia mí para continuar con sus acusaciones—. No me esperaste. Ni siquiera hablaste conmigo. Y yo estaba triste, completamente sola. Y tú te fuiste a pasártelo en grande...

—No me lo pasé en grande —le digo recordando mi primer año fuera de casa: sola, aislada, pelada[28] y un año menor que todos mis compañeros de clase, de manera que tuve que fingir mucho para que diera la sensación de que sabía lo que pasaba a mi alrededor. Como si me enterara de algo, de cualquier cosa—. No siempre, al menos —aclaro por si no me cree.

No me cree.

—Me dolió. Mucho. Y deberías saberlo —me dice—. Ahora ya lo he superado —añade—. Ya te he superado. A lo largo de todos estos años no he dejado de intentarlo, pero siempre me

rechazabas de malos modos. Planeé este viaje como un intento más de salvar algo, cualquier cosa, que pudiera haber entre nosotras. Pero sigues tratándome como si fuera un chiste. Tu plan B. Bueno, ¡pues yo no soy el puñetero plan B de nadie! —grita.

—Lo siento. —No era consciente de que se sintiera así. No era consciente de que pudiera «leerme» con tal claridad, de que llevara años haciéndolo. Por lo que se ve, todas las suposiciones y prejuicios que yo creía que había ocultado con gran habilidad bajo mi camuflaje de «mujer ocupada» llamaban tanto la atención como un pavo real con todo el plumaje desplegado. «Soy un ser humano espantoso»—. Has... has sido muy buena conmigo —digo batallando con las palabras—. Sé que no siempre te lo pongo fácil.

Quiero abrazarla. Y no soltarla. Así que lo hago. Al principio la idea no parece entusiasmarla, pero al final se ablanda y ella también me rodea con unos brazos empapados y envueltos en el polar de los polvos.

«Ya entiendo por qué está tan obsesionada con este jersey con cremallera de tereftalato de polietileno», pienso mientras admiro la forma en que las fibras sintéticas la han protegido de las inclemencias del tiempo sin perder su sorprendente suavidad. Y aunque no me siento lo que podría decirse «calentita», está claro que noto menos frío del tipo «dolor de cabeza provocado por un helado» que antes. «Mi hermana da buenos abrazos...»

—¿Recuerdas lo que decías en la carta sobre encerrar las cosas bajo llave? Vale, pues en serio, no lo hagas —farfullo contra su pelo, que ahora huele bastante a perro mojado—. Tu forma de hacer las cosas es mejor. Tenías razón al ser sincera respecto a tus sentimientos. Al ponerte triste cuando lo necesitas. Siento haberte hecho dudar de eso. Soy yo la que estaba equivocada. He estado a punto de provocarme una hernia intentando tragármelo todo durante años... pero no funciona. Siempre sale por algún lado.

—¿Como por ejemplo en el baño de una habitación del Premier Inn? —pregunta Melissa.

Asiento con la cabeza.

—Entre otros sitios, sí.

Cierro los ojos para detener la marea de lágrimas que en este instante amenaza con sumarse a nuestra ya encharcada situación, pero sigo oyendo a Tricia hablar con agitación por encima del estrépito del agua.

—Todo el mundo lo dice... Me dicen: «¡Tricia, llevas años dedicándote a esto! ¡Debes de ser rica!». Dicen: «¿Por qué te pasas la Navidad en Hull colgada de un cable haciendo de reina malvada en alguna pantomima?». Y yo les digo: «¡Porque me encanta!». ¡Pero por supuesto que no me encanta, joder! Me paso la Navidad en Hull. ¡Colgada de un cable! El único contrato que tuve en Semana Santa fue para ser jueza de un concurso de gatos... todos bufando y arqueando el lomo... ¡y eso solo los dueños! ¡Pero así es el mundo del espectáculo! Si no eres el puñetero Gyles Brandreth o Sue Perkins, es lo único que tu agente puede encontrarte en esa época del año —añade, a pesar de que le castañetean los dientes.

—Ajá —responde Margot por cortesía, ya que es el único «miembro del público» de Tricia.

Mi hermana y yo nos separamos. Melissa me mira fijamente.

—¿Estás llorando? —Parece alegrarse.

—¡No! —Medio me río, medio sollozo—. Es solo que está lloviendo... en mi cara...

—Sí, a mí me pasa lo mismo —dice ella, se enjuga los ojos anegados y luego se suena la nariz con la mano y se limpia lo que sale de ella en los pantalones militares.

«Esa es mi chica», pienso con amor.

La barca se encorva y corcovea como un potro encabritado bajo otra descarga de «mal tiempo», de modo que nos vemos forzadas a sentarnos y me llevo un sobresalto cuando las olas del mar gélido que chocan contra el costado vuelven a ponerme el culo en remojo. Parece que estamos mucho más hundidas en el agua que durante la prueba que hemos hecho antes.

«Uy, esto no es bueno. No es nada bueno...»

—¿Qué ha dicho Inge acerca de que la barca era para dos hombres? —pregunto, temerosa de la respuesta.

—Se refería a vikingos descomunales, ¿no...? —empieza Melissa—. No debería pasar nada porque fuéramos tres...

—Sí, pero es que ahora somos cuatro... —Miro alrededor de la barca y veo que mi hermana mueve la boca mientras calcula. Me asomo por el borde—. Y estoy casi segura de que también ha dicho algo de que el agua no debía estar a menos de dos dedos de distancia del tablón superior...

Palpo la parte exterior de la barca, pero el agua helada me cubre los dedos antes de que detecte una sola muesca en el revestimiento de madera.

—Por Dios, ¿estamos...? —murmura Tricia.

—¿Hundiéndonos? —Margot parece preocupada—. ¿Además de perdidas?

—Es posible. —Me sacudo para reactivar la circulación y luego empiezo a achicar agua con las manos lo más rápido que puedo. Veo el tapón del fondo de la barca, ahora refractado y ampliado por la enorme cantidad de agua que lo cubre, como si se burlara de nosotras diciendo algo parecido a: «¡Ja! ¡Pensasteis que funcionaba igual que el tapón de una bañera! ¡Idiotas!».

—Estúpido tapón de mierda —murmuro casi para mí.

—¿Qué? —Melissa, que también ha empezado a achicar agua con las manos, frunce el ceño.

—Nada. —Niego con la cabeza y busco el «achicador» de verdad que estoy segura de haber visto antes.

—Me cago en la leche, ¿tan mal estamos? —dice Tricia, que no cabe duda de que prefiere el pánico a achicar agua—. ¡Nunca había corrido auténtico peligro en uno de estos retiros! ¡Por mucho que me quejara cuando me obligaron a hacer circuitos de *burpee* en Ibiza! —gime ahora—. ¡No quiero terminar mis días aquí! ¡Prefiero que sea en los almacenes John Lewis! ¡Robando!

«Esto es nuevo...»

—No vas a terminar tus días en el mar dentro de una barca vikinga —le digo con firmeza—. Al menos mientras yo esté aquí. Pero ahora mismo tenemos que concentrarnos y ¡MANTENER LA CALMA! Lo que hay que hacer es sacar más agua de la que entra en la barca e intentar reducir nuestro peso... —Melissa levanta la mirada, indignada—. Me refiero al del agua y cualquier otra... eh... carga extra —clarifico de inmediato, y miro a mi alrededor en busca de cualquier cosa que pueda servir de ejemplo.

—¡Como esto! —Tricia coge un cubo y lo tira por la borda.

—¡No! ¡Espera! —aúllo. Pero ya es demasiado tarde: se oye un leve chapoteo por encima del estruendo de la tormenta y nuestro cubo achicador se aleja meciéndose hacia la nada negra y fría—. Genial. ¿Alguna sugerencia sobre con qué podemos achicar ahora?

Sigo trabajando con las manos y Melissa hace lo mismo, pero cuando se encuentra lo bastante cerca de mí para estar segura de que no van a oírnos, me mira, suplicante, y susurra:

—¿Aquí se acaba todo?

—No lo sé —confieso.

Podríamos intentar salvarnos nadando, razono. Pero alguien tendría que cargar/arrastrar a Margot, nuestra nadadora residente. Y la única lo bastante fuerte y lo bastante en forma para remolcar a Margot es... Margot. Además, no tenemos ni idea de en qué dirección ir. Y el agua está fría. Tan fría que lo más probable es que al cabo de quince minutos estuviéramos debilitadas. A la media hora, calculo, comenzaría la hipotermia. He visto *Titanic*.

Este cruel hilo de pensamiento hace que una sensación espesa y pesada me embargue el corazón. Continúo achicando lo más rápido que puedo con las manos ahuecadas y ya entumecidas, pero, pensándolo bien, si no me he dado por vencida, al menos está claro que me siento en paz con lo que sea que esté por venir. «Al menos estamos juntas», pienso mientras todas achicamos en silencio durante unos segundos.

El frío es algo soportable cuando sabes que pronto volverás a entrar en calor. O a secarte. En mis tiempos era fan de las duchas frías, pues intentaba mejorar la circulación, tensar la piel o hacer que me brillara más el pelo (al menos eso es lo que dicen las revistas). Puedo incluso soportar esos días de invierno gélido en los que tienes que abrigarte un montón antes de salir de casa para llegar al coche o al metro sin congelarte. Sobre todo porque sabes que pronto te verás recompensada con una vaharada caliente de calefacción o con la transpiración comunal y el dióxido de carbono expulsado por una docena de pasajeros más. Pero ¿esto? ¿Sin final a la vista? No sé cuánto más podré aguantarlo. Me da miedo que de verdad sea el momento del *game over*.

—¡Esperad! —Tricia se endereza de golpe en su asiento y se pone a mover los brazos por dentro de la sudadera empapada.

—¿Qué estás haciendo?

—¡Esto! —Libera y agita un sostén con refuerzo de un tamaño considerable a dos centímetros de mi cara.

—¿Qué?

—Esto no hay nada que lo atraviese —señala, luego se agacha para demostrarlo y comienza a achicar de nuevo—. ¿Ves?

Las copas DD lanzan por la borda sus dos buenos litros de agua, y luego Tricia repite la acción. Supone una mejora respecto al achicamiento manual, y descubro que, si me doy prisa, mi sujetador deportivo también cumple. El de algodón de Melissa, sin embargo, no sirve de mucho... y Margot, como insiste en recordarnos, «no lleva sujetador». Así que perdemos dos achicadores de lencería, pero al menos da la sensación de que estamos haciendo algo. «Lo que sea...»

Estalla un relámpago en el horizonte, y acto seguido nos llega el trueno, ahora más cerca. «Quizá sea preferible que nos mate un rayo... Por lo menos será más rápido. Y está claro que entraríamos en calor», reflexiono cuando otro rayo de fuego hiende la oscuridad y Tricia grita aterrorizada. Pero entonces algo me llama la atención.

«¿Podría ser...? ¿Sería...?»

Es nuestra única esperanza. Así que no digo nada, pero cruzo todos los dedos.

Cuando llega el tercer relámpago, estoy lista, preparada para captar todo lo que me rodea durante la fracción de segundo en que la descarga electrostática ilumina el cielo. Más adelante veo una línea recta, ahora despejada, donde el mar se convierte en cielo, pero a mi izquierda el horizonte está punteado y erizado de... árboles.

—¡Tierra! —grito, y una bocanada de agua de mar aprovecha mi arrebato para abrirse camino

hacia mi garganta—. ¡Hay tierra! ¡Allí! —Señalo—. ¡Y árboles!

Las demás escudriñan la nada, con cierta dificultad para compartir mi entusiasmo, hasta que otro rayo activa el interruptor temporal e ilumina el mundo una vez más.

—¡Tierra! —Melissa parece mi eco—. ¡Joder, cómo me gusta la tierra!

—¡Y a mí! —Esta vez a Margot no la turban ni los tacos.

—Lo conseguiremos, podemos hacerlo —digo casi más para animarme a mí que a las demás.

«¿Qué dijo Inge?» Deslizo hacia arriba la pantalla de los acontecimientos de los dos últimos días, como en el móvil, y empiezo a descargar datos a toda velocidad.

—Vale, necesitamos dos remeras, una timonel y una achicadora, así que, Margot, tú eres la más fuerte, si Melissa y tú hacéis el primer turno de remo, Tricia y yo podemos manejar el timón y achicar agua para intentar que nos mantengamos a flote. Luego iremos haciendo turnos hasta que estemos lo bastante cerca para hacer pie.

A trompicones, tomamos posiciones para luchar contra los elementos en un último y devastadoramente agotador esfuerzo, a estas alturas ya a bajo cero.

Nos alternamos para remar y achicar hasta que los árboles se hacen más grandes y vemos luces que brillan en un denso tapiz de abetos. Tiramos de los remos hasta que ya no podemos más y la base de la barca choca contra una bienvenida barrera de arena.

—Uf, gracias Dios. —Tricia se desploma y procede a vomitar con alivio y exuberancia justo por donde acaba de saltar Melissa.

—Muchas gracias —dice jadeando mi hermana, que logra esquivar la peor parte pero no vacila en su misión de tirar de lo que queda de la barca hasta la playa.

Juntas, arrastramos el armazón de madera a la orilla. Y mientras que yo analizo despacio las diversas opciones del «siguiente paso» que podrían barajar las supervivientes de un casi naufragio (mis conocimientos son escasos y están extraídos de manera exclusiva de libros infantiles en los que aparecen playas tropicales, cocos y monos), Melissa parece... confiada.

—Vamos —dice mientras se sacude algunos restos del contenido estomacal de Tricia del polar de los polvos—. Es por aquí.

Tricia también parece relajada, después de vomitar. Escurre su sostén achicador, se lo echa al hombro y comienza a andar detrás de Melissa por las encharcadas dunas de arena hacia una luz lejana.

Margot y yo nos miramos, aún sumidas en la oscuridad... en todos los sentidos. Pero con pocas opciones a nuestro alcance, heladas hasta los huesos y, en el fondo, consumidas por la curiosidad, empezamos a seguir sus pasos empapados con lentitud.

Los árboles destellan de la humedad y refractan una luz que ahora titila a lo lejos. Margot se adelanta y sujeta una espesa rama de abeto no lo suficiente para dejarme pasar, de modo que choca contra mi cara y vuelve a lanzarme una lluvia de gotas heladas.

«Me cago en la puta... —Levanto la mirada—. ¿En serio? ¿Tengo que mojarme aún más?»

Sin dejar de tiritar y, por supuesto, llena de sal —los labios, los dedos, todo, de hecho, arrugado por el agua de mar—, solo soy capaz de seguir a mis líderes tambaleándome.

Melissa y Tricia nos sacan ya bastante ventaja. Las figuras diminutas, como muñecas, desaparecen en el bosque mientras Margot y yo tenemos dificultades para mantener el ritmo. Pero más allá de la barrera final de follaje con aroma a pino, nos vemos recompensadas con una visión celestial: una cabaña de madera blanqueada con una terraza que se extiende hacia una cumbre pedregosa. La luz de las velas titila en las ventanas y hay indicios de que en su interior arde un fuego, pues el humo escapa con valentía entre la lluvia desde una chimenea pequeña.

«¡Calor! —grito en silencio—. ¡Si conseguimos pasar, podríamos entrar en calor!» Es lo único que soy capaz de pensar a medida que pongo un pie delante del otro, espoleando hasta el último tendón de mi exhausto cuerpo.

Ahora, por encima de los timbales de las gotas de lluvia, oigo música, animada y pop, pero con una base que hace temblar la tierra y compite con el gamelán de condiciones climatológicas de tal manera que parece que me vibran los pies. «Eso o mis piernas creen que seguimos en el mar», pienso sintiéndome aún inestable.

—¿Estás bien? —me pregunta Margot, que me tiende la mano para ayudarme a subir la última pendiente empinada.

—Sí, muy bien —contesto, pero acepto su mano de todas maneras, pues concluyo que el orgullo herido es un precio que merece la pena pagar con tal de secarme antes.

«Además —pienso—, todas hemos sufrido unas cuantas humillaciones en las últimas veinticuatro horas, ¿no? Yo diría que ninguna se siente especialmente orgullosa.» Nada de esto parece importar ya, tampoco, porque la luz dorada nos atrae, cada vez más, hacia la majestuosa fortaleza que nos aguarda más adelante. Un letrero de madera, que cruje y se balancea con el viento, dice: BIENVENIDO AL VALHALLA.

Abrimos las pesadas puertas doradas y nos encontramos ante una habitación llena de gente, dominada por una vasta chimenea de piedra («vikings + obsesión por el fuego, prueba n.º 9») llena de troncos crepitantes. Las paredes encaladas dan paso a unas vigas labradas de manera tosca y adornadas con lámparas bajas. Alrededor de una docena de vikings fotogénicos hasta la obscenidad —todos como recién salidos de un catálogo— descansan apoyados contra las paredes o sentados en bancos forrados de piel de borrego. Las gargantas esbeltas y bronceadas desaparecen bajo cuellos de algodón almidonado, preciosas prendas tejidas o simples camisetas blancas, y la clientela se vuelve, como una sola persona, para observar a las dos formas zarrapastrosas que acaban de dejar entrar una corriente de aire helado.

—Eh... ¡hola! —pruebo a decir con mi mejor acento «pannórdico» (es decir, hablando

despacio, alto y con un dejo de *Borgen*)—. ¿Alguien ha visto a mi hermana?

Echo un vistazo a los rostros en busca del de Melissa... o, mejor dicho, los huecos que quedan entre los rostros, ya que calculo que mi hermana es unos buenos treinta centímetros más baja que todos ellos. Las extremidades me arden de alivio por haber abandonado el frío y me peino hacia atrás con los dedos para tratar de estar algo presentable, aunque fracaso de manera estrepitosa. «No molo lo suficiente para este sitio», reconozco.

Pero mi hermana, al parecer, sí.

—¿Esa es... Melissa? —Margot señala y yo sigo la dirección de su brazo extendido con la mirada.

Con los ojos entornados, distingo dos figuras diminutas, en el centro de lo que ya se ha convertido oficialmente en una muchedumbre escandinava, a las que reciben como amigas de toda la vida. Les echan mantas alrededor de los hombros, les ponen bebidas en las manos y a Melissa... Me froto los ojos para comprobar que no me están engañando... a Melissa la están... besando. En toda la boca.

—¿Ese no es... el primo de Inge? —observa Margot, todo un oráculo, por lo que parece.

Intento ver mejor al hombre con el que mi hermana se está comiendo la boca, pero lo único que alcanzo a distinguir es barba y una masa de pelo rizado y castaño. Trato de recordar al hombre al que se refiere Margot, esforzándome por evocar una imagen clara.

«¿No lo conocimos el día que Magnus se intoxicó? ¿El día de la tarta de chocolate y naranja? ¿El día que me tomé toda la cerveza y se me escapó lo de Mister Dientes? ¿El día que Melissa dejó de hablarme de forma oficial? Han pasado muchas cosas desde entonces —concluyo—. Se me pueden perdonar los fallos de reconocimiento facial. ¿No?»

Vuelvo a mirar. Me impresiona pillar a mi hermana in fraganti. También experimento una incredulidad moderada ante el extraño emparejamiento.

—¿Es él? ¿En serio? ¿El tipo que se parecía a Peter Jackson y olía a bollos? —consigo murmurar de alguna manera sin dejar de mirar a mi hermana, que ahora está de puntillas y con la frente apoyada en la del hombre oso, mirándolo a los ojos.

—Ese es —confirma Margot—. ¿Otto? ¿No se llamaba así?

—Sí, creo que sí... —respondo antes de notar una fuerte palmada en el hombro.

—¡Aquí estáis! —Es Tricia, que se ha apartado de la pareja y, sin duda, ha adquirido algunas de las costumbres de Melissa—. Tomad. —Nos ofrece a Margot y a mí una manta para cada una—. Venid a calentaros. Mi sostén se está secando al fuego, por si quieres que me lleve el tuyo. ¿No? Pues vale. ¿Y qué tal un trago?

Me está costando un poco procesar todo esto.

—¿Dónde estamos? —Miro a mi alrededor, perpleja—. ¿Y qué está pasando aquí, por favor?

—¿Aquí? —Tricia repite la palabra haciendo un gesto que pretende abarcar todo lo que la rodea—. ¿O aquí? —Señala la escena que se está desarrollando más allá, la que se titula «Vikingo gigante besuqueando a Melissa».

—¿Las dos cosas? —respondo—. Pero sobre todo ahí. —Señalo a mi hermana con la cabeza.

—Vale. Sí. Este es el pub de la zona, por si te interesa saberlo. Un sitio estupendo, ¿a que sí? Y eso... —ladea la cabeza hacia Melissa—, en fin, ata cabos...

No, sigo en blanco. A lo mejor el frío me ha entumecido el cerebro y mermado mis facultades.

—¿Has oído hablar de los *knullruffs*? —continúa Tricia.

«¿De qué coño está hablando? —pienso—. ¿Sufre también ella congelamiento cerebral?»

—No te preocupes —me tranquiliza Tricia—. Yo tampoco sabía qué era hace una semana, pero al parecer en sueco significa «pelo revuelto después del sexo». ¿A que los escandinavos tienen unas palabras geniales? ¿Sabías que los finlandeses tienen un término que quiere decir beber en casa en ropa interior?

—No sabía eso —confieso con franqueza.

—¡Sí! *Kalsarikännit*.

—Vale, muy bien. —Intento que retomemos el asunto que nos ocupa—. Pero ¿qué tiene eso que ver con mi hermana?

—Ah, sí. Bueno, a lo que me refería es a que... —Tricia retoma el hilo—. ¿No te has dado cuenta? Melissa ha aparecido tarde y con unos *knullruffs* de campeonato la mayoría de las mañanas...

—¿Eh? —digo, y entonces caigo—. Eehh... —alargo la palabra.

«¿Cómo puedo haber sido tan lenta? ¿Mi hermana? ¿Y el vikingo? ¿“Haciéndolo”, como dicen en clase de Charlotte? ¿Mi hermana pequeña mantiene relaciones sexuales...?»

«Mi HERMANA mantiene RELACIONES SEXUALES.»

Repito la frase unas cuantas veces en mi cabeza para intentar hacerme a la idea. Por algún motivo, me parece improbable que a la hermana menor que conozco y aun así desconozco de toda la vida, a la hermana a la que le gustan los caballos y los perros y las películas antiguas en blanco y negro y Enid Blyton, también le guste recuperar su mojo y hacer guarrerías. A menudo, si debo dar crédito a las palabras de Tricia. Me planteo si he estado ciega a las señales, a los indicios de que hace tiempo que mi hermana es un «ser sexual» hecho y derecho. Y concluyo que la respuesta es «sí».

Aquel verano durante el que se pasaba largos períodos de tiempo encerrada en su habitación con un póster de Jeff Goldblum e insistía en lavarse la ropa ella misma se enmarca de repente bajo una luz del todo nueva. Aquella vez, cuando estaba en el instituto y nos dijo que se quedaba a pasar la noche con su amiga Jodie... antes de que Jodie apareciera en nuestra puerta, fue, pensándolo en retrospectiva, una escapada sexual mal planeada. Se ve que he estado ciega a propósito.

«Este ha sido el día de las revelaciones...»

—¿Una copa? —continúa Tricia, como si comprendiera que tal vez la necesite.

—Sí —contesto con énfasis—. Por favor.

Mi compinche *de facto*, Margot, también acepta la invitación, y así, envueltas en gruesas mantas de lana, Tricia nos guía hasta una pared con estantes de madera en el otro lado del bar.

Parece algo sacado de una botica dickensiana, lleno de viejas botellas de cristal con etiquetas de papel de estraza y lo que parece una selección de vinos tintos «respirando» en decantadores. Detrás de una pared baja de madera pulida hay un hombre tan atractivo que no sé para dónde mirar. Tricia, en cambio, lo saluda de manera muy familiar y luego se vuelve hacia nosotras para susurrarnos:

—¿No os parece que este lugar es ¡para morirse!/? ¡Es como una casa en el árbol para adultos, pero con gente sexy y alcohol! —Se da la vuelta de nuevo y dedica al camarero la más triunfadora de sus sonrisas ganadoras—. Bueno, ¿qué vais a tomar? —nos pregunta sin dejar de sonreírle.

—¿Qué tienen? —respondo un poco (muy) abrumada.

Me siento como si estuviera en un vídeo de aprendizaje de idiomas de los ochenta y debiera estar pidiendo «tres bebidas alcohólicas por favor». Por suerte, Tricia es una guía experimentada y dispuesta.

—Bueno, yo estos días he disfrutado bastante del aquavit —me dice—. Un licor escandinavo que se destila de las patatas...

Me vienen flashbacks de una dieta de detox particularmente punitiva que probé una vez y que conllevaba beber jugo de patata cruda (que tiene muy pocas calorías), así que pregunto si no habría una alternativa.

—¿O?

—O cerveza o vino o... ¡no! ¡Ya lo tengo! Hay una cosa que tenéis que probar... —nos dice Tricia, y pide por nosotras.

Advierto que esto es peligroso en cuanto nos sirven dos vasos con un líquido marrón.

—¿Qué es esto? —Margot frunce la nariz ante el vaso.

—¡Es un gin-tonic, pero elaboran su propia tónica con corteza de quinina! —dice Tricia entusiasmada.

«¡Pues claro! Es como una clase magistral para hípsteres. Seguro que en su fuero interno todos saben que el primer álbum que me compré fue *Stars*, de Simply Red.»

—¿Corteza de quinina?

—Sí, el dueño me dijo que así puedes usar ginebra más barata —agrega Tricia cuando casi me atraganto con el brebaje.

«Cielo santo...»

—¿Fuerte? —pregunta Tricia con aire inocente.

—Es como beberte el líquido de un encendedor —digo jadeando con una voz que no es la mía. Después del segundo sorbo, me siento como si me hubieran disparado con una táser. «Joder, quema...» Me llevo la mano libre a la boca y añado—: Creo que *ze* me *eztán* derritiendo *loz dientez*. *Ezo* no puede *zer* bueno...

—No pienses demasiado, ¡tú bebe! Te ayudará a entrar en calor. También he pedido comida —me tranquiliza Tricia—. Para que absorba. Así que vamos, ¡empinad el codo!

Margot obedece y a continuación nos sirven una bandeja con pescado encurtido, pan de centeno y verduras de aspecto nudoso sobre una tabla de madera.

—Esto nos pondrá a tono —anuncia Tricia, y ataca la comida.

Tiene razón. Nos ayuda a recuperarnos. Y también se produce una extraña especie de tregua que llega hacia la mitad del segundo vaso de líquido para encendedores marrón, cuando ya no siento tanto frío y tampoco tengo miedo. Qué raro. Se oye más europop y los chicos guais empiezan a bailar pogo en una formación desenfadada.

—Me encanta la música que ponen aquí, ¿y a ti? —pregunta Tricia, que está dando saltos caóticos—. Exclusivamente pop escandinavo.

—¿Y eso es bueno? —Arqueo las cejas.

«Puede que mi confesión sobre Simply Red no les pareciera una mierda tan inmensa, a fin de cuentas. Incluso podría reconocer lo de mi colección de Billy Joel...»

—¡Por supuesto! —Tricia responde como si fuera algo obvio—. El Reino Unido es el único lugar donde no apreciamos por entero sus encantos.

—¿De verdad?

—Sí —me contesta con gran rotundidad—. Es cierto. Cuando ABBA ganó Eurovisión en 1974 con *Waterloo*, el Reino Unido no les dio ni un solo punto. Y mira cómo acabaron. Así que ¿quién crees que sabe más de música?

Veo que no voy a ganar esta discusión, de modo que como, bebo y pronto descubro que ya no me importa.

—¿Has venido mucho por aquí? —le pregunto a Tricia.

Suelta una risotada.

—Eso suena a frase cutre para ligar, ¿no?

Expulso alcohol de cuarenta grados y zumo de árbol marrón por la nariz hasta que me duele.

—Supongo que sí —respondo cuando la sensación de ardor disminuye.

—Puede que anoche nos acercáramos con la barca... —dice Tricia con una indiferencia bien ensayada, y bebe un trago de su vaso.

—¿Y cuándo empezó? Lo de Otto, quiero decir. ¿Y cómo encontrasteis este sitio? ¿Lo conocíais todas menos yo?

—Yo no lo sabía —interviene Margot, y me doy cuenta de que con «todas» me refería a Tricia y a Inge.

Que Melissa no confiase en una semidesconocida con pinta de modelo diez años menor que ella es una cosa. Pero ¿que no confiara en su hermana? ¿Otra vez? Eso es muy distinto.

Por supuesto, si lo comparas con la carta que he leído antes, resulta insignificante, pero aun así...

«Quiero que mi hermana pueda compartir cosas conmigo, ¿no?»

Es aquí cuando el líquido de encendedor/ungüento marrón comienza a atacar a mis... «¿se llamaban neurotransmisores?». Así que me bebo de un trago el resto del licor abrasador y siento un hormigueo que se extiende desde el esófago hasta la entrepierna, momento en el que decido descubrir por mí misma qué ha estado pasando.

Echo a andar hacia mi hermana, pero Tricia me corta el paso bailando como una loca, ahora al ritmo de Roxette. Tras un forcejeo, consigo liberarme de sus intentos de enredarme en un dueto y dejo que Margot se las arregle sola. Me abro paso poco a poco entre la gente guapa hasta que estoy lo bastante cerca para ver a Melissa con claridad, y me percató de que está bastante más abstraída de lo que esperaba. Es como si le hubieran cortado los brazos por las muñecas, pues el resto ha desaparecido en el interior de los pantalones de Otto.

«Por Dios —pienso y, acto seguido, para mi propia sorpresa—: ¡Bien por ella!»

Melissa acaba separándose de él y, tras darle un último apretón en el trasero (al menos espero que sea en el trasero...), se escabulle entre la multitud en dirección a lo que adivino que es el baño de mujeres, gracias a una flecha de madera en la que han tallado a una vikinga.

«Espero que no haya cogido cistitis —es mi respuesta instantánea, sin filtrar—. Con tanta agua fría, tantos pantalones mojados y tanta “acción”.» Me pregunto si me quedará alguna bolsita de citrato de sodio en el neceser para ayudar a disminuir el nivel de ácido de la orina de mi hermana. Entonces me doy cuenta de que es muy poco romántico y de que seguro que dice más sobre mis decepcionantes encuentros sexuales hasta la fecha que sobre el probable estado de la uretra de Melissa.

Intento seguirla, sin plantearme mucho lo que sucederá a continuación. Avanzo entre la multitud lo más deprisa que puede hacerlo una británica torpe todavía bajo los efectos secundarios del

susto/la hipotermia/la tónica casera y la ginebra barata. Después de repartir algún que otro «Disculpa» y «Por favor, ¿podrías dejarme pasar...?», se me escapa un nada típico de mí e incívico «¡EH!» y me abro paso hasta el baño justo a tiempo para pillar a Melissa antes de hacer pis.

—¡Vaya, hola! —saludo en lo que espero sea un tono despreocupado.

—¡Ah, hola! —Melissa señala el cubículo libre—. ¿Quieres entrar tú antes? Yo puedo aguantarme. —Hace un gesto con la cabeza en dirección al otro cubículo, que está ocupado—. Hasta que terminen.

—¡Ah, no! —le digo—. ¡Solo he venido a verte!

—Y eso no tiene nada de raro... —responde ella.

—¿Lo tiene? —De verdad que ya no estoy segura. «Debería empezar a hacer una lista... A lo mejor puedo abrirme un documento en la aplicación Notas del iPhone. ¿“Cosas raras que hago y que al parecer no son socialmente aceptables”?»

—Sí —me asegura Melissa—. Es raro. Está claro que seguir a la gente a los baños cuando no quieres hacer pis es raro.

—Cierto —reconozco la metedura de pata, y luego añado—: Tomo nota. Lo siento. Solo quería decirte... felicidades. —«¿Es esa la palabra apropiada? ¿La reacción adecuada a la revelación de que tu hermana se ha estado tirando al martillo de Thor?»—. Es decir, no tenía ni idea de lo de tu «amigo»...

«¿Qué soy? ¿Una tía solterona de mediana edad del siglo XIX?»

—¿Felicidades? ¿Por qué?

—¿Por Otto?

—Ah, sí —se limita a contestar.

—O sea, que sois... ¿pareja? —Es inexplicable, pero lo pronuncio con acento extranjero. Como si quisiera desvincularme de la cursilería de la pregunta. «En serio, este asunto de “charlar” se me da fatal...»

—Solo llevamos unos días juntos, ¡todavía no le hemos puesto etiqueta! ¿Seguro que no quieres pasar? —Vuelve a señalar el baño con la cabeza.

—No, gracias —le digo. Luego, con la esperanza de fomentar un ambiente propicio para las confesiones, explico—: He hecho pis en el agua antes de llegar a la orilla. Me ha ayudado a entrar en calor.

Se le escapa un «pffff» de risa.

—Vale, ¿te importa si entro yo? —Ya se está bajando los pantalones cuando lo dice, y procede a orinar con la puerta del cubículo abierta.

«¡Ni siquiera lo hace en cuclillas ni pone papel en la taza primero! —Niego con la cabeza ante el arrojito de mi hermana—. Yo no he vuelto a tocar una taza desde 1998, ¡y mucho menos el borde de un retrete público! ¿Es que no sabe cuántos gérmenes podrían estar acechándola?»

—Entonces ¿estás bien? —pregunto apartando la vista para echarle una ojeada al resto del baño.

—¿Yo? Sí, estoy bien, solo tenía que hacer pis...

No me refería a eso. Aunque... «Oh, oh. —Un claxon resuena en mi cabeza—. ¿Relaciones sexuales recientes? ¿Necesidad urgente de miccionar? ¡Alerta de infección del tracto urinario! Tengo que buscar esa bolsita...»

—Me refiero a lo que pasará cuando volvamos. ¿Tienes ya día para la operación?

Asiente.

—¿Lo llevas bien?

—Sí, claro. —Esboza un mohín sarcástico—. Van a quitarme un trozo del pecho izquierdo. Que nunca ha sido mi favorito, pero aun así...

No sé qué contestar a eso.

—¿Te han dado algún consejo sobre el estilo de vida que deberías llevar? —es lo mejor que se me ocurre.

Me mira a la defensiva.

—Esto no tiene nada que ver con que esté gorda, si es lo que estás pensando...

—No, ¡no pensaba eso! —protesto.

—Se ve que utilizar desodorante tampoco tiene nada que ver. Ni el espacio. Ni el wifi... En realidad, los principales factores de riesgo para padecer cáncer de mama son cosas que nadie puede evitar —continúa—. Como envejecer, los genes y el mero hecho de tener pechos... Sí, este último parece ser el más importante. Un giro inesperado, ¿eh?

Ya sé todo esto gracias a la investigación que llevé a cabo en la biblioteca local cuando se lo diagnosticaron a mamá. Gracias a eso y a todas las preguntas que yo misma hice a los médicos porque mi madre estaba demasiado deprimida y mi padre estaba demasiado disgustado para que se les ocurrieran. Lo apuntaba todo en un cuaderno amarillo que siempre me parecía demasiado alegre —inapropiadamente optimista, pensaba—, cada vez que lo sacaba en el hospital.

—En resumen, todo va a ser un poco una mierda durante un tiempo —concluye Melissa.

—Sí, lo siento. —Tartamudeo. Ojalá ambas estuviéramos algo más sobrias para mantener esta conversación. Aunque puede que fuera justo lo que necesitábamos: soltarnos—. ¿Te han fijado un calendario de tratamiento? ¿Te darán quimioterapia?

Asiente.

—Y terapia hormonal, y todo lo demás...

—Bien —digo, y veo que Melissa enarca las cejas con incredulidad—. No me refiero a «bien». Lo que quiero decir es que me alegro de que tengan un plan en marcha. Para lo que vendrá a continuación. Y yo estoy aquí, para lo que necesites. —Asiente de nuevo—. Es normal tener miedo, ya sabes...

—Bien, ¡porque lo tengo! —contesta con la voz temblorosa—. Me asusta quedarme calva. Me asusta tener un aspecto raro después. Me asusta no volver a sentirme yo misma.

—Lo siento mucho —le digo, de nuevo, con el corazón en la garganta.

—¡No! No me mires así. —Me señala la cara—. Por eso ni se me pasó por la cabeza contártelo, por no ver cómo cambiaba tu expresión. No quería darte la oportunidad de volver a sentirte atrapada. De tener que hacer un sacrificio...

—¡No es ningún sacrificio! —exclamo—. ¡Eres mi hermana! —Melissa levanta la vista hacia mí—. ¿Qué? Lo digo en serio —insisto—. Te echo de menos. Echo de menos no saber cosas de tu vida. Nunca sé nada de tus relaciones ni de lo que te está pasando...

Melissa niega con la cabeza y luego con el culo para sacudirse las gotas antes de limpiarse. «Qué eficiente», pienso impresionada. Y mientras se sube los pantalones, dice:

—¡No te hablo de mi vida porque durante años no ha parecido interesarte! —Pulsa el botón, me

refiero al de la cisterna, no al de los pantalones, y luego añade—: No te cuento nada porque nunca preguntas. ¡Nunca has querido saberlo!

Levanta la voz para que la oiga por encima de los borbotones del agua.

—Lo siento. De verdad que lo siento mucho —le digo—. He sido una hermana de mierda.

Se produce un largo silencio después de esto.

—Si estás esperando a que te lleve la contraria, no va a suceder...

—No, está bien, es justo. —Asiento con la cabeza. Pero sigo sintiendo la necesidad de explicarme—. No pretendía apartarte de mí. Es solo que... siempre... te llevaste muy mal con mamá. Y cuando murió, yo me puse muy triste...

—No lo mostraste...

—No. Fui una idiota.

—Tenías que mantener el control —me corrige Melissa, repitiendo como un loro la frase que he usado para defenderme durante los últimos veinte años.

—Fui una idiota.

—Yo también la echaba de menos, ¿sabes? —Melissa se limpia las manos recién lavadas en los pantalones, aún mojados—. Yo también perdí a mi madre, aunque conmigo pudiera llegar a ser... Bueno... —Se detiene—. Y odiaba ver a papá sufriendo de esa manera. Pero luego me sentí como si nos hubieras abandonado. Como si ya no quedara nada que te retuviera allí... Como si yo no fuera suficiente. —A continuación baja la voz—. Justo como siempre me hizo sentir mamá.

—¿Te hacía sentir así? —Me deja de piedra.

—¡Siempre! —dice Melissa—. Contigo era diferente. Tanto si lo hacía a propósito como si no. Yo la quería, pero no siempre era... buena conmigo.

Las palabras de mi hermana me ponen a la defensiva. Porque mi santa madre idealizada fue siempre justa y equitativa. Me acostumbré a defenderla... de Melissa, de papá, incluso, una vez, de Greg.

«Nunca volvió a cometer ese error...»

Pero ¿podría haberme equivocado también con ella? O, como mínimo, ¿no estar del todo en lo cierto? Escandinavia ya me ha enseñado que hay matices de gris.

«A lo mejor mamá rondaba el “gris plomo”... ¿Y si no era “buena del todo”? ¿Y si era una simple humana, como todos los demás?»

Recuerdo ser muy pequeña y sentarme en el regazo de nuestra madre envuelta en una toalla después del baño. Me cantaba canciones que se inventaba solo para mí, y yo me sentía como si estuviera envuelta en amor. Pero cuando evoco esa escena, nunca incluye a Melissa. «¿No estaba con nosotras?», me pregunto. Así que se lo pregunto.

—Ni de coña. No recuerdo que hiciera nada de ese estilo conmigo. —Melissa resopla—. Puede que ya estuviera un poco hecha polvo. Desgastada. O que yo no le gustara tanto.

—¿Algo así como si yo hubiese recibido «lo mejor» de mamá? —le pregunto.

—A lo mejor es cosa de los primogénitos. —Se encoge de hombros.

Reflexiono sobre ello. «¿Me he portado mejor con Charlotte que con Thomas?» Repaso la película de los momentos más destacados de mi propia maternidad. De los infinitos cambios de pañal. De la introducción de alimentos sólidos («¡un caos!»). De sacar a Charlotte y a Thomas del baño cuando eran pequeños y pelearme con ellos para secarlos y vestirlos mientras se retorcían y gritaban y me volvían loca. «Como un combate a muerte con cocodrilos» era la forma en que Greg

describía mi técnica posbaño. No estoy segura de haber sido beatíficamente amorosa con ninguno de los dos.

Recuerdo a mi madre como un ejemplo perfecto de maternidad, pero dudo que alguna vez mis hijos lleguen a pensar así de mí, cavilo ahora. «Lo más seguro es que recuerden que siempre estaba enfadada, ocupada y era un poco inútil...»

Nunca he hecho un cohete con rollos de papel higiénico ni nada digno de Pinterest con envases de yogur. Ni me he inventado canciones de cuna. Ni he intentado animar a ninguno de los dos a que aprenda a tocar el puñetero violín. «He fracasado. De forma épica...», me angustio ahora.

Intento transmitirlo a Melissa.

—Creo que he sido igual de manta con mis dos hijos.

—Bueno, todavía tienes tiempo de cambiar todo eso —dice, en lugar de refutar mi afirmación.

—Sí, ¿verdad? ¿Me ayudarás?

—¿Si hago todo lo que pueda para no morir, quieres decir? —Me mira, con aire muy sincero, como si me estuviera escudriñando el alma. Entonces se le escapa otro «pfff»—. ¡Solo te estaba tomando el pelo!

Y me da un puñetazo en el brazo. Duele, y mucho, pero sé que, en el mundo de Melissa, eso significa que estamos en paz.

—Si puedo hacer algo, cualquier cosa, o necesitas hablar, del diagnóstico, del tratamiento o de lo que sea, aquí estoy —le aseguro—. En serio.

Me pongo tensa a la espera de otro golpetazo. Pero no llega. Al contrario.

—Gracias —dice—. Pero no quiero que la gente ande de puntillas a mi alrededor ni que hagan eso de ladear la cabeza y mirarme como si fuera una niña pequeña que se ha cagado encima y necesita que la limpien.

—No. De acuerdo. Por supuesto que no. —Yergo la cabeza de forma muy poco natural—. Pero acompañarte a las citas médicas, ayudarte con la casa... lo que necesites.

—Muy bien —conviene, y luego, con un brillo malicioso en los ojos, añade—: Pero puede que tengas que cuidar de los conejos. Y pasear a los perros.

Trago saliva.

—No pasa nada. A Charlotte y a Thomas les encantaría echar una mano con los conejos. —Espero que sea cierto—. Y puedo buscar «mejor forma de pasear perros» en Google.

—No se trata de hacerlo de la «mejor forma». —Me mira divertida—. Se trata de dejar que hagan un poco de ejercicio y que planten un pino.

—Entendido. —Asiento con la cabeza.

—Y de llevar un chaleco de alta visibilidad y una riñonera con galletas de perro —dice Melissa como si tal cosa.

—Muy bien —concedo, resignada a mi destino.

—Lo último era broma... ¡Las golosinas y el chaleco solo tienes que llevarlos si quieres!

—¡Ah! ¡Vale! —Exhalo con alivio... y Melissa está a punto de caerse de la risa.

—¡Ja! ¡Deberías haberte visto la cara! ¡Esta vez me he quedado contigo! Uau, sí que lo sientes.

La miro con los ojos llenos de lágrimas, intentando sonreír.

—¡Y estás llorando! —señala ahora Melissa.

—Yo no estoy llorando, tú estás llorando —replico, riendo—. Y no pienso volver a irme a ninguna parte nunca más, no te vas a librar de mí. —Entonces recuerdo algo y continúo—: ¡Así

que no se te ocurra volver a dejarme con la puñetera Margot mientras Tricia y tú habláis con chicos y vais a bares!

—Vale, vale —accede Melissa—. Pero ¿sabes?, la única razón por la que Margot no te cae bien es porque las dos os parecéis en muchos aspectos. —Lo dice como si fuera un hecho, indiscutible y evidente para todo el mundo menos para mí.

—¿Qué? —me burlo—. ¡No, no nos parecemos!

—Sí, os parecéis —repite Melissa.

—¡Que no!

—¡Que sí! —me dice—. Margot no es mala persona: solo es una versión más sexy, inteligente y joven de ti... ¡Cómo no vas a odiarla!

—¡No la odio! —protesto, y acto seguido lo modifico con un «mucho» y un «ya»—. Pero, de todos modos, no me parezco en nada a Margot.

«¿Me parezco a ella? ¿Podría ser que Margot represente todo lo que yo deseaba ser, tiempo atrás?»

Tengo la horrible sensación de que mi hermanita ha dado en el clavo. Otra vez.

—Bueno, tal vez quepa la posibilidad de que en el pasado haya intentado demasiado ganar en todo —reconozco omitiendo el hecho de que «el pasado» incluye todo lo ocurrido «hasta y durante la última hora»—. Pero no soy yo la que tiene un sentido del privilegio heredado, ni la menor idea del mundo real, ¡y las tetas tan firmes que no necesitan relleno! —Procuro emplear un tono alegre para volver al punto en el que estábamos unos minutos antes y hacer reír a mi hermana—. Yo no soy un grano en el culo, una gilipollas, la Señorita Perfecta en todo... ¡pero que no tiene ni puta idea de nadar y ha estado a punto de ahogarnos a todas! —Es en este punto cuando decido embarcarme en una desafortunada imitación de nuestra más joven aprendiz de vikinga—. «¡Oh, soy Margot! ¡Miradme! ¡Socorro, socorro! ¡No sé nadar!»

En este preciso instante, se produce una leve pausa en la música escandi-pop de fondo y se oye un sollozo tan intenso que resuena desde el cubículo a nuestra espalda. Entonces recuerdo que ya estaba ocupado cuando hemos llegado y que alguien lleva ahí dentro muchísimo rato.

Melissa se aparta de mí y vacila un momento, luego llama a la puerta.

—¿Va todo bien?

La respuesta que recibe es un estertor apagado, de modo que Melissa, sin tener ninguna consideración por la privacidad o el espacio personal —como de costumbre— se encarama a la taza del váter del cubículo adyacente para asomarse por encima de la pared de contrachapado. Cuando se da cuenta de que ella es demasiado baja para ver, me insta a intentarlo yo.

—¡Yo no, ni de coña! —susurro.

—¡Tú sí! —insiste Melissa.

El juego de los gritos continúa y el ritmo de los sollozos aumenta.

—¡Vamos! —Mi hermana gesticula para que me acerque—. ¡Quienquiera que sea podría necesitar ayuda!

No estoy convencida de que sea buena idea, pero, reticente a poner en peligro nuestro recién descubierto equilibrio fraternal, hago lo que me pide.

«Estás apoyando los pies descalzos en un retrete», me reprende mi monólogo interior. Sin embargo, Melissa no parece preocupada a pesar de estar justo en el borde del trono ovalado para

ofrecerme un mejor punto de apoyo hasta que consigo pasar los dedos por encima del borde del cubículo y, bien agarrada, asomar la cabeza para ver qué hay al otro lado.

«Mierda...»

Experimento otra de esas sensaciones de intensa zozobra que tan familiares me resultan desde hace unos días.

—Ay, Dios —dice Melissa—. Es ella, ¿verdad?

Un rostro despejado, sin arrugas, refleja conmoción y luego consternación; se ruboriza un poco al verme y por fin se sume en un nuevo ataque de lágrimas.

—Lo siento, Margot —es lo único que se me ocurre decir.

—Cada... vez... —Margot traga saliva para intentar articular las palabras entre sollozo y sollozo— que paso tiempo... con gente... que me cae bien... —se deshace en un acceso de hipo y se sorbe la nariz con fuerza varias veces antes de poder reanudar la frase— nunca... les caigo bien... yo... a ellos.

Se hace un silencio incómodo, al menos para mí. Entonces interviene Melissa.

—¡Por supuesto que nos caes bien! —Me clava un dedo en el muslo para instarme a seguir su ejemplo.

—¡Sí! —suelto sin pensarlo—. No lo decía en serio, nada de todo eso... ¡Era la ginebra la que hablaba!

Pero no hay manera de consolar a Margot. Le tiembla el labio inferior y ahora se ha enzarzado en una batalla contra los mocos, así que cojo un puñado de papel higiénico para que se limpie con él. Una vez que me he inclinado sobre la parte superior de la puerta del baño para entregarle mi regalo consistente en varios trozos de papel de dos capas, propino un codazo a mi hermana.

—¡Sigue! —le digo.

—¿Qué? —me susurra Melissa.

—¡Di algo más! ¡Algo amable! ¿Por favor? —Suplico—. Se te dan bien todas esas cosas.

—¿Qué?

—Ya sabes, hablar y esas cosas... que te salgan palabras de la cara... —Estoy empezando a trastabillar.

—¡No! —susurra—. ¡Si tú la cagas, tú lo limpias!

«¿Es que mi hermana tiene que relacionarlo todo con los excrementos? Es lo que parece...»

—¿Margot? —pruebo de nuevo, asomada por encima de la pared de contrachapado—. ¡Margot! Escucha: lo que acabas de oír... No me hagas ni caso. Olvídate de ello. No debería haber...

—¡Pero lo decías en serio! —gime.

—¡No! No del todo. —Miro a mi hermana, sin perder la esperanza de que mande refuerzos.

Forma una V con los dedos, me apunta con ellos y luego al cubículo de al lado. «¿Qué?»

—¿Qué coño significa eso? —refunfuño—. ¡No tengo ni idea de que estás diciendo!

Melissa niega con la cabeza, desesperada.

—¡Tú sigue hablando! ¡Con ella! —me susurra.

Y eso hago.

—No iba en serio —continúo—. Es solo que a veces puedes dar la impresión de ser un poco... perfecta... con ese pelo y esa cara y ese trasero diminuto y esos brazos torneados y la política de no usar sostén...

—¿Qué?

Margot se lleva las manos al pecho en actitud defensiva y Melissa imita el gesto de cortarse la garganta para indicarme que podría estar empeorando las cosas.

—Lo siento, eso ahora mismo no es relevante —digo tratando de restar importancia a mi

argumento anterior—. También eres inteligente, hábil y joven. Muy joven... —Pierdo el hilo de mis propios pensamientos unos instantes.

—Eso no es culpa mía... —contraataca Margot, con toda la razón.

—No, es verdad —reconozco—. Creo que solo estaba... —respiro hondo antes de conseguir obligarme a decirlo— un poco celosa.

—¿Celosa? —Me mira con los ojos como platos—. ¿De mí?

—Ajá —mascullo, ahora abochornada—. Como si por alguna razón estuviéramos compitiendo... —Me interrumpo, consciente de que el mero hecho de que haya llegado a plantearme esta noción es echarme flores.

—En definitiva, creo que a mi hermana le gustaría mucho ser tú. —Melissa ha hecho altavoz con las manos y las ha apoyado contra la pared para hablar. «Ah, o sea que ¿AHORA sí quiere intervenir en la conversación? Muchas gracias...»—. ¿No es cierto, Alice? —Me mira con las cejas arqueadas para alentarme.

«¿En serio? ¿Tan completa va a ser mi denigración? Doy gracias por la ginebra. Sobria, esto sería demasiado...»

—Sí —logro decir con la mandíbula apretada—. Sí, así es.

—¿Ves? —Melissa sonrío encantada—. No ha sido tan difícil, ¿a que no? —Se baja del retrete de un salto, con aspecto de sentirse satisfecha de sí misma.

Yo también bajo, vacilante, y entre las dos convencemos a Margot de que salga del cubículo. Tiene los ojos felinos enrojecidos a causa del llanto prolongado y la frente arrugada por el desconcierto.

«Y aun así... ¡sigue estando guapa! ¿Cómo funciona eso?»

—Ven aquí, ven con mamá oso —dice Melissa, inexplicablemente maternal de repente. — Extiende los brazos y envuelve a Margot en uno de sus mejores abrazos mientras la joven intenta recomponerse.

—Lo siento —repito por la que debe de ser la vigésima vez de hoy.

—No pasa nada —masculla Margot mientras se seca las lágrimas—. Pero me lo dirías, ¿verdad? —pregunta—. Me refiero a si hago cosas que provocan rechazo a la gente. Porque esto me pasa mucho... —Vuelve a echarse a llorar—. En el colegio... —Se sorbe la nariz—. En la universidad... —Interrumpe de nuevo la frase para sonarse los mocos—. ¡Incluso en los premios Duque de Edimburgo! Aunque, claro, Phil jamás le contaría nada a papá...

—Claro que no. —Melissa acaricia el pelo a Margot y la arrulla mientras yo lucho contra el impulso de poner los ojos en blanco—. Pero a lo mejor no te iba mal... —sugiere mi hermana— relajarte un poquito.

—Mmm. —Emito un tímido sonido de «asentimiento» y luego trato de tomar parte en el abrazo y las caricias capilares.

«¿Es esto lo que hacen las chicas en este tipo de situaciones?»

Pero Melissa se aparta y las dos me miran con fijeza.

—Eso también va por ti —dice mi hermana—. A nadie le caen bien las sabiondas y no hay necesidad de convertirlo todo en una competición.

«Oh...»

—No... —decimos Margot y yo al unísono, esforzándonos por absorber estas nuevas lecciones vitales.

—Pero nunca es demasiado tarde para cambiar. —Se vuelve hacia Margot—. Mira a mi hermana. Lleva treinta y siete años tensa...

—¡Eso no es verdad! —respondo por instinto.

—Claro que sí —me corrige Melissa.

—No... —Ya no estoy tan segura.

—Vale, ¿cuál fue la última fiesta en la que te soltaste esa melena demasiado larga? —pregunta.

—¿La última fiesta? ¿Te guías por eso? ¿Qué tenemos, quince años? —Le pongo mi mejor cara de «adolescente» y me pregunto en voz alta si cuenta un congreso de odontología. Melissa niega con la cabeza y una expresión de lástima se apodera de ella—. En ese caso, no lo sé —admito. «En realidad, puede que fuera en el cambio de milenio»—. Antes era divertida, ¿no? —Se hace el silencio—. Entonces, de repente, un día, me desperté con dos niños y un Renault Espace...

—Las dos necesitáis... soltaros más —continúa Melissa, que nos ofrece una especie de contoneo, tal vez inducido por el alcohol, que pretende ilustrar el «nivel de soltamiento óptimo».

—¿Como por ejemplo...? —pregunto con cautela.

—Como... —Melissa piensa en un buen ejemplo y al final suelta—: ¡Como Tricia! Vamos, os lo enseñaré.

Sin más, abre la puerta de los servicios de una patada, nos agarra a cada una de un brazo y nos lleva de vuelta al bar, ahora un hervidero de actividad. Apenas se distingue una melena corta, ahuecada y rubia en medio de una multitud de vikingos que la corean. La mujer está de pie, con las piernas separadas y los pechos juntos y encumbrados por un sujetador calentado al fuego como si fueran dos bollos; tiene unos cubiertos en una mano y un vaso de «líquido marrón» en la otra.

—¿Tricia?

—¡Aquí estáis! —Nos saluda con entusiasmo—. ¿Os lo estáis pasando de maravilla? ¡Yo me lo estoy pasando de maravilla! Resulta que cuando me emborracho ¡hablo danés! —Farfulla algo incomprensible a un vikingo que pasa por allí y que se queda perplejo.

—¿Qué haces con eso? —Señalo los cuchillos que sujeta en la mano.

—¡Ah, esto! —Parece alegrarse de tener la oportunidad de explicar su astuta estrategia—. He estado charlando con los lugareños y, con la ayuda de mi *push up*, he llegado a un acuerdo según el cual nos invitarán a todas a una bebida de nuestra elección cada vez que acierte en ese tablero de corcho de... —mira hacia el otro extremo de la sala con los ojos entornados— ¡ahí! O al menos creo que es ahí donde está... Les estaba contando a todos lo de nuestra clase de lanzamiento de hacha y entonces pensé: «¿Por qué no demostrárselo?». Toma, sujétame la copa...

Tricia deposita el vaso entre las manos de mi hermana y se da la vuelta para apuntar antes de que ninguna de nosotras sea capaz de articular las palabras que la disuadan. Estiro una mano, que parece moverse a cámara lenta, para agarrarle el brazo derecho cuando empieza a echarlo hacia atrás con intención de lanzar un arsenal en dirección a la inmaculada clientela, pero entonces una voz procedente de la entrada detiene a Tricia en seco.

—¡Para! —En la puerta, perfilada por un relámpago procedente del mundo exterior, hay una figura estatuaría: al parecer, el vapuleo de los elementos no perturba su melena brillante.

Impecable y con paso firme, Inge entra como un huracán en el bar seguida de una oleada de admiración. Incluso los clientes que parecen sacados de un catálogo palidecen en comparación con su complejión amazónica y su seguridad en sí misma y, uno por uno, la saludan rivalizando

por su atención. La mirada de Inge, sin embargo, no se aparta de Tricia. La multitud le abre paso mientras avanza hacia ella y le confisca los cubiertos.

—Ya me los quedo yo, gracias —dice, y los devuelve al lugar que les corresponde detrás de la barra.

—Lo siento —masculla Tricia.

—No te disculpes nunca. —Inge levanta una mano—. Solo limita el lanzamiento de hacha al exterior.

—Cierto, sí. Lo pillo. —Tricia asiente con la cabeza—. Pero también lo de que todas nos hayamos escapado... y que cogiéramos la barca...

—Sí, eso ha sido un poco estúpido —admite Inge—. En plena tormenta. Cuando no había esperanza alguna de ver un cisne... Pero debo felicitaros a todas por vuestro espíritu viajero y marinero.

—¿Sí? —Estoy estupefacta.

—Por supuesto —responde.

—¿Aunque hayamos estado a punto de ahogarnos? —pregunta Margot.

—No ha muerto nadie, ¿no? —aclara Inge haciendo un recuento rápido.

—Pero casi. Dos veces, en mi caso... —empieza de nuevo Margot, antes de que Melissa le lance una mirada que viene a decir: «¿Te acuerdas de eso que hemos hablado acerca de que puedes ser una santurróna de tomo y lomo que se toma las cosas demasiado al pie de la letra y provoca rechazo a la gente? Sí, este es uno de esos momentos. Cállate. Ya.»

—Habéis sido vikingas —nos dice Inge. Todas nos erguimos un poco al oírlo—. Habéis sobrevivido. Otto me ha avisado de que os encontraría aquí... y de que lo habíais logrado juntas. Lo cual significa que estáis listas para mañana. Para la última etapa del entrenamiento. Estáis listas para... —me tenso incluso antes de que pronuncie la palabra— ¡el *berserking*!

La bilis me sube por la garganta. Porque, a pesar de todo lo que hemos pasado y de todo lo que he aprendido, todavía no tengo la sensación de que «*berserking*» y «yo» sean entidades que deban ir juntas. «¿Cómo voy a ser capaz de quitarme de encima treinta y siete años de “tensión” —en palabras de Melissa— para poder correr, gritar e ir desnuda dentro de unas horas?» Me estoy poniendo nerviosa, así que me siento aliviada cuando Inge nos dice que antes hay un paso adicional que daremos juntas.

—Aunque estoy orgullosa de vosotras por haber llegado solas hasta aquí y haber superado la semana, todavía nos queda trabajo por hacer en torno a la honestidad. ¿No os parece? —Nos mira a todas, una por una—. Ha habido secretos. Mentiras. Ocultaciones... incluso hacia vosotras mismas. Para ser vikingas, tenéis que seros fieles a vosotras mismas. Para entregaros por fin al *berserking*, tenéis que saber quiénes sois y qué representáis.

Todo esto me suena un poco más serio de lo que por lo general me hace sentir cómoda. Pero, por alguna razón, no se me ocurre ninguna salida cínica. Quizá se deba a la ginebra. Quizá se deba a la quinina. Quizá se deba a que ABBA suena en bucle... O quizá, solo quizá, se deba al hecho de que hoy ya he lidiado con la posibilidad de perder a mi hermana, he luchado por volver a abrirme camino hasta ella, me he enfrentado a tormentas —literales y metafóricas— y me han dado lecciones de humildad de formas que no habría ni imaginado cuando me he despertado esta mañana. Es como si me hubieran demolido solo para reconstruirme, mejor que antes. Así que, si

alguna vez hubo un momento para abrazar mi «verdad interior» y desnudar mi alma de la manera menos británica posible, lo más probable es que sea este, razono.

—Quiero que todas os concentréis en lo que os impide ser honestas y en lo que vais a hacer al respecto —nos dice Inge, que se sienta a la cabecera de una mesa y con un gesto nos indica que hagamos lo propio en los bancos de madera—. Porque todas tenemos que compartir el mismo mundo. Así que, si hay alguna cosa que os inquiete por dentro, este es el momento de sacarla. Debemos aceptarlo y confesarlo aquí, esta noche, para poder superarlo.

—¿Una especie de amnistía armamentística de la honestidad? —pregunta Melissa.

—Algo así, sí —contesta Inge para darle el gusto.

—¡Ostras!, ¿podemos inventarnos un mantra? —ruega Tricia—. Me encanta que haya mantras en los retiros. ¡O un manifiesto!

—¡La Convención Vikinga! —es la aportación de Margot—. Como la Convención de Ginebra —añade por el bien del resto, no sea que no lo «pillemos» del todo.

«Yo lo pillo, Margot —pienso. Pero lo dejo correr—. ¡Porque soy la NUEVA y mejorada Alice!»

—Vale. —Inge se encoge de hombros, como si fuera muy consciente de que solo tiene que seguirnos la corriente veinticuatro horas más—. Entonces: Convención Vikinga, «Protocolo I».

—Pretendo dejar de ser una... ¿Cómo era, Alice? —Margot me mira y luego lo recuerda—. Ah, «un grano en el culo y una gilipollas». E intentar relajarme más.

Lo dice de una forma del todo inocente, al parecer sin darse cuenta de que me está hundiendo hasta el cuello, sepultándose en el barro aún más de lo que ya lo estoy.

Inge se queda horrorizada, e incluso Tricia da la impresión de estar haciendo un gran esfuerzo para levantar las cejas donde los efectos de la última remesa de botulismo empiezan a desvanecerse.

—Ya le he DICHO que lo siento MUCHO —aclaro para el resto del grupo.

—No, no pasa nada —me asegura Margot, con los ojos aún muy abiertos—. Las críticas son un regalo, como decían en mi DofE de oro. —El resto la miramos con cara de no entender—. Ah, perdón, son las siglas en inglés del premio Duque de Edimburgo; para completar el proceso, tienes que reunirte con tus asesores y hablar sobre lo que has hecho y lo que puedes mejorar en el futuro. ¡Se parece un poco a esto! Solo que con menos experiencias cercanas a la muerte. Por lo general.

Margot, ahora ya lo entiendo, no es mala persona. Es solo que no tiene ninguna experiencia en cuanto a cómo funciona el mundo fuera de su internado de treinta y seis mil libras al año y su aristocrático círculo social. Y sí, sé con exactitud cuánto costó su educación porque la vieja Alice lo buscó en Google. Allá por la época en que tenía un teléfono de contrabando y no sabía nada acerca de cosas como la «honestidad», la «humildad» y los tonos de gris.

—Bueno, sea como sea, ¡voy a soltarme más! —anuncia Margot con una floritura, y entonces llama a un camarero guapo a rabiar que lleva una bandeja de aquavit y se bebe dos chupitos uno detrás de otro—. Mmm, *umami*...

—¡Bien hecho! —Melissa le da una palmada en la espalda que está punto de hacer que el aquavit le vaya por donde no toca, y a continuación añade—: Y a lo mejor también deberías contarle a la gente que no sabes nadar, la próxima vez que estés en aguas abiertas, ¿no?

—Ah, sí, eso. —Margot se sonroja.

Inge parece sorprendida durante un momento. Luego asiente con sensatez y murmura algo en danés.

—¿Qué has dicho? —exige saber Melissa.

—He dicho «de manual» —aclara—. Es típico de los *overachievers*: acomplejados por las habilidades o actividades que parecen simples y aún no han conseguido dominar. Mucha gente con éxito no sabe conducir, por ejemplo...

Experimento una momentánea punzada de desilusión porque sé nadar y conducir.

—O cocinar —continúa Inge. Despliego las plumas con tímido orgullo, pues me pregunto si podré atribuir mis habilidades culinarias inferiores a la media a una sobrecompensación en otras áreas de la vida—. Aunque, por supuesto, eso también puede deberse a la pereza —concluye.

«Oh...»

—Bueno, voy a apuntarme a clases de natación en cuanto volvamos a casa —anuncia Margot—. Y a dejar de entender la vida como una larga competición por ver quién consigue acumular más «puntos de casa»... —Se interrumpe, sospecho que porque se sume en un recuerdo color de rosa de sus días de gloria en el colegio. «Que seguro que consistían en jugar al lacrosse y comer bollitos en la sala común de los delegados», pienso. Aunque también es posible que esté proyectando mis propias fantasías de *Torres de Malory*. Melissa no era la única a la que le gustaba Enid Blyton, ahora ya estoy preparada para reconocerlo.

—Genial. —Inge hace avanzar la conversación—. ¿Y tú, Tricia?

—Ay, madre, yo... —Tricia infla las mejillas y se recoloca el sujetador.

«Esos sostenes con refuerzo y sin costuras tardan una eternidad en secarse. Como no tenga cuidado, se pillaré un catarro... —empiezo a preocuparme. Luego paro—. ¡Cállate, Alice! Te aburres a ti misma...»

El camarero guapo vuelve a pasar a nuestro lado de regreso a la barra con una bandeja de chupitos casi vacía en las manos, así que cojo uno para silenciar mi monólogo interior. El licor de patata es justo la agresión que esperaba para mis sentidos. «Es casi... masticable.» Contengo una arcada.

—Voy a pensar en lo que es de verdad importante en lugar de pasarme la vida de un lado a otro para escapar —comienza a decir Tricia—, a Ibiza, a Arizona o... bueno... aquí. De hecho, puede que deje de correr del todo: a mi edad no es bueno para las rodillas, la mayor parte de las veces me entran ganas de vomitar y estoy bastante segura de que ha contribuido a hacer que mi cara parezca un pozo de mina derrumbado... sin «ayuda» —añade mientras se da unos golpecitos con los dedos en la zona de debajo de los ojos y se toca la frente para comprobar que sigue estando tan lisa que resulta espeluznante—. Me he pasado los últimos treinta años matándome a trabajar, siendo la estela de humo de los famosos (Phil Collins y Anneka Rice entre otros) como una máquina de hielo seco a la enésima potencia. Pero lo único que he conseguido es que me despidan de un trabajo que odiaba y que me dejara tirada un hombre con la espalda peluda (y quiero decir muy peluda, como si llevara jersey. No paraba de atascar la ducha, era como si una criatura del bosque hubiera fijado su residencia en el sumidero). Da igual, el caso es que no ha sido lo que podría llamarse «maravilloso». En general, quiero decir. Así que tal vez sea hora de hacer cambios. De pensar en qué viene ahora. —Asentimos para ofrecerle apoyo—. No se me da bien nada. ¿La previsión meteorológica marítima seguida de un programa para aficionados a la jardinería donde no paran de dar la brasa con los matojos de una jubilada? No, gracias. Necesito

trabajar. Buscaré otro empleo, donde sea. Y será algo más interesante que el anterior. Pero dejaré de huir. Pasaré más tiempo con los perros. Y con mi hijo.

—Muy bien, sí —digo en el tono de voz más alentador que soy capaz de adoptar, intentando no centrarme en el hecho de que su hijo ha aparecido después de los perros en la lista de prioridades de Tricia. Otra vez.

—Él ya es todo un adulto, claro. Incluso está casado. Con una chica guapa, de ojos bonitos. Trabaja como contable. —Hace una mueca—. Pero en general es un buen tipo. Y se ha convertido en un ser humano muy agradable, a pesar de sus padres. Así que estaría bien verlo más a menudo...

Parece triste, e Inge le apoya una mano en el brazo.

—Reconciliarte con tu hijo sería un muy buen plan —le dice—. Por mucho que nos incordien, los niños son para toda la vida y la familia es importante. —Aquí me lanza una mirada—. Así que tenemos que esforzarnos en esas relaciones.

Melissa me da un puñetazo en el brazo.

—¿Crees que eso también va por nosotras?

—¡Ay! Sí, sí lo creo. —Suspiro—. Pero tienes que dejar de hacer eso, ¡duele mucho!

—¡Venga ya! Tiende un puente. ¡Supéralo! —se burla Melissa, y en ese instante resuelvo crear mi propio saludo único para Melissa.

«¿Un fraternal pellizco de monja, tal vez? —me pregunto—. ¿Un calzón chino cariñoso?»

—¿Melissa? ¿Te ofreces voluntaria para ser la siguiente? —nos interrumpe Inge.

—¿Yo? —pregunta Melissa.

—Sí, adelante: ¿cuál es tu plan para avanzar en la vida?

—Eh... —Duda un instante antes de soltar—: ¿Seguir siendo una leyenda?

—Inténtalo de nuevo —le dice Inge con firmeza, aunque sin crueldad.

—Mmm, de acuerdo... Bien... —Mi hermana frunce el ceño—. Bueno, supongo que voy a intentar no vivir tanto en el pasado. Con todo lo que está por venir —aquí me mira—, tengo que mejorar en lo de tomarme cada día como llega. En vivir en el presente.

Inge pone la misma cara que si acabaran de presentarle a Alexander Skarsgård, en pelotas... y con una botella de aguardiente en cada mano.

—¡Eso es! —le dice a Melissa aporreando la mesa en señal de triunfo—. Bien hecho.

—¿Falta alguien? —Tricia echa un vistazo a su alrededor mientras yo trato de encogerme todo lo posible en el banco para escapar del escrutinio—. Ha hablado Margot, luego yo, luego Melissa... —Su mirada se posa en mí—. ¡Alice!

—¡Ah, sí, Alice! —Inge se vuelve hacia mí—. ¿Algo que te gustaría compartir?

He aprendido muchísimo en los últimos días. «¿Por dónde empezar?»

—Voy a dejar de ser idiota. Voy a ponerme mi propia máscara de oxígeno primero. —Señalo a Inge con la cabeza y luego me vuelvo hacia Melissa—. Y voy a pasar más tiempo con la gente que me importa.

—Y a olvidarte de la perfección —añade Inge, que agita su melena de unicornio.

Margot derrama un poco de jugo de patata al oírla.

—Claro, para ti es fácil decirlo —farfulla, y cuatro pares de ojos se vuelven hacia ella, sorprendidos por el ataque.

Inge sonrío.

—¡Ah, Alice, tú y vuestra perfección! —Niega con la cabeza—. Se lo dije a ella y te lo diré a

ti: la perfección no existe.

—¡Enséñale el culo! —intervengo al recordar lo primero que me convenció de la forma de pensar de Inge. Entonces caigo en la cuenta de lo inapropiado que es lo que acabo de pedir y doy marcha atrás—. Lo siento, lo siento, yo...

—¡No te disculpes! —me ladran las demás al unísono.

—Cierto. No. Como estabas... ¡culo fuera! O no, lo que quieras... —Aturdida, decido que es mejor seguir bebiendo... y en ese momento Inge hace lo que le he pedido.

De pie para que disfrutemos por completo de su impresionante estatura, se baja los pantalones y se agacha para enseñarle el culo a Margot.

—¡Cicatrices de batalla! —le dice, y añade—: Todos las tenemos, se vean o no. Y tenemos que aceptarlas.

El camarero cañón pasa de nuevo por la mesa para rellenarnos las copas, seguido de Otto, que reparte algo para picar (a todas) y besitos (solo a Melissa). Inge se sube los pantalones, sin prisa y como si fuera lo más normal del mundo enseñar el culo en público, luego se sienta, despacio, mientras Tricia, Margot y yo vaciamos nuestras copas para fortalecernos.

Mi hermana, con la cara enrojecida por el roce de la barba y ebria de lujuria, promete que verá a Otto antes de marcharse y vuelve a centrarse en el grupo.

Nos terminamos una última ronda de copas en un silencio cómodo y amigable, cada una reflexionando sobre todo lo que ha pasado y consolidando las promesas que hemos hecho para el futuro: la de ser más honestas; la de ser más vikingas.

—Lo habéis hecho bien. —Al final Inge se pone de pie y anuncia que es hora de marcharse—. Mañana es un gran día, os conviene descansar. —Entonces nos dice que Magnus (momento en el que todas hacemos una mueca) ya está recuperado, así que se hará cargo de la parte de correr y nos presionará mucho—. Así que vamos, os llevo a casa en coche.

—¿Has dicho «en coche»? —Tricia está desconcertada—. ¿No estamos en una isla?

Inge la mira.

—¡No!

—¿Qué? —Melissa levanta la cabeza de golpe—. Pero si hemos venido en barca...

—Pensaba que solo buscabais aventuras —dice Inge frunciendo el ceño—. No estamos en una isla, es un tómbolo.

—Un tom... ¿qué? —pregunta de nuevo Tricia al tiempo que Margot se da una palmada en la frente.

—¡Un tómbolo! ¡Claro! —exclama Margot, encantada de tener al fin una oportunidad de sacar provecho a su licenciatura en Geografía (matrícula de honor)—. Una masa de tierra unida al continente por un cordón litoral o, en este caso, por una carretera...

—Espera un momento, entonces ¿no había necesidad de venir en barca? —intenta verificar Melissa, aún dudosa. Inge niega con la cabeza—. Me cago en la puta... —es la respuesta instantánea e irreflexiva de Melissa. Pone los ojos como platos y se vuelve, muy despacio, para mirarnos a la cara—. Lo siento... —comienza a decir, pero entonces Margot la interrumpe dándole un puñetazo en el brazo.

—¡Nunca te disculpes! —Y acto seguido añade—: Yo no me habría perdido esta noche por nada del mundo.

¡Turutú-turutú-turututú!

Un estruendo agudo y penetrante me obliga a taparme la cabeza con la almohada.

¡TURUTÚ-TURUTÚ-TURUTUTÚ!

Cuando emergo a través de capas de sueño, un dolor me ensambla las sienes y la terrible cacofonía de latón parece cauterizarme hasta el alma.

«Que pare —ruego en silencio—: ¡HAZ QUE PARE ESTE DOLOR!»

Me asomo por debajo de mi armadura de plumas de ganso, parpadeo con cautela y luego cierro los ojos con fuerza para intentar olvidar que he visto al espectro de Magnus acercándose a las literas, cuerno vikingo tradicional en mano.

«Ay, Dios mío, no.»

Su moño se yergue orgulloso; su barba se despliega como una nube encrespada después de las incursiones en el trenzado de los días anteriores; los colgantes de anzuelo y de piedra perforada tintinean; el pecho, al aire.

«Arg...»

—¡Espabilad, fuera de la cama! —se regodea.

Quiero decirle que se vaya a la mierda y que ahora mismo prefiero «cafeinarme y esperar lo mejor» a espabilarme y salir de la cama, pero aún no se me ha despertado la lengua. Me siento desecada, deshidratada, vacía de lágrimas y —es posible— todavía borracha. Han pasado apenas tres horas desde nuestro accidentado viaje de regreso a casa desde el Valhalla, y nuestro sádico líder, que parece haberse recuperado por completo, hace sonar la trompeta con entusiasmo.

¡TURUTÚ-TURUTÚ-TURUTUTÚ!

Tricia se incorpora de golpe en la litera de enfrente, con un aspecto desaliñado, perturbado y con cierto toque del *Hellraiser*.

—¿Estás bien? —Margot se balancea desde la litera de arriba. Ella, al menos, parece relativamente fresca.

—Sí, estoy bien... Acabo de tener un sueño horrible. —Tricia se lleva las manos a la cabeza intentando protegerse del ruido.

—¡Pobrecita! —Margot parece preocupada—. ¿Qué pasaba?

—Íbamos a tener que correr descalzas por el bosque sin desayunar. —Se estremece al recordarlo.

—Vaya, mala suerte. —Magnus esboza una sonrisa enorme—. ¡Porque hoy es vuestro Halloween! ¡Venga, arriba! ¡Nada de hablar! ¡Solo movimiento! ¡Todas!

Ruedo sobre la cama e intento ponerme de pie, pero las piernas apenas me sostienen y tiemblo como un potrillo con resaca.

—¿Dónde está Melissa? —susurra Tricia mirando a su alrededor—. ¿Otra vez follando?

—¡No!

Nos llega un gruñido desde la litera de arriba y la manta cobra vida entre ondas hasta revelar a mi hermana.

—Es la última etapa de vuestro desafío vikingo, señoritas. ¡Preparaos para entregaros al *berserking*! —radia Magnus, que vuelve a estar en una forma tan incontenible que exaspera.

«¿Dónde están las bayas tóxicas cuando las necesitas?», me pregunto en tono lúgubre. Pero no hay tiempo para reflexionar. Nos echa de la casa justo cuando Inge y los niños empiezan a despertar, y luego nos carga como si fuéramos ganado en el remolque lleno de abolladuras de la camioneta de la familia.

Los estómagos vacíos gorgotean mientras avanzamos a trompicones por la carretera en dirección al bosque. Margot vomita por un lado de la camioneta y se limpia la boca con la manga.

—Mucho mejor —dice mientras las demás la miramos alarmadas.

Tricia comienza a hurgarse en el bolsillo y saca un pequeño cilindro dorado que retuerce hasta que aparece un muñón ceroso y carmesí.

—¿Te estás pintando los labios? —pregunta Melissa, perpleja.

—No es lápiz de labios, es pintura de guerra —contesta Tricia, que frunce los labios y se aplica una capa gruesa—. Vas necesitando más a medida que envejeces...

—¡Vikingas! —la interrumpe un grito procedente del asiento del conductor—. ¡Sed una con vuestros pensamientos!

—¿Qué has dicho? —le grita a su vez Melissa.

—¡Chis! —Magnus hace una seña.

—¡Ah! De acuerdo. ¡Lo siento!

Obedecemos y no intercambiamos más que alguna que otra sonrisa o gestos de camaradería. Una abrumadora sensación de anticipación vibra en el aire que nos rodea, como si este fuera el preciso momento para el que hemos estado preparándonos no solo durante el transcurso de esta semana, sino a lo largo de toda nuestra vida. Como si al final resultara que entregarse al *berserking* fuera la expresión verdaderamente más pura de quiénes somos y para qué estamos aquí.

A cada una de nosotras se nos «liberará» en un punto distinto del inmenso bosque con la sencilla orden de encontrarnos a nosotras mismas, y también el camino de regreso a casa, mediante el aprovechamiento del «intenso entrenamiento psíquico y mental» que hemos recibido hasta ahora.

«Hoy demostramos nuestra entereza —pienso—. Hoy ponemos a prueba nuestro instinto básico animal de correr por nuestra vida. O, como mínimo, por la próxima comida...»

Hoy nos entregamos al *berserking*.

—Bien —anuncia Magnus, que detiene la camioneta con un chirrido de frenos—. ¿Pecho Orgullosos? ¡Tú eres la primera!

Al oírlo, Tricia se pone de pie, sin mucha estabilidad, para despojarse de sus leggings. Magnus la mira horrorizado.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Desvestirme? —susurra Tricia, como si supiera que en principio todavía no debía hablar—. ¿Esta parte no tenemos que hacerla desnudas?

—¡No! —Magnus parpadea a gran velocidad.

—¿No?

—¡No!

—Ah.

—¿Por qué la gente siempre da por hecho que los escandinavos queremos desnudarnos a todas horas? —Magnus parece desconcertado.

—No es eso... —protesta Tricia, momento en el que yo pienso «Sí, es eso. Justo eso»—. Es solo que... —recurre al grupo—, ¿no dijo Inge algo de desnudarse?

Asentimos para apoyarla.

—Bueno —Magnus modera el tono—, puede que haya un elemento de desnudez. Inge siempre está hablando de la desnudez... —niega con la cabeza, como si no fuera más que otra de sus obvias rencillas matrimoniales—, pero eso es solo un extra. Llega más adelante. —No revela más. «¿Desnudez “accesoria”? La preferida de todo el mundo...»—. De momento, con ropa. Y VA POR TODAS —ordena con severidad, por si acaso el impulso de enseñarle nuestras partes se ha adueñado de alguna de las demás—. [29] Y nada de hablar —advierte, aunque en este caso me temo que está intentando poner puertas al campo islandés. De todas formas, teniendo en cuenta que ahora mismo hace tanto frío que veo la condensación de mi propio aliento, me alivia que no espere que nos desvistamos todavía—. ¡Prepárate para correr y te veremos cuando (o debería decir «si») consigas volver!

Se oye que alguien traga saliva con dificultad.

—Buena suerte... —susurra Melissa cuando Tricia se encarama con torpeza al costado de la camioneta y me planta el culo en la cara por segunda vez en veinticuatro horas—. O, mejor dicho, ¡crea tu propia suerte, al estilo vikingo! —añade haciendo caso omiso de la política nada-de-hablar de Magnus.

Tricia esboza una leve sonrisa y baja al suelo al tiempo que nos dice muy en serio que nos verá en el otro lado.

—¡Corre! ¡Corre como si hubieras robado algo! —grita Melissa mientras Tricia trota hacia el bosque.

—¡Chis! —chista Magnus.

—¡Lo siento! —grita Melissa, y luego se vuelve hacia nosotras—. ¡No lo siento!

Una vez que Tricia desaparece de nuestra vista, continuamos adentrándonos en territorio desconocido. Lobo Nocturno es la siguiente. Margot salta sin esfuerzo por encima del costado del vehículo, se aleja a toda velocidad y se da la vuelta levantando los dos pulgares en el aire antes de desaparecer en el bosque oscuro.

—Ya solo quedamos tú y yo —susurra Melissa, y me pasa un brazo por los hombros mientras avanzamos dando tumbos a campo traviesa unos minutos más.

Al final, la camioneta se detiene y Magnus vuelve la cabeza desde el asiento del conductor.

—¿Piernas Fuertes? ¿Estás preparada?

—Nací preparada —es la respuesta que la bravuconería inspira a Melissa—. ¡A por ello! —Ejecuta una voltereta elaborada hasta suelo del bosque, se pone en pie de un salto y da varios puñetazos en el aire para prepararse mentalmente.

«Está como una cabra, pero la quiero.» Observo a mi hermana alejarse a tropezones y espero contra toda esperanza que todas salgamos sanas y salvas de esto.

Y entonces me quedo sola.

La luz comienza a filtrarse a través de los árboles e inspiro grandes bocanadas de aire fresco de la mañana para intentar contener las náuseas inducidas por el mareo y el alcohol antes de que me depositen en mi punto de entrega.

—¡Hora de brillar, Aslög! —exclama al final Magnus, al tiempo que me echa de la camioneta sin miramientos.

Las hojas crujen bajo mis pies a medida que aparto las ramas a golpes y corro. Corro de verdad. El corazón me late con tanta fuerza que amenaza con escapárseme del pecho y dejarme atrás en cualquier momento. Mi sentido de la orientación ha mejorado algo desde el comienzo del entrenamiento vikingo, pero, si acaso, mi conciencia espacial parece haberse deteriorado con la resaca añadida. Reboto contra los árboles, la adrenalina me recorre el cuerpo en oleadas hasta que me pica, casi como una quemadura solar. Y luego... y luego...

Sucede algo asombroso.

El ímpetu se apodera de mí y, a pesar del dolor intenso que siento en los hombros, de los pies ya lacerados y de que se me están agarrotando las espinillas, sigo adelante, ahora inmune a cualquier obstáculo. Mis piernas se desdibujan debajo de mí y, de repente, estoy volando. De repente soy un montaje inspirador al final de una película: un héroe que corre por un aeropuerto abarrotado para detener el avión a tiempo de conseguir a su chica; el chico que en un clásico de los ritos de iniciación se independiza de sus padres; Butch Cassidy y/o el Sundance Kid largándose a toda velocidad entre disparos. Soy Forrest Gump. Soy Rocky I, II, III y IV. Soy el elenco de *Carros de Fuego* al completo. Soy... «Un momento, ¿por qué siempre son hombres? — pienso indignada—. ¿Es que las mujeres nunca corren en las películas? A menos que las esté persiguiendo un asesino en serie. ¿Dónde están las mujeres duras?» Cabreada al descubrir que no se me ocurre ni un solo ejemplo de hermanas que corran para salvarse, experimento un subidón de vigor extra provocado por la injusticia que me convierte en una bola de energía cinética.

El bosque ya no me resulta aterrador y aquella niña atemorizada que se perdió entre los árboles hace un montón de años ya no es más que eso: una niña que no encontraba el camino de vuelta en un terreno desconocido y se asustó. Como cualquiera en esas circunstancias y con todo lo que tenía encima en aquel momento. Ella sigue formando parte de mí, pero ahora experimento un sentimiento casi maternal hacia ella. Me rindo al miedo que sentí entonces y a la euforia que estoy sintiendo ahora y, de alguna manera, consigo reconciliar ambas emociones.

«¡Porque soy una vikinga!»

Corro y corro y no me detengo ni cuando las piedras, las babosas y Dios sabe qué más se me alojan entre los dedos de los pies. Las ramas me azotan la cara y las zarzas me atacan desde todos los ángulos, pero sigo adelante.

«¡Cogedme si podéis, espinas!»

Oigo la sangre que me palpita en los oídos y noto que el corazón me late de forma espasmódica. El tiempo se despoja de todo significado y solo soy consciente de que llevo haciendo esto lo que me parece una eternidad, cuando veo dos figuras delante de mí, en el claro. Hay antorchas encendidas y, entre jadeos, me las arreglo para articular un:

—¿Hola?

Entonces «grito mi rabia», como se me ha ordenado.

—¡Aaah!

—¡Aaah! —me grita Melissa en respuesta.

Colorada, con un mechón de pelo oscuro pegado a la frente por el sudor, mi hermana está

eufórica.

—¡Ha sido una pasada! ¿No ha sido una pasada? —Agita su camiseta para crear una corriente de aire fresco por debajo de la tela—. Es que... ¡uau! ¡Me he sentido como Kate Bush abriéndose paso en un bosque! ¡O como Bilbo Bolsón demostrándole al Bosque Negro quién MANDA! ¡Me encanta el *berserking*! ¡Quiero hacerlo otra vez! ¡Ahora mismo! Quiero ir y... y... partir rocas o algo así —me dice entusiasmada con las gotas de lluvia resbalándole por la nariz.

Margot está más o menos igual de eufórica y, de algún modo, consigue parecer una estrella de cine a pesar de estar cubierta de barro («¿Cómo lo hace?», me maravillo). Luego una tercera mujer aparece cojeando en mi campo de visión.

—Creo que he gritado tan fuerte que me ha dado un tirón en la ingle —anuncia Tricia a los cuatro vientos mientras se frota la pelvis antes de sufrir un acceso de tos.

«El dulce resuello que susurra el monte —canturreo con cariño—. Otra vez.»

Oímos un aplauso lento y entonces un hombre con el torso ancho y fuerte, vestido con tan solo unos pantalones afganos, desciende con habilidad de un árbol. Se balancea por las ramas con gracia simiesca y luego cruza el claro dando grandes zancadas mientras todas ponemos los ojos en blanco, al unísono.

—¡Los niños han encendido una hoguera en vuestro honor! —nos dice mientras salimos del bosque. Acelera el paso para alcanzarnos, ansioso por recuperar a su público—. ¡Es enorme! —Su voz sube un tono a causa de la desesperación—: ¡Y abrasadora!

«Aaah... Piromanía vikinga... ¡cuánto te echaré de menos!»

Avanzamos rápido en dirección a una columna de humo situada a media distancia, hasta que, en la playa, vemos una hoguera gigante que crepita y lame el aire con sus lenguas de fuego, que emite calor y luz en varios metros a la redonda. Los niños se retan unos a otros a lanzar palos contra la pila de leña en llamas. La puntería que dirige los misiles de madera no podría ser más aleatoria, pero, inevitablemente —como si se tratara de un enorme juego de jenga de alto riesgo—, a veces alguno de los palos da en el blanco, momento en el que los tres se apartan a toda velocidad, riéndose a carcajadas como los lunáticos en miniatura que son.

Inge está ocupada arrancando ramitas de abedul y atándolas con cordel, pero cuando nos ve, suelta su haz y abre los brazos de par en par para acogernos a todas en su abrazo de guerrera.

«Dos abrazos de grupo en el mismo número de días y ni siquiera me estremezco.» Me reconforta sentir la calidez de mi hermana de un lado y la de Inge del otro.

—¡Mis vikingas! Lo habéis conseguido —dice. Esto nos basta. Es lo único que necesitamos oír de nuestra verdadera líder: la que nos ha enseñado más sobre la vida de lo que cualquiera de nosotras puede comprender aún. Pero hay más—. Ahora, a celebrarlo. —Coge varios cubos de agua y señala un pequeño cubículo de madera que hasta ahora había tomado por otro simple cobertizo—. ¿A quién le apetece una sauna?

—¿Los vikingos hacen tratamientos de spa? —pregunta Melissa con incredulidad.

—¡Por supuesto! —es la respuesta de Inge—. El calor es bueno para los músculos después de correr, y además las saunas las inventaron los vikingos: ¡las construíamos allá donde íbamos! ¿Piedras calientes? ¿Agua? ¿Sudoración comunal? ¡Es casi una religión para nosotros! ¡En las saunas se toman decisiones más importantes que en las reuniones! —Nunca había visto a Inge tan animada—. En Finlandia tienen hasta una sauna Burger King. ¡Compartir una sauna es compartir la esencia de alguien! Para ser un verdadero vikingo —resume— tienes que sudar.

—¡Yo sudo incluso en un día de invierno en Kidderminster! —exclama Melissa—. ¡Siempre supe que tenía alma vikinga!

—¿Estás segura de que se te permite tomar saunas...? —pregunto mirando a mi hermana con expresión protectora.

—Oye, dentista: estoy bien —contesta con una sonrisa—. Consulté lo de los tratamientos de spa porque no parabas de dar la brasa con las toallas esponjosas, así que sí, estoy segura. ¡Vamos!

Magnus se lleva a los niños de vuelta a la casa y, en cuanto está lo bastante lejos para no oírnos, Inge ordena:

—¡Quitaos la ropa!

Esta vez va en serio, y Tricia no es una mujer a la que haga falta decirle las cosas dos veces. Se despoja de las capas de licra embarrada y, como se había anunciado, el bronceado color caoba se extiende hasta el último intersticio que los rayos ultravioletas de su propia cabina solar 5000™ Stand Up Sunbed son capaces de alcanzar. Sus pechos aumentados están tan prietos que parece que se los haya prestado una mujer más joven, y además también está depilada por completo... ahí abajo...

Me pilla mirando y me explica:

—A mi último caballero invitado le gustaba contar con una superficie de trabajo limpia.

—Ya. Sí...

Margot, como era de esperar, parece una portada animada de la revista *Women's Health* e Inge está tan tonificada y magnífica como podría haberme imaginado, con cicatrices de batalla y todo. Y luego estoy yo.

Por lo general soy hiperconsciente de mi cuerpo: del aspecto que deberían tener mis muslos, de que los brazos se me ponen rígidos y se niegan a balancearse y de que tengo las manos... ahí colgando, sin más. Pero por primera vez desde la pubertad, cuando me enfrento a la perspectiva de desnudarme, no pongo reparos. «No pasa nada —pienso—, estas mujeres son mis amigas. Hemos esquivado la muerte juntas. Hemos lanzado hachas. Hemos compartido más de lo que había compartido con cualquier otro ser humano en mi vida. En toda mi vida. Así que ¿esto? Esto está... bien.» Algo que me asustaba tanto al principio de la semana ahora me parece intrascendente. No es lascivo ni obsceno: es solo estar sin ropa. Así que me desnudo.

Me estoy despegando del cuerpo una manga empapada cuando noto que tengo un bulto que se mueve y crece si flexiono el codo derecho. Al principio doy por hecho que es otro moratón de las horas pasadas chocando contra los árboles y cayéndome, o una lesión sufrida cuando me desmayé un poquito después de la carrera.[30] Pero luego me noto lo mismo en el brazo izquierdo.

«¿Podría ser...? ¡¿Es que ahora tengo... BÍCEPS?!»[31]

Asombrada y eufórica, tenso y relajo estas nuevas y extrañas adiciones.

«¡Saco bola! ¡Tengo músculos! ¡Y son solo míos! Michelle Obama, allá voy...»

Después de eso, me desnudo a toda prisa, deseosa de comprobar si hay más músculos al acecho (no los hay. Aun así, es ridículamente emocionante...).

«¡Aquí estoy, mundo! ¡Desnuda! ¡Disfrutando de que me dé el aire en el culo! ¡Y el viento en los pezones! ¡La brisa en los BÍCEPS! ¡Soy una vikinga! ¡Oye mi rugido!»

Vuelvo a sintonizar con lo que me rodea y oigo a Tricia contándole a todo el mundo la vez que presentó una serie de vídeos naturistas.

—Qué gran bolo en la costa del Sol —recuerda—. Algunos todavía se encuentran en YouTube.

Aunque cuando ya has visto tantos cuerpos desnudos, te das cuenta de que en realidad a nadie le interesa mucho el tuyo. Es una lástima...

No lo había imaginado así, pero cuando nos acercamos a la sauna noto que estoy completamente relajada. «Inge tiene razón —pienso—. Por algún motivo, resulta liberador.» Rodeada de otros cuatro cuerpos desnudos, cada uno moviéndose y contoneándose a su manera, es más sencillo hacer uso del sentido de la perspectiva. «¡Mira lo lejos que hemos llegado todas!» Echo un vistazo a todo el grupo, con cariño.

La sauna está poco iluminada, no hay toallas esponjosas a la vista y, por supuesto, nada de música de ballenas. Pero descubro que no me importa... De hecho, estoy disfrutando.

—Calor... —murmura Melissa mientras entramos medio a tuestas y nos sentamos en los bancos de madera.

—Relajaos con él —nos propone Inge—. El calor obliga a bajar el ritmo. —Vierte sobre la estufa un cazo de agua que libera una ola de vapor. Me siento como si me estuvieran cocinando viva—. Pero aseguraos de beber mucho —añade.

Advierto que hay una nevera portátil en la esquina de la cabaña.

—¿Hay agua ahí dentro?

Inge levanta la tapa y deja a la vista una hilera de botellas colocadas con esmero, brillantes de condensación.

—Mejor que el agua —nos dice—. ¡Cerveza!

A estas alturas tengo tanta sed que me bebería casi cualquier cosa, así que, agradecida, acepto una. En cuestión de minutos, mis músculos —y mi mente— comienzan a soltarse de forma placentera.

«Y... respira...»

Lo hago varias veces, en modo repetición, hasta que me invade una agradable sensación de laxitud. Vuelvo a sentir ternura por el mundo. Recuerdos y emociones que llevaban décadas encerrados bajo llave parecen arremolinarse a mi alrededor, como si volvieran a «casa» una vez más.

Recuerdo la vez que lloré tanto que vomité.

«Y... respira...»

Recuerdo la noche que me emborraché hasta rozar el coma etílico.

«Y... respira...»

Recuerdo el verano en que un estudiante de intercambio francés me rompió el corazón.

«Respira...»

Recuerdo la mañana en que nació Charlotte. Y Thomas. Incluso el día en que mis padres trajeron a Melissa a casa desde el hospital.

Ahora veo que el hogar no es algo de lo que tener miedo... y que tampoco es un edificio. Está dentro de nosotros. «Y siempre ha estado ahí.» Me siento como si, por fin, estuviera regresando al hogar de mi cuerpo. A mí.

Descubro que estoy llorando: lágrimas grandes, gordas y felices se mezclan con el sudor que me resbala por la cara. Sin decir nada, Melissa se acerca y una mano se desliza en la mía. La miro y, solo moviendo los labios, dice las palabras: «No pasa nada».

Inge vierte más agua en la estufa chisporroteante y después —cuando estoy casi segura de que

mis párpados corren el riesgo de abrasarse— nos guía hasta el aire frío del anochecer, hasta el muelle, y nos dice que saltemos.

Hace una semana, esto me habría aterrado. Pero después de la épica aventura de anoche y de habernos graduado de las siete etapas del entrenamiento vikingo, un chapuzón rápido en el helado mar del Norte parece fácil.

Inge es la primera en lanzarse, seguida de Tricia y luego de Margot, quien, con mucha sensatez, decide bajar agarrándose al borde del muelle para evitar correr el riesgo de ahogarse por tercera vez en veinticuatro horas. Melissa y yo optamos por correr y saltar en tándem, y en cuanto rozo el agua con los dedos de los pies, se me escapa un aullido involuntario. Se produce un estallido de risas histéricas mientras chapoteamos, delirantes, antes de salir del agua y frotarnos la piel amoratada por el frío.

Repetimos el proceso tras otra estancia en la sauna y, para la tercera inmersión acuática, el mar ya ni siquiera nos parece frío. Entre todas sujetamos a Margot y, con un movimiento de natación sincronizada bastante extraño y en absoluto elegante, la convencemos para que se aleje de su plataforma de seguridad y se adentre en el mar. Y entonces... nos limitamos a flotar como hojas al viento o animales que por fin han encontrado su verdadero hogar.

Salimos juntas del agua, resplandecientes bajo la luz de la luna, como mariposas que abandonan una crisálida: renacidas.

Luego llegan las ramitas de abedul.

—¡Madre mía! —no consigo evitar exclamar, y hasta Melissa expresa cierta sorpresa.

—Los azotes suavizan la piel —explica Inge blandiendo su fusta casera.

—Yo uso guantes de ducha exfoliantes —dice Margot, que parece inquieta—. ¿No valdrán?

—No. —Inge es insistente.

Tricia, animosa, se ofrece voluntaria para ser la primera, antes de sugerir que todas «probemos el gato de nueve colas», tanto azotando como siendo azotadas. Y eso hacemos. Lleva tiempo acostumbrarse al cachetazo del abedul en la carne, pero después de varias referencias a *Cincuenta sombras de Grey* y algunas exclamaciones que habrían enorgullecido a Frankie Howard, empiezo a sentirme cómoda al calor de la disciplina (el juego de palabras es intencionado).

Lector: azoté a una chica y me gustó.

Después, Tricia y Melissa comparan la suavidad de su piel mientras Inge saca varios paquetes de papel de aluminio de gran tamaño de la nevera y los arroja sobre el carbón caliente. Unos minutos más tarde, «la cena está servida». Para unas mujeres que no han comido nada en todo el día, no hay una frase mejor en el mundo. Al cabo de unos minutos, desenvolvemos los fardos de aluminio carbonizado y nos encontramos unas gruesas y chisporroteantes... salchichas que huelen a gloria.

—Sigo siendo vegetariana... —empiezo a decir, y luego pienso: «A la mierda».

Me olvido de todos mis pecadillos dietéticos anteriores y me abalanzo sobre la jugosa vianda (#cometelapc).

—Entonces ¿esto es como... algo que se hace? —pregunta Melissa con la boca llena de carne de cerdo a medio masticar.

—¿Perdona? —pregunta Inge.

—Lo de comer salchichas en la sauna.

—Ah, sí —contesta—. Cocinadas a la manera tradicional en las brasas y consumidas *in situ*.

—¿Desnudos? —pregunto sorprendida.

—Por supuesto. —Inge asiente y da otro mordisco.

Una vez que estamos lo bastante embutidas, vuelven a liberarnos en el aire nocturno y en la penumbra se materializa una figura parecida a la de un oso con un gorro de lana gris: Otto.

—Oh, Otto, qué casualidad verte por aquí... —Melissa sonrío y acto seguido lo coge de la mano y lo arrastra hasta el bosque para acostarse una última vez con él.

Otto es un suplicante entregado, así que los dos echan a correr para llegar más rápido a donde van.

Inge y Margot están saqueando las profundidades de la nevera cuando Tricia reaparece con un radiocasete tipo «loro», de esos que dejaron de venderse, lo más seguro, en algún momento de la década de los ochenta.

—¡Lo he encontrado en la leñera! —grita encantada—. ¿Lo probamos?

Cuando aprieta el botón de «Play» del tosco reproductor, nos vemos recompensadas con cuarenta y cinco minutos del mejor pop retro escandinavo con el que podríamos haber tenido la suerte de toparnos.

Desnuda por completo, Tricia ejecuta algunos de sus mejores movimientos, entre los que se cuentan «flexiones en el aire» y el que durante mucho tiempo ha sido uno de mis favoritos: «El baile de los dos dedos en punta». Lo hace todo con tanta alegría y falta de inhibición que no puedo evitar sonreír, y las demás, tampoco. Así que, cuando Inge y Margot se suman a ella con unos saltos, meneos de hombros y sacudidas de codos igual de inexpertos, yo hago lo mismo. Y nunca me he sentido tan libre.

Melissa regresa con unos *knullruffs* nada desdeñables y la palabra «sexo» estampada en la cara. Vuelve a llevar el polar puesto, pero poco más. Se tira de una solapas imaginarias para indicar que la «tasa de aciertos» de su jersey de poliéster con cremallera sigue sin disminuir. Le dedico un gesto de aprobación y una sonrisa. Después de expresar su alegría por el hecho de que la fiesta parezca «estar despendolada», se une a los bailes frenéticos dando vueltas y zumbando como una abeja borracha. También se canta, una actividad que Inge asegura que es de lo más vikinga. Me siento segura, serena, pero a la vez vigorizada y más fuerte de lo que creo haber estado nunca, así que abro la boca y me pongo a cantar... por primera vez desde mis sesiones de ducha con Whitney Houston cuando era una cría. Me doy cuenta de que mi voz es... fuerte. Y bastante mala, soy capaz de reconocer ahora. «Al final resulta que el mundo del pop no se ha visto privado de forma injusta de mis servicios...» Es muy posible que haya una buena dosis de lo que Melissa describió como «gallos en las notas altas». Pero hace que me sienta genial, y ese —estoy aprendiendo— es el objetivo. Cantamos, bailamos y damos vueltas hasta que nos desplomamos en la arena, semihistéricas, con las mejillas doloridas de reírnos.

—¿Te lo has pasado bien? —le pregunto a Melissa—. ¡Tiene toda la pinta de que sí!

—Me lo he pasado muy bien, gracias.

Ella asiente y yo sonrío. Me alegro por ella. También soy consciente de que hace mucho tiempo que yo no tengo ese brillo. «Algo en lo que debo trabajar», pienso.

—¿Vas a echar de menos a Otto? —le pregunto.

Mi hermana se encoge de hombros.

—Sí. Pero estaré bien.

Y la creo. Le doy un abrazo que enseguida se transforma en una lucha (idea suya, no mía) antes de que al menos una de nosotras tenga la boca llena de arena (yo).

Mientras Inge hace de árbitro en una competición de volteretas laterales que parece haber iniciado Margot (la cabra competitiva tarda en dejar de tirar al monte), yo entrelazo un brazo con el de Melissa y aprovecho la oportunidad para llevarla a un lado y mantener una charla «de hermana a hermana» (la nueva forma de decir «profunda y significativa») que deberíamos haber tenido hace mucho.

El fuego se ha suavizado y ha pasado del estatus de «jenga infernal» al de «cálido resplandor», así que nos sentamos a tostarnos sintiéndonos mareadas y sin duda deshidratadas (léase «borrachas»), pero purificadas de cuerpo y mente.

A la luz titilante de los lengüetazos de las llamas, Melissa tiene, no sé por qué, un aspecto diferente. Es como si no la hubiera visto nunca. Sus pupilas amenazan con apoderarse de sus iris y ahora su pelo es más o menos un estropajo, pero también veo que ya no es la misma hermana pequeña a la que no he valorado durante todos estos años. Estudio los bloques de sombra que le aparecen debajo de los pómulos, justo encima de los hoyuelos que tanto se le marcan, y el contorno esculpido de su rostro. Y ahora veo que es una mujer adulta. Y que es preciosa.

Melissa me pilla mirándola y me dice con afecto fraternal que «deje de portarme como una puñetera loca». Le digo que estoy empezando a darme cuenta de que la cordura está sobrevalorada.

—Buen argumento. —Se encoge de hombros, y ambas reflexionamos al respecto—. Si me muero —añade, ahora con la mirada clavada en el fuego—, quiero que me hagas un auténtico funeral vikingo. Y hablo de llamas, barcos, hombres guapos con barba... todo.

Siento una punzada en el corazón solo de oírla hablar así, así que le agarro las manos y suelto sin rodeos:

—Créeme cuando te digo que todo saldrá bien. Y si no es así, yo lo arreglaré —le prometo. Prudentemente o no.

A Melissa se le empiezan a llenar los ojos de lágrimas y se sorbe la nariz, con estruendo. Intenta limpiarse los mocos con el brazo, pero como sigo sujetándole las manos, me arrastra con ella y me deja un residuo de mucosidad salada en la muñeca.

—¡Ay, lo siento! —dice.

—No importa.

Ahora es a mí a quien le lagrimean los ojos y le gotea la nariz.

—Pareces una sirena con mocos —Melissa ríe y solloza a un tiempo— y el pelo demasiado largo.

—Gracias —respondo también a medio camino entre la risa y la congestión nasal.

—A ver, puede que una sirena que ha pasado mucho en la vida y ha perdido su peine de concha, pero una sirena, al fin y al cabo.

Me encojo de hombros.

—Me conformaré con eso.

—¡Vikingas mías!

Inge se acerca con una Tricia y una Margot tambaleantes y borrachas a la zaga. Avanza hasta donde estamos sentadas con el paso cuidadoso y sensato de una mujer algo ebria y me llevo una alegría enorme al descubrir que hasta las diosas amazónicas pierden a veces la compostura. Se

sienta con nosotras y nos pasa una bolsa de frutos secos que se han materializado en las profundidades de su bolsa de provisiones.

—Esto es el *hygge*, por cierto —nos dice—. Os dije que lo encontraríais por vosotras mismas: relajándoos, juntas.

—¿Y lo de estar desnudas? —pregunta Margot trabándose un poco.

—Opcional —contesta Inge.

—¿Y el alcohol? —se interesa Tricia.

Inge se piensa más esta respuesta.

—Recomendado. Eso o café. Y algo de picar. Por supuesto.

—Excelente.

Tricia da una palmada y está a punto de fallar.

—Entonces ¿estáis felices? —nos pregunta Inge a todas—. En este preciso momento, quiero decir.

—Sí.

Melissa asiente y me doy cuenta de que, a pesar de todo —la enfermedad de mi hermana, Greg, lo que será de nosotros cuando vuelva—, yo también lo estoy. Aquí. Ahora.

—Es lo único que hay, ¿no? —digo—. Esto. Ahora mismo. No somos más que carbono, ¿verdad? Solo tenemos una vida. Luego nos convertimos en polvo y pasamos a ser otra cosa...

Inge sonrío ante mis palabras.

—¿Qué? —salto.

—¡Ya no puedo enseñarte nada más! Mi trabajo ha terminado.

De repente me siento en paz y... pesada. «Felizmente... pesada», pienso, y apoyo las manos con fuerza sobre la arena que me rodea para anclarme a la tierra. Entonces Melissa me propina un puñetazo en el brazo, así que yo le doy un pellizco de monja y a continuación me tumbo para contemplar la panoplia de estrellas que hay por encima de nosotras. En estos instantes, experimento una extraña y hondísima satisfacción. La tensión disminuye en algún profundo rincón de mi interior, una tensión cuyo alcance no había apreciado hasta que ha dejado de existir. Una por una, las demás también se reclinan hasta que nos convertimos en cinco mujeres despatarradas en la arena bajo las estrellas, desnudas salvo por un polar de los polvos, una manta áspera y una sudadera de marca entre todas. Tumbadas al calor del fuego, hablando y riendo hasta que nos duelen las costillas, juro que nunca olvidaré este momento. Pase lo que pase después.

Por la mañana, nos duele la cabeza, se nos han formado rastas en el pelo, tenemos la cara mugrienta y, por alguna razón, Margot tiene un trozo de salchicha carbonizada adherido a la mejilla izquierda, pero estamos extrañamente serenas.

Me miro en el espejo y sonrío a la mujer que me devuelve el gesto. Tiene un labio partido a cuenta de un *berserking* demasiado entusiasta, el pelo alborotado y unas cejas que piden unas pinzas a gritos. Pero los ojos le brillan y están vivos. Y parece, ahora lo reconozco, feliz. Es la clase de mujer que quería ser cuando era niña. «¡Ahí estás! —me digo, y después—: ¡Aquí estoy! Con cicatrices de batalla y todo.»

Recogemos lo que queda de nuestras pertenencias, nos lavamos y nos vestimos. Se me hace extraño ver a mis compañeras vikingas vestidas con su ropa del «mundo real» para volver a casa.

Las sandalias de tiras y cuña y los pantalones capri blancos de Tricia parecen fuera de lugar en una granja escandinava, y mi combinación de pantalones vaqueros ajustados y chaqueta azul marino me confiere un aspecto «muy parecido a un descarte de un catálogo de *Boden* o a alguien que dirige una franquicia de una tintorería», como Melissa tiene la amabilidad de señalar.[32]

Volver a ponerse los zapatos es una experiencia extraña. Me siento como si los pies me hubieran crecido un número —seguro que los tengo hinchados por el pie de trinchera y las cicatrices—, de modo que el calzado me oprime y no puedo dejar de mover los dedos en un intento de lograr la libertad. «Puede que vuelva a quitármelos sin más», pienso. También nos reencontramos con nuestros móviles, y se monta mucha menos algarabía de la que cualquiera de nosotras habría anticipado si nos hubieras preguntado hace una semana.

Inge nos regala una bolsa de arpillera gris a cada una para que recordemos esta semana, con una vela y un trozo de pan de centeno «para el viaje».

—Viajad con poco equipaje... pero nunca paséis hambre —es su explicación.

—¿Y seguid quemando cosas a lo vikingo? —pregunta Melissa mientras sostiene la vela en alto.

—¡Siempre! —Inge sonrío.

Entonces Melissa inicia un abrazo de grupo, me arrastra a él y está a punto de aplastarme los pulmones. Lo de siempre.

Después de desayunar y tomarnos varias tazas de café fuerte (*what else?*), Inge manda a los niños a la calle con Magnus para que podamos despedirnos como es debido. Habla con cada una de nosotras por separado para impartir en privado sus últimas palabras de sabiduría y aliento.

Cuando me agarra por los hombros, me entran ganas de llorar. Estoy impaciente por ver a Charlotte y a Thomas, pero una parte de mí no quiere marcharse de aquí.

—Eres fuerte —me dice Inge—. Estás lista.

—¿Estás segura?

No consigo evitar preguntarlo, y en ese momento la expresión de Inge cambia y veo un destello de la dureza que tanto he llegado a admirar.

—Estoy hablando, ¿no? —dice ella.

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—Entonces estoy segura. —Sonrío.

Y yo la creo. Porque, ahora, soy vikinga.

Epílogo

Seis meses después...

Abro una puerta pesada de un empujón, sin tener claro lo que me encontraré al otro lado esta vez. El pasillo huele mucho a desinfectante de manos y a sudor. Pero entonces me doy cuenta de que esto último podría ser cosa mía. Estoy sin aliento tras la carrera que me he pegado desde el coche, bajo la lluvia, y nerviosa por haber llegado tarde. Sigo sin ser de las que llegan tarde.

Y sin embargo aquí estoy.

Llegando tarde.

«Puñetero Greg —pienso—. Es culpa de Greg.» Me había dicho que recogería a los niños a las nueve de la mañana, lo cual me dejaría tiempo más que de sobra para llegar. «Pero ¿estaba allí a las nueve de la mañana? ¿O incluso a las nueve y media? ¿Estaba Newsnight...?»

Todavía tengo algunos «problemas de ira», como los definiría Inge, pero ahora son de conocimiento público. Ya no entierro las cosas; me desahogo. Y he dejado de hacer esa constante serie de autoajustes, de controlar todo lo que digo o hago para complacer a otras personas. Poco a poco estoy aprendiendo a bajar la guardia, gracias a mi educación vikinga. Porque me he dado cuenta de que, con independencia de la historia de fondo que nos construyamos, lo que de verdad importa es lo que hacemos, seguir adelante.

Cuando llegué a casa después del retiro, Greg y yo nos embarcamos en un último intento desesperado de salvar nuestro matrimonio hablando de manera abierta y honesta. Me daba reparo convertirme en una de esas mujeres sobre las que se lee en las revistas, que rompen su matrimonio después de un fin de semana en Magaluf o durante una crisis de la mediana edad tras un viaje de setas mágicas... y luego se pasan la década siguiente arrepintiéndose. Aunque cuando le confesé esos temores a Melissa, se pasó más de una hora muerta de risa.

—Pero ¿no te conoces?

Me señaló que, aparte de Mister Dientes, no había hecho ni una sola cosa precipitada en mi vida. Eso supuso un ligero consuelo. Greg y yo decidimos aplazar la reforma de ampliación y, poco después, nuestro matrimonio, con una separación temporal. Incluso fuimos a ver a una terapeuta matrimonial, pero la mujer nos dijo, voluntariamente, que más nos valía poner punto y final. Y es extraño, pero desde entonces vivo sumida en una abrumadora sensación de alivio. Me gusta vivir sola o, al menos, sola con los niños. Ahora puedo hacer la compra para llenar la nevera y tener la seguridad de que no se lo habrán comido todo antes de que anochezca. Además, nadie me juzga por la cantidad de cojines que tengo. En consecuencia, me siento unos diez años más joven y unos tres kilos más ligera (a pesar de que todas las pruebas de la báscula del baño indican lo contrario).

Esta misma mañana, he llamado a mi futuro exmarido «cara de pubis», un insulto deliciosamente pueril que me encanta y que Charlotte me contó que había aprendido en el patio del colegio. Un término por el que fingí enfadarme, pero que por dentro me entusiasmó. Greg parecía arrepentido de verdad, me ha dicho que «sentía mucho mucho» llegar tan tarde y que tenía

una entrevista de trabajo la semana que viene. Esto me ha parecido un gran avance y me he alegrado sinceramente por él. Si hubiera tenido una bocina a mano, la habría tocado. Fuerte. Pero no la tenía. Así que hemos terminado todos riéndonos. Greg y yo nos llevamos mejor como copadres que viven separados que como marido adicto a News 24 y esposa tensa. Así que cuando se ofreció a llevarse a los niños esta mañana, le dije «sí, por favor». He dado un beso de despedida a Thomas y a Charlotte, un abrazo «lo bastante grande para que dure hasta que yo vuelva» y he salido corriendo por la puerta.

Luego he venido en coche. Rápido. Por la M40, sin una sola parada para ir al baño. No he encontrado aparcamiento, así que he tenido que dejar el coche a kilómetros de aquí y correr bajo la lluvia. Ni siquiera me ha dado tiempo de pasear antes a los perros. «Solo espero que no se hayan cagado por todas partes», pienso. Tienen antecedentes.[33] Pero ahora ya soy capaz de manejarme con todas estas cosas. Porque soy una vikinga. Puedo manejar cualquier cosa.

Melissa me dijo que no me molestara en venir hoy («Ya sé cómo funciona todo, sé dónde están los baños y las mejores revistas...»), pero la remití al Protocolo II de la Convención Vikinga. Es decir, al acuerdo que estipula que ambas nos apoyaremos la una a la otra en todo lo que pase, tanto si estamos preparadas para pedir ayuda como si no.[34]

También sé que, si fuera yo quien estuviera en su voluminoso lugar, querría, si fuera sincera, tener a alguien conmigo. Y esto es algo que puedo hacer por ella, físicamente, además de estar ahí —como dicen en la comunidad de la autoayuda— «emocionalmente». Esta última palabra todavía me produce algunas arcadas, pero solo «algunas». Así que, ya sabes: progreso. Mi padre la acompañó ayer, y el fin de semana pasado estuvimos todos juntos. Resulta que a los niños les encanta tener a su abuelo y a la divertida tía Melissa cerca. Y a mí también. Papá y yo hemos establecido una rotación para ayudar con los animales y con la casa de Melissa, y ahora nos gusta superponer nuestros turnos para poder pasar también un rato juntos. Incluso hemos hablado —hablado de verdad— de mamá. Sobre cómo se sentía él y sobre cómo yo no me permitía sentirme. Ha sido estupendo. Ojalá hubiera hecho el esfuerzo antes, y me arrepiento de haber privado a todas las partes de la compañía de los otros durante tanto tiempo. Pero ahora ya no tiene sentido machacarme por esto. «Nunca te disculpes», recuerdo las palabras de Inge. Así que mi intención es solo hacerlo mejor. De ahora en adelante.

Una mujer con las mejillas coloradas que siempre está sorbiéndose la nariz se cruza conmigo en el pasillo del hospital e intercambiamos una breve sonrisa, de esas que los británicos que se han visto unas cuantas veces pero que todavía no han sido presentados de manera formal han convertido en una obra de arte. Entonces empiezo a peinar la sala en busca de mi hermana.

Me preocupa que esté irreconocible. Me preocupa que mi expresión al verla me delate antes de que pueda asegurarle que sigue pareciendo ella misma.

La anterior sesión de tratamiento ya causó estragos y Melissa me describió la neblina desorientadora que embotaba su «quimiocerebro». La última vez me dijo que ya no soportaba el olor de los cubos de basura y que acababa de vomitar en escopeta mientras intentaba vaciar el lavavajillas que le he comprado («¿Encima de los platos limpios?», no pude evitar preguntar. «Eso me temo...»), fue su respuesta). Ahora mi resistente hermana necesita que le echen una mano para vaciar la basura antes de que alcance el «nivel completo de vómito» y vuelve a lavar los platos a mano.

He hecho de canguro de las mascotas tan a menudo como me ha sido posible, junto con toda una

hueste de vecinos bienintencionados que me han ayudado de más maneras de las que jamás habría imaginado. «Aprecian a mi hermana —pienso con orgullo—. Es una buena persona a la que los demás quieren tener cerca.»

Estoy tratando de ser más así.

Y además creo que lo estoy consiguiendo. He invitado a una de las madres del colegio a tomar café en casa este fin de semana y esta semana he comido dos veces con el nuevo dentista de la clínica. Compartimos unas tapas, así que está claro que cuenta. Y encima, tiene muy buenos dientes. Y manos. Y siempre lleva una bolsa reutilizable en el coche... (solo una, ojo, aun así: impresionante). Incluso hace poco que he vuelto a conectar con una antigua compañera de escuela. Puede que lo esté «petando», como diría Melissa. Como mínimo, es un comienzo. También estoy intentando ser menos irritable. Aunque sigo pensando que las personas que se ponen pantalones afganos son, en su mayoría, imbéciles. Como también dice Melissa: algunas cosas nunca deberían cambiar.

Ahora me aliso el pelo enredado por la lluvia y sigo buscando señales de mi hermana.

«Por supuesto, puede que no se haya dado ni cuenta de que no he llegado todavía...», me recuerdo. «Me gusta echarme una siesta mientras estoy enchufada», me dijo la última vez antes de pasarse el resto del tiempo dando cabezadas como un gato. Yo me dediqué a revisar el correo electrónico del trabajo, pero luego guardé el teléfono y me puse a leer un libro. Por primera vez desde hacía años. Resulta que hay que pasar mucho rato sentada. Lo que en las telenovelas nunca logran transmitir es que el tratamiento contra el cáncer puede parecerse mucho a esperar un avión en un aeropuerto. Pero hoy no.

—¡Eh! ¡Aquí! —resuena una voz familiar.

Entorno los ojos para ver de dónde procede y soy consciente de que ha llegado el momento de reconocer que necesito gafas para ver algo más allá de la boca de un paciente. Con esfuerzo, a mi izquierda distingo un pequeño semicírculo de figuras sentadas. La mayoría tiene una revista abierta en el regazo. Algunos están charlando, y un par duermen, roncando con suavidad. Mi hermana y la mujer que tiene al lado parecen llevar puesto un casco espacial con una boquilla que sale de él y se conecta a una máquina de aspecto complejo.

—¡Vaya, pareces un perro mojado! —me saluda desde debajo del artilugio una pálida pero alegre Melissa.

—Vaya, pareces una cliente de una peluquería de los setenta. —Señalo el aparato—. ¿Qué es eso?

—Tiene hielo dentro para mantenerme la cabeza fría; por lo que se ve, podría salvarme parte del pelo. De lo contrario —me hace un gesto para que le pase la bolsa de tela que descansa junto a sus tobillos—, ¡es esto!

Saca lo que al principio confundo con un conejillo de indias, pero luego lo sacude con más vigor del que debería emplear cualquier amante de los animales. Una masa de pelo se desenmaraña hasta convertirse en una peluca rizada y de color caoba de la que hasta Cher podría huir.

—¡Tachán!

—¡Caramba! —es lo único que se me ocurre.

—Sí. Les dije que quería probar algo un poco diferente. Pero, bueno... una cosa es diferente, y otra es...

—Sí. Bastante.

—Da igual, me servirá para disfrazar a los perros. ¡La semana pasada les puse los cascos vikingos!

—¿A los perros les gustó que los disfrazaras?

—¿Acaso no le gusta a todo el mundo?

—¡No!

Mi hermana y yo seguimos siendo muy distintas. En muchos sentidos. Pero estoy aprendiendo que eso es bueno. Y me alegra que los perros estén dando algún uso a los cascos con cuernos. Me disculpo por llegar tarde y le paso la bolsa de uvas congeladas que le he traído.

—¿Por si no tenía suficiente frío ya? —Levanta la mirada hacia su cabeza.

—He leído que son buenas para las náuseas —le explico. La última sesión le provocó úlceras en la boca y se queja de tener la lengua como un trozo de algodón—. Y he traído más revistas. —Descargo mi botín de una de las bolsas reutilizables que he llenado para la ocasión—. Un poco de crema hidratante, algo de picar, calcetines nuevos no apestosos... —Miro los «calcetines de la suerte» que Melissa sigue insistiendo en ponerse y arrugo la nariz—. Y, por supuesto, el ingenio mordaz que solo una hermana como yo puede ofrecer...

—¡Por supuesto! Como un papel de lija humano. —Sonríe hasta que se le marcan los hoyuelos y luego me da un puñetazo en el brazo.

—¡Ay! —«¿Cómo es posible que mi hermana pequeña, que en estos momentos se está sometiendo a una sesión de quimioterapia y tiene la cabeza congelada a menos cuatro grados, siga siendo capaz de arrearme?» La fuerza de Melissa = uno de los misterios de la vida—. Bueno, ¿cómo te encuentras?

—¿Sinceramente? —pregunta.

—Sinceramente.

—Hecha polvo. Harta de tener la cara enorme y brillante como la luna, los huesos doloridos y reflujo a todas horas. Pero no pasa nada. Ya me lo han sacado. El cáncer, quiero decir. Así que esta es la vida que me toca durante un tiempo. Podría ser peor —continúa—. Hablé con una mujer que se llamaba Barbara que me dijo que le habían administrado ese tipo de quimioterapia que te vuelve la orina roja. ¿Y ves a esa mujer de morado? —Señala a una figura dormida tocada con un turbante—. Ha perdido todo el pelo (pestañas, cejas) del todo. Incluso ahí abajo —añade en un susurro demasiado fuerte al tiempo que se señala los genitales—. Nos lo enseñó la última vez: calva como un huevo.

—Eso sí que es compartir —es lo único que se me ocurre decir antes de darme cuenta de que lo más probable es que sea una respuesta mediocre.

—Y no se me han caído las uñas —señala—. Así que es un buen resultado. Además ahora tengo tinta... más cicatrices de batalla, ¡a lo vikingo!

—¿Perdona? —Frunzo el ceño.

Melissa deja su botín de revistas y tira del cuello de su holgado jersey para bajárselo.

—Te tatúan puntos para alinear los láseres de la radioterapia y asegurarse de que se cargan lo que no deben. Uno en el medio y otro debajo de cada axila. Es guay, ¿verdad? —Sonríe.

«Mi hermana es increíble.»

Me temo que, en su posición, yo todavía me pasaría la mayor parte del tiempo autocompadeciéndome. Pero Melissa no. Salvo por algunos alaridos iniciales provocados por lo

injusto de la situación, una vez que empezó la quimioterapia («¡Me encontraba bien! Luego me dijeron que estaba enferma y después me pusieron un “tratamiento” ¡que ha hecho que me encuentre mal! Ya SABÍA yo que los médicos eran odiosos»), enseguida se resignó a la idea de que los expertos solo estaban intentando ayudarla. Desde entonces, incluso ha abrazado «la ciencia y la medicina y esas cosas», algo que se acerca bastante a una conversión propia de Damocles.

«Siguiente paso: el espacio —pienso—. La última frontera...»

Su tratamiento va progresando y el tiempo va pasando, más rápido de lo que ella esperaba.

—Mientras siga adelante siguiendo adelante, estaré bien —me dijo durante mi última visita—.
¿No?

—Eso es —contesté con toda la seguridad de que fui capaz.

Porque todavía no vale la pena pensar en la alternativa. Así que no lo hago. Prefiero que nos centremos en nuestras charlas rutinarias: sobre otros pacientes, los perros, el estado de los intestinos de todo el mundo (los de ella: porque se ve que la quimioterapia puede tener un efecto peculiar en la caca de una chica. Y en la mía: porque, extraña pero felizmente, voy al baño de forma mucho más regular y relajada después del retiro vikingo, para deleite e interminable fascinación de Melissa). Luego saco mi libro y leo un rato, mientras ella duerme con la seguridad de que estoy aquí, a su lado.

Después hay que correr para llegar a casa, embutirle en el cuerpo los medicamentos contra las náuseas, ponernos las dos el pijama e instalarnos en el sofá, donde me quedará a pasar la noche con ella. De cara a la galería, es para cuidar a los animales y pasear a los perros. Pero en realidad ambas sabemos que es para que haya un cuerpo conocido en la casa.

Cuando salimos juntas del hospital, despacio y bajo un sol débil, ha dejado de llover. Una vez que localizamos el coche entre las hileras de cajas de hojalata, Melissa se mete conmigo diciendo que parece que acabo de sacarlo del concesionario.

—Me sorprende que los asientos no estén envueltos en plástico para una mayor limpieza. —Se ríe.

Lo que no le cuento es que ayer me pasé gran parte de la noche haciendo un lavado completo al coche con una dedicación a la desinfección rara vez vista fuera de un quirófano dental. He leído que Melissa corre un riesgo de coger infecciones mayor de lo normal después de las sesiones, y a pesar de mi obsesión con el gel antibacteriano y los guantes de látex, mis hijos parecen ser como un imán para el barro, la tiña y —desde hace poco tiempo— los piojos (eso es el karma...). Ser padre no es cosa de gallinas.

Melissa, por otro lado, sigue espectacularmente despreocupada por la suciedad, a pesar de los folletos de «profesionales de verdad» que le aconsejan lo contrario, folletos cuyas copias duplicadas yo he «liberado» del hospital y he dejado esparcidos por su casa como quien no quiere la cosa. Aunque en vano. Así que ya limpio yo por ella, con sigilo.

—¿Cómo están los niños? —pregunta tras una rápida incursión en la guantera en busca de dulces y de un «uf» porque no encuentra ninguno.

—¡Los niños están bien! Más o menos... —le digo—. A ver, siguen odiándome por confiscarles el iPad y piensan que su padre es más divertido porque les deja ver la tele a todas horas cuando se

quedan con él. ¡Pero ya han empezado a ayudar a poner la mesa y hasta son capaces de servirse los cereales por la mañana! Lo de la colada sigue siendo una lucha, pero desde que he puesto una cama elástica en el jardín, la mayoría de los días están tan cansados que les falta energía para discutir conmigo por eso. ¡Y tienen esas mejillas redondas y sonrosadas de los niños de los cuentos! —exclamo con orgullo.

—¡Uau!

—¡Lo sé!

—No, en serio, ¿están bien?

—Ah, sí. Creo que solo se debe al aire fresco y al ejercicio. No es la enfermedad de la bofetada —digo con cierta seguridad, pues antes de mi visita anterior lo busqué en Google como una loca por miedo a contagiar a Melissa.

—Ah. ¿Y has montado esa cama elástica tú sola? —Melissa observa con expresión dudosa mi físico, sin duda subvikingo todavía.

—¡Sí! Estoy haciendo ejercicio, ¡de verdad! —Ella asiente, impresionada—. Además creo que el montaje de camas elásticas podría ser una de mis habilidades especiales secretas —añado.

—¿Como la forja de espadas? —bromea—. ¿O el lanzamiento de hachas?

—¡Ja, ja! Muy graciosa... No. Pero escucha esto: ahora soy capaz de saber si una cama elástica tiene la resistencia óptima a la tracción con solo mirarla —digo entusiasmada—. Hasta lo he demostrado en casa de varios amigos —aseguro con una nota de orgullo, ¡porque ahora tengo amigos!

—Resistencia óptima a la tracción, ¿eh? —Melissa se está burlando de mí, pero no me importa.

—¡Sí! Es bastante emocionante. Como mínimo, te conviene hacerlo bien... De lo contrario los niños terminan en el jardín de la casa de al lado...

—¿Eso lo has aprendido por las malas?

Mantengo la vista clavada en la carretera.

—¿Al?

—Sí. Sí, lo aprendí por las malas... Aun así... —paso de puntillas por esta última parte—, ¿estás orgullosa de mí?

—Claro —concede Melissa con generosidad—. Eres casi una vikinga. ¿Y ahora qué? ¿Vas a construirles unas literas de madera tallada como Inge?

—¿Quién sabe? —me entusiasmo—. ¡A lo mejor!

Nos detenemos delante de su casita de campo y los perros inician una cacofonía de saludos antes de que me dé tiempo siquiera a meter la llave en la cerradura.

—¡Mamá está en casa! —Melissa les revuelve el pelo y deja que todos la vapuleen, aunque esboza una ligera mueca de dolor ante el caluroso recibimiento de uno de los canes más grandes.

—¿Silas está intentando montarte? —Frunzo el ceño.

—Solo un poquito... —Hace un gesto con la mano para restarle importancia.

—Vale, vale, abajo —le digo al perro con firmeza cuando conseguimos cruzar la puerta principal.

La casa de Melissa es un caos alegre, pues acoge una mezcla de decoración rústica con viejos trozos de conchas, piedras y lo que ella llama sus «baratijas» esparcidos con generosidad. El suelo está, otra vez, lleno de ropa, después de mi última limpieza a fondo. Todavía no estoy segura de qué parte del desorden se debe a que mi hermana lleva un tiempo entrando y saliendo del

hospital y qué parte a los residuos de partida y a sus propios estándares personales de limpieza (todavía bajos). Por suerte, hemos tenido la prudencia de instalar a los conejos en la cocina del vecino, donde pueden esparcir paja y trozos de papel de periódico hasta hartarse. Resulta que Charlotte ha heredado mi alergia y que Thomas le cogió una manía instantánea «al conejito que me mira raro». Aun así, lo intentamos. Y protestas sucias aparte, los perros y yo nos entendemos sorprendentemente bien durante mis visitas y sesiones de lanzamiento de palos.

«Si acaso, Silas es un pelín demasiado entusiasta...»

Ahora cojo a Melissa de la mano y la ayudo a entrar y subir para empijamarla y ponerla a punto para un buen rato de sofá. Un rápido registro de su cama, al estilo Tracey Emin, da como resultado un pijama semilimpio, así que volvemos abajo. Un par de los perros más pequeños se aovillan en su regazo cuando mi hermana se acomoda entre los cojines recién ahuecados y lavados (por mí).

Enciendo velas —porque, bueno, es otra de las cosas que ahora nos gusta hacer a las dos, para dar un toque hogareño a un espacio— y a continuación pongo la tetera al fuego hasta que chilla.

—¿Té? —le pregunto, y ella asiente—. ¿Te apetece comer algo? He traído sopa de miso y kale. —He leído que son alimentos curativos, pero Melissa no pica.

—Ufff, no, gracias. —Hace una mueca—. No tengo hambre.

—Vale... —Sospechaba que esa podría ser la respuesta. Por suerte, tengo un plan B—. Ni siquiera... ¿pasta gratinada con atún y queso de Marks and Spencer? —pregunto mientras saco una caja de cartón gratamente pesada de una segunda bolsa reutilizable.

—Ah... bueno. —Veo que he conseguido tentarla—. ¡Entonces sí! Gracias.

—Voy a calentarla —le digo, contenta de haberme acordado de comprar algunos de sus productos favoritos durante el barrido del supermercado de ayer.

«Y menos mal», pienso al fijarme en que el resto de la nevera está vacío, salvo por unas cuantas botellas de cerveza y varios cuencos de... no sé muy bien qué, que Melissa parece haber olvidado. Levanto el papel de aluminio de uno para olisquearlo, luego retrocedo y lo mantengo lo más alejado posible de mi nariz para llevarlo hasta la basura, en silencio. Después de guardar el resto de las provisiones («a lo mejor más tarde le apetece el kale», me engaño a mí misma), meto el plato precocinado en el microondas, un artilugio moderno que por fin se ha ganado a Melissa debido a que «ya tiene cáncer de todos modos». Mientras espero a que se caliente la comida, me quedo mirando la nueva tanda de postales de amigos y conocidos, que están sujetas a la puerta de la nevera mediante un surtido de imanes de temática canina y equina.

Como ahora soy una vikinga, le pido permiso a Melissa antes de leerlas (al parecer, de esta manera no cuenta como entrometerse y puedo saciar mi curiosidad con la conciencia tranquila).

—Claro —farfulla adormilada—, si me dejas echar una partida con tu móvil.

Mi hermana ha descubierto hace poco las delicias del solitario en línea, apenas dos décadas después que todos los demás. Coge mi teléfono, todavía recelosa de sus iconos cuadrados y sus sonidos, abre el solitario y comienza a jugar, con frenesí.

«Bicho raro...»

Una de las postales muestra mares turquesa, arenas blancas y personas de aspecto caro que visten exclusivamente de beis. Es de Margot, que está haciendo un curso de natación en San Bartolomé.

«Qué bien les va a algunas —pienso, y enseguida me corrijo—. ¿Sabes qué? Bien por ella.»

Hemos acordado vernos el mes que viene, antes de nuestra reunión vikinga a finales de año.

Cada vez cojo más cariño a Margot y nunca olvidaré sus palabras de despedida en el retiro: «¡Es verdad que eres igual que yo pero en mayor!». Luego añadió con más o menos la misma inocencia: «Así que voy a ser tu amiga, te guste o no». No pude evitar sonreír. Y, aunque parezca extraño, me sentí halagada. «Así que ahora tengo a Tricia, a Margot, al dentista nuevo (Ben), a la madre del colegio (Sara), a mi antigua compañera de clase (Emily)... —Los cuento—. ¡CINCO amigos!»

La segunda postal, una imagen de la playa de Brighton, es de Tricia, que anuncia que ha estado viendo más a Ed, su hijo, y «ejerciendo un poco de madre». También ha conseguido una entrevista de trabajo para el próximo martes y continúa con la artesanía en su ciudad con un grupo de ganchillo que se llama Las Puntas Felices.

Hay una tercera que es de Otto; está escrita en pulcras letras de imprenta y lleva un matasellos danés. Es extraño, pero me avergüenza leerla. Sin embargo, solo le dice que la echa de menos, que está forjando una espada en su honor y que espera que algún día vuelva a visitarlo. Eso es todo.

Me pregunto si a Melissa le molesta, si esperaba algo más. Así que, cuando el microondas pita y vuelvo junto a ella con un plato de pasta, se lo pregunto con delicadeza.

—¿Lo de Otto? ¡Qué va! Estoy bien —me asegura—. Es muy buen tío y todo eso, pero ya tengo muchas cosas en la cabeza. La larga distancia me va de perlas. Además, me envió dos paquetes de tocino casero la semana pasada.

—¿Y eso es bueno? —pregunto con cautela.

Mi hermana me mira ahora como si el bicho raro fuera yo.

—¿No has oído lo que te he dicho del tocino? ¡Por supuesto que es bueno! Si acaso, está un poco ansioso, ¿no te parece?

—Bueno, una postal y algo de cerdo curado...

—¿Verdad? Ya te lo decía yo. —Melissa pone los ojos en blanco—. Pero a lo mejor lo invito a venir pronto. A lo mejor... —Entonces extiende los brazos para recibir su plato de pasta con atún—. ¡Venga, rápido! ¡Dámelo, dámelo! —Se llena la boca dos veces con el tenedor a toda prisa antes de murmurar medio extasiada—: Mmm, macarrones: como zampona viscosa...

Me alegro de que no le afecte lo de Otto. Me encanta que siempre se las haya ingeniado para ser una persona tan relajada, y estoy aprendiendo de ella a diario. De hecho, hablando de relajarse...

—¿Te importa si me tomo una cerveza? —le pregunto con toda naturalidad, como si no fuera consciente de que mis palabras van a suscitar una gran reacción.

Sí, ahora bebo cerveza. Y como pasta. Y mi vida es, como mínimo, un treinta por ciento mejor. En definitiva, todo me importa menos.

—¡Adelante! —exclama Melissa en tono de aprobación—. ¿Te estás tomando un descanso de ser archiperfeccionista?

—Algo así —Ahora ya sabe todo lo relacionado con mis «problemas» con la comida. Y aunque puede que Melissa no sea la apoteosis de la terapia para la recuperación de la anorexia, está claro que hablar con ella me ha ayudado—. Aunque, sobre todo, es porque no quiero que toda la industria cervecera se resienta solo porque tú estés fuera de circulación durante un tiempo...

—Eso es muy noble de tu parte, gracias.

—De nada.

Con nuestros cuencos de pasta calientes y reconfortantes en las manos, nos acurrucamos en el

sofá a comer, algo respecto a lo que ya nunca dejo que Charlotte y Thomas se salgan con la suya en casa. La cera caliente resbala por las velas blancas y forma charcos en el candelabro geométrico de bronce que le gustó a Melissa mientras esperábamos nuestro vuelo de regreso en el aeropuerto tras el retiro. En ese momento la distraje diciéndole que había una maqueta de Lego de un perro en la tienda de al lado (cierto) y me escabullí y se lo compré para regalárselo como muestra de agradecimiento por el viaje. Era lo primero que le regalaba a mi hermana que ella quisiera de verdad, y me sentí bien. Decidí intentar hacerlo más a menudo.

Envueltas ya en una manta y luciendo los nuevos calcetines de lana a juego que nos he comprado a las dos (regalo atento n.º 2), pasamos el resto del día viendo películas y charlando como adolescentes. Algo que nunca hicimos de pequeñas.

«No estamos sufriendo una regresión —me digo—. Estamos recuperando el tiempo perdido.»

Dicen que, si sufres una pérdida, la vida se queda en suspenso hasta que haces las paces con tu estilo personal de angustia... y todos tenemos alguna. Incluso las vikingas.

Para nosotras, el dolor llegó a un punto culminante aquel verano interminable en el que yo tenía dieciséis años, y Melissa, catorce. Todos los demás se dedicaban a pasar el rato en el parque, a aprender a fumar y a mantener relaciones sexuales sin compromiso, pero nosotras estábamos encerradas, «antilidiando» con la muerte de nuestra madre, cada una a su manera. No hablar... no sentir, en mi caso. Durante semanas, meses e incluso décadas después. Nuestra relación se detuvo aquel verano. Hasta este año. Hasta nuestro despertar de la primavera vikinga, casi como en el musical.

Observo ahora a Melissa, acurrucada como un gato, sin apenas necesitar el tenedor, pues se limita a inhalar tubos de pasta uno por uno. De vez en cuando se ríe de lo que aparece en el televisor, habla con la boca llena siempre que tiene la oportunidad y acaricia a uno de los perros con un pie. Otro de sus amigos caninos ha provocado un olor espantoso, mientras que un tercero se lame el pene tan contento. Y sin embargo... siento una oleada de amor, del mismo tipo que experimento cuando veo, oigo o incluso pienso en Thomas y Charlotte. «Es de esto —me doy cuenta—. De esto va todo en la vida. Me basta con tener aquí a mi hermana, conmigo, ahora, con suerte ya al final de su tratamiento; y a mis hijos, felices y sanos; y una carrera profesional que me importa.» El añadido de una colchoneta elástica magistralmente tensa en el jardín no es más que la guinda del pastel (que ahora yo también me como, para tu información).

Melissa me saca de mi ensimismamiento al iniciar lo que se convierte en un apasionado debate sobre si *Regreso al futuro I* es mejor que *Regreso al futuro II* (Respuesta: sí. Está clarísimo...), antes de ampliar la discusión para incluir temas tan trascendentales como la mejor manera de cocinar los huevos (Yo: «Escalfados». Melissa: «¿Estás loca? ¡Fritos! ¡Evidentemente!») y «si solo pudieras comer un tipo de carbohidratos durante el resto de tu vida, ¿cuál sería?» (el jurado aún está deliberando, pero sin duda «la patata» tiene opciones). Hablamos de antiguos amigos, de hacer nuevos, de la familia, del trabajo y de los hitos que cada una de nosotras se ha perdido en la vida de la otra. Me entristece que hayamos tardado tanto en llegar a este punto, pero también agradezco que ahora se me ofrezca la oportunidad de compensarlo. Aquí. Con mi fantástica, cariñosa, valiente y caótica hermana, que, de alguna manera, suaviza las aristas de mi personalidad.

La luz del exterior se atenúa y el aire se ennegrece hasta descubrir un millón de motas de luz diminutas, un polvo luminoso que invade el cielo, visible desde todas y cada una de las ventanas

de la casita de Melissa. Ahora rechaza las cortinas y los postigos en favor de «la costumbre vikinga», e insiste en que prefiere ver lo que está pasando en el mundo que la rodea a mirar un patrón floral comprado en John Lewis. Como resultado, hay algo de corriente, pero puedo vivir con ello. «Y mi hermana tenía razón en una cosa —pienso—: Lo que hay ahí fuera es precioso.» Resulta que la naturaleza no está tan mal, a fin de cuentas. Así que, al cabo de un par de horas, apagamos el televisor y nos dedicamos a contemplar la noche. Y a charlar un poco más. Y luego más todavía. Porque, ya sabes, tenemos que ponernos al día de más de veinte años de conversación.

Agradecimientos

Escribí esto mientras me daban patadas asesinas desde dentro. Cuatro piernas. Cuatro. Es un número ridículo. Los seres humanos no pueden haber sido diseñados, estoy segura, para la reproducción 2x1. Por suerte, los quiero mucho, aunque uno acabe de vomitarme encima y el otro me esté clavando ahora mismo una mirada que dice: «Prepárate para poner otra lavadora en marcha...». Pero si una cosa se consigue después de algo un poco difícil y doloroso, es hacerte más fuerte, así que gracias a los dos minivikingos que ahora ya están fuera, orgullosos, ruidosos y saqueando el exterior. Oye su rugido, cada dos horas (con decibelios extras por la noche). Mi marido, el Hombre Lego, hizo un trabajo de primera como *papá latte* para que yo pudiera escribir esto, y nuestro hijo mayor, Little Red, demostró un valor incalculable como recogedor de «papel caliente» de la impresora siempre que se le necesitaba (aunque sigue cabreado como una mona porque este libro no vaya de excavadoras).

El mayor de los agradecimientos debe ir dirigido al equipo de Ebury por traer al mundo *Las auténticas vikingas no llevan casco*: a mi fabulosa editora, Emily Yau; a Gillian Green, la fenomenal directora de publicaciones de ficción; y a Steph Naulls y Tessa Henderson, por la hechicería de la publicidad y el marketing.

Siempre estoy agradecida a mi espléndida agente, Anna Power, por su apoyo, ayuda y credenciales de supermujer en general.

Mi educación vikinga tradicional fue cortesía del Kongernes Jelling Museum de Jutlandia, así como de Diana, Karen, Gudrun, Bjarne y el equipo del centro Ribe Viking; todos demostraron una paciencia increíble al enseñar a una británica muy embarazada a lanzar hachas y a fabricar auténtica brea vikinga. La instructora de vela y profesora de navegación del Roskilde Viking Ship Museum, Karen Andersen, me abrió los ojos a todo un nuevo y desafiante mundo «en contacto con la naturaleza y eso» y es la fuente de mi nuevo dato sobre los cisnes favorito. Ve a visitar todos estos sitios: son fascinantes y verás MUCHAS barbas bien cuidadas.

Estoy muy agradecida por la ayuda que me prestó el equipo de enfermeros de información de Cancer Research UK para comprobar la exactitud de los datos (visita www.cancerresearchuk.org para obtener más información, y las personas afectadas por el cáncer pueden llamar a los enfermeros de CRUK al número 0808 800 4040). Mis charlas con Alexandra King, de la misma organización benéfica, me resultaron fundamentales... y ella es una gran inspiración (#Viking).

Y gracias como siempre a mi tribu, por mostrarme el rollo de los vikingos modernos. Por introducirme en el mundo de los caballos islandeses y los corderos en armarios (Katie); por los conocimientos sobre odontología (Jill); por abrirme los ojos a las opciones de retiros contemporáneos (Matthew), y por la ayuda crucial con los nombres de los personajes (Rob, que está mosqueado porque no se le ha mencionado en libros anteriores. Así que aquí va. R.O.B.). A Emily, Chrissy, Caroline, Sarah y Joe, por el apoyo incansable desde la madre patria, así como a mi madre de verdad, por educarme para que crea que las chicas son capaces de hacer cualquier cosa. A Tara y a Fen por la temprana lluvia de ideas sobre la ginebra; a Frauke y a Jackie por los descansos para recuperar la cordura cuando estaba a punto de alcanzar mi límite de tolerancia al

encierro en casa; y a todos los vikingos duros en los que me he inspirado durante cinco años de vivir a lo danés: sois los mejores.

Esta divertida y luminosa novela despertará a la vikinga que llevas dentro: esa fabulosa guerrera capaz de superar las tormentas de la vida y vencer a los enemigos de la felicidad.



Alice Ray tiene treinta y siete años. Dentista, esposa y madre, no puede negar su obsesión por el orden. Además necesita tenerlo todo bajo control, y eso que dos hijos maravillosamente desobedientes y un marido que tiende a pasarse los días «trabajando» en el sofá no se lo ponen demasiado fácil. En realidad, y aunque le cueste admitirlo Alice está al borde de un ataque de nervios.

Después de un fin de semana especialmente nefasto, su hermana Melissa le propone un plan al que la estresada Alice no puede resistirse: pasar unos días de descanso, alejada de la rutina... Y, aunque Alice no se ha fiado nunca demasiado de su excéntrica hermana, esta vez se deja llevar sin hacer demasiadas preguntas. La sorpresa será que el destino no es un relajante y lujoso spa, sino una remota isla de Dinamarca, donde las espera un duro taller de supervivencia y entrenamiento siguiendo las costumbres ancestrales de los vikingos.

Aterida, hambrienta y exhausta, Alice duda entre asesinar a su hermana lentamente o salir huyendo del dichoso taller hasta que, en mitad de esas arduas tareas, de pronto también descubrirá las bondades de la filosofía hygge, esa forma de vida tan propia de los nórdicos que persigue el bienestar con el disfrute de las pequeñas cosas. Es entonces cuando Alice comienza a reconocer sus verdaderos problemas y a comprender que necesitará todo el valor de los aguerridos vikingos si quiere superarlos, pero también la placidez y el sosiego del hygge para convertirse en una mujer realizada y feliz.

«Una delicia.»

The Independent

«Extremadamente encantadora.»

The Guardian

«Muy divertida.»

Grazia

«Helen Russell se mueve entre esos momentos gloriosos y los ridículos en esta comedia desternillante que, en el fondo, sorprende por su profundidad.»

Sunday Express

Helen Russell es una periodista y escritora británica que colabora regularmente con revistas y periódicos tan prestigiosos como *The Sunday Times*, *Stylist*, *Marie Claire*, *The Times*, *Metro* o *The Wall Street Journal*. Helen es también columnista en *The Telegraph* y corresponsal de *The Guardian*. Su primera obra de no ficción sobre la filosofía *hygge*, *The Year of Living Danishly*, se convirtió en un best seller.

Helen vive actualmente en Dinamarca con su marido y sus tres hijos. Con su primera novela, *Las auténticas vikingas no llevan casco*, combina con éxito su conocimiento de los preceptos del *hygge* con una narración alabada por los lectores y la crítica especializada.

Título original: *Gone Viking*

Edición en formato digital: junio de 2019

© 2018, Helen Russell

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2019, Ana Isabel Sánchez, por la traducción

Adaptación del diseño de la portada original de: www.headesign.co.uk

Imagen de portada: Shutterstock / Dreamstime

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5748-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] «Berserking» viene de «berserkers», el nombre de los feroces guerreros vikingos que se vestían con pieles de lobo y aullaban como animales salvajes en la batalla. (*N. de la E.*)

[2] También conocido como «hacerte un Thornberry», después de que Jeremy Corbyn se marcara el «choca esos cinco más incómodo de la historia» tras las elecciones de 2017...

[3] Tras la recesión, hasta los defensores de los supermercados gourmet pierden la cabeza por un Premier Inn.

[4] También: las ratas topo desnudas, las chinchillas, los castores de montaña, las crías de elefante, las de hipopótamo, los orangutanes y los macacos Rhesus, según el *Cornell Veterinarian Journal*.

[5] En serio, un precio muy razonable, si yo estuviera en el mercado...

[6] ¿Tienes un mal día/estás rodeada de idiotas? Ponte la canción «I'm A Woman», de Peggy Lee. De nada.

[7] «Haven't Met You Yet» es increíblemente pegadiza... Vale, mátame. Mátame ya...

[8] Afrontémoslo, será un hombre...

[9] ¿Se acordará mi esposo de utilizar acondicionador cuando le lave el pelo a su hija, siguiendo las instrucciones que le he dado? ¿Se confundirá...?

[10] Mi mejor MP [marca personal] en esto son seis segundos. ¿Y la tuya?

[11] Su título oficial. Nadie sabe por qué, pero rimaba, así que tuvo éxito/cuajó. Típico del folclore de instituto y del ingenio de un puñado de púberes de las Midlands de Inglaterra a mediados de los noventa. Por lo que se ve, madame Dean [TSM] era de Basingstoke y no había pisado en su vida un ferri que cruzara el canal de la Mancha o el Eurostar. *C'est la vie...*

[12] «Muchos anoraks y gafas de Deirdre Barlow a los que enfrentarse...» Así es como explica Tricia su contribución personal al campamento pacifista que se estableció para protestar contra las armas nucleares de la base aérea de Greenham Common, en Berkshire, en 1981.

[13] *Toy Story 2* salió después de la moratoria de mi hermana sobre la cultura popular y, por lo tanto, no forma parte de su marco de referencia. Aunque lo más probable es que a estas alturas ya lo hayas averiguado...

[14] Moción de orden: sí lo es. Lo verifiqué más tarde.

[15] Circa *Stripped*, su álbum de 2002. Vale la pena escucharlo.

[16] Para los lectores más jóvenes: esto era posible en aquella época gracias a las becas universitarias (véase «vieja»). Además, tenía un trabajo de camarera en el que destacaba por el plegado de servilletas de papel y la gestión de los condimentos. Lo que ganó la odontología lo perdió la franquicia de Pizza Express de Plymouth.

[17] Un cruce entre un unicornio y un pegaso. Es evidente...

[18] *Challenge Anneka* se emitió en la BBC1 desde 1989 hasta 1995, cuando se eliminó con crueldad de la parrilla y Anneka llegó en helicóptero a su último santuario de leones. Momentos tristes. Desde entonces no ha tenido muchas oportunidades de dar uso a los auriculares de seguridad ni a los monos de material inflamable que se ponía, así que lo más seguro es que no los haya echado de menos. Aun así...

[19] Estrella de un reality show judicial homónimo que se emite desde hace mucho tiempo en Estados Unidos y autora de *Don't Pee on My Leg and Tell Me It's Raining* (algo así como «No me mees en la pierna y me digas que llueve»). Sabias palabras...

[20] Sí: sé que comparé a Inge con un pegacornio. Pero en ese momento estaba BORRACHA. BORRACHA COMO UN PIOJO, te lo aseguro...

[21] Sí, «la máxima» responsable: lo único que tuvo que hacer Greg fue dejar de pensar en la legislación laboral de la República Checa o en las restricciones de aparcamiento de Brent durante diez minutos. Dos veces. Todo lo demás es cosa mía...

[22] El diente de arriba que tenía flojo y se le movía la semana pasada.

[23] Una presentación sobre los dinosaurios = un asunto importante.

[24] Me gusta la nieve. Es muy limpia...

[25] Véase «anfitriones confiados».

[26] Programa de actualidad especializado en investigaciones con cámaras ocultas que no paraban de tambalearse, jamás. Excelente periodismo: náusea garantizada. Buenos tiempos.

[27] Oye: no me juzgues... lo de ser vikinga, pasito a pasito. No puedes separar a una mujer de su smartphone Y decirle que nunca volverá a ver unos zapatos (al menos durante día y medio), y todo en un lapso de media hora...

[28] Becas de estudios: en retrospectiva generosas y, sin embargo, seguían pareciendo escasas en aquel momento.

[29] No se ha adueñado de nosotras.

[30] Sigo siendo más dura que Simón el de *El Señor de las Moscas*. Es un hecho.

[31] Sí, así es: en una SEMANA #GoVikings

[32] Es un bálsamo, mi hermana...

[33] No sé cómo consigue Melissa que los perros defequen de manera exclusiva en el bosque, pero es un truco que parecen reacios a repetir. Es como si supieran que quien está a cargo es la profesora sustituta y dieran guerra a propósito...

[34] El Protocolo I es nuestro compromiso de ser más honestas con nosotras mismas y de tomarnos un descanso de nuestras diversas formas de autosabotaje. No más «picnics en el coche» a escondidas a las tres de la madrugada...

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Las auténticas vikingas no llevan casco

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Epílogo

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Helen Russell

Créditos

Notas